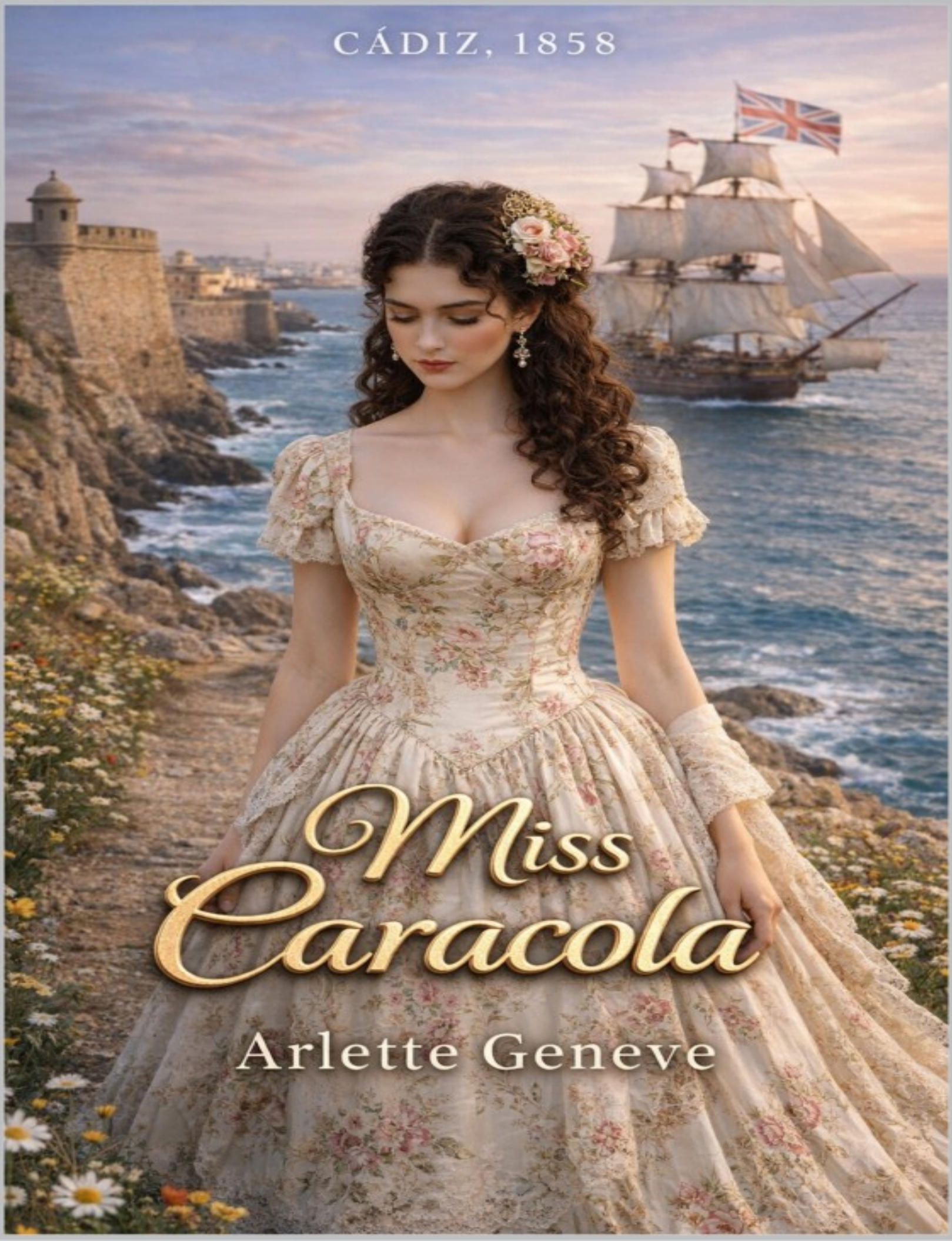

CÁDIZ, 1858
Miss Caracola
Arlette Geneve

MISS CARACOLA

Arlette Geneve

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43

PRÓLOGO

La Caleta, 1840, Cádiz, Reino de España

El mar no siempre ruge; y cuando no lo hace, es porque calla, y cuando calla, es porque ha ocurrido algo terrible. La marea bajaba lentamente en La Caleta, dejando al descubierto un lecho de algas negras y piedras afiladas que parecían colmillos. El cielo aún no tenía color; la luz del amanecer llegaba con timidez, como si dudara en iluminar lo que la noche había dejado atrás. Fue entonces cuando, entre dos rocas y arrastrada por la resaca, apareció una barca partida en dos. Era uno de esos botes que apenas resisten más allá de la costa: la quilla rota, el remo perdido y la lona desgarrada como una herida abierta. Pero en su interior, sobre el vientre sin vida de una mujer, una criatura respiraba.

La madre conservaba el rostro pálido, los labios azulados y el cabello empapado, pegado a las mejillas como un lamento. Sus brazos rodeaban al bebé con una fuerza que ni la misma muerte había logrado aflojar. El mar la había vencido, sí, pero no consiguió arrebatarle lo único que aún latía en esa madrugada fría.

Había salido de noche, sola. Así la encontró Antonio Pargo, pescador de La Viña y eterno enamorado de ella, cuando bajó a revisar las redes antes del alba. Caminaba descalzo, como era su costumbre, sintiendo el rastro de la marea bajo los pies. Conocía cada piedra, cada hueco, cada sombra; creía conocer también el mar, pero aquella mañana, el océano le deparaba una verdad para la que nadie está preparado.

Vio la barca desde lejos y, al reconocerla, un escalofrío le recorrió la columna como un latigazo. Era la barca de Esteban. Antonio presintió la desgracia antes de verla: el casco roto se mecía por la resaca, golpeando contra las rocas con un sonido hueco, un eco que parecía llamarlo por su nombre. Se detuvo. Algo en su interior le gritaba que huyera, que no se acercara, pero una fuerza superior a su voluntad lo empujó.

Avanzó despacio, sabiendo que con cada paso se acercaba a un lugar del que jamás podría volver. La marea había encajado la barca entre las piedras como si fuera un arcón que nadie reclama. Y dentro estaba ella. Antonio no gritó; no pudo. Simplemente sintió cómo la red se le caía de las manos, volviéndose de pronto un peso insoportable, mientras el mundo se volvía estrecho, lejano e irreal.

¡Era ella! ¡Su María! Se quedó mirándola durante unos segundos largos y angustiosos. El cabello empapado le cubría parte del rostro, la falda estaba desgarrada y la piel tenía el color de la cera fría. Antonio cayó de rodillas, hundiéndose en la arena.

—No... —susurró entre dientes—. ¡María!

Se persignó con desesperación, con ese gesto aprendido de niño que busca despertar a los muertos. Le tocó el hombro y retrocedió: estaba fría, con un frío que no pertenecía a este mundo. Con cuidado, separó los brazos rígidos de la mujer y, en ese instante, el bebé percibió el movimiento y rompió a llorar. Ese llanto pequeño, roto y desamparado, le atravesó el pecho como un cuchillo.

—¿Qué has hecho, María? —sollozó con los ojos nublados.

Todo estaba dolorosamente claro: se había puesto de parto en la barca. Ella misma había cortado el cordón umbilical que unía esa pequeña vida a la suya, atándolo con un nudo marinero hecho de su propia enagua. ¿A dónde pretendía ir? Una idea atroz cruzó la mente de Antonio: quizá María había decidido entregarse al mar para borrar su deshonra, esa mancha que él habría aceptado como propia por puro amor. Pero el mar no aceptó el sacrificio completo; se quedó con la madre y le devolvió una historia.

Con manos temblorosas, Antonio se despojó de su manto grueso, áspero y gastado por la sal. Lo extendió como si fuera una sábana sagrada y deslizó al bebé fuera de los brazos muertos. Pesaba menos que un pez recién capturado. Lo envolvió por completo, protegiendo su fragilidad, y se alzó. Por primera vez, lo apretó contra su pecho.

El recién nacido lloró con más fuerza, como si al sentir el calor ajeno comprendiera que la vida seguía. Antonio cerró los ojos, apretó la mandíbula y dejó escapar un gemido mudo. Comenzó a

acunarlo instintivamente, con un balanceo antiguo, al ritmo de las olas.

—Shhh... Ya... ya... —susurraba, mientras las lágrimas le empapaban la barba sin que él hiciera nada por secarlas. Eran su única ofrenda.

Fue entonces cuando vio algo blanco en la arena, justo donde las olas lamían la orilla: un sobre lacrado, arrugado y mojado, pero con la tinta todavía legible. Lo recogió, lo guardó contra su piel bajo la camisa y comenzó a caminar. La criatura apenas era un soplo, pero Antonio sentía que cargaba con el mar entero. Subió por La Caleta sin mirar atrás, tropezando con las piedras, con el llanto del bebé perforándole el corazón como un anzuelo.

Al cruzar el arco de La Viña, el amanecer teñía de cobre las fachadas descascarilladas y la ropa colgada que ondeaba como banderas de rendición. Olía a café y a vida dura. Llegó a su casa, un cuarto húmedo en la calle de la Palma, y al verlo entrar con ese bulto, su madre, Dolores, dejó caer la escudilla al suelo.

—¡Un milagro! —gritó Antonio, sin aire—. ¡El mar ha devuelto un milagro!

—¡Jesús bendito! ¿Qué has traído, hijo?

Antonio no respondió. Depositó al bebé sobre la mesa.

—Es una hembra —sentenció Dolores tras revisarla.

—Es un milagro, madre —insistió él, pero Dolores, con la sabiduría amarga de los viejos, replicó:

—Un milagro... o una desgracia.

Pronto, el barrio empezó a sacudirse. Vecinas y pescadores intuían que la marea había traído algo que les pertenecía a todos. Antonio, entre susurros rotos, le contó la verdad sobre la barca y el cuerpo de María.

—Era ella, madre. La hija de Esteban.

—Pobre y desgraciada muchacha —dijo Dolores—. Dejarse engañar por un *guachisnai*... desear otra vida la dejó sin padre, sin pretendiente y sola.

Se hizo un silencio espeso. Antonio no podía dejar de mirar a la niña, que ahora lo observaba con unos ojos imposibles: violetas, profundos, como el horizonte antes de la tormenta.

—Hay que llevarla al hospicio —propuso Dolores—. Esa niña no es tuya, no tiene tu sangre —le recordó.

—¡Al hospicio no! —rugió Antonio—. Allí los niños se apagan como velas. Es la hija de María... y es mía.

—Sabes que es del extranjero, Antonio. Mira esos ojos, no son de aquí.

—Es mía —replicó él con una firmeza que no admitía réplica.

Dolores suspiró, reconociendo en su hijo esa terquedad inevitable. Finalmente, entre lágrimas que Antonio no supo descifrar, la mujer asintió. Había que enterrar a María, darle sepultura cristiana. Pero antes, había que darle un nombre a lo que quedaba de ella.

—Se llamará Coral Pargo —sentenció Dolores—. Porque vino del mar y porque será de esta casa.

Antonio bajó la mirada hacia la pequeña y un recuerdo lo golpeó: años atrás, María le había regalado una caracola diciéndole que, si la escuchaba, el mar siempre estaría cerca. La había guardado como un tesoro sagrado.

—Mi Caracola... —susurró tan bajo que solo el manto pareció oírlo.

En ese momento comprendió que, tras tanto tiempo, aquella vieja concha de mar por fin había encontrado su sentido.

***

El cuerpo de María fue velado en el mismo almacén donde había crecido, bajo unas vigas ennegrecidas por el humo y el paso del tiempo. La colocaron sobre una larga mesa cubierta con una sábana blanca y, a sus pies, dos cirios chisporroteaban debido a la humedad del aire. El olor a cera caliente se mezclaba con el del café y el salitre que se colaba por las rendijas.

Al velatorio acudió toda La Viña.

Había mujeres con pañuelos negros en la cabeza, manos entrelazadas y susurros de avemarías. Hombres con gorras contra el pecho y la cabeza baja al pasar. Nadie hablaba alto. Ya nadie

juzgaba. Dolores se movía entre ellos como una sombra firme. No rezaba ni alzaba la voz, pero con una sola mirada imponía silencio. Desde hacía años, era la matriarca invisible del barrio: la que prestaba pan cuando escaseaba, cuidaba de los enfermos y sabía a qué puerta llamar cuando ya no quedaba esperanza.

Antonio permanecía quieto a su lado, con la mirada clavada en el rostro sereno de María que parecía una estatua de sal. Cuando llegó el cura, el murmullo se apagó. El responso fue breve y humilde, como todo en La Viña. No hubo flores, solo una pequeña corona de ramas de laurel con cintas viejas. Al amanecer, sacaron el cuerpo en silencio. El cortejo fúnebre avanzó por calles estrechas hasta el pequeño cementerio, entre el canto lejano de un gallo y el eterno rumor del mar. La enterraron mirando al oeste, donde el sol se hunde en el agua.

—Que la Virgen del Rosario la reciba —susurró alguien.

Dolores cerró los ojos un instante. Tras el entierro, el barrio se reunió de nuevo en el almacén. La niña dormía en brazos de una vecina, envuelta en una manta que Dolores le había bordado a Antonio cuando este era pequeño. Fue entonces cuando Dolores habló:

—El almacén de Esteban no se venderá —dijo—. Es lo único que tiene esta niña. Y algún día será suyo.

Nadie discutió. Cuando Dolores tomaba una decisión, el barrio la apoyaba. Así comenzó una nueva vida. En La Viña, el tiempo no se medía con relojes, sino con mareas. Coral creció al ritmo del mar: entre el ir y venir de las barcas, el olor a sal y el canto antiguo que escapaba de las casas como si las paredes supieran coplas.

Antonio y Dolores se instalaron en el almacén de Esteban. Dejaron el cuarto bajo de la calle de la Palma —con su mesa coja y su candil de aceite— a Bernardo, un pescador que había perdido la pierna izquierda en un temporal. Antonio Pargo cambió por completo al quedarse con la niña. Siempre parco en palabras, la pequeña lo transformó: ahora reía, gastaba bromas y seguía faenando en su barca, a la que llamó La Esperanza.

En la intimidad, llamaba a su hija Caracola. No solo porque el mar la había traído, sino porque su llanto sonaba como el eco dentro

de una concha: pequeño y profundo, como si llevara un océano entero en el pecho. Los primeros meses fueron duros. Antonio aprendió a calentar leche, a mecerla cuando el levante no la dejaba dormir y a envolverla en mantas viejas para protegerla de la humedad. Dolores le enseñó a coser pañales con retales y a rezar en silencio para que no enfermara.

El barrio los observaba con curiosidad: algunos con ternura y otros con desconfianza. No era habitual que un hombre criara solo a una niña, aunque fuera su hija, como Antonio proclamaba a los cuatro vientos.

—No es cosa de hombres —decían algunos.

—Es que la abuela Dolores ya está mayor —añadían otros.

Antonio la llevaba al amanecer a La Caleta. La sentaba en una caja de madera, protegida del sol, mientras revisaba las redes. Coral creció viendo el mar como otros niños ven el techo de sus casas. Aprendió a caminar sobre la arena antes que sobre la piedra; sus primeros pasos fueron hacia una gaviota. A los tres años, reconocía la campana de la barca de Antonio entre todas las demás. A los cinco, ayudaba a desenredar redes con sus pequeñas y pacientes manos. A los siete años, cantaba.

En La Viña se cantaba para todo: para trabajar, para llorar, para celebrar. Las coplas eran la sangre del barrio. Las mujeres cosían y cantaban; los hombres bebían y cantaban. Y Coral, con su voz dulce, parecía llevar la música en la piel, como su madre. Su nombre empezó a sonar por las esquinas.

—Ahí va la Coral —decían al verla pasar.

Ella sonreía sin saber que aquel nombre ocultaba una historia más grande que ella misma. Los rumores nunca desaparecieron del todo: sobre su origen, su madre o el extranjero. Pero Antonio caminaba erguido, como si nada pudiera alcanzarlo. Coral era feliz. No conoció el lujo, pero sí un amor sencillo: pan caliente al amanecer, el farol encendido al volver a casa y la manta bien colocada cuando el frío apretaba. Cuando Antonio la miraba, lo hacía como quien contempla algo sagrado. Creció sin saber que el mar le había dado más de lo que le había quitado. Y el barrio dejó de verla como a la niña sin madre para verla como lo que era: la hija del mar.

CAPÍTULO 1

Inglaterra, 1858, Ashcroft Hall

Edward Ashcroft tenía el rostro de quien aún no ha aprendido a desconfiar. No era el heredero, ni pretendía serlo. Nacido como el menor de tres hermanos —el tercero había muerto en la cuna—, su destino siempre había sido secundario: un nombre en el árbol genealógico, oficial de la Marina si lo deseaba o clérigo si prefería la quietud. Pero Edward no soñaba con uniformes ni púlpitos. Soñaba con la libertad, con mapas, con puertos lejanos y con el olor a brea y sal que traían los barcos de la Compañía de las Indias Orientales cuando atracaban en Portsmouth. No deseaba servir en el ejército.

Ashcroft Hall, la mansión familiar en las colinas de Hampshire, era un lugar de piedra gris y silencios largos. Su padre, lord George Ashcroft, había conocido tiempos mejores: las rentas de las tierras disminuían, las deudas aumentaban y su humor se agriaba con cada carta del banco. Era un hombre de mandíbula cuadrada y mirada que no admitía réplicas. Esperaba obediencia absoluta de sus hijos y siempre la obtenía del menor.

Peter, el mayor, era su orgullo. Alto, de hombros anchos, voz grave y modales impecables, Peter había aprendido pronto que el mundo recompensa a quien sabe esperar su turno. Hablaba poco, observaba mucho y, cuando sonreía, lo hacía con la precisión de quien calcula el beneficio. Edward lo admiraba sin reservas. Para él, Peter no era solo un hermano, sino el modelo de lo que un Ashcroft debía ser.

Edward, en cambio, era diferente. Tenía el cabello castaño claro, siempre revuelto por el viento incluso en los salones, y unos ojos azul claro que parecían escuchar antes de hablar. Poseía una sonrisa que desarmaba por igual a criados y damas. Reía con facilidad, preguntaba por el día a día de la cocinera y se detenía a charlar con los marineros del muelle como si fueran viejos amigos.

En la casa decían que era «demasiado bueno para este mundo». Y él, en secreto, lo creía.

Cuando su padre anunció su compromiso con Charlotte Whitmore, Edward lo recibió como un regalo inesperado. No estaba enamorado —todavía no—, pero confiaba en que el amor llegaría con el tiempo, como llegan las mareas. Charlotte era hermosa: cabello rubio recogido en bucles perfectos, ojos castaños que sabían bajar la mirada en el momento justo y una risa suave que llenaba los salones. Su familia tenía tierras en Devon y conexiones en la corte, por lo que el enlace resultaba conveniente para ambos linajes. Edward le llevaba flores silvestres que él mismo recogía, le escribía cartas desde cada puerto donde atracaba su pequeño bergantín y le hablaba de un futuro limpio: una casa junto al mar, hijos a quienes contar historias de viajes y noches sin sombras. Charlotte sonreía, asentía y le tomaba la mano con una ternura que a Edward le parecía suficiente.

Jamás habría sospechado de Peter. Su hermano siempre estaba allí: en las cenas familiares, en los paseos por el jardín, en las veladas en las que Charlotte tocaba el piano. Peter, que hablaba con ella de política y literatura mientras Edward contaba anécdotas de marineros. Peter, que nunca se equivocaba, ni en una palabra ni en un gesto. Edward respetaba a su hermano como a nadie. Le había confiado sus sueños y sus miedos, e incluso le mostraba las cartas que escribía a Charlotte antes de enviarlas para que las leyera y aprobara. «Eres un romántico incorregible», le decía Peter con una media sonrisa. Y Edward reía, feliz de que su hermano lo comprendiera.

Por eso, cuando regresó antes de lo previsto aquella tarde de otoño —el viento había cambiado y el bergantín había atracado con horas de antelación—, no entendió de inmediato lo que oía. Escuchó risas en la galería oeste. Era la risa de Charlotte, suave y ligera como el roce de una pluma. Y la voz grave de Peter, baja e íntima, respondiendo con palabras que Edward no alcanzaba a distinguir, pero que sonaban como caricias.

Edward se acercó sin hacer ruido, como quien no quiere interrumpir una conversación privada. El pasillo olía a cera de abeja

y a la lluvia que acababa de cesar en los jardines. La puerta de la galería oeste estaba entreabierta, apenas un palmo, lo justo para que la luz de las lámparas de gas se derramara en forma de hilo dorado sobre el suelo de mármol. Se detuvo. El corazón le dio un fuerte latigazo contra las costillas, como si quisiera escapar del pecho. Dio otro paso. Y otro. Sus botas apenas susurraron sobre la alfombra.

Entonces los vio. No pudo apartarse, no quiso.

Charlotte estaba recostada en el diván, con el vestido de muselina verde pálido caído hasta la cintura, como si fuera agua. Apoyaba una mano en el pecho desnudo de Peter, demasiado cerca, con los dedos abiertos como si reclamaran posesión. Peter tenía el rostro inclinado hacia ella, con su perfil perfecto recortado contra el crepúsculo, y sonreía de esa manera contenida que Edward siempre había admirado: controlada y segura.

La mano de él se movía por el interior de sus enaguas. Ella lanzó un gemido de auténtico placer. La respiración de Edward se detuvo. Era como si el tiempo mismo se hubiera detenido para permitir que el horror se desplegara con toda su crueldad. Los labios de Charlotte buscaron los de Peter en un gesto lascivo. No fue un beso casto ni apresurado; fue un beso cómplice, profundo y hambriento. Un beso que hablaba de noches ya compartidas y secretos guardados. Los ojos de ella se cerraron con un suspiro que Edward sintió como un cuchillo deslizándose entre sus costillas. El aire se volvió irrespirable.

Algo se rompió dentro de Edward. No con ruido ni estruendo, sino de forma silenciosa, como cuando una rama se quiebra bajo el peso de la nieve acumulada. Sintió unas náuseas ácidas y ardientes que le subían por la garganta. Le temblaron las piernas y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caer. El mundo se inclinó y se torció. Todo lo que había creído sólido —su hermano, su prometida, su hogar, su propia bondad— se deshizo en un instante, como ceniza al viento.

No gritó. No podía. La voz se le había quedado atrapada en algún lugar profundo del pecho, ahogada por el dolor que lo

inundaba como agua helada. Le quemaron los ojos unas lágrimas calientes, pero no las dejó caer. No allí. No donde pudieran verlo.

Retrocedió un paso; luego, otro más. El pasillo parecía no tener fin y las paredes se le echaban encima. Cada respiración era un esfuerzo y cada latido le recordaba que seguía vivo, aunque todo en su interior gritaba que había muerto. Corrió, no como un caballero, sino como un animal herido, escaleras abajo hacia el jardín trasero, donde nadie podría oírlo. Allí, entre los setos empapados, cayó de rodillas sobre la tierra húmeda. El vómito llegó primero: bilis amarga, el té que había tomado esa misma tarde. Después, el llanto: desconsolado, ahogado, como si le arrancaran el alma a tirones.

—¿Por qué? —susurró al suelo, a la lluvia, al vacío—. ¿Por qué tú, Peter? ¿Por qué?

No hubo respuesta. Solo el rumor lejano del mar, que nunca llegaba hasta Hampshire, pero que, en ese momento, Edward sintió en su propia sangre: frío, indiferencia, oscuridad.

Esa noche, cuando se enfrentó a Peter en la biblioteca, ya no era el mismo hombre. Su voz sonaba ronca y temblorosa, como si hubiera envejecido diez años en unas horas.

—¿Cuánto tiempo?

Peter no lo negó. Bajó la mirada un instante, solo un instante, y luego la levantó con esa calma helada que ahora Edward reconocía como arrogancia.

—No fue planeado —dijo—. Simplemente ocurrió.

Edward sintió que el suelo se abría bajo sus pies. El puño se le cerró con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en la palma hasta sangrar.

—¿Y padre? —preguntó, con la voz quebrándose.

Peter asintió despacio.

—Él... no lo sabe. Pero Charlotte y yo encajamos. Espero que lo comprendas…

Las palabras fueron peores que el beso. Peores que cualquier golpe. Edward miró a su hermano —al hombre al que había idolatrado, al que había defendido en peleas de niños, al que le había confiado sus sueños— y, por primera vez, lo vio no como un

modelo, sino como un ladrón. Un ladrón que no solo le había robado a Charlotte, sino también la fe en todo lo bueno.

Pensó en marcharse de inmediato. Solo se llevaría lo imprescindible. El mar lo esperaba en Portsmouth, indiferente y eterno. Subiría al bergantín mercante sin mirar atrás, porque el mar, al menos, no fingía lealtad. No prometía nada. Simplemente estaba allí, esperando a los desamparados para llevarlos lejos.

Y, por primera vez en su vida, Edward Ashcroft sintió que empezaba a aprender, a la fuerza y con sangre, a desconfiar.

***

La biblioteca de Ashcroft Hall olía a cuero viejo, a tabaco maduro y a la leña que ardía lentamente en la chimenea. Las llamas proyectaban sombras alargadas sobre los estantes repletos de volúmenes encuadernados en piel, pero la luz no lograba disipar la frialdad entre padre e hijo.

Edward entró sin llamar. Llevaba la chaqueta aún húmeda por la lluvia del jardín, el rostro pálido y los ojos enrojecidos. Se detuvo frente al escritorio donde su padre escribía cartas con mano firme, como si el mundo no se hubiera derrumbado esa misma tarde.

—Padre —dijo Edward. Su voz salió ronca, casi irreconocible—: Tengo que hablar con usted.

Lord Ashcroft levantó la vista despacio. No mostró sorpresa, solo una resignación helada, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Siéntate —ordenó, señalando la silla de cuero frente al escritorio.

Edward no se movió.

—No puedo casarme con Charlotte —dijo sin preámbulos—. No después de lo que he visto. No después de lo que Peter y ella...

El padre dejó la pluma sobre la madera con un golpe seco. El sonido resonó como un latigazo.

—¿Qué has visto exactamente, Edward? —preguntó con una calma mortal—. ¿Te ha jugado una mala pasada tu imaginación

febril?

Edward apretó los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—¿Mi imaginación febril? —preguntó, estupefacto—. Desde luego que no estaban tomando el té —añadió con voz envarada.

El padre soltó un suspiro largo.

—No voy a permitir ningún escándalo en la familia.

Edward no podía creer la indiferencia de su padre.

—¡Los vi, padre! Con mis propios ojos. En la galería oeste. Ella... con Peter, desnudos. No fue un error ni un malentendido. Fue... una traición.

Lord Ashcroft se reclinó en la silla y cruzó los brazos. Su rostro, surcado por las preocupaciones financieras de toda una vida, no mostró ni un ápice de compasión.

—Traición —repitió, como si probara la palabra—. Una palabra fuerte, hijo. Y peligrosa cuando se pronuncia en esta casa.

Edward dio un paso adelante, con la voz temblando de furia contenida.

—¿Peligrosa? ¿Para quién? ¿Para mí, que he sido el idiota que ha aceptado este compromiso mientras ellos...? —Al observar la expresión de su padre, soltó una exclamación ahogada de incredulidad—: ¿Usted lo sabía y no dijo nada?

El padre entrecerró los ojos.

—Lo que sé es que el enlace con los Whitmore es lo único que mantiene a flote a esta familia. Las deudas se acumulan. Las tierras producen menos cada año. Charlotte trae conexiones, dinero y estabilidad.

—¡Pues que se case Peter con ella! —soltó Edward, a punto de perder el control.

—Peter es el primogénito. Su matrimonio tendrá que ser elegido con cuidado, porque aportará prestigio y más fortuna a esta casa.

—¡Padre! —exclamó el hijo, estupefacto.

—Te ordeno que no montes una escena desagradable; ya sabes cuánto me desagradan.

Edward sintió que el suelo se movía bajo sus pies, como en un temporal.

—¿Y yo? —preguntó, casi en un susurro—. ¿Debo ser un peón sacrificado en beneficio del rey?

Lord Ashcroft se levantó por fin. Era más bajo que su hijo, pero su presencia llenaba la habitación como una sombra.

—Eres el hijo menor —dijo con voz baja pero cortante—; tu deber está claro desde que naciste. Peter heredará el título, la casa y lo que queda de la fortuna. Tú obedeces y apoyas mis decisiones.

Edward negó con la cabeza, con las lágrimas volviendo a quemarle los ojos.

—Peter... era mi hermano. Mi modelo. ¿Cómo puede pedirme que finja que no ha pasado nada? ¡No lo haré!

—No romperás el compromiso —interrumpió el padre, tajante —. Te tomarás un tiempo. Diremos que el mar te llama, que no estás preparado para casarte tan pronto. Pero no habrá escándalo. No habrá una ruptura pública que manche el nombre de los Ashcroft. Después de un tiempo regresarás y la tomarás como esposa.

—¡No!

—Harás lo que siempre has hecho: obedecer.

Edward soltó una risa amarga y rota.

—¿Obedecer? ¿Mi hermano me ha robado la dignidad y el honor, y usted lo aprueba porque salva las cuentas de la familia?

Lord Ashcroft dio un paso hacia él y, por primera vez, su voz se alzó cargada de ira fría.

—¡Basta! —bramó—. ¿Crees que disfruto viendo cómo mi hijo menor se retuerce como un niño herido? Pero la familia está por encima de tus sentimientos. Por encima de tu orgullo. Por encima de todo. Peter es el heredero y Charlotte reflotará, con su dote, la fortuna de esta familia.

Edward retrocedió, como si las palabras fueran golpes.

—¡Que Peter la despose! Total, ya ha probado sus carnes.

La mirada del padre se redujo a una línea fina.

—¡Me obedecerás!

—Pero ¿y mi dignidad, padre? ¿Cómo puede silenciar esta infamia?

—Porque pienso en la familia. Porque he usado toda mi influencia para lograr este compromiso para un hijo menor, sin fortuna y sin futuro —esas palabras le dolieron a Edward como si le hubieran clavado un puñal en el vientre—. Te casarás con ella. Así salvarás a esta familia.

—Entonces soy prescindible —dijo con la voz quebrada—. Un sacrificio conveniente.

El padre lo miró fijamente, sin piedad.

—Eres un Ashcroft.

Edward sintió que algo definitivo se rompía en su interior. No se trataba solo de su dignidad o su honor, ni de la admiración que sentía por Peter. Era la fe en su padre, en la familia y en el orden que siempre había considerado justo.

—¡Ni loco me prestaré a ello!

El padre entrecerró los ojos.

—Si deseas seguir siendo miembro de esta familia, me obedecerás o…

El hijo entendió perfectamente la amenaza de su padre, y tomó una decisión definitiva.

—Me marcho —dijo al fin, casi en un susurro—, y esta vez para siempre.

Lord Ashcroft se quedó inmóvil.

—Entonces vete —dijo con voz gélida—. Pero no esperes nada de esta casa. Ni un penique. Ni una carta. Ni un nombre que llevar con dignidad. Si eliges tu orgullo sobre tu deber, que el mar te mantenga.

Edward no respondió. Se dio la vuelta y salió de la biblioteca. La puerta se cerró tras él con un chasquido suave y definitivo. Al amanecer, ya no estaba en Ashcroft Hall. El mar lo esperaba en Portsmouth como siempre: frío e indiferente, sin promesas falsas. Subió al bergantín sin mirar atrás, con el pecho vacío y la lección aprendida: la familia a la que tanto había amado lo había defraudado. Ya no existía.

Y, por primera vez, Edward Ashcroft entendió que la verdadera traición no provenía de un beso robado, sino de un padre que prefería la ruina moral a la económica.

CAPÍTULO 2

Los meses siguientes a su partida de Ashcroft Hall fueron un bautismo de fuego para Edward. El bergantín mercante que lo llevó desde Portsmouth era un casco viejo y crujiente, cargado de lana y carbón con destino al Mediterráneo. Al principio, el dolor era una herida abierta: noches en las que se despertaba con la palabra «traición» en los labios o con la imagen de Peter sonriendo con arrogancia. El mar, que siempre había sido su refugio soñado, ahora era un látigo. Las olas lo azotaban, el viento le cortaba la piel y el trabajo a bordo —enrollar cabos, trepar mástiles, vigilar la carga— no le dejaba tiempo para lamentaciones. Era capitán de espíritu, pero marinero de práctica: aprendió a leer las estrellas con precisión, a anticipar tormentas por el olor del aire y a negociar con capitanes curtidos que lo miraban como a un señorito inglés perdido.

El primer puerto que tocó fue Lisboa, un hervidero de mástiles británicos y vapores que aprovechaban la neutralidad portuguesa para tejer las redes del comercio atlántico. Allí descargó parte de la carga y tomó ron y corcho a cambio, entre el bullicio de estibadores que gritaban en mil lenguas. Las tabernas del barrio de Alfama olían a bacalao frito y vino verde, y mujeres de ojos oscuros y risas fáciles lo invitaron a olvidar. Edward lo intentó: pasó una noche con una portuguesa de curvas generosas que le enseñó palabras que no figuraban en ningún diccionario. No fue amor, sino alivio; una tregua necesaria. Por primera vez, sintió que el peso gris de Inglaterra comenzaba a disolverse en la sal del sur.

De Lisboa puso rumbo al sur, rodeando África por el cabo de Buena Esperanza. El Atlántico Sur era un monstruo: olas como montañas y vientos que aullaban como almas en pena. Sobrevivió a un temporal que estuvo a punto de partir el mástil, y se ganó el respeto de la tripulación al tomar el timón durante horas con las manos sangrando por la fricción de las cuerdas. En Ciudad del Cabo, un bullicioso puesto británico, negoció especias y marfil. Allí adquirió su primer mapa detallado de rutas comerciales y empezó a soñar, no con volver, sino con dominar. Las mujeres holandesas e inglesas

expatriadas lo cortejaban; él disfrutaba de su libertad, de camas cálidas sin compromisos y de cuerpos que no traicionaban.

Siguió hacia el este, hasta el océano Índico. Bombay fue un choque de colores y olores: curry flotando en el aire y mercaderes indios regateando seda y opio. Edward invirtió sus ahorros en té y algodón, que vendió con ganancia en Singapur, un puerto británico en pleno auge lleno de oportunistas como él. Aprendió a navegar con los monzones, a evitar a los piratas malayos y a cerrar tratos en tabernas donde el humo del opio nublaba la mente, pero aguzaba el instinto. Su piel se fue tostando bajo soles implacables y su cabello, aclarado por la sal y el viento, se volvió casi blanco. Ya no era el joven pálido de Hampshire: era un hombre endurecido, con cicatrices en las manos y una barba que se recortaba él mismo.

De Singapur viajó a Hong Kong. Allí, el comercio era frenético: té chino a cambio de plata inglesa. Edward capitaneó su primer viaje independiente alquilando un pequeño schooner. Negoció con mandarines y mercaderes cantoneses, aprendiendo que el regateo era un arte de guerra. Las noches en los burdeles flotantes del puerto eran un bálsamo: mujeres de ojos enigmáticos le enseñaron placeres que Charlotte nunca habría imaginado. No echaba de menos Inglaterra; si llegaban cartas de su padre, las quemaba sin abrir. El dolor se había convertido en carbón para su ambición.

Regresó al Atlántico cruzando el Pacífico y tocando Valparaíso, un puerto vibrante de exiliados europeos, y luego Río de Janeiro, donde el azúcar y el café fluían como ríos. En Brasil, bailó en carnavales improvisados y sintió por primera vez que era libre de verdad. Su cuerpo había cambiado: músculos forjados por el trabajo en cubierta, piel bronceada como la de un marinero nato y ojos que ya no buscaban aprobación, sino oportunidades.

Al cabo de un año, había acumulado lo suficiente: vendió su participación en los cargamentos rentables y compró su propio barco, un clíper rápido y elegante al que llamó Liberty. Era una nave esbelta cuyas velas capturaban el viento como águilas. Con ella surcó las rutas atlánticas: Nueva York, Boston, Filadelfia. Los puertos americanos eran un caos prometedor. En Nueva York descargaba

manufacturas inglesas y cargaba algodón del sur; en Boston, intercambiaba ron por hielo cortado de los lagos.

Fue en Nueva Inglaterra donde decidió echar raíces. Boston, con su puerto bullicioso y su aire de independencia, le recordaba cómo podría haber sido Inglaterra sin títulos ni traiciones. Con sus ganancias, Edward adquirió una hermosa propiedad en las afueras de Boston, en la costa de Marblehead, un pueblo pesquero con vistas al Atlántico donde el mar rugía como en sus sueños de niño. Era una casa de madera blanca con un jardín que descendía hacia el agua y un muelle privado para su barco. Allí plantó manzanos, como en Hampshire, pero sin el peso de la familia. Disfrutaba de una libertad absoluta: cenas con capitanes estadounidenses y noches con mujeres que no exigían anillos.

Su reputación creció. Era el mejor navegante que muchos habían visto: anticipaba tormentas y calculaba rutas que ahorraban semanas. Cuando la Marina Real Británica se enteró de sus hazañas, le ofreció ingreso directo como capitán. Una carta formal llegó a Boston: «Su Majestad valora hombres de su calibre». Edward la leyó frente al mar, se rio con amargura y la lanzó a las olas. No volvería. Ni por lealtad a una corona que permitía injusticias como la suya.

Ya no añoraba nada de Inglaterra. El dolor se había transmutado en fuerza. Disfrutaba de su vida: el mar, el comercio y la libertad. El Liberty era ahora una nave imponente, con una tripulación leal que lo seguía a cualquier ruta. A los veintiocho años, Edward Ashcroft era un hombre nuevo: tostado por el sol de tierras lejanas, y la mirada puesta en el horizonte sin miedo.

Sin embargo, el destino, caprichoso como el océano, lo llevaría pronto al sur de Europa. Los rumores de mercados prósperos en el Mediterráneo occidental lo tentaban.

***

Boston bullía de actividad en esos años posteriores a la guerra. El puerto era un caos de vapores y veleros, con inmigrantes irlandeses descargando barriles y mercaderes yanquis cerrando

tratos en las tabernas del North End. Edward solía frecuentar el Union Club, un lugar de encuentro para capitanes y comerciantes británicos expatriados, donde el humo de puros cubanos se mezclaba con conversaciones sobre rutas transatlánticas y fortunas ganadas en el Pacífico. Una noche de otoño, su vida tomaría un giro inesperado en ese lugar.

El intermediario fue Samuel Hargrove, un armador bostoniano de origen escocés que había conocido a Edward en un viaje a Valparaíso. Hargrove era un hombre corpulento, de bigote encerado y risa estruendosa, que había hecho fortuna con un negocio que a muchos les parecía un delirio: el comercio de hielo.

Cortaba bloques inmensos de los lagos congelados de Maine y los enviaba a las Indias en bodegas especialmente aisladas. El secreto, le confió una noche entre humos de tabaco, no estaba en el frío, sino en el aserrín. Los bloques se estibaban juntos, formando una masa compacta, y se envolvían en capas espesas de viruta de madera y paja que actuaban como un pulmón seco, impidiendo que el calor del Atlántico devorara el cargamento. Así, el invierno de Massachusetts llegaba, todavía sólido, a los palacios de Calcuta y a los puertos de Cádiz.

Hargrove encontró a Edward en la sala de billar del club, donde este jugaba una partida distraída con un capitán retirado. Bajo la luz de las lámparas de aceite, el armador le propuso un trato que olía a salitre y a una libertad que Edward ya no podía rechazar.

—Ashcroft, viejo lobo de mar —bramó Hargrove, dándole un fuerte golpe en la espalda que derramó el whisky de Edward—. Tengo a alguien que debes conocer. Un pez gordo de la Royal Navy, nada menos. El comandante Sir Reginald Beaumont, oficial de Su Majestad, destinado como ataché diplomático en Boston.

Edward arqueó una ceja y enderezó la bola en el taco. No le entusiasmaban los recordatorios de Inglaterra, y mucho menos los de la Marina Real, que le había ofrecido un puesto que había rechazado con desdén. Pero Hargrove insistió.

—Es un noble, con título y una gran fortuna. Conde en Devonshire. Pero no es uno de esos estirados de Whitehall. Ha navegado por medio mundo y ahora está destinado en el consulado

británico de State Street. Quiere invertir en comercio. Te lo digo, es oro puro. Busca un capitán osado, con reputación probada. Y tú, mi amigo, eres el hombre.

Edward dudó.

Era conocido por su habilidad como navegante: había esquivado huracanes en el Atlántico Sur, negociado con piratas malayos en el Índico y convertido modestos cargamentos en fortunas en los muelles de Singapur y Hong Kong. Sin embargo, una inversión de un oficial británico podía traer complicaciones relacionadas con la familia que había dejado atrás. Sin embargo, la curiosidad —y el olfato para los buenos tratos— pudieron más.

—Está bien —concedió—. Escucharé su oferta.

La reunión se concertó para la cena del día siguiente en el Parker House, un elegante hotel del centro de Boston famoso por sus rollos de pan y sus huéspedes ilustres. Edward llegó puntual, vestido con un traje de lana oscura que resaltaba su complexión atlética; llevaba el cuello de la camisa abierto lo justo para dejar ver la cadena de oro que había comprado en sus días en Bombay. Hargrove ya estaba allí, charlando animadamente con un hombre de unos cincuenta años de impecable porte.

Sir Reginald Beaumont encarnaba la aristocracia naval victoriana. Era alto y erguido, y llevaba el uniforme de gala de la Royal Navy: chaqueta azul con botones dorados y charreteras que denotaban su rango de comandante. Exudaba autoridad sin esfuerzo. Su cabello plateado estaba peinado hacia atrás y su bigote, recortado con precisión militar. Sin embargo, lo que captó inmediatamente la atención de Edward fueron sus ojos: un violeta profundo, vivo y brillante, como amatistas pulidas bajo la luz de las lámparas de gas. Eran ojos que parecían contener tormentas lejanas, que no parpadeaban al escudriñar a un hombre. Edward sintió un escalofrío inexplicable.

—Lord Beaumont —dijo Hargrove, presentándolos—. Le presento a Edward Ashcroft, el mejor capitán mercante que ha pisado estas costas. Ha cruzado el Pacífico como si fuera un estanque y su barco, el Liberty, es la envidia de todo el Atlántico.

Beaumont le tendió una mano firme, con un agarre como el de un marinero experimentado.

—Un placer, señor Ashcroft. He oído hablar de usted. Sobrevivió a un temporal en el cabo de Buena Esperanza que habría hundido a media flota. Y sus tratos en Oriente... impresionantes.

Edward inclinó la cabeza sin poder apartar la vista de sus ojos inusuales, casi hipnóticos, y por un momento le evocaron un atisbo de algo etéreo, como el crepúsculo sobre el mar.

—El placer es mío, milord. Hargrove me ha dicho que quiere invertir en comercio. ¿Qué le trae a Boston, aparte de los deberes diplomáticos?

Se sentaron en una mesa junto a la ventana con vistas a la bulliciosa School Street. El camarero sirvió ostras frescas y un clarete francés, mientras Hargrove se excusaba brevemente para saludar a un conocido. Beaumont, con voz grave y modulada por años de mando, comenzó a hablar.

—Mi papel aquí es el de ataché naval en el consulado británico. Superviso los intereses marítimos, ayudo a resolver disputas comerciales y represento a Su Majestad en estas costas americanas. Boston es un centro vital: con su puerto y sus conexiones con Europa, es perfecto para un hombre como yo. Pero no estoy aquí solo por deber. Tengo una fortuna personal heredada de mis tierras en Devon y quiero aumentarla. El comercio es el futuro, Ashcroft.

Edward asintió mientras comía una ostra. Beaumont continuó y sus ojos violeta brillaron con intensidad.

—Busco un capitán valiente y osado, con una reputación probada. Alguien que no tema a las rutas peligrosas ni a las negociaciones difíciles. He oído hablar de sus hazañas: evadió bloqueos en el Pacífico y negoció con mandarines en Hong Kong—. Usted es ese hombre.

Edward sonrió levemente, pero su mente estaba en aquellos ojos. Sacudió la cabeza, concentrándose.

—¿Qué me propone?

Beaumont se inclinó hacia adelante y bajó la voz como si compartiera un secreto.

—Rutas hacia el Mediterráneo occidental, Ashcroft. Concretamente a Cádiz, esa joya blanca que custodia las llaves del comercio con las Antillas y el África. Los nuestros han descuidado aquel puerto desde que los cañones de Wellington dejaron de tronar en la Península, y es un pecado que no pienso seguir cometiendo. —El noble tomó aire antes de continuar—. Quiero invertir en el espíritu de Jerez. No hablo de cualquier aguardiente, sino del brandy de las soleras más viejas, criado en botas de roble que han acunado el jerez durante generaciones. Es un elixir de una nobleza oscura, Ashcroft; tiene la fuerza del sol de Andalucía y esa dulzura que tanto ansían los paladares de Boston y Nueva York. En nuestras ciudades hay una sed insaciable de licores finos que distingan a un caballero de la plebe. Podemos fletar barriles por docenas y venderlos a precio de oro en Massachusetts. Yo pondré el capital para la saca inicial; usted pondrá su pericia, su barco y ese temple que solo se forja en alta mar. ¿Qué me dice? ¿Está dispuesto a cambiar el hielo de Maine por el fuego de España?

Edward frunció el ceño, calculando mentalmente. El espíritu de Jerez era legendario: un aguardiente de vino envejecido por el sabio sistema de soleras que se despachaba desde Cádiz a los confines del mundo. En las florecientes ciudades de la Unión, el lujo del Viejo Mundo se pagaba con creces. Cádiz, además, seguía siendo un puerto de privilegios, una escala natural para los cargamentos de tabaco de la Real Factoría de la Habana o el café de las posesiones españolas, lo que aseguraba una bodega siempre llena para el tornaviaje.

—¿Y el beneficio? —preguntó Edward, yendo al grano con la sequedad del marino.

Beaumont extrajo un pliego de su levita, donde había anotado varias columnas de cifras con caligrafía apretada.

—Mi inversión inicial será de diez mil soberanos. Usted pondrá proa a Cádiz y parlamentará con los almacenistas locales; cuento con recomendaciones de peso en el consulado. Traiga quinientos barriles. Estimo un coste de unas nueve libras por bota, dada la excepcional vejez que busco. Su venta en los muelles de Boston o Nueva York no bajará de las veinticinco o treinta libras; hay una sed

de distinción en nuestras logias y clubes que no entiende de ahorros. El rédito neto, Ashcroft, triplicará el capital en un solo semestre, una vez liquidados los derechos de aduana, el fletamento y las primas de seguro. Es una apuesta audaz, lo reconozco, pero en sus manos, con su reputación para burlar temporales y negreros en el Atlántico, el riesgo se vuelve humo.

Edward estudió los números. Era una oferta formidable: oro fresco para ampliar su flota y una ruta que le permitiría cambiar la cellisca de los puertos del Norte por el sol de España. Pero, por encima del negocio, había algo en Beaumont que lo cautivaba. Aquellos ojos violetas, tan vivos y extraños, parecían atrapar la luz de las lámparas de aceite para devolverla cargada con un secreto que Edward ardía por descifrar.

—Háble me de usted, *Commander* —dijo Edward, aprovechando que Hargrove se demoraba con el servicio del vino—. Un hombre de su posición... ¿qué le impulsa a arriesgarse en estas lides? ¿Tiene familia que aguarde su regreso en Inglaterra?

Beaumont sonrió, una expresión de una calidez inesperada que suavizó la rigidez de su porte militar.

—Soy, ante todo, un hombre de mar, Ashcroft. Como usted. Serví a su Majestad en la *Royal Navy* desde los quince años; mis mejores años se quedaron en las cubiertas de los navíos de línea por el Mediterráneo y en las estaciones de las Indias Orientales. Ahora, mi despacho diplomático me concede el lujo de atender mis propios intereses. Soy el conde de Brayton, y mi hogar está en las brumas de Devonshire. Allí me aguarda mi esposa, Lady Eleanor, una mujer excepcional nacida y criada en los astilleros de Plymouth; comprende el lenguaje del salitre mejor que muchos de mis oficiales.

Beaumont se recostó, dejando que el humo de su cigarro dibujara volutas en el aire denso del club.

—Eleanor es el ancla de mi vida. Y nuestros hijos... Arthur, que ya cuenta con veinticuatro primaveras, y el joven Geoffrey, de veinte. Son hombres prometedores, Ashcroft; ambos han heredado esta mirada de ojos claros y esa inquietud por el horizonte que nos corre por las venas. Los extraño con una punzada en el pecho cada vez que las misiones me alejan de la costa inglesa, pero es

precisamente por ellos por quienes cierro estos tratos: para que el patrimonio de los Brayton sea tan vasto como el océano que navegamos.

La mención de la familia le removió a Edward algo en el fondo del pecho, un eco amargo de su propia traición familiar, pero lo apartó con la disciplina de quien sabe que los remordimientos no hinchan las velas.

—Suena a una vida plena —comentó con voz neutra—. Aunque debo decir que esos ojos suyos son... inusuales. Brillan como gemas bajo esta luz.

Beaumont soltó una carcajada grave, un sonido que parecía venir de la bodega de un barco.

—Herencia de mi estirpe. Mi abuela materna los tenía, y mi madre también. Entre la gente de mar de Devonshire dicen que traen suerte, pues aseguran que avisan de las tormentas antes de que el barómetro caiga. ¿Por qué lo pregunta, Ashcroft? ¿Acaso ve un temporal en ellos?

—Me intrigan, simplemente —contestó Edward con una sinceridad inusual en él.

Para relajar la tensión, Edward compartió algunas de sus propias crónicas:

—En Bombay, durante la última monzón, negocié seda con un maharajá que se empeñó en ofrecerme a su hija en matrimonio. La rechacé, por supuesto. La libertad es la única esposa a la que guardo fidelidad ahora.

Hargrove, que regresaba con una nueva botella, bromeó con su habitual estruendo:

—¡Y qué esposa más exigente! Pero este trato con el brandy de Jerez, amigo mío, será tu mejor amante. No da quejas y solo mejora con los años.

Pasaron entonces a discutir los riesgos del viaje: los últimos restos de piratería en las costas de Berbería —más molestos que peligrosos ya en estos años— y, sobre todo, la maraña de aranceles de la aduana española. Beaumont, sin embargo, se mostró confiado; sus cartas de presentación diplomáticas eran llaves que abrían cualquier puerto.

La cena languideció entre relatos de tormentas compartidas y tratos astutos. Beaumont detalló la derrota: de Boston a las Azores para reabastecerse de agua y víveres frescos, y de allí, proa directa a Cádiz, buscando el abrigo de la bahía antes de que los vientos de levante complicaran la entrada. Habló de un socio que había triplicado su capital con el *Sherry*, y Edward, cautivado, vio el potencial: no era solo el oro, era el pretexto perfecto para una nueva aventura, una huida de la monotonía de los puertos americanos.

Al final de la noche, con las copas llenas de un brandy local que palidecía ante la promesa de lo que estaba por venir, sellaron el acuerdo con un apretón de manos. El oro de Beaumont, la pericia de Edward y el ojo de Hargrove. El destino estaba en marcha.

Al partir, Beaumont dijo: «Confío en usted, Ashcroft. Traiga ese brandy y hagamos historia».

Edward zarpó semanas después con el Liberty, cargado de bienes de trueque.

CAPÍTULO 3

En La Viña, el tiempo no se medía por calendarios, sino por el vaivén de las mareas y las estaciones de pesca. Habían pasado dieciocho años desde que Antonio Pargo encontró a la niña en la barca rota y Coral Pargo —o Caracola, como aún la llamaba su padre en la intimidad— se había convertido en una mujer cuya gracia recordaba al mar en cada movimiento, y que poseía una voz que parecía nacer de las profundidades del océano. El barrio la adoraba; su encantador carácter, una mezcla de picardía gaditana y ternura sincera, hacía que todos la buscaran para una broma, un consejo o simplemente para recibir una de sus sonrisas, que iluminaban las estrechas calles. Sin embargo, Coral había aprendido a desconfiar de los extranjeros, esos marineros de paso que llegaban con promesas de otros mundos y se iban dejando solo ecos vacíos. Su abuela Dolores y su padre, Antonio, se lo habían advertido desde pequeña: «El mar trae tesoros, pero también serpientes con acento extraño», repetía Dolores con su voz refunfuñona, mientras Antonio asentía, con los ojos ensombrecidos por recuerdos que no compartía.

El almacén de Esteban, que había heredado Coral, pero que administraba la familia, había crecido con los años. Lo que empezó como una modesta tienda de víveres para pescadores se había ampliado hacia la calle, y parte del espacio se había convertido en una taberna que atraía a viajeros, marineros y gente del lugar. Antonio, cuyo corazón había empezado a fallar tras décadas de madrugadas frías y temporales en La Caleta, había dejado la pesca a regañadientes. «El mar me lo ha dado todo, pero ahora me cobra», decía con una risa ronca mientras ayudaba en la taberna sirviendo jarras de vino.

Dolores seguía al frente del almacén y la tienda: una abuela gruñona que regateaba los precios con mano dura, pero que se derretía cuando Coral le traía un ramo de flores silvestres recogidas cerca de la playa. «Esta niña me va a matar de dulzura», gruñía, aunque sus ojos la traicionaban con un brillo de orgullo.

La taberna se llamaba «La Caracola», un nombre que Antonio había elegido y que estaba escrito en un letrero de madera desgastada por la sal que colgaba sobre la puerta. Era un lugar humilde, pero acogedor: paredes de piedra encalada que rezumaban humedad en invierno y vigas bajas donde colgaban redes antiguas como trofeos. El suelo era de baldosas irregulares manchadas por años de pisadas y derrames, y las mesas, hechas de barriles viejos y tablas recicladas, se apiñaban en un espacio que olía a aceite caliente, vino y humo de tabaco. Al fondo, un mostrador de madera oscura separaba la cocina del salón, donde Dolores guardaba las cuentas en un libro ajado, refunfuñando por los clientes que pedían fiado. «Aquí se paga al momento o te vas con el estómago vacío», espetaba a los despistados.

Lo que servían era la esencia misma de la bahía: viandas sencillas pero de un sabor profundo, arrancadas al mar y a la tierra ese mismo día. El pescado frito era el soberano absoluto: boquerones de plata crujientes y puntillitas salteadas con ajo y perejil que llegaban a la mesa en lozas calientes, aun chisporroteando por el aceite de oliva. No faltaban las tortillitas de camarones, finas como un encaje de bolillos y doradas por el fuego, ni el cazón en adobo, marinado en vinagre de yema y pimentón con ese toque de orégano que invitaba a empinar la bota de vino.

Para beber, no había más ley que el vino del Marco: el fino seco y punzante que despertaba el alma, o el amontillado, robusto y viejo, traído en pequeñas botas desde las bodegas cercanas. A veces, algún viajero extraviado preguntaba por la cerveza de su tierra, pero Antonio lo despachaba con un guiño y una sentencia:

—Pruebe usted este caldo, caballero, que está bendecido por el mismo salitre que baña estas murallas.

De postre, el consuelo era humilde pero glorioso: un arroz con leche espeso, espolvoreado con canela de las Indias, o el tocino de cielo que Dolores elaboraba con las yemas sobrantes de la clarificación del vino; un bocado dulce, denso y pegajoso como un beso robado en un callejón oscuro.

Coral ayudaba en todo: servía mesas con gracia, charlaba con los clientes para que se sintieran como en casa y limpiaba al cierre

mientras canturreaba coplas bajito. Tenía una voz prodigiosa, un don que había florecido con los años: profunda y clara, con un timbre que evocaba el rumor de las olas y el lamento de las gaviotas. En La Caleta todos la querían por eso; los niños se le acercaban para pedirle una canción y los viejos pescadores cerraban los ojos al oírla, recordando amores perdidos. Pero Coral cantaba poco en público, salvo en noches especiales, cuando algún pretendiente insistente lograba convencerla.

Uno de ellos era Miguel Ponce, un estudiante de medicina de veintidós años, hijo de un médico del barrio de Santa María. Era alto y delgado, con el cabello largo hasta el cuello, lo que le daba un aire de bribón, y siempre llevaba una guitarra colgada al hombro. Aparecía en la taberna cada viernes al atardecer. Estudiaba en la Universidad de Cádiz con la esperanza de curar las fiebres que azotaban los muelles, pero en realidad lo que quería era estar cerca de Coral. «Toca para estar cerca de ella», decían las vecinas con una sonrisa pícara. Miguel se sentaba en una esquina, afinaba las cuerdas con los dedos firmes y esperaba a que la noche cobrara vida. Cuando los clientes pedían música —cosa que siempre ocurría —, empezaba con fandangos suaves, y sus dedos volaban sobre el mástil como si invocaran al viento de levante.

Una de esas noches de estío gaditano, el aire se colaba por los portones abiertos, denso y cargado con ese aroma contradictorio de la ciudad: salitre, brea y el jazmín que trepaba por los muros blancos. La taberna bullía de vida; pescadores que brindaban por una buena redada, un par de marinos extranjeros que desfiguraban la realidad con sus historias y vecinos que estiraban la noche entre risas y humo de tabaco de contrabando. Antonio, tras el mostrador de madera vieja, servía las medias copas con un orgullo que no le cabía en el pecho, siguiendo con la mirada a su hija.

—Mira qué planta tiene mi Caracola, mare —le susurró a Dolores.

—Planta de reina y ojos de perdición —gruñó la anciana sin levantar la vista de la loza—. Ten cuidado, Antonio, que esa luz que desprende atrae a los lobos de mar.

En un rincón, Miguel comenzó a acariciar las cuerdas de su guitarra. Un rasgueo amargo y lento, un quejío de madera que hacía vibrar el aire espeso. Coral, que andaba retirando platos, se detuvo en seco y le regaló una sonrisa que iluminó la penumbra.

—¡Canta, muchacha! ¡Suéltale un jaleo a este viejo! —exclamó un pescador curtido por el levante.

Coral se resistió, sintiendo el calor subiéndole a las mejillas, pero la guitarra de Miguel insistía, buscándola con unos acordes que parecían hilos de seda. Cedió, finalmente, y su voz se fundió con el cordaje, como la marea se funde con la orilla al anochecer.

Cantaba coplas de amores náufragos y esperas infinitas, de esas que narran cómo el mar se traga las promesas: *«El mar me dio un beso de sal y yo le entregué el alma, pero el agua es traicionera y se llevó mi calma»*. Su voz, una mezcla de terciopelo y arena, hechizó la estancia. Los extranjeros enmudecieron, los marineros cerraron los ojos y Miguel, embelesado, parecía guiar con sus dedos el latido mismo de la joven.

Luego, para espantar la melancolía, mudó el tono a una tonada más viva, de esas que se bailan en los patios de vecinos: *«En Cádiz vive una niña con ojos de anochecer, que roba las voluntades sin quererlo pretender»*. La taberna estalló en aplausos y ruidos de jarras contra las mesas. Antonio reía, henchido de vanidad, mientras Dolores se santiguaba en la sombra, presintiendo que aquella voz llegaría a oídos que no deberían escucharla.

Pero Coral había aprendido la lección a los catorce años, cuando forjó en fuego su desconfianza hacia los extranjeros. Fue un verano bochornoso, con el levante soplando arena por las calles. Un marinero italiano había atracado en Cádiz con un barco mercante de Génova. Se llamaba Pietro, o al menos eso dijo, y entró en el almacén pidiendo provisiones. Sus ojos se clavaron en Coral, que entonces era una adolescente con trenzas y una curiosidad inocente, ayudando a Dolores a empaquetar sardinas saladas. Volvió al día siguiente y al siguiente, comprando tonterías: un poco de queso, una botella de vino; solo quería charlar con ella en un español torpe.

—Eres hermosa como el mar —le dijo una tarde, mientras extendía la mano para tocar su mejilla.

Coral dio un paso atrás, pero él insistió y la siguió por la calle cuando salió a por agua. «Ven conmigo, pequeña. Te enseñaré Italia, sus palacios y jardines». Ella se negó, firme pero educada, como le había enseñado su padre. Pero él no se dio por vencido. La arrinconó contra una pared en un callejón cerca de La Caleta, con el aliento oliendo a ron y las manos agarrándola por los brazos. «No seas tonta, niña. Los italianos sabemos tratar a chicas como tú». Coral gritó y pataleó, y su voz, aún infantil pero potente, atrajo a los vecinos. Antonio llegó corriendo con un remo en la mano y golpeó al marinero hasta que este huyó sangrando hacia el puerto. «Nunca más te acerques a un extranjero», le dijo Antonio esa noche, abrazándola mientras lloraba. Dolores añadió: «Son serpientes con acento. Promételo».

Desde entonces, Coral desconfiaba. En la taberna, sonreía a los viajeros, pero mantenía las distancias; sus ojos, profundos como el anochecer sobre el mar, medían cada mirada. Miguel, con su guitarra y su devoción sincera, era diferente: un gaditano de pura cepa que soñaba con curarla si alguna vez enfermaba. Esa noche, tras la última copla, él se acercó a ella y le dijo: «Cantas como los ángeles, Coral». Ella sonrió: «Y tú tocas para conquistarme, ¿eh?». Antonio los observaba desde lejos, orgulloso; Dolores refunfuñaba, pero en el fondo sabía que su nieta era tan fuerte como el mar que la había traído.

La vida en La Caracola continuaba con risas, canciones y advertencias. Coral crecía, ajena a que el mar, caprichoso, traería pronto un extranjero diferente, uno cuya mirada no olvidaría.

CAPÍTULO 4

El Liberty surcaba las aguas del Atlántico con la elegancia de un ave migratoria, con las velas hinchadas por un viento favorable que parecía susurrar promesas de nuevos comienzos. Edward Ashcroft, de pie en la proa, sentía cómo el sol del mediodía le calentaba la piel tostada mientras el horizonte se abría para mostrarle, por primera vez en su vida, las costas de Cádiz. Nunca antes había puesto pie en el reino de España, aunque había oído hablar de él en las tabernas de Boston y Singapur: un puerto antiguo, un bastión de marineros y comerciantes, una ciudad que bailaba al ritmo del mar. Pero nada lo había preparado para la explosión de vida que se desplegó ante él.

El barco se acercaba lentamente al muelle. El aire se llenó de olores intensos y embriagadores: salitre fresco mezclado con el aroma ahumado del pescado frito que subía desde las casas cercanas, el dulzor del jazmín y de las naranjas maduras que perfumaban las calles adyacentes y un toque picante de especias (pimentón y azafrán) que escapaba de las cocinas abiertas. Era una mezcla de olores vivos y terrosos que contrastaba con los olores fríos y metálicos de los puertos americanos o el exotismo opresivo de Bombay. Aquí, el olor era acogedor, como un abrazo cálido que prometía historias y risas compartidas.

La vista era un tapiz de una fuerza brutal que robaba el aliento. Las murallas de la ciudad, de esa piedra ostionera oscura y porosa, relucían bajo el sol de la tarde con un resplandor cobrizo, como si estuvieran hechas de arena compactada por los siglos. Contrastaban con el blanco de cal de las azoteas que asomaban por encima, creando un juego de luces cegadoras que se reflejaban en el agua del puerto. Al fondo, la Catedral Nueva, con su cúpula de azulejos dorados, se erguía como un faro de fe sobre un desorden de torres miradores y balcones de hierro que ya empezaban a mostrar el orín del salitre.

El bullicio en los muelles era ensordecedor: el traqueteo de los carros sobre el empedrado, el grito rudo de los estibadores que

cargaban botas de vino y el olor denso a brea, pescado fresco y vino derramado. No era un caos dulce, sino un latido vivo y hambriento.

Y las gaditanas... esas mujeres eran un poema de fuego en movimiento. Edward las observaba desde la cubierta del *Liberty* y sintió cómo su corazón, endurecido por los inviernos de Massachusetts, se agrietaba ante una belleza sin parangón. Eran mujeres de piel olivácea, con el cabello oscuro recogido en moños apretados y ojos que parecían contener toda la profundidad de una noche sin luna. Caminaban con una gracia antigua, envolviéndose en mantones de flecos que ondeaban al ritmo de sus caderas, cargando canastas con la dignidad de quien no teme al trabajo ni al sol. No eran las bellezas pálidas y lánguidas de Hampshire; aquí, la hermosura era tierra, sal y sangre.

Desde su posición en la proa, Edward abarcaba el anfiteatro del puerto. A babor, los dedos de piedra de los muelles estaban repletos de mástiles: bergantines franceses, galeones británicos y algún clíper yanqui que, como el suyo, descansaba de la travesía atlántica. A estribor, la costa se curvaba hacia el perfil bajo de La Caleta, donde las rocas afiladas emergían de la espuma como centinelas negros.

Sintió una punzada de algo que hacía años no experimentaba: esperanza. Aquel puerto no era solo un destino para descargar hielo y cargar brandy; era un bálsamo. Entre el rumor constante que subía desde el barrio de La Viña y el griterío de las gaviotas, Edward Ashcroft comprendió que Cádiz era el lugar donde un hombre roto podía, quizás, dejar que el pasado se ahogara por fin en el mar.

De pronto, por encima del fragor metálico de las cadenas y el griterío del muelle, una voz se alzó con una autoridad sobrenatural. Era una melodía que Edward no alcanzaba a descifrar; un encadenamiento de sílabas en ese castellano cerrado de la Andalucía que él solo conocía por ecos. En sus escalas en La Habana o San Juan de Puerto Rico había aprendido palabras sueltas —*agua, amor, sangre*—, términos que los marineros arrojan sobre el mostrador junto a las monedas de plata. Sin embargo, lo que escuchaba ahora no era una canción de taberna, sino un lamento del alma, un quejío

que vibraba en el aire caliente con la pureza de un cristal rompiéndose.

Edward se quedó inmóvil, sintiendo cómo el corazón le golpeaba las costillas con la fuerza de un oleaje imprevisto. La voz era femenina, joven y salvaje; poseía un timbre que resonaba en su pecho como el eco atrapado en el fondo de una caracola. Creyó cazar al vuelo términos que le resultaban familiares —*mar, beso, salado*—, y por un instante febril, su mente tradujo una frase que le erizó la piel: *«El mar me dio un beso de sal...»*. El resto se lo llevó el viento de levante, convirtiéndolo en un susurro inalcanzable. No necesitaba entender la sintaxis; la desesperación y la entrega de aquella voz eran un lenguaje universal que le atravesaba el puente del barco y el pecho.

Buscó el origen del sonido con la mirada entrecerrada, girando la cabeza desde su atalaya en la proa. ¿De dónde brotaba aquel hechizo? ¿De la penumbra de un almacén de vinos donde los hombres buscaban olvido? ¿De alguna ventana alta en el laberinto de La Viña, donde una mujer cantaba para espantar las sombras de la tarde? ¿O venía acaso de la misma orilla de La Caleta, donde las manos de las pescadoras castigaban las redes contra la piedra ostionera?

Todo el puerto parecía latir al ritmo de esa garganta que rebotaba en las murallas y se trenzaba con el graznido de las gaviotas. Edward sintió un nudo en la garganta, una emoción limpia y antigua: la certeza de que, tras años de errar por océanos grises, había tropezado con algo que su alma buscaba en el vacío. Aquella voz no necesitaba que él comprendiera sus palabras para colonizarle el pensamiento.

Mientras el *Liberty* terminaba de cobrar las estachas para quedar amarrado al muelle, Edward esbozó una sonrisa incrédula. No importaba en qué callejón se ocultara aquella mujer; él seguiría el rastro de ese cante. Porque en Cádiz, por primera vez desde su huida, el mundo parecía estarle gritando su nombre.

***

Edward bajó por la pasarela con paso firme. El sol de la tarde le daba en la cara como una bienvenida ruda, pero cálida. El *Liberty* ya estaba amarrado en el muelle comercial, entre un bergantín francés y un vapor de ruedas que escupía humo negro. La tripulación se dispersó con la rapidez de hombres que llevaban semanas sin pisar tierra firme: unos se dirigieron a las tabernas del puerto, otros fueron a buscar provisiones y otros simplemente salieron a estirar las piernas. Edward los vio alejarse con una media sonrisa; sabía que la disciplina regresaría cuando fuera necesario, pero por ahora les concedía unas horas de libertad.

Su primer destino era el negocio. Había desembarcado con una carta de presentación sellada por el consulado británico —un favor personal de Sir Reginald Beaumont— y una lista de especificaciones técnica y ambiciosa: quinientos barriles de brandy de Jerez, extraído de las soleras más antiguas, con una crianza que no bajara de los cinco años. Aquello no era simple mercancía; era el núcleo de una inversión destinada a cimentar su fortuna en el Nuevo Mundo.

Edward se dirigió a la Calle Ancha, donde las fachadas neoclásicas y los portales de mármol daban fe de la opulencia de la ciudad. Caminaba con paso decidido, con la carta en el bolsillo interior de su levita y esa convicción victoriana de que el inglés era la única lengua necesaria en cualquier rincón del mundo civilizado. Si los naturales no lo hablaban, era un defecto de su educación; él no pensaba esforzarse en articular más que las cuatro palabras que había cazado en las tabernas de La Habana: *bueno, precio, gracias* y un tajante *no*.

Llegó a la casa comercial Hidalgo y Cía.

El zaguán, fresco y sombrío, exhalaba un perfume embriagador a roble viejo y vino evaporado, ese «reparto de los ángeles» que flota en las bodegas. Tras un escritorio de caoba sepultado bajo muestras de barrica y pólizas de flete, don Manuel Hidalgo levantó la vista. Era un hombre de unos cincuenta años, con un bigote

encerado que parecía desafiar la gravedad y un chaleco de seda ajustado con precisión.

Edward extendió la carta con gesto firme y se presentó como el capitán del *Liberty*. Fue directo: buscaba quinientas botas de la mejor solera añeja. Don Manuel leyó el documento con una parsimonia que desesperó a Edward, arqueó una ceja al ver el sello del consulado y finalmente sonrió con esa mezcla de cortesía y astucia de quien ha visto pasar mil barcos por la bahía.

—Sea bienvenido, capitán —dijo don Manuel en un inglés fluido, aunque con el deje cantarín de Cádiz—. No se extrañe de mi lengua; aprendimos a marchas forzadas cuando sus compatriotas vinieron a ayudarnos contra el Pequeño Cabo, Napoleón. Y los españoles, como verá, aprendemos aún más rápido cuando hay oro de por medio.

La negociación se convirtió en un duelo de voluntades. Don Manuel abrió la puja con un precio altísimo, elevando las manos al cielo como si el valor del alcohol estuviera dictado por la gracia divina. Edward, impasible y con los brazos cruzados, negó con la cabeza. No dominaba el idioma, pero entendía perfectamente el lenguaje de la codicia. Bajó la oferta de forma tajante, dejando claro que conocía el precio del brandy en los muelles de Nueva York y que no pensaba pagar ni un real de vellón de más. Sabía que los doce reales por arroba que sugería el español eran un intento de timo al extranjero.

Don Manuel se río en voz baja, reconociendo que tenía enfrente a un «hueso duro de roer». Contraofertó con una rebaja modesta y añadió como cebo la garantía de las mejores criaderas y certificados de origen sellados. Edward fingió estar calculando mientras miraba al techo, aunque el número ya ardía en su mente. Además, exigió barriles de muestra para que su tripulación los catara antes de estibar: si el espíritu no era puro, el trato se rompería allí mismo.

Finalmente, tras un silencio cargado de pólvora, el español tendió la mano. El acuerdo se cerró en nueve libras por bota, con las muestras incluidas y una promesa de absoluta discreción. Edward estrechó la mano con una firmeza que hizo crujir los anillos de don

Manuel, depositó una bolsa de soberanos de oro como señal y salió a la calle con la satisfacción de quien acaba de ganar una batalla sin disparar un solo cañón.

El sol ya se ponía cuando volvió al muelle. Quinientos barriles llegarían en dos días, perfectamente estibados en la bodega del *Liberty.* El negocio estaba cerrado, la inversión de Beaumont asegurada y su propia fortuna estaba un paso más cerca de crecer. Cádiz, con sus colores y su bullicio, empezaba a parecerle un lugar donde un hombre podía reinventarse y escapar de su pasado. Lo que aún no sabía era que el verdadero imán de la ciudad no estaba en las bodegas de El Pópulo, sino en una humilde taberna de La Viña.

Fue entonces cuando divisó a su tripulación.

Un grupo de seis o siete hombres —entre los que destacaban el corpulento contramaestre irlandés O'Malley y el joven grumete portugués João— caminaba con una urgencia sospechosa hacia una callejuela que se internaba en las entrañas de La Viña. No se dirigían hacia la catedral ni buscaban las afamadas fondas de la plaza de las Flores, de las que Edward había oído hablar en los muelles de Boston como lugares de «abundancia y buen yantar», donde el guiso de berza y el pescado en amarillo daban fama a la ciudad. No, sus hombres se dirigían hacia el corazón de un barrio más humilde y casi secreto, y desaparecieron tras un arco de piedra ostionera en el que se podía leer, en un letrero de madera carcomida, «La Caracola».

Edward frunció el ceño, dominado por una mezcla de autoridad y recelo. ¿A qué venía tanta prisa? ¿Qué ofrecía aquel rincón que no tuviera el mesón de la plaza, con sus mesas corridas y su reputación entre la oficialidad británica? Se acercó con cautela, manteniendo la distancia que su rango le imponía, pero espoleado por un instinto que no lograba acallar. Desde la calle, el aire le trajo un eco de risas, el tintineo seco de las copas de cristal basto y el rasgueo nervioso de una guitarra.

Y, de repente, esa voz.

Era la misma que lo había encadenado a la proa del *Liberty*. Profunda, clara, envolvente como una niebla de levante. Cantaba

una copla que ascendía y caía con el ritmo de las mareas, poseedora de una cadencia que obligaba a los pies a buscar el compás. Edward se detuvo en el umbral, sin decidirse a cruzarlo. La taberna era un espacio angosto y honesto: paredes de cal viva, vigas de madera oscurecida por el humo de los candiles y redes de pesca que colgaban del techo como sudarios de sal. El olor a aceite hirviendo, ajos fritos y vino amontillado lo golpeó con la fuerza de una ola. Pero era la voz lo que lo mantenía allí, clavado al suelo.

No entró. El capitán no quería romper el hechizo ni delatar su presencia. Se apoyó en el quicio, mimetizado con las sombras del callejón, y se limitó a escuchar. La cantante —una mujer joven, a juzgar por el vigor de su garganta— pasaba de un canto de jaleo lento y desgarrador a una tonada viva, mientras los clientes jaleaban y golpeaban las mesas con las palmas en un rito que Edward no lograba comprender, pero que sentía en la boca del estómago.

Allí estaban sus hombres: O'Malley con una jarra en alto, riendo con una pureza que no le conocía en cubierta; João, sentado cerca del mostrador, con los ojos empañados por un brillo de adoración. Todos, desde el más rudo hasta el más joven, parecían hipnotizados por aquel canto de sirena de tierra adentro.

Edward sintió una punzada extraña: una curiosidad que rayaba en lo reverente. ¿Quién era la dueña de esa voz que había atraído a su tripulación como un imán hacia la roca? ¿Por qué preferían esta penumbra humilde a los salones dorados del centro? No tenía respuestas, pero su instinto —ese que lo había mantenido con vida entre traiciones y tormentas negras— le susurraba que aquel sonido era el latido mismo de la ciudad. Esa voz pertenecía a este mar, a estas piedras y, de un modo que empezaba a asustarle, empezaba a atraerlo de forma irremediable.

Se apartó de la puerta antes de que alguien lo viera. Caminó de vuelta hacia el muelle con las manos en los bolsillos y olvidando por un momento el brandy. Cuando le trajeran la carga, la supervisaría, cerraría el trato y zarparía en unos días. Pero esa noche, mientras el sol se hundía en el Atlántico y las luces de Cádiz empezaban a encenderse como estrellas caídas, Edward Ashcroft

supo que volvería a La Caracola. No por el vino, ni por la comida. Por esa voz que, sin saberlo, ya había empezado a sanar algo que llevaba años roto en su interior.

Al rayar el alba del día siguiente, Edward regresó a los muelles. Don Manuel, fiel a la palabra dada sobre el mármol de la Calle Ancha, cumplió su parte: una hilera de carretas tiradas por mulas robustas comenzó a desfilar hacia el costado del *Liberty*. Cada bota de roble llegaba marcada a fuego con el sello de la solera y el año de su fundición. Edward las inspeccionó personalmente, con la meticulosidad de quien sabe que su fortuna flota sobre aquel líquido; palpó la madera curtida, buscó posibles fugas en los flejes y cató las muestras, dejando que el ardor del espíritu le calentara la garganta.

Los estibadores gaditanos, hombres de piel curtida y manos como garfios, trabajaban con una alegría ruidosa, jaleándose entre ellos mientras operaban los aparejos de carga. Uno de ellos, un viejo de bigote cano y piel labrada por el salitre, le guiñó un ojo al pasar.

—Buen aguardiente lleva usted, inglés —le soltó con voz de lija —. Pero si busca el alma de Cádiz, déjese caer por La Caracola. Allí los chocos y las puntillitas saben a gloria bendita. Y no se olvide de los salazones, que despiertan hasta a los muertos.

Edward sonrió, atrapando apenas el sentido de las palabras «bueno» y «Cádiz».

—Good... Very good —respondió en su inglés nativo, asintiendo con la suficiencia del capitán.

La estiba avanzó sin contratiempos. Al atardecer de la segunda jornada, las quinientas botas descansaban en las entrañas del navío, trincadas con cabos de cáñamo y listas para desafiar el Atlántico. Edward liquidó la deuda con el resto de los soberanos de oro, firmó los conocimientos de embarque con caligrafía firme y se despidió de Don Manuel con un apretón de manos que sellaba algo más que un negocio.

—Vuelva cuando guste, señor Ashcroft —bromeó el bodeguero mientras se ajustaba el chaleco de seda—. Cádiz siempre tiene la puerta abierta para los caballeros que saben distinguir la calidad y no regatean hasta el último real.

Edward soltó una carcajada, pero su mente ya estaba en otra parte. Caminaba de regreso al muelle con la satisfacción del deber cumplido. El sol de la tarde caía en un ángulo agudo sobre la ciudad, bañando de un oro viejo las murallas de piedra ostionera y los adoquines gastados. El aire, denso y cálido, conservaba el regusto dulce y amaderado del brandy. La bolsa pesaba menos, pero el *Liberty* calaba hondo, cargado con una ganancia que haría palidecer de envidia a los armadores de Boston. Por primera vez en años, Edward sentía una ligereza casi impropia de su rango; Cádiz lo había seducido con su luz y sus promesas, y él, por una vez, quería creer en ellas.

Fue entonces, justo cuando el mundo parecía estar en calma, cuando la vio.

Venía caminando por el muelle en dirección contraria, escoltada por dos pescadores que cargaban sendas espuertas de esparto rebosantes de plata viva: sardinas y boquerones que aún coleaban. Ella no portaba carga alguna, salvo una pequeña cesta de mimbre en el antebrazo, pero su presencia reclamaba el espacio con la fuerza de un temporal en calma. Tenía una silueta esbelta, de una flexibilidad marina, de esas que parecen mecerse incluso cuando el suelo es firme. Vestía una saya de percal azul, ceñida a la cintura por un lazo que marcaba una curva delicada pero rotunda, y una chambra blanca que dejaba adivinar el movimiento agitado de su pecho. Su cabello, negro como el ala de un cuervo, caía en cascada sobre su espalda, y su piel aceitunada resplandecía bajo el sol de la tarde, absorbiendo la luz para devolverla convertida en puro fuego. Caminaba descalza, con las alpargatas asomando por la cesta, y reía con una sonoridad que hacía que los hombres se detuvieran, rotos, para verla pasar.

Edward no fue consciente de que sus botas habían cambiado el rumbo. Iba hacia ella como el hierro hacia el imán. Cuando la tuvo a escasos pasos, su seguridad se evaporó; quiso decir algo, un cumplido de salón, una cortesía de puerto, pero la lengua se le anudó en el paladar.

—Hola... guapa —balbuceó, con el acento pétreo de los Ashcroft y un español que era puro escombro—. *You*... muy guapa.

¿*How to say*... sonrisa? Sí, sonrisa... *beautiful*.

Coral se detuvo en seco. Los pescadores frenaron el paso y uno de ellos soltó una carcajada que sonó a lija. Ella giró el rostro, sorprendida, y por un segundo sus ojos violetas se abrieron como dos amatistas bajo el sol al descubrir al extranjero: alto, curtido, con el cabello aclarado por la salitre y unos ojos azules tan gélidos y claros que parecían el cielo de un invierno inglés. El impacto fue eléctrico. Edward sintió un hachazo en el pecho; el mundo se redujo a ese escote que subía y bajaba con una respiración que se había vuelto súbitamente rápida, al sudor fino que perlaba su cuello y a la forma en que el percal se ajustaba a su cadera.

Coral dio un paso atrás, recelosa. El extranjero la había abordado con una franqueza que la asustó, pero al mirarlo de cerca, algo desconocido se agitó en su vientre. No era un marinero cualquiera; tenía una intensidad en la mirada que la hacía sentirse expuesta, casi desnuda bajo su levita de capitán.

—¿Qué dice este gachó? —preguntó uno de los pescadores, burlón.

—Otro *guachisnai* con el juicio perdío —replicó el compañero.

Coral recuperó el mando, levantando la barbilla con esa soberbia que solo se cría en La Viña.

—Eh, tú, *guachisnai* —dijo con esa voz cantarín que Edward había oído en sueños—. Andas más perdío que el barco del arroz. El mesón de los ingleses está por allá, cerca de la Seo —indicó con un gesto de la cabeza, señalando la Catedral.

Edward captó el desdén, pero no la advertencia. Sonrió, intentando desplegar el encanto que le abría puertas en Boston, y extendió las manos en son de paz.

—No, no… *I want*… hablar. *You*… muy *nice*. ¿Nombre? ¿*Name*? ¿Cómo *ti* llamas?

Coral entrecerró los ojos. El hombre era terco y, aunque su porte le hacía flaquear las piernas, le recordaba a los lobos de mar de los que su abuela Dolores siempre la prevenía.

—¡Como si yo le fuera a dar mis señas a cualquier *acarajotao*! —soltó ella cruzándose de brazos, un gesto que elevó su pecho de

forma que Edward olvidó cómo respirar—. ¿Es que no hablas cristiano? Pues estás en Cádiz, *miarma*. Y yo tengo mucha prisa.

Edward no entendió las palabras, pero sí el rechazo. Intentó dar un paso más, con esa confianza ciega del hombre que siempre ha obtenido lo que desea.

—*Please*… solo… hablar. *You beautiful*. Yo… Edward. ¿Tú?

Coral soltó una risa seca, cargada de una picardía peligrosa.

—¿Otra vez? Mira, *guachisnai*, lárgate a tu barco antes de que te dé un cestazo en las mientes. Que aquí las mujeres no somos de las que se compran con palabritas raras.

Los pescadores estallaron en una risa ruda que atrajo las miradas de los estibadores. Edward, confuso pero hechizado, insistió una última vez, señalándose el pecho con desesperación.

—Edward… *friend*. ¿Tú… *friend*?

Eso fue la gota que colmó el vaso. Coral se plantó frente a él, con los puños en las caderas y los ojos violetas lanzando chispas de desprecio. Edward, sin embargo, aún no reparaba en el color de su mirada; estaba demasiado perdido en la curva de su cuello y en la forma en que el escote de la joven revelaba el nacimiento de sus senos con cada respiración airada.

—¡Eh, cangrejo! —le espetó ella con toda la saña de un insulto de muelle, de esos que los gaditanos guardaban para los británicos desde los días de Trafalgar—. ¡Venga, lárgate ya a tu cáscara de nuez antes de que te dé una *cachetá* que te ponga a hacer palmas con las orejas!

Los pescadores se doblaron de risa, jaleando la ocurrencia. Edward, aunque no comprendió las palabras, captó el veneno del tono y la violencia del gesto. Dio un paso atrás instintivamente, levantando las manos en señal de rendición, sintiendo cómo el calor le subía por el cuello hasta las orejas.

—*Sorry… sorry* —murmuró, sintiéndose por primera vez un extraño en su propia piel—. *I go. Goodbye… beautiful.*

Coral chasqueó la lengua con desdén, giró sobre sus talones descalzos y retomó el camino. Los pescadores la seguían entre bromas: «¡Vaya viaje le has dado, Coral! ¡Al gachó le han flaqueado hasta las jarcias!». Ella también rio, pero mientras se alejaba, sintió

un impulso que no pudo frenar: lanzó una mirada furtiva por encima del hombro. El hombre seguía allí, estático entre el bullicio, mirándola con una expresión de desconcierto y algo más... una intensidad que le provocó un cosquilleo desconocido en la boca del estómago.

Edward permaneció inmóvil, viendo cómo esa silueta de percal azul se fundía con la multitud del muelle. Su corazón latía con la violencia de una tempestad. No había entendido sus insultos, pero la fuerza de su risa y la soberbia con la que le había plantado cara eran algo que ningún salón de Inglaterra podría ofrecerle. Aquel cabello negro ondeando al viento, aquel aroma a sal y libertad... Dios, qué mujer.

Sacudió la cabeza para recuperar el juicio y reemprendió el camino hacia el *Liberty*. Pero mientras cruzaba la pasarela de madera, la imagen de la joven no lo abandonaba. Todavía no sabía que ella era la dueña de la voz que lo había hechizado desde la proa; todavía no sabía que sus destinos estaban cosidos por el mismo hilo de una caracola vieja. Solo sabía que Cádiz, esa ciudad de piedra dorada, acababa de volverse un lugar peligroso para su cordura.

Coral, por su parte, entró en La Caracola con las espuertas de pescado, todavía bromeando con los marineros. «Un cangrejo más, con más humos que un vapor», dijo encogiéndose de hombros. Pero cuando Antonio notó sus mejillas encendidas y le preguntó qué le pasaba, ella esquivó la mirada y se refugió en la cocina. En lo más hondo de su pecho, aquellos ojos azules como el hielo habían dejado una marca invisible, como el rastro de espuma que la marea olvida sobre la arena.

Los dos se alejaban en direcciones opuestas: él hacia su barco de hielo y oro; ella hacia su taberna de sombras y coplas. Pero el puerto de Cádiz, caprichoso y antiguo, ya había empezado a tensar el cabo que los uniría.

CAPÍTULO 5

Edward Ashcroft salió de las bodegas de El Pópulo con el trato cerrado y una satisfacción tranquila que hacía mucho tiempo que no sentía. El *Liberty* necesitaba provisiones frescas antes de zarpar: pan, aceite, queso, algo de fruta que resistiera el viaje y, sobre todo, pescado salado o fresco para la tripulación. Cádiz ofrecía lo mejor del mar y de la tierra en sus mercados y puestos del puerto, así que decidió aprovechar la tarde para abastecerse antes de que se pusiera el sol.

Caminó por las calles empedradas hacia el Mercado de Abastos, donde el bullicio era aún mayor que en el muelle. Compró sacos de garbanzos y lentejas, aceitunas gordas en salmuera, un queso manchego que olía a hierba seca, naranjas de Valencia que rodaban como pequeños soles y varias cajas de sardinas en salazón que, según los vendedores, aguantarían semanas sin estropearse. Pagó con libras y reales, regateando lo justo para no ofender, pero sin la pasión que había puesto en la compra del brandy. Lo cargó todo en un carro que un mozo llevaría al barco al amanecer. El resto —agua fresca, ron para la tripulación y tabaco— lo dejaría para el día siguiente.

Sin embargo, antes de volver al muelle, sus pies lo llevaron por otro camino. No fue una decisión consciente, sino como si una corriente invisible lo hubiera arrastrado hasta La Viña, hasta esa taberna cuyo nombre había oído murmurar a sus hombres con una sonrisa cómplice: La Caracola. La voz que había escuchado desde la proa del barco seguía resonando en su cabeza, un eco que no lo dejaba en paz.

Y, después de su encuentro fugaz en el muelle —ella, con su vestido azul y su respuesta afilada—, sentía una curiosidad que rayaba en la necesidad.

Entró cuando el sol ya hería de un naranja sangriento las fachadas de piedra ostionera. La taberna bullía con un murmullo vibrante pero acogedor: mareantes que daban cuenta de la jornada, un par de holandeses que mascullaban juramentos entre jarras y

vecinos que desgranaban la tarde en voz baja. El aroma lo envolvió como una red: aceite de oliva hirviendo, el perfume punzante del vinagre de los adobos y el humo denso de los puros que subía hacia las vigas oscuras. Edward buscó un rincón en sombra, una mesa pequeña junto al ventanuco que daba al callejón, y se sentó de espaldas a la pared, con la cautela del marino que nunca baja la guardia en tierra extraña.

Desde allí, observó al guitarrista. Era un muchacho enjuto, de dedos nerviosos que buscaban el temple de las cuerdas. Edward reconoció el instrumento; en sus escalas por las Antillas y la Tierra Firme, los españoles siempre acompañaban su nostalgia con esa caja de madera resonante. Pero allí, en la penumbra de La Caracola, los acordes no sonaban a las habaneras lánguidas del Caribe, sino a algo más primario.

Estaba absorto en el rasgueo cuando la voz lo alcanzó de nuevo.

Era ella.

Edward giró el rostro con la lentitud de quien teme espantar un milagro. Coral se movía entre el gentío con una bandeja de peltre. Vestía una saya de percal verde oliva, con el talle ajustado por un corpiño que realzaba la firmeza de su juventud, y una chambra de lino fino con el escote cuadrado que dejaba al descubierto la curva suave de su cuello. Su cabello, negro como el azabache, estaba recogido en un moño desordenado del que escapaban mechones rebeldes que le acariciaban las mejillas encendidas por el calor de los fogones. Caminaba con esa soberanía natural, una mezcla de orgullo y ligereza, como si cada baldosa de la taberna le perteneciera por derecho de sangre.

Cuando llegó a su altura, dejó la bandeja en una silla vacía y lo clavó al asiento con la mirada.

—¿Qué se le ofrece al señor capitán? —preguntó en un español rápido, con un destello de mofa en las pupilas al reconocer al «cangrejo» del muelle.

Edward intentó articular palabra, pero el aire se le quedó varado en los pulmones. No fue la barrera del idioma, ni el recuerdo

del desplante de la tarde. Fue verla, por fin, a la luz de los candiles de aceite.

Vio sus ojos.

Eran violetas.

Unas amatistas vivas, profundas y brillantes, que desafiaban toda lógica natural. Edward tuvo que parpadear, herido por la incredulidad. Había navegado los siete mares; había visto los ojos de miel de las mulatas de Santo Domingo, las miradas de esmeralda de las criollas de La Española y los ojos rasgados como almendras de las mujeres de Oriente. Pero aquello era un imposible geográfico. Solo una vez en su vida, bajo la luz mortecina de un club en Boston, había visto ese mismo color en el rostro de un hombre.

Ella ladeó la cabeza, sosteniendo la bandeja de peltre contra la cadera con una impaciencia graciosa.

—Señor capitán, ¿se le ha trabado el juicio? ¿O es que los ingleses pierden el habla cuando una gaditana les sostiene la mirada?

Edward abrió la boca, pero las palabras se amotinaron en su garganta. Había pasado la tarde repasando el vocabulario básico en su camarote —*vino, pescado, gracias*—, pero ante el magnetismo de aquel violeta sobrenatural, su memoria era un mapa borrado por la tormenta. Se quedó allí, náufrago en unas pupilas que parecían contener todo el crepúsculo del Atlántico.

Coral soltó una risita breve, casi un trino.

—Otro cangrejo mudo —sentenció con una sonrisa que le curvó los labios de forma peligrosa—. Descuide, que no muerdo... a menos que me den motivos.

Edward captó el tono burlón y esa palabra que ya empezaba a resultarle familiar: «cangrejo». Le resultaba extraño y casi impertinente. En los puertos de la Península estaba acostumbrado a epítetos más rudos, como «perro inglés», «hereje» o las pullas sobre la soberanía de Gibraltar, pero aquel mote animal le pinchó el orgullo. Los hombres de su estirpe, educados en la rígida etiqueta de Nueva Inglaterra, se consideraban la cumbre de la civilización; que una muchacha descalza lo despachara con semejante ligereza era

una insolencia que, en otro contexto, habría exigido una retirada digna.

Sin embargo, el enfado se evaporó antes de nacer, sofocado por una calidez que parecía emanar de la propia Coral. Bajo la luz vacilante de los candiles de aceite, el vino en las jarras parecía más rubí y el aire, cargado de salitre, se volvió súbitamente respirable.

Finalmente, forzó a su lengua a obedecer.

—Pescado... —dijo, señalando con un gesto rígido la tablilla de madera tras el mostrador—. Y vino. Tinto. Por favor.

Coral arqueó una ceja, divertida por el esfuerzo del extranjero.

—Pescado y tinto. Qué ocurrencia la suya, caballero. ¿Lo quiere frito o prefiere el cazón en adobo?

Edward se encogió de hombros, atrapando solo el concepto del alimento, y asintió con una seriedad casi cómica.

—Frito... bueno. *Yes*.

Ella río por lo bajo, un sonido que vibró en el aire espeso de la taberna como una cuerda de guitarra bien templada.

—Sea. Un cuarto de boquerones fritos y un chato de la casa. No se me mueva de ahí, que vuelvo en un credo.

Se alejó con su paso de sirena, haciendo que la saya de percal ondeara contra sus piernas. Edward la siguió con la mirada, incapaz de romper el vínculo invisible que lo unía a ella. El corazón le martilleaba las costillas como si hubiera subido a la gavia en pleno temporal. Aquellos ojos... ¿Cómo era posible tal capricho de la naturaleza? Recordó el rostro de Beaumont en Boston y sintió un escalofrío. No creía en las señales del destino, pero en aquel rincón de La Viña, Cádiz le estaba gritando una verdad que aún no se atrevía a descifrar.

Edward se inclinó ligeramente hacia O'Malley, que apuraba su jarra en la mesa contigua con una sonrisa de oreja a oreja, divertido por el duelo dialéctico entre su capitán y la joven.

—O'Malley —susurró Edward, manteniendo la vista fija en la figura de ella que se perdía hacia la cocina—, ¿qué demonios pretenden decir estos naturales con eso de «cangrejo»? Me lo ha espetado dos veces y no me ha sonado a bendición.

El irlandés soltó una risa ronca, una vibración que parecía nacer en las sentinas de un barco.

—Ah, capitán... Es un viejo bautismo que los españoles nos encajaron a los británicos. Viene de los tiempos del «Gran Lord», Wellington, cuando andábamos a la greña con los gabachos de Bonaparte por toda la Península. Decían que los soldados de Su Majestad, con aquellas casacas escarlatas relucientes, parecían crustáceos hervidos marchando por los campos de Castilla.

O'Malley hizo una pausa para dar un trago largo y continuó con un guiño:

—Y de los marinos dicen otro tanto: que el sol y el ron nos ponen la cara como un ascua, que caminamos de costado por las cubiertas como bichos de playa y que nos aferramos al oro y al aparejo con la fuerza de una pinza. Es un insulto con guasa, capitán, de esos que sueltan aquí para calar al forastero. Si le hubiera llamado «perro de Albión» o «hereje de Gibraltar», entonces sí le aconsejaría que fuera aflojando el cuchillo en la faja. Pero «cangrejo»... eso, en Cádiz, es casi una caricia para el que paga los chatos sin protestar.

Edward procesó la explicación, sintiendo un pinchazo de nostalgia amarga. Recordó los óleos colgados en las galerías de Ashcroft Hall, donde sus antepasados posaban con uniformes de un rojo sangriento en las batallas de Talavera y Vitoria.

—Cangrejo... por la casaca roja —repitió en voz baja, paladeando la ironía—. Pues que me llame como guste, O'Malley, mientras siga iluminando esta cueva con esa sonrisa.

El irlandés alzó su jarra en un brindis silencioso y cómplice.

—Esa es la actitud, señor. En esta ciudad, hasta los escupitajos saben a vino fino si uno sabe encajarlos con garbo.

Edward volvió su atención a Coral. Ella reapareció de la cocina, sorteando mesas con una destreza que desafiaba las leyes de la gravedad mientras su comanda se doraba en el aceite. La indignación del oficial británico se había disuelto, sustituida por una curiosidad que le quemaba las entrañas. Cangrejo o no, aquella mujer acababa de convertir una taberna de mala muerte en el eje del universo. Y, por primera vez en toda su carrera, Edward Ashcroft

no sentía la menor urgencia por consultar el barómetro ni por levar anclas.

Ella le trajo queso y vino con esa sonrisa que lo desarmaba. Le dio las gracias y ella le guiñó un ojo. Edward no sabía que su actitud era la misma con todos los clientes. Comenzó a comer mientras la seguía con la mirada.

En la zona despejada, el joven de la guitarra —al que llamaban Miguel— terminó de afinar y empezó a rasguear una introducción suave, un fandango lento que llenó la taberna de expectación. Miró hacia Coral, que estaba sirviendo otra mesa, y le habló con cariño.

—Venga, Coral, canta una canción. Para los amigos y para los... visitantes.

Los hombres de Edward rieron y O'Malley dio un silbido bajo. Al principio, Coral negó con la cabeza, pero luego sonrió —una sonrisa de amiga, no de enamorada— y se acercó al guitarrista.

—Solo una, Miguel. Que tengo faena.

Se colocó en el centro de la zona despejada, con las manos en las caderas, y asintió. Miguel atacó los primeros acordes de una soleá honda y melancólica. Y entonces ella comenzó a cantar.

Edward se quedó sin aliento.

Era la misma voz. La misma que había oído desde la proa del barco, la que lo había atraído como un faro en la niebla. Una voz profunda y clara, con un timbre que parecía nacer del fondo del mar. Cantaba en español, unas palabras que no entendía del todo, pero que hablaban de ausencias, de olas que se llevaban promesas y de amores que dolían como la sal en una herida. Cada nota era un suave golpe en el pecho. Edward sintió que algo dentro de él se abría, una grieta que llevaba años cerrada.

Mientras cantaba, Coral se movía apenas: un ligero balanceo, las manos expresando lo que decía la voz. El vestido verde oliva se movía con ella; el escote subía y bajaba con cada respiración profunda. Edward no podía dejar de mirarla. No se trataba solo de belleza, sino de presencia. Era como si el mar hubiera tomado forma humana y estuviera cantando para él.

Cuando la última nota de la tonada se extinguió, la taberna estalló en un clamor de aplausos y golpes secos de nudillos contra

las mesas. Miguel, el guitarrista, la contempló con unos ojos donde la admiración peleaba con un anhelo mucho más profundo; ella, sin embargo, solo le brindó una sonrisa de afecto fraternal antes de hacer una leve inclinación de cabeza y retomar su tarea.

Al pasar junto al rincón de Edward, dejó caer el servicio con una destreza que apenas hizo tintinear el barro.

—Aquí tiene su despacho, cangrejo —dijo, depositando el chato y el plato con un cuidado burlón—. Que le aproveche el condumio. Y haga el favor de no clavar tanto la vista, que me va a espantar a la clientela con esos ojos de aparecido.

Edward consiguió esbozar una sonrisa, aunque se sentía como un grumete en su primera guardia.

—Gracias... *Beautiful song* —alcanzó a decir, forzando la pronunciación.

Ella ladeó la cabeza y sus amatistas violetas centellearon bajo el humo de los candiles.

—Canción bonita, ¿eh? Al menos parece que le llega el sentido, aunque le falte el habla.

Se alejó de nuevo, dejando tras de sí una estela donde el aroma del jazmín de los patios luchaba contra el salitre del muelle. Edward probó el vino; era un tinto de pasto, rudo y honesto, con ese calor de la tierra andaluza que te baja por la garganta como un sol líquido. Los boquerones, envueltos en una harina crujiente y salada, estaban en su punto exacto. Pero el capitán apenas prestaba atención al plato.

Sus ojos, disciplinados durante años para vigilar el horizonte, ahora solo tenían un norte: Coral. La observó mientras trataba con un pescador veterano, cobraba a los holandeses y reprendía con gracia a un parroquiano que intentaba beber «a la cuenta del Gran Capitán». Cada uno de sus gestos era una coreografía de libertad; cada una de sus risas, una chispa que prendía fuego a la penumbra de la bodega.

No advirtió la presencia de O'Malley hasta que sintió el codazo del irlandés en las costillas.

—Capitán... ¿va a pasarse la guardia entera en el nido de cuervos o va a tener la gallardía de pedirle que nos regale otra

copla?

Edward sintió cómo el calor le subía a las mejillas, pero no apartó la mirada de la joven.

—No lo sé, contramaestre —murmuró con una voz que ya no sonaba a mando—. Pero me temo que esta noche el *Liberty* tendrá que esperar. Me quedaré un rato más.

La noche en La Viña no había hecho más que empezar. Cádiz, con su taberna de cal y sombra, su voz de sirena y esos ojos violetas que gritaban un secreto familiar, acababa de apresar al último de los Ashcroft.

CAPÍTULO 6

La noche cayó sobre la bahía como un manto de plomo, agitada por un viento de Levante suave pero persistente que hacía gemir las jarcias y cabecear a los navíos, como si el mar presintiera la tragedia. El *Liberty* reposaba en su amarre con las quinientas botas de brandy perfectamente estibadas en la bodega, trincadas con cabos de cáñamo y protegidas bajo gruesas lonas de alquitrán. Edward había supervisado la estiba personalmente al ocaso: el barco debía levar anclas en tres jornadas, en cuanto el agua y el tasajo estuvieran a bordo. Estaba a punto de retirarse a su cámara cuando el mundo voló por los aires.

No fue un trueno, sino un crujido seco, visceral, que pareció nacer en las profundidades del puerto. Provenía del *San Rafael*, un bergantín español anclado a dos cables de distancia. Era un viejo transporte que cargaba pólvora para el Arsenal de la Carraca y, según los rumores, una partida de aguardiente de contrabando oculta bajo el plan de la bodega. Nunca se supo qué prendió la mecha: un farol de aceite volcado, una chispa en la cocina o el simple azar de una carga mal vigilada. El resultado fue una columna de fuego naranja que rasgó la oscuridad, seguida de una detonación que hizo temblar los cimientos de las murallas de Cádiz y reventó las bordas del español como si fueran costillas de mimbre.

Las llamas, espoleadas por el Levante, saltaron con furia hacia los barcos vecinos. Las botas de brandy del *San Rafael* estallaban con un rugido, derramando alcohol ardiendo que flotaba sobre el agua como lava. Una lluvia de fragmentos encendidos cayó sobre el *Liberty*: una astilla prendió la vela mayor y, en segundos, el fuego trepó por el aparejo, devorando la lona y las cuerdas embreadas.

Edward reaccionó con la frialdad de quien ha visto la muerte en el Cabo de Hornos.

—¡Bombas a la vía! ¡Cadenas de cubos, ahora! —rugió por encima del estrépito—. ¡O'Malley, saca a la gente de la bodega! ¡João, moja las lonas y cubre las escotillas!

La tripulación respondió con la disciplina del acero. El agua volaba en cubos de cuero de mano en mano, pero el fuego era una bestia hambrienta. Edward bajó él mismo a la bodega principal, donde el humo era una soga que le apretaba el cuello. Vio las llamas lamiendo las botas más cercanas: el brandy derramado ardía con una llama azulada y casi invisible, pero letal. Sin pensar en la inversión de Beaumont, agarró a un grumete atrapado por un puntal caído y subió a cubierta tambaleándose, con los pulmones ardiendo y el rostro tiznado.

Alrededor, el puerto era un infierno. El bergantín francés *Étoile du Nord* y dos faluchos locales eran ya antorchas flotantes. Las campanas de las iglesias tocaban a rebato y los botes de la Maestranza salían al auxilio entre gritos y lamentos. Edward, con la camisa chamuscada, dirigió la defensa de su barco durante horas. Ordenó picar los cabos de las velas incendiadas y arrojar al mar las botas que ya humeaban —perdiendo al menos treinta— para salvar el resto de la carga.

Cuando el alba tiñó de gris el horizonte, el *San Rafael* era solo un costillar negro hundiéndose en el fango. El *Liberty* seguía a flote, pero herido de muerte: la vela mayor era ceniza, el mástil de mesana mostraba grietas profundas y el olor a quemado se filtraba por cada cuaderna. Las reparaciones en los astilleros locales llevarían, al menos, tres semanas.

Edward se desplomó en el muelle, exhausto, con las manos en carne viva. Había salvado su vida y la de sus hombres, pero el mar y el fuego le habían arrebatado su libertad de movimiento. Miró hacia la ciudad, hacia las calles de La Viña que despertaban en un caos de camillas y lamentos hacia el Hospital de la Misericordia.

Entonces la vio.

Coral y varias mujeres de La Viña examinaban a los heridos entre los restos de madera humeante. Vestía una sencilla saya de faena gris oscuro con un delantal de estopilla blanca; el cabello, recogido en una trenza práctica, soltaba mechones que el sudor pegaba a su frente. Otras vecinas cargaban mantas de lana, vendas de lino y barreños de agua. Los ojos violeta de Coral barrieron el caos hasta posarse en él: el capitán inglés de porte aristocrático, con

la levita negra manchada de hollín, sentado en un noray con la mirada perdida en las aguas turbias.

Se acercó sin dudar, dejando su cesta de ungüentos en el suelo.

—¿Está herido? —preguntó, arrodillándose frente a él. Su voz era firme, despojada de la picardía de la taberna—. ¿Tiene quemaduras? ¿Le falta el aire?

Edward levantó la vista. El impacto fue doble: verla allí, convertida en un ángel de misericordia bajo la luz grisácea del alba, y el recuerdo de su voz cantando la noche anterior.

—No... *I'm fine* —murmuró con la garganta irritada por el espeso humo—. ¿*How do you say*? … solo cansado —logró decir.

Coral lo evaluó un segundo. Sacó un pañuelo de su delantal, lo empapó en un fieltro de agua (frasco de metal) y le limpió la cara con una delicadeza que desarmó al capitán.

—Pues parece un ánima en pena. Venga, arriba. Hay hombres que necesitan brazos fuertes y usted parece tenerlos. Si no sangra, cargue estas mantas o ayude a subir a los que no pueden valerse.

Edward se levantó con los miembros pesados, pero no discutió. Durante las horas siguientes trabajaron codo con codo en un hospital de sangre improvisado en la iglesia de la Palma. Él porteaba heridos con la fuerza de un buey y ella vendaba cortes con manos expertas, calmando el pánico con esa voz que parecía amansar el viento de levante. En un momento, al pasarse una venda de hilo, sus dedos se rozaron. El contacto, breve y eléctrico, duró un latido más de lo que dictaba la prudencia.

Cuando el sol ya castigaba las piedras y el fuego amainaba, Coral se sentó junto a él sobre unas cajas de carga.

—Gracias por la ayuda —dijo mirándolo de frente—. No todos los cangrejos se mancharían la camisa por nosotros.

Edward esbozó una sonrisa cansada pero genuina. Intentó buscar las palabras en su mente.

—*Not all crabs have a mermaid shouting orders at them* —soltó en su lengua natal.

—¿Qué dice usted, *guachisnai*? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

Edward buscó el apoyo de las manos.

—Tú… gritar mucho… *like*… sirena. Mandar a todos. *Bossy*… jefa.

Ella rio suavemente y su mirada se suavizó por primera vez.

—Mi padre dice que el mar siempre se cobra lo que da. Hoy se ha llevado vidas y aparejos... pero también ha traído manos que socorren.

Edward miró hacia el *Liberty*. El barco humeaba, con las jarcias negras, pero el casco seguía firme.

—Mi… barco… no *sail*… pronto. Necesita… arreglo. Muchas semanas —dijo con esfuerzo.

Coral asintió, comprendiendo la gravedad del retraso para un comerciante.

—Venga a La Caracola cuando el cuerpo le pida descanso. Hay sopa de galeras caliente y vino que no sabe a chamusquina.

Se levantó, recogió su cesta y se alejó con las otras mujeres, dejando a Edward allí, con el pecho cargado de hollín y una extraña esperanza. El fuego había dañado su carga y retrasado su fortuna, pero lo había anclado a ella. Por primera vez, el retraso no le pareció una maldición de los elementos, sino una tregua del destino.

***

Las reparaciones del *Liberty* se dilataron como una marea perezosa. El mástil de mesana mostraba grietas que exigían un injerto de madera de roble, las velas mayores eran jirones de lona inservible y el casco, herido por el fuego, debía ser raspado y calafateado con estopa y brea hirviente antes de volver a tocar el azul profundo. El maestro carpintero del arsenal, un hombre de piel curtida como el cuero viejo, sentenció cuatro semanas de dique seco. Edward no protestó; por primera vez en su carrera, el retraso no se sentía como una pérdida de flete, sino como una tregua del destino.

Mientras la tripulación se repartía por las casas de dormir del Pópulo, entre jergones de paja y platos de puchero con su pringue,

Edward se instaló en una fonda de la Calle Ancha. Era una casona de techos altos y suelos de mármol donde Doña Carmen, una viuda de luto riguroso y llaves al cinto, le servía café de moka por las mañanas. Pero el capitán apenas habitaba aquellas estancias señoriales. Sus pasos, como movidos por una corriente invisible, lo llevaban cada tarde a La Caracola.

Al principio se escudaba en la disciplina: «Debo evitar que O'Malley y los muchachos acaben en el calabozo», se mentía. Pronto, la mentira se convirtió en rito. Llegaba cuando el sol hería de cobre las torres miradores y se aposentaba en su mesa del rincón. Pedía siempre lo mismo: boquerones en adobo o choquitos fritos, un chato de vino de la tierra y pan de telera con aceite. Coral lo atendía con una presteza que escondía una creciente curiosidad.

Los primeros encuentros fueron un duelo de silencios y frases mal hiladas. Edward ensayaba ante el azogue de su espejo: «Buenas tardes», «Un poco de vino, por favor». Ella le respondía con la velocidad de un disparo, entreverando bromas que hacían restallar las risas en las mesas vecinas. Una noche, al dejarle el plato, le soltó:

—Tenga, *guachisnai*. Una jartá de chocos que le van a quitar el sentío, pero no se me atragante, que no quiero líos con la justicia.

Edward sonrió, atrapado por el brillo de aquellas amatistas que lo observaban. Al día siguiente, buscó el consejo de O'Malley en el muelle. El irlandés soltó una carcajada que espantó a las gaviotas.

—*Jartá* es una montaña, capitán. Y el *sentío*... bueno, es la poca razón que le queda a usted cuando esa muchacha le mira. Le está tomando el pelo, señor.

—¿Tomar el pelo? —repitió Edward, intrigado—. ¿Es una burla?

Poco a poco, el inglés de los Brayton se fue rindiendo al cante de Cádiz. Aprendió que «gracias» se decía con una aspiración que sabía a mar, que «venga ya» era el escudo contra la exageración y que, cuando Coral le decía «cuidado con el caldo, que sube», no se refería a la marea, sino al vapor del alcohol que encendía las mejillas. Cada jornada era una palabra ganada al olvido; cada noche, un minuto más que se quedaba pegado a la silla, escuchando el

rasgueo de Miguel y las historias de naufragios de los viejos mareantes.

Edward Ashcroft, el hombre que solo creía en los vientos y en las cifras del libro de cuentas, estaba aprendiendo que hay verdades que no se escriben en los cuadernos de bitácora, sino que se descubren en el fondo de un vaso de vino compartido en una taberna de La Viña.

Coral lo trataba con una mezcla de distancia defensiva y una curiosidad que le quemaba por dentro. Le servía con presteza y le mantenía el chato lleno sin que él tuviera que pedirlo, pero sus pies nunca echaban raíces junto a su mesa. Le lanzaba dardos en forma de guasa: «Hoy tiene usted cara de *julandrón*» o «con estos chocos va a echar chiribitas por los ojos». Edward lidiaba con el idioma como quien navega entre arrecifes: «Mejor... despacio», decía él, y ella remataba entre risas: «Vaya con el tiquismiquis».

Antonio y Dolores observaban el baile desde el mostrador. Antonio, con el pecho todavía fatigado pero el juicio despierto, pasaba un trapo eterno por el estaño mientras no perdía de vista al británico. Dolores, desde su trono de enea junto al fogón, desgranaba cuentas y sospechas.

—*Cusha*… no me gusta ni un poquito —sentenció una tarde, cuando Coral desapareció en la cocina—. Ese gachó viene con demasiada ley. Come y bebe como si estuviera *esmayao*, y no hablo solo de la gacha.

Antonio suspiró, dejando el vaso a un lado.

—Come porque la cocina de esta casa no tiene igual en la provincia. Y mira porque tiene ojos, madre. La niña es un sol y no es el primero ni será el último que se encandile.

Dolores entornó los párpados, nublados por los años, pero afilados por la envidia del tiempo.

—No es solo que mire. Es que a ella le place que lo haga. Ayer le dedicó esa sonrisa que solo guarda para cuando Miguel da el cierre bueno por alegrías. Y a Miguel lo conocemos desde que gateaba; a este no lo conoce ni la madre que lo parió.

Esa noche, tras echar la tranca a la puerta y cuando el aire de la taberna solo conservaba el rastro agrio del vino y el hollín de los

candiles, se sentaron a la mesa del fondo. Antonio encendió una pequeña mariposa de aceite y Dolores cruzó los brazos sobre el mantón negro.

—Mija —empezó Antonio con esa gravedad que solo usaba para las tormentas—, hay que echar un ratito de charla.

Coral dejó el trapo del mostrador y se sentó, sintiendo el peso de la inquisición familiar. Lo sabía; lo había visto en las miradas de soslayo desde que el capitán pisó el umbral por segunda vez.

—¿De qué? —preguntó, fingiendo una ignorancia que no tenía.

—De ese *baina* —soltó Dolores sin anestesia—. Del cangrejo estirado que se apalanca en la esquina y te contempla como si fueras la Virgen de la Palma.

Coral forzó una risa que no llegó a sus ojos.

—No me mira tanto. Es un hombre decente. Paga en oro, da las gracias y no busca camorra.

Antonio negó con la cabeza, sombrío.

—No es un cliente cualquiera, Caracola. Viene buscando algo que no está en la carta. Y tú le bailas el agua. Le enseñas el habla, le ríes las gracias... Miguel lleva media vida dejándose las uñas en la guitarra por ti y no le das ni la mitad de las miradas que le echas al *guachisnai*.

—Se llama Edward —corrigió ella en un susurro, jugueteando con el borde del delantal—. No le bailo nada. Es... distinto. No es como los marineros que entran dando voces y montando la *pajarraca*. Habla poco, escucha mucho. Y se nota que le da fatiga soltarse en cristiano, pero lo intenta. Me guarda un respeto que otros no tienen.

Dolores soltó un bufido que olió a ruda y desengaño.

—Respeto. Esa es la red que echan siempre. Luego levan anclas y dejan promesas que el mar se traga antes de doblar San Sebastián. Tú lo sabes bien, niña. Acuérdate de lo de Teresa...

—No —cortó Coral, y su voz restalló como un látigo contra las paredes de cal—. No me hables de Teresa, abuela. A mí no.

Teresa había sido su espejo. Se prendó de un oficial holandés que le juró los cielos en un castellano roto. Se marchó una madrugada de levante y el horizonte se tragó sus promesas. Teresa

quedó con la honra deshilachada y el nombre en boca de todos, hasta que sus padres le buscaron acomodo como sirvienta en una casa de alcurnia en Sevilla para sofocar el escándalo. Coral no había vuelto a saber de ella, salvo por el rastro de amargura que dejó en el barrio.

Antonio apretó la mano de su hija, transmitiéndole el calor de su propia preocupación.

—No decimos que el gachó sea un *malahe*, niña. Decimos que pongas tiento. Es extranjero. Tiene navío, tiene oro y una vida que no cabe en estas calles. Y tú... tú eres de La Viña. Este es tu salitre y esta es tu gente. Cuando el *Liberty* tenga el casco sano, pondrá proa al norte. Y si se lleva algo tuyo —el corazón, la honra o el sueño—, no habrá marea que te lo devuelva.

Coral sostuvo la mirada de su padre. Un brillo acuoso asomó en sus ojos violeta, pero lo contuvo con el orgullo de los Pargo.

—Sé que se irá —admitió al fin, con la voz apenas un susurro —. Pero mientras el barco esté en el dique... ¿qué daño hay en un rato de charla y en reírnos de sus fatigas con el cristiano?

Dolores suspiró, suavizando el gesto, pero no la sentencia.

—Mientras no olvides el suelo que pisas. Aquí no somos usías ni falta que nos hace, pero ten los ojos bien abiertos y el talle bien guardado.

Coral refunfuñó, sintiendo el peso de la vigilancia.

—Hoy estáis los dos de un quemasangre que no hay quien os aguante... —soltó, levantándose de la mesa. Antonio asintió con gravedad.

—No lo eches en saco roto, que las zagalas tenéis la memoria corta cuando un hombre os mira con fijeza.

Coral sabía que, cada vez que la campana de la puerta anunciaba la entrada de Edward, una chispa prendía en su pecho. No era amor —todavía era pronto para ese incendio—, sino una curiosidad voraz, un cosquilleo que le recorría la espalda. Esa noche, mientras echaba el cerrojo y apagaba los últimos mariposas de aceite, su mente voló hacia el capitán: hacia esos ojos azules que parecían escrutarle el alma y esa sonrisa torpe que nacía cuando lograba hilar tres palabras seguidas.

Al día siguiente, cuando Edward entró con su habitual «Buenas tardes» y buscó su rincón, Coral se adelantó a sus deseos. Le llevó el chato antes de que él despegara los labios.

—Hoy le traigo del bueno, de la bota que guardamos para los días de fiesta —le dijo, regalándole un guiño que casi hace que el inglés olvide cómo sentarse—. Pero no se me acostumbre, cangrejo.

Edward sonrió, paladeando ya el mote como si fuera un título de nobleza.

—Gracias... Coral.

Ella se detuvo en seco, el corazón le dio un vuelco al escuchar su nombre en aquella voz de trueno y niebla. Luego, recuperó el sitio con una sonrisa lenta.

—Vaya, vaya... si ya habla usted como un barrio-bajero. Tenga cuidado, que cualquier día lo subo al tablao a cantar conmigo.

Edward alzó el vaso en un brindis mudo.

—No sé cantar en español.

Y mientras ella se alejaba hacia los fogones, con el percal de la saya rozándole los tobillos, Edward pensó que las semanas de reparación en el arsenal empezaban a parecérsele un suspiro. Cádiz, con su luz de plata, su vino recio y esa mujer de mirada imposible, estaba remendando en su interior grietas mucho más profundas que las del mástil de su barco. Y aunque el Atlántico lo llamaba desde la muralla, por primera vez en su vida, Edward Ashcroft no tenía ninguna prisa por volver a la mar.

CAPÍTULO 7

La tarde se desvanecía en La Caleta con esa agonía dorada de los octubres gaditanos: el sol se hundía, pesado y escarlata, tras el Castillo de San Sebastián, incendiando el Atlántico hasta que el horizonte se teñía del mismo violeta que los ojos de la muchacha. Coral descendía por el sendero de rocas que serpenteaba desde el barrio, descalza, sintiendo el frío de la piedra en las plantas de los pies. Su saya de percal azul cobalto se le ceñía al cuerpo, humedecida por el salitre y el esfuerzo del día, mientras su melena negra bailaba libre con el primer envite del fresco nocturno. Entre los dedos apretaba un ramillete humilde: margaritas de arena, clavelinas y unas briznas de romero que exhalaban un aroma a monte y a olvido.

La playa era un desierto de barcas varadas y redes que semejaban esqueletos de gigantes sobre la arena. Al fondo, donde las rocas de la orilla se volvían colmillos negros, se alzaba la cruz. Era un monumento tosco, labrado en piedra ostionera que los años habían cubierto de líquenes y salitre. No había fechas ni apellidos, solo una sentencia que el barrio repetía como una oración: *«A la madre que el mar se llevó y a la hija que nos devolvió»*.

Coral se hincó de hinojos frente a ella, depositó las flores y cerró los párpados.

Había crecido a la sombra de esa piedra. Antonio, con la voz rota, le había contado mil veces la misma historia a medias: una barca perdida en una noche de rayos, un parto entre maderas que crujían y el hallazgo de un bebé que lloraba contra el pecho frío de una mujer que ya no respiraba. Pero el silencio de su padre era un muro. «No escarbes en la arena, Caracola, que solo hallarás agua amarga», decía siempre. Sin embargo, las malas lenguas de La Viña no eran tan piadosas. Coral había cazado susurros de la abuela Dolores mencionando a un maldito extranjero que trajo la perdición a la casa de los Pargo, un hombre de alcurnia que huyó dejando solo una estela de deshonra y muerte.

Esa tarde, el misterio pesaba más que el ancla del *Liberty*. Coral sentía una presión en el pecho que no aliviaban ni los cantes ni la guasa de la taberna. Apoyó la frente contra la piedra rugosa y susurró al viento:

—Madre... si tu alma vaga por estas aguas, dime qué te empujó a aquella barca. Dime que no me dejaste porque no me quisieras. Dime si es verdad que mi sangre viene de otro mundo.

Las lágrimas brotaron, mudas y calientes, surcando su piel aceitunada antes de que el aire las volviera sal. Era una tristeza vieja, una raíz que la anclaba a aquel pedazo de costa.

Edward la encontró allí.

Había salido de su fonda en la Calle Ancha, empujado por una inquietud que no le dejaba sosiego. El capitán caminaba sin rumbo, dejando que el instinto de marino lo guiara hacia el rompiente, el lugar donde la voz de la sirena lo había capturado por primera vez. Cuando divisó la silueta arrodillada junto a la cruz, el corazón le dio un vuelco que nada tenía que ver con las tormentas. Reconoció el ondular de aquel cabello azabache y la curva de unos hombros que, por primera vez, no lucían desafiantes, sino quebrados.

Se detuvo a diez pasos, conteniendo el aliento. La luz del ocaso envolvía a Coral en una aureola de fuego y sombra.

Se acercó con la cautela de quien camina sobre una verga en pleno temporal, pero el crujido de una concha bajo su bota delató su presencia. Coral alzó la cabeza, sobresaltada, y se enjugó las lágrimas con el envés de la mano. Sus ojos, irritados por el llanto, centellearon bajo la última luz como dos amatistas sumergidas.

—Edward... —murmuró, su voz apenas un hilo de aire—. ¿Qué hace usted aquí?

Él se detuvo a una distancia prudente, manteniendo las manos a la vista para no herir su espacio.

—Paseo. Te he visto. ¿Triste? —preguntó él, con esa economía de palabras que le imponía su limitado español.

Coral se puso en pie con lentitud, sacudiéndose el percal de la saya. Forzó una sonrisa que no llegó a engañar a nadie.

—No es nada, caballero. Solo venía a echar un ratico de charla con mi madre.

Edward contempló la cruz de piedra ostionera y luego la buscó a ella.

—Tu madre... ¿*here*? —señaló el monumento con respeto.

Coral negó, perdiendo la vista en la espuma que moría a sus pies.

—Murió aquí, en este mismo rebalaje, pero sus restos descansan en el camposanto de San José, fuera de las puertas de la ciudad.

—¿Accidente? —quiso saber él, dando un paso más hacia el círculo de su intimidad.

—Murió en una barca, en mitad de una de las peores noches de rayos que se recuerdan. Mi padre me halló viva entre sus brazos, pero ella... ella ya tenía el alma en el cielo.

Edward sintió una presión en la garganta.

—¿Por qué? Barca... *dangerous*. ¿Por qué ella... marchó?

Coral soltó un suspiro largo, cargado de una fatiga antigua.

—Esa es la espina que llevo clavada. Mi padre dice que discutieron, que ella ansiaba otra vida, lejos de estas murallas. Pero... ¿quién se echa al mar a punto de parir? Nadie lo entiende. Y cada vez que quiero saber más, el silencio de mi padre es más hondo que la fosa. Siento que hay una verdad que quema y que nadie quiere tocar.

Las lágrimas regresaron, trazando surcos brillantes en su rostro. Edward no pudo contenerse más. Acortó la distancia y, con una delicadeza que no parecía propia de un hombre de mar, le tomó la mano. Coral no retrocedió. Sus dedos, helados por la brisa del estrecho, se refugiaron en la palma de él, cálida y curtida por el cáñamo y el timón.

—Coral… —susurró él, rompiendo su rigidez británica—. *I'm sorry. Very sorry*.

Ella lo miró de frente. El mundo pareció detenerse: el ronroneo del Atlántico, el grito de las gaviotas, el lejano tañido de la campana de la Palma... Solo existían ellos dos bajo el palio del ocaso. Coral exhaló un aliento tembloroso.

—No sé por qué le cuento estas penas a usted, que viene de tierras de hielo y apenas me entiende... Pero cuando me mira,

parece que su silencio me arropa más que mil palabras.

Edward no respondió con la voz. Se inclinó despacio, dándole cada segundo del mundo para apartarse. Ella no lo hizo. Cerró los ojos justo antes de que sus labios se encontraran. Fue un beso casto y suave al inicio, un reconocimiento de dos naufragios que se encuentran en la orilla. Los labios de Edward sabían a sal y a la paciencia del que espera; los de ella, a jazmín y a una urgencia contenida durante años.

Él la rodeó por la cintura, atrayéndola hacia el calor de su levita, y ella se ancló a él, escondiendo sus dedos en la nuca del capitán. El latido de sus corazones era ahora un solo tambor de guerra contra la soledad. Cuando se separaron apenas unos centímetros, sus frentes permanecieron unidas.

—Coral... —dijo él, bautizando el aire con su nombre.

—Edward... —respondió ella, con una sonrisa vulnerable que jamás había mostrado en la taberna.

Se quedaron allí, abrazados ante la cruz muda, mientras las primeras estrellas —las mismas que guiaban al *Liberty*— empezaban a puntear el firmamento gaditano.

—No sé qué será de nosotros cuando su navío esté sano —confesó ella en voz baja—. Pero ahora... ahora solo le pido que no tenga prisa.

Edward la apretó contra su pecho, aspirando el aroma de su cabello.

—Me quedaré. *I will stay*, sí.

Coral levantó la vista, sus ojos amatistas brillando en la penumbra.

—Entonces, esta noche no entre en La Caracola como un simple *guachisnai*. Venga como alguien que tiene su sitio en nuestra mesa.

Edward asintió, sellando la promesa.

—Sí. Esta noche y mañana. *Every day*.

Caminaron de la mano por el sendero empedrado, dejando atrás la playa y los fantasmas. La noche se cerraba sobre Cádiz, pero por primera vez en la vida de ambos, la oscuridad no traía miedo,

sino el refugio de una historia que el mar, después de tanto tiempo, se había decidido a contar.

En La Caracola, Antonio y Dolores los vieron entrar juntos. Antonio frunció el ceño un instante, pero al ver la mano entrelazada de su hija y la mirada suave del inglés, suspiró y sirvió dos vasos de vino sin decir nada. Dolores murmuró algo sobre «cangrejos que terminan quedándose en la red» y maldijo en voz baja.

Esa noche, Coral cantó solo para él. Una copla lenta de despedidas que no llegan. Edward la escuchó desde su mesa del rincón, con el corazón lleno y el miedo al futuro más lejos que nunca.

***

El *Liberty* recortaba ya su silueta impecable contra el cielo de noviembre. El nuevo mástil de mesana, una pieza de pino del norte tratada con aceite, se alzaba firme, y las velas nuevas, de una lona cruda que olía a telar limpio, resplandecían bajo el sol de otoño. Edward había cerrado el trato con don Manuel Hidalgo: cien botas de solera vieja para reemplazar las perdidas en el fuego, pagadas en soberanos de oro que hicieron que el bodeguero no preguntara por los retrasos. El maestro carpintero de la zona dio su veredicto: en cuatro singladuras, el navío estaría listo para burlar el Castillo de San Sebastián y ganar el mar abierto.

En La Caracola, la vida fluía con el ritmo de la marea, pero Dolores no hallaba sosiego. Observaba cómo su nieta se demoraba en el rincón del inglés, cómo sus dedos rozaban los de él al retirar el chato y cómo la risa de Coral había mudado de la picardía al abandono. Una tarde, mientras el aroma de la fritailla aún flotaba en la cocina, Dolores dejó caer un mantel con la pesadez de una losa.

—Antonio —sentenció, con los ojos nublados por el recelo—. Tienes que poner freno. Ese *guachisnai* tiene ya el casco limpio. El barco está de dulce y ella... ella lo mira como si el mundo se fuera a detener en esta orilla.

Antonio siguió pasando el trapo por el estaño del mostrador, con los hombros cargados de años.

—Madre, ya echamos ese párrafo. No hay más que decir.

—Hay mucho, que te ciega el cariño —le espetó ella—. Prohíbele que lo vea. Que no le sirva, que no cruce palabra. Ese hombre levantará el vuelo en cuanto el viento sople de popa, y a ella se le va a quedar el alma en jirones.

Antonio dejó el vaso y se secó las manos con una parsimonia que escondía su propia angustia.

—Prohibirle es como querer ponerle puertas al campo, madre. Si le digo que no, se nos escapará por la ventana. Coral tiene la sangre de los Pargo: no obedece al miedo, solo al corazón. Tiene que sentir ella misma el frío cuando ese barco doble la punta. Si se lo corto ahora, solo haré que lo quiera con más ansia.

Dolores bufó, apretando el rosario que llevaba al cinto.

—¿Es que has olvidado a María? ¿A dónde la llevó su testarudez?

Antonio miró hacia la penumbra de la taberna, donde Coral apagaba los últimos candiles. Lo hizo para que su madre no viera la herida sangrante que aquel nombre abría siempre en su pecho.

—A María no le sirvieron mis ruegos ni mis gritos. Escogió su calvario, madre. Pero prefiero que Coral sufra por su propia mano a que me guarde rencor por haberla encerrado.

Dolores no replicó, pero sus labios formaron una línea de amargura. Sabía que su hijo decía la verdad: en La Viña, el amor y el naufragio suelen viajar en la misma barca.

Edward, ajeno al juicio familiar, caminaba esa tarde por el muelle con el paso ligero de quien guarda un tesoro. Había pasado semanas puliendo su lengua con doña Carmen y los estibadores hasta que el «cristiano» dejó de ser un muro para convertirse en un puente. Ya no tropezaba tanto, entendía las vueltas de la guasa y sabía decir «te espero» sin que pareciera una orden.

En su cesta de mimbre, forrada con un paño de hilo, llevaba el botín de sus intercambios en el puerto: dos botellas de champán de Reims conseguidas de un bergantín francés, una cuña de queso curado y unas chacinas de venado que olían a especias y a tierra

brava. No era el flete de un comerciante, sino la ofrenda de un hombre que, por primera vez temía el momento de dar la orden de levar anclas.

Cuando Coral salió de la taberna tras obtener el permiso de Antonio —«Solo un par de horas, padre, que el aire de la noche me refresque el juicio»—, Edward la aguardaba en la penumbra de la callejuela. Vestía una camisa de lino blanco de impecable factura y una chaqueta de paño oscuro que le confería un aire de distinción que no pasaba desapercibido en La Viña.

—¿Preparada? —preguntó él con una sonrisa que le suavizaba las facciones. Coral lo recorrió con la mirada, deteniéndose en la cesta de mimbre.

—¿Y ese canasto tan pintoresco? ¿Me va usted a invitar a vender pescado en el muelle de las carretas?

—No —rio Edward—. Vamos a un sitio tranquilo. Un *picnic*. En mi lengua se dice así: comer bajo el cielo, donde la naturaleza sea el mantel.

Ella arqueó una ceja, divertida.

—¿Un *picnic*? Eso suena a cosa de señoritingos de la Alameda.

—*Good*. Hoy somos señoritos —respondió él, ofreciéndole el brazo con una galantería que a Coral la hizo sentir, por un instante, como una dama de alta alcurnia.

Caminaron juntos mientras el sol se ponía, incendiando las azoteas. Coral se soltó el cabello, dejando que las ondas negras jugaran con la brisa salada, y se aferró al brazo de Edward con una confianza que habría escandalizado a su abuela Dolores. Él la guio más allá de la cruz de piedra hasta una cala recóndita a la que los lugareños llamaban «el rincón del tesoro», donde las rocas altas formaban un anfiteatro natural que protegía del viento.

Edward extendió una manta de lana escocesa y, con una parsimonia casi sagrada, dispuso el festín: el champán, envuelto en trapos de hilo empapados en agua de pozo para burlar el calor; el queso parmesano, duro y aromático; aceitunas de la baja Italia y una hogaza de pan de telera que aún conservaba el calor del horno.

Coral se sentó, maravillada.

—¡Quillo! ¿De dónde ha sacado usted esto? —preguntó, rozando la botella de Reims con asombro—. Esto no se ve por aquí ni en los banquetes del Casino.

Edward descorchó la botella con un chasquido seco que resonó en las rocas.

—De barcos amigos. Comercio de capitán a capitán. Quiero que pruebes... el mundo.

Sirvió el vino espumoso en dos copas de cristal que tintinearon con un sonido puro. Coral bebió un sorbo y arrugó la nariz entre risas.

—¡Pica! Tiene dentro mil agujas de plata. Pero está... gloria bendita.

Comieron sin prisa. Edward le hablaba de las cavas de Francia y de los pastos de Parma mientras ella cerraba los ojos, saboreando el contraste del queso salado con la dulzura de unas naranjas de huerta.

—Parecía que estaba *esmayá* —confesó ella, limpiándose la comisura de los labios—. En mi casa solo hay lo que el mar quiere: cazón, vino recio y, si hay suerte, arroz con leche. Esto parece un sueño de esos que se olvidan al despertar.

—*Picnic* es para eso. Para no olvidar —dijo él, buscándole la mirada.

—Háblame de tu hogar, Edward. De esa tierra de dónde vienes.

El capitán se tensó sutilmente, mirando al horizonte donde el violeta devoraba al naranja.

—Ashcroft Hall... es una casa de piedra gris. Lluvia constante. Mi padre era... un hombre de hierro. Frío. Me fui porque en esa casa el aire pesaba demasiado.

Coral le tomó la mano, entrelazando sus dedos con los de él.

—No sufra por lo que dejó atrás. Cuénteme... de cuando era un chiquillo.

—Siempre en botes pequeños —recordó él con una nostalgia limpia y sincera—. Soñaba con el horizonte. Con ver lo que había detrás de la línea azul.

—En eso nos parecemos —sonrió ella—. Yo también adoro este mar, aunque a veces me dé fatiga mirarlo.

Se acabaron las viandas mientras la luna, una tajada de plata, subía sobre el Castillo de San Sebastián. Edward peló una naranja con sus manos curtidas y le ofreció un gajo.

—Prueba. Es *sweet*... dulce.

—Es usted un baina pelando fruta, capitán —bromeó ella con el jugo corriéndole por la barbilla.

—Y tú... eres perfecta —sentenció él, con una gravedad que le cortó la risa a Coral.

Ella bajó la vista, vulnerable por primera vez.

—No soy perfecta, Edward. Soy una muchacha de barrio con mil preguntas que nadie contesta. A veces siento que me falta el aire entre estas murallas.

Edward le acarició la mejilla con el pulgar, apartándole un mechón rebelde.

—Eres luz. Desde que te oí cantar en la proa de mi barco.

El beso que siguió supo a champán y a la acidez de la naranja. Fue un beso hondo, de esos que sellaban destinos. Se tumbaron sobre la manta, bajo el palio de las estrellas, hablando en susurros sobre puertos lejanos y coplas antiguas. Coral le habló de su madre y de cómo su ausencia era un hueco que solo llenaba el canto. Se quedaron así hasta que el frío del rocío los obligó a recoger.

Volvieron de la mano, caminando por el muelle silencioso. Cuando llegaron a la puerta de La Caracola, Antonio estaba echando la tranca. Los vio llegar: las mejillas de su hija encendidas y el capitán mirándola como si hubiera descubierto un continente nuevo. Antonio no dijo nada, pero en su mirada había una mezcla de tristeza y resignación. Sabía que el viento de levante pronto soplaría a favor del *Liberty*, pero el corazón de Coral ya no pertenecería nunca más a la orilla.

—Llegas tarde, Caracola —sentenció Antonio.

Su voz sonó ronca, cansada de pelear contra lo inevitable, pero despojada de la cólera de las primeras semanas.

Coral se acercó y le plantó un beso rápido en la mejilla, un gesto que sabía a reconciliación y a disculpa.

—Gracias por la licencia, padre. Por dejarme respirar un poco de aire de fuera.

Antonio alzó la vista y clavó sus ojos cansados en el hombre alto que permanecía en el umbral, recortado contra la luz de gas de la calle. El capitán inglés sostenía la cesta vacía con una dignidad que Antonio, muy a su pesar, empezaba a respetar.

—Escucha bien, cangrejo —dijo el tabernero, señalándolo con un dedo calloso—. Si le pones las manos encima de mala manera o le faltas al decoro, te juro por la Virgen de la Palma que te despellejo vivo y te echo en salmuera para que los peces den cuenta de tus carnes.

Edward asintió con absoluta seriedad. Aunque no captó el sentido exacto de «salmuera», entendió el lenguaje universal de un padre que protege su tesoro.

—Yo... buena persona. *I am a gentleman*, Antonio —respondió con un hilo de voz, tratando de que su español no flaqueara ante la amenaza.

Esa noche, bajo el embozo de su cama, Coral se durmió con el sabor de la naranja todavía en los labios y el corazón galopando por las callejuelas de la ciudad. Soñó con velas blancas que no se alejaban, sino que la envolvían como un manto.

Mientras tanto, en la fonda de la Calle Ancha, Edward Ashcroft contemplaba las vigas de madera del techo, escuchando el lejano tañido de la Torre del Reloj. El *Liberty* estaba listo; el brandy descansaba en las botas, el casco estaba calafateado y el viento empezaba a rolar hacia el este, ofreciéndole la salida perfecta hacia el Atlántico.

Meses atrás, aquel informe de reparaciones terminadas habría sido su liberación. Pero esa noche, la idea de dar la orden de levar anclas le pesaba más que todo el plomo de las bodegas. Dejar Cádiz ya no era solo dejar un puerto de escala; era arrancarse una parte del alma que se había quedado enredada en una red de pescador, entre coplas y unos ojos de color imposible.

Por primera vez en su vida de marino, el horizonte no le traía promesas, sino la amenaza de la soledad.

CAPÍTULO 8

Coral se sentó en el borde de la cama esa noche, con la ventana abierta, dejando entrar el rumor constante del mar y el viento salado que agitaba las cortinas. La habitación era pequeña y humilde, como todo en La Caracola: paredes encaladas, una mesita con un candil de aceite y un crucifijo colgado sobre la cabecera. Pero esa noche, el espacio le parecía aún más reducido, como si el peso de sus pensamientos lo hubiera encogido. El inglés, Edward, se había marchado de la taberna hacía horas, después de una larga cena en la que habían hablado poco, pero se habían mirado mucho. Al día siguiente, el *Liberty* zarparía, por fin reparado, con sus barriles de brandy estibados y su tripulación ansiosa por volver al mar. Y con él se iría ese algo nuevo que se había despertado en ella.

Desde niña, Coral había cuidado su corazón como quien guarda un tesoro frágil. Su padre y abuela se lo habían inculcado con palabras suaves al principio y con advertencias firmes cuando creció. «Los extranjeros vienen con el viento y se van con la marea», decía Dolores con su voz refunfuñona que ocultaba preocupación. «Prometen el mundo y solo dejan lágrimas». Antonio era más callado, pero sus ojos se ensombrecían cuando hablaba de marineros de paso: «No son malos, Caracola, pero su hogar es el mar. Y el mar es muy celoso». Coral lo había visto en otras gaditanas: muchachas de La Viña que se enamoraban de franceses con acento dulce o italianos con sonrisas amplias, solo para terminar solas, y una deshonra que el barrio susurraba durante años.

Y, sin embargo, con Edward era diferente. O al menos eso se decía Coral esa noche, mientras se abrazaba las rodillas contra el pecho. No era como los demás: gritones, borrachos, con manos que se alargaban demasiado pronto. Edward hablaba poco, pero, cuando lo hacía, era con respeto. Aprendía la lengua torpemente, como un niño, y se reía de sí mismo cuando se equivocaba. La miraba, no como un trofeo, sino como algo valioso y frágil. Sus ojos azules, claros como el cielo después de una tormenta, parecían traspasar su alma sin juzgarla. Y, cuando la besaba —como aquella tarde en la

cala escondida—, lo hacía con suavidad y sin prisa, como si el tiempo se detuviera para ellos. Coral sentía algo nuevo y profundo que la hacía feliz de una forma que no conocía. Era como si el mar, que siempre le había quitado cosas, ahora le diera algo: una sensación de calor en el pecho que la impulsaba a sonreír sin motivo, a cantar coplas alegres en la taberna y a soñar con horizontes que iban más allá del Atlántico. «Es diferente», se repetía. «Volverá». Sin embargo, en el fondo, una voz pequeña —la de Dolores, la de Antonio— le susurraba: «Cuidado, Caracola. El mar siempre es celoso».

Mientras tanto, en la cocina de La Caracola, Dolores y Antonio discutían en voz baja bajo la luz del candil, que proyectaba largas sombras en las paredes. La taberna ya estaba cerrada, los vasos lavados y el suelo barrido. Dolores se sentó en su silla de siempre, con las manos cruzadas sobre el regazo, y miró a su hijo con ojos que no admitían evasivas.

—Antonio, ya está bien —dijo con la voz tensa, como una cuerda a punto de romperse—. Ese *guachisnai* zarpa mañana. Y Coral... Coral está acarajota. Lo mira como si fuera el sol. Si no hablas con ella ahora, se repetirá la historia de María.

Antonio dejó de limpiar el mostrador y se volvió despacio. El nombre de María siempre caía como una piedra en el agua, removiendo fondos que prefería no tocar.

—No es lo mismo, madre —murmuró, pero su voz tembló un poco.

Dolores se levantó y se acercó a él con paso firme a pesar de los años.

—¿No es lo mismo? María se enamoró de un *guachisnai*. Uno que le habló de mundos lejanos y prometió volver. Y mira lo que pasó: una barca rota, un bebé en brazos y el mar llevándosela. Si no le paras los pies, a Coral le pasará lo mismo. Ese sieso se irá con su barco y ella se quedará aquí, con el corazón roto y, quizás, con algo peor. Habla con ella. Dile que no lo vuelva a ver.

Antonio sintió un dolor antiguo y olvidado que le subía por la garganta como bilis. Recordó a María: joven y callada, con esa mirada baja que ocultaba un fuego interior. Habían discutido esa

noche, sí. Ella quería marcharse, huir de la vergüenza del embarazo sin marido, de las miradas del barrio. «Otro mundo, Antonio. Llévame lejos», le había suplicado. Pero él, terco, se había negado. «Aquí es nuestra vida». Y luego... la barca desaparecida, el cuerpo frío en La Caleta. Entonces, el dolor lo había roto, y ahora, al ver a Coral mirando al extranjero, sentía que el pasado volvía a morder.

—Tienes razón —dijo al fin, con la voz ronca—. Hablaré con ella antes de que él venga a despedirse. Le diré que no hay futuro.

Dolores asintió, satisfecha, pero con los ojos tristes.

—Es por su bien, hijo. El mar no perdona dos veces a la misma familia.

Esa noche, el sueño fue un extraño para Coral. La opresión en su pecho era una piedra de molino que le robaba el aliento. Al alba, con la primera marea alta, el *Liberty* soltaría amarras. Edward se marcharía y, con él, esa luz nueva que le devolvía el sentido a sus días. El sentimiento la empujaba como una marea de equinoccio, imparable. Se deslizó fuera del jergón cuando la luna aún hería de plata los tejados, se cubrió con un chal de lana recia y abandonó la taberna por la puerta del callejón, donde el olor a vino rancio se mezclaba con el frescor del relente.

Bajó al muelle en una oscuridad solo rota por el balanceo de los faroles de los barcos. El *Liberty* cabeceaba suavemente en su amarre, con el brillo de una lámpara de aceite aún vivo tras los cristales de la cámara de popa. Coral se detuvo ante la planchada de madera. ¿Qué locura era aquella? Una muchacha de su condición, subiendo a bordo de un mercante extranjero a esas horas... Pero el alma le gritaba que no quería un adiós de pañuelos y taberna. Quería una verdad a solas.

Subió con paso firme, aunque el corazón le golpeaba las costillas como un pájaro enjaulado. O'Malley, el contramaestre, montaba la guardia de perro fumando una pipa de espuma de mar. Al verla, sus ojos acostumbrados a las tormentas se abrieron con asombro.

—*Miss* Coral… —dijo con su voz de lija—. ¿*What brings you here at this hour*?

—Edward —dijo ella, señalando con urgencia hacia la popa—. Avisar... *please*. Quiero hablar con él.

El irlandés, que bajo su piel curtida guardaba un rastro de romanticismo celta, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—*Wait here, lass*.

Minutos después, la escotilla se iluminó. Edward apareció con la camisa de lino abierta, el cabello desordenado y el rostro marcado por la misma vigilia que ella. Al verla, sus ojos azules, habitualmente severos, se encendieron con una devoción absoluta.

—Coral… —murmuró, tendiéndole una mano que ella estrechó como si fuera un cabo de salvamento.

O'Malley se retiró hacia la proa, dejándolos solos con el crujido de las cuadernas. Edward la guio hacia la cámara principal. El camarote olía a caoba, a papel antiguo y a ese aroma a mar que ya era la esencia de él. Sobre el escritorio, un sextante de latón y un cronómetro de marina brillaban bajo la luz del quinqué.

—No podía cerrar los ojos —confesó ella, y su voz tembló como una vela al viento—. Mañana te vas... y el pensamiento me quema. No quería despedidas entre jarras y gritos.

Edward la estrechó contra su pecho, envolviéndola en el calor de su cuerpo.

—Lo sé. Yo tampoco hallaba sosiego. Ven... siéntate.

Se sentaron en la litera, uniendo sus manos. Hablaron en esa lengua mestiza que habían inventado entre los dos: él le confesó que el flete ya no le importaba y ella le habló del miedo al horizonte vacío, ese mar que se lo llevaba todo, como se llevó a su madre.

—No quiero que te vayas —susurró ella, escondiendo el rostro en su cuello.

El barco se mecía con un balanceo hipnótico. Fuera, Cádiz dormía tras sus murallas, pero dentro de esas maderas pulidas, el tiempo parecía haberse detenido. La luz del quinqué de aceite proyectaba sombras que bailaban en las paredes, envolviéndolos en un refugio de oro y sombra.

Coral se puso en pie y caminó hacia el portillo, mirando el reflejo de la luna en el agua. No lo había meditado. No era una decisión de la razón, sino un mandato de la sangre. Si lo dejaba

partir sin entregarse, el vacío de la mañana sería insoportable. Quería que esa noche fuera un ancla. Quería que Edward Ashcroft se llevara algo de ella que no pudiera naufragar en ninguna tormenta, un recuerdo que quemara más que el sol de las Antillas.

Se giró hacia él, soltando el nudo de su chal. Sus ojos amatistas, fijos en los del capitán, ya no pedían permiso. Estaban dictando una sentencia de amor que el mar, por fin, se vería obligado a respetar.

—Quiero quedarme contigo esta noche... porque no puedo con esta ardentía que siento por ti.

Edward se levantó despacio, sin apartar la mirada de la suya. Vestía solo la camisa blanca abierta en el pecho y los pantalones oscuros; el cabello le caía revuelto sobre la frente por el viento de la cubierta. Extendió una mano hacia ella, palma arriba, sin tocarla aún.

—¿Estás segura? —preguntó en voz baja, en ese español que ya no era torpe, sino cálido, aprendido a fuerza de escucharla.

Coral asintió. Dio un paso hacia él. Luego dio otro. Cuando entrelazaron los dedos, sintió que algo dentro de ella se soltaba, como una cuerda que llevaba años tensa.

—Esta noche no quiero pensar en mañana —susurró—. Solo quiero sentirte.

Edward la atrajo con suavidad, rodeándola por la cintura. El primer beso fue lento, casi reverencial: unos labios que se rozaban como si temieran romperse, unas respiraciones que se mezclaban con timidez. Coral cerró los ojos y se dejó guiar por él. Sus manos subieron por su espalda, desatando con cuidado los lazos del vestido. La tela cayó en silencio a sus pies, dejando solo la enagua de algodón blanco, que se transparentaba bajo la luz de la lámpara de queroseno. Él la miró entonces como si fuera la primera vez que veía a una mujer, con una admiración que la hizo sentirse hermosa, deseada y valiosa.

—Eres... —empezó él, pero no encontró la palabra. En cambio, la besó en la frente, en los párpados y en la comisura de los labios. Cada beso era una promesa muda.

Coral temblaba, pero no de frío. De emoción. De miedo. De todo a la vez. Le quitó la camisa con los dedos temblorosos, recorriendo con las yemas el pecho ancho y tostado por soles lejanos, marcado por pequeñas cicatrices de cuerdas y tormentas. Cuando sus pieles se tocaron por primera vez, el mundo entero pareció detenerse. Dulzura pura: cuerpos que se reconocían sin prisa, caricias lentas que exploraban sin invadir, susurros en dos idiomas que ya no necesitaban traducción.

—Edward... —susurró ella contra su cuello.

Edward la recostó sobre la colcha de damasco con una ternura que desarmó cualquier rastro de duda. La cubrió con su cuerpo, transformándose en su escudo contra el mundo exterior. Sus besos recorrieron la clavícula y el valle entre sus pechos, mientras el vientre de Coral subía y bajaba al ritmo de una respiración que ya no le pertenecía. Ella arqueó la espalda, un gemido quebrado escapando de sus labios cuando el hambre contenida del capitán se hizo latente.

—Despacio... —suplicó ella, aunque su piel ya reclamaba el incendio.

Edward obedeció con la paciencia de quien navega en calma chicha. La preparó con caricias que la fueron abriendo como una flor bajo el sol de mediodía. Cuando finalmente se unieron, lo hizo con un cuidado casi sagrado. Coral sintió una punzada, un breve peaje al destino, seguido de una plenitud que la hizo cerrar los ojos y aferrarse a los hombros de él como a un mástil en mitad de la tormenta. Edward se detuvo un instante, mirándola con una intensidad que parecía querer grabarla en su memoria antes de que el mar se interpusiera.

—Eres especial —logró decir él en un español ronco, despojado de toda máscara.

A Coral se le escaparon las lágrimas.

—Tú eres mi vida entera ahora mismo —respondió ella, consciente del abismo que abrían esas palabras.

Entonces, la pasión reclamó su sitio. Edward se movió con la fuerza de la marea y Coral levantó las caderas para encontrarlo, clavando sus uñas en la espalda del capitán mientras gemía su

nombre contra su boca. El barco cabeceaba con ellos; el balanceo del Atlántico marcaba el compás de sus cuerpos. Coral sintió que el mundo se reducía a ese calor húmedo, a la fricción de sus pieles y al latido desbocado que compartían. Alcanzó el clímax con un grito sofocado y Edward la siguió segundos después, derramándose dentro de ella con un gemido que pareció arrancarle el alma.

Llegó la calma, ese silencio denso que queda tras la tormenta. Se quedaron abrazados, envueltos en el aroma de la brea, el sudor y el jazmín.

—Volveré —prometió él, besándole los párpados—. *I promise*.

Coral buscó sus ojos azules en la penumbra.

—¿Volverás por mí? ¿Me llevarás contigo al otro lado del mundo?

Edward dudó. El silencio se alargó más de lo debido. No podía prometerle un hogar en Boston; su vida era el puente de mando y una libertad que aún arrastraba las cicatrices de su pasado en Inglaterra. Quería regresar, pero no sabía cómo encajar a esa sirena de La Viña en su mundo de fletes y soledades.

—Volveré... —repitió—, siempre volver a ti.

Coral sintió un pinchazo amargo. Comprendió que aquel amor, por inmenso que fuera, no bastaba para cambiar el rumbo de un hombre de mar. Pero no se arrepintió. Esa noche era su ancla.

Al alba, cuando la luna palidecía ante el primer gris del amanecer, Coral se vistió en silencio.

—Quédate —murmuró Edward, buscándole la mano desde la cama.

—Tengo que volver antes de que mi padre eche la llave de la planta alta —dijo ella con una sonrisa triste.

—Te acompaño. Soy un caballero... —insistió él, poniéndose la camisa de lino.

—No —le frenó ella con suavidad—. Si el barrio nos ve salir juntos del muelle, mañana seré la comidilla de cada lavadero. Quédate aquí, Edward.

—¿Por qué ahora tú fría? —preguntó él, confundido por la distancia.

—No es frío, es pena —lo besó una última vez, un beso que supo a despedida definitiva—. Gracias por darme esta noche. Que el viento te sea leve, capitán.

Bajó la planchada sola, embozada en su chal. Edward la vio alejarse por el muelle comercial, una figura pequeña y valiente que se fundía con las brumas de la mañana. No entendía aquel cambio, de la entrega total a la huida silenciosa. Se quedó en cubierta hasta que ella desapareció entre los callejones de La Viña.

Coral caminó deprisa, llorando sin ruido. Sabía que, si él regresaba, sería por voluntad propia, no por una promesa arrancada entre sábanas. Al entrar por la puerta trasera de La Caracola, la taberna aún olía a vino y a ausencia. Se metió en la cama y dejó que el cansancio la venciera.

Al amanecer, el *Liberty* soltó amarras. Coral lo vio desde la ventana, con un café frío en las manos. No hubo pañuelos al viento. Solo miró cómo el punto blanco de las velas se perdía en el horizonte, hacia el norte.

—¿Estás bien, mija? —preguntó Dolores, encontrándola con la mirada perdida en el mar. Coral sonrió, una sonrisa pequeña que guardaba un secreto de alcoba.

—Sí, abuela. El mar se lo ha llevado... pero esta vez, me ha dejado algo que no puede quitarme: la esperanza de que un día, el viento sople de vuelta.

CAPÍTULO 9

Una semana después de que el *Liberty* se perdiera tras la línea del horizonte, Coral se marchitaba. Sus coplas, que antes hacían callar hasta a los marineros más rudos, ahora se arrastraban sin alma por las vigas de la taberna. Se le marcaron ojeras de color plomo bajo sus ojos violetas, que parecían haber entregado su brillo al Atlántico. Comía por inercia y callaba por sistema.

Dolores, que de joven había sido más dura que la piedra ostionera, no necesitó preguntar. Vio las sábanas revueltas de madrugada y la mirada perdida de su nieta hacia el puerto. Esa tarde, aprovechando que Antonio había ido al colmado a por una arroba de aceite de Estepa y unas cajas de Anís, acorraló a la muchacha en la cocina.

—Siéntate, niña —sentenció Dolores, dejándose caer en su silla de enea—. Vamos a ponerle nombre a lo que te come por dentro.

Coral dejó el trapo con el que fingía limpiar y se hundió en el asiento, con los hombros caídos.

—No hay nada que decir, abuela.

—Hay un mundo entero. Mírate, pareces una de esas ánimas que salen en los entierros de San José. Hace siete soles que el inglés levó anclas y tú estás aquí muerta en vida. ¿Crees que no sé que te pasas las noches en vela esperando un milagro que no va a venir?

Coral apretó las manos sobre el regazo, donde todavía sentía el calor fantasma de Edward.

—No espero nada. Sé quién es y sé a qué vino.

—¡Mentira! —le espetó la vieja, inclinándose hacia ella—. Te dejaste embaucar por sus palabras de azúcar y sus modales de seda. Ese *guachisnai* ha dicho «te quiero» en cada puerto desde Londres hasta la Habana. ¿Cuántas como tú estarán ahora mirando al mar con la misma cara de boba?

—Él no es así... —susurró Coral, con las lágrimas quemándole los párpados.

—Siempre son distintos hasta que el viento sopla de popa. Y ahora te quedas tú aquí, con la honra por los suelos y, lo que es

peor, quizás con un polizón en la barriga.

Coral levantó la vista, aterrada por la crudeza de su abuela. Quiso negarlo, quiso gritar que Edward era un caballero, pero la honestidad de su propia sangre la traicionó.

—Sí... —admitió con un hilo de voz—. Me entregué a él. La última noche. No pude dejarlo ir sin... sin ser suya.

Dolores soltó un suspiro que pareció arrastrar todo el cansancio de su estirpe.

—Mija... has caído en el mismo pozo que tu madre.

Coral se puso rígida.

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver mi madre con esto?

En ese instante, la campana de la puerta anunció el regreso de Antonio. Entró cargando el peso de las provisiones, pero se detuvo en seco al ver el aire viciado de la cocina, las lágrimas de su hija y el rostro pétreo de Dolores.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, dejando la caja con un golpe sordo. Dolores se levantó, ajustándose el mantón negro sobre los hombros.

—Nada que no estuviera escrito en las estrellas, hijo. Tu hija ha seguido el camino de María. Se ha deshonrado con el extranjero.

Antonio palideció tanto que pareció que la sangre lo abandonaba. Miró a Coral, que temblaba como una vela en medio de una tempestad.

—Coral... —dijo con una voz que no era la suya—. Ve al colmado. Dile al tío Curro que me faltan dos botellas de anís de la cuenta. Ve ahora mismo.

La muchacha salió huyendo, agradecida por el escape, aunque el portazo resonó en la callejuela como un trueno. Antonio se giró hacia su madre, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué derecho tenías de decirle eso? —rugió en voz baja—. ¡Está sufriendo!

—¡El derecho que me da haber visto morir a su madre por la misma causa! —replicó Dolores sin pestañear—. La has dejado caer en la misma trampa que a María. Si le hubieras impedido subir a aquella barca con el corazón roto por ese otro inglés, hoy ella estaría aquí. Y ahora miras para otro lado mientras la historia se repite.

Antonio dio un paso hacia ella, con los puños apretados.

—¡No es igual! Ese hombre es de ley, lo vi en sus ojos...

—¡Viste lo que quisiste ver! —cortó la madre—. Ahora tienes una hija marcada y, si el mar no hace el milagro de traerlo de vuelta, tendrás un nieto sin padre que esconder de las lenguas de La Viña. ¿Eso es lo que querías para tu Caracola?

Las palabras de Dolores quedaron vibrando en la cocina como el eco de un cañonazo. Antonio sintió que el suelo de baldosas hidráulicas se movía bajo sus pies. El remordimiento, ese viejo compañero de cama, le apretó la garganta. Recordó los gritos de María, su maleta hecha con prisas y aquel «Cádiz se me queda chico, Antonio, aquí solo se respira sal y miseria». Recordó su propia soberbia de hombre joven, creyendo que el amor era un ancla suficiente para un alma que quería alas.

—No hables de María —masculló Antonio, con una furia sorda —. No tienes permiso para resucitar a los muertos.

—Tengo el derecho de quien te vio llorar sangre —replicó dolores en un tono seco—. Y veo que vas a tropezar en la misma piedra ostionera. Esa niña se ha entregado. Ha traído la falta a esta casa. ¿Y si el viento ha dejado semilla?

Antonio no respondió. Salió a la calle, buscando el aire de poniente para enfriar el juicio. Encontró a Coral en la plazuela de San Lorenzo, bajo la sombra de los muros de piedra. Estaba vencida sobre el banco, como una barca encallada tras la tempestad. Se sentó a su lado, sintiendo el frío del mármol.

—Tu abuela tiene la lengua de esparto —dijo él, rompiendo el silencio.

—Su charla me da fatiga, padre. Me ahoga.

—Tiene miedo, Caracola. Miedo de que la historia dé la vuelta y te alcance.

Coral lo miró de hito en hito, con los ojos empañados.

—¿Qué le pasó de verdad a mi madre? ¿Por qué se subió a esa barca?

Antonio soltó un suspiro que pareció vaciarle el pecho.

—Pasó que La Viña se le quedó estrecha y yo no supe ensancharle las murallas. Ella soñaba con otros mundos, con gentes

que hablaban lenguas raras y traían sedas de oriente. Se fijó en un *guachisnai*... vio en él la pasarela para huir de aquí.

La revelación cayó sobre Coral como una losa.

—¿Un *guachisnai*? ¿Quiere decir... que ella me llevaba dentro y quería huir con otro? ¿Que yo no soy...?

—¡Por los clavos de Cristo, claro que eres mía! —estalló Antonio, tomándola por los hombros—. Pero ella no podía esperar. Discutimos a grito herido y se lanzó al mar en una cáscara de nuez, sin importarle que tú estuvieras a punto de ver la luz. Quería alcanzar el navío de aquel hombre antes de que doblara la punta de San Felipe. El mar no perdona esas locuras, mija.

Coral sintió una náusea física. Su madre no era una víctima del azar, sino de una desesperación que la empujó a traicionar al hombre que la amaba. Comprendió entonces el odio de Dolores y el silencio doliente de su padre.

—¿Tiene miedo de que yo sea igual? ¿De que lo deje solo por seguir a un *guachisnai*? —preguntó Coral, con la voz quebrada.

Antonio le tomó las manos, rudas y pequeñas.

—Alguna vez me entró el temblor de pensarlo. Pero te quiero más que a mis ojos y no voy a ser yo quien te labre la desgracia por cerrarte las puertas. Por eso dejé que hablaras con él. Tú no eres ella, Coral. Tu corazón es de ley.

Coral apoyó la cabeza en el hombro de su padre, aspirando el olor a tabaco y vino viejo que era su único refugio seguro.

—No creo que vuelva, padre... —confesó al fin, soltando el temor que la corroía—. Los capitanes tienen el corazón de madera, como sus barcos.

—La mayoría no vira de vuelta, hija. Eso es lo que tu abuela trataba de decirte a su manera bruta. Que el mar es muy grande y la memoria muy corta.

Se quedaron allí mientras el sol de noviembre teñía de sangre el cielo de Cádiz. Coral no estaba curada, pero por primera vez, el peso no la arrastraba al fondo. Tenía a su padre, el hombre que había perdonado a una mujer que quiso abandonarlo, y que ahora estaba dispuesto a sostenerla a ella en su propio naufragio.

CAPÍTULO 10

El Liberty entró en la bahía de Boston bajo un cielo plomizo de finales de noviembre, con un viento del noroeste cortante como un cuchillo. Edward se encontraba en la proa, con las manos apoyadas en la barandilla, el cuello de la chaqueta subido y el cabello revuelto por la sal. Ante él se desplegaba el puerto: los muelles de Long Wharf repletos de vapores y bergantines, las chimeneas humeantes de las fábricas de Charlestown y el humo gris que se mezclaba con las gaviotas que planeaban en círculos. Era su hogar, o al menos lo había sido durante años. Sin embargo, al verlo acercarse, sintió una punzada extraña: no era la alegría pura de quien regresa a lo conocido, sino una mezcla de alivio y vacío.

La tripulación gritaba órdenes, arriaba velas y lanzaba cabos a los estibadores que esperaban en el muelle. O'Malley dio un grito de victoria cuando el barco quedó amarrado con precisión y los hombres se abrazaron riéndose y palmeándose las espaldas. Edward también sonrió, pero su sonrisa era más contenida. Bajó la planchada con paso firme, estrechó manos y recibió palmadas en la espalda. «¡Bienvenido, capitán!», «¡Trajiste el brandy o solo humo?», «¡Boston te echaba de menos!». Respondió con bromas cortas y con la calidez que sus hombres conocían bien, pero en su interior algo no encajaba.

Las semanas en el mar habían sido un tiempo de silencio y reflexión. Las noches en cubierta, contemplando las estrellas o el horizonte negro, le habían hecho replantearse muchas cosas: ¿dónde quería establecerse realmente? Boston era cómodo: su casa en Marblehead con vistas al Atlántico, sus contactos comerciales, la libertad que había conquistado lejos de Ashcroft Hall. Pero Cádiz... Cádiz había dejado una marca que no se borraba con la distancia. Coral. Su voz cuando cantaba, sus ojos violeta que parecían contener todo el crepúsculo, la forma en que se había entregado aquella noche en el camarote... ¿Dónde encajaba ella en su mundo? ¿Era solo un dulce recuerdo de un puerto lejano o algo más? Cada vez que cerraba los ojos, la veía: arrodillada frente a la cruz de La

Caleta, llorando por una madre que nunca conoció; riéndose en la taberna mientras le corregía el acento; temblando bajo él, susurrándole su nombre en la oscuridad. Y, cada vez que la veía, sentía que Boston se le quedaba pequeño y que el mar ya no era un refugio suficiente.

Llegó a su casa al atardecer. La finca de Marblehead seguía igual: madera blanca, jardín que descendía hacia el agua y muelle privado donde el *Liberty* había reposado durante años. Doña Carmen —no, aquí no había doña Carmen, sino Mrs. Hale, la ama de llaves— lo recibió con una sonrisa cálida y un abrazo que olía a pan recién horneado.

—Capitán Ashcroft, gracias a Dios que está de vuelta sano y salvo.

Edward sonrió y devolvió el abrazo.

—Gracias, señora Hale. ¿Todo en orden?

—Todo. Aunque el correo se ha acumulado. Hay cartas de Inglaterra... muchas.

Edward sintió un nudo en el estómago. Subió al estudio, una habitación con vistas al mar y estanterías llenas de mapas y libros de navegación. Sobre el escritorio había una pila de sobres con lacrado rojo, sellos británicos y una elegante caligrafía, la de su padre y la de Peter. Contó más de una docena; algunas llevaban meses allí. Las miró durante un momento, sintiendo el peso de lo que representaban: reproches, excusas e intentos de reconciliación que él no deseaba. Abrió el cajón del escritorio —el mismo donde guardaba las anteriores— y las depositó todas juntas, sin abrir ni una. Cerró el cajón con un golpe seco.

Los días siguientes fueron rutina conocida: reuniones con mercaderes para vender el brandy (una excelente ganancia, a pesar de las pérdidas del incendio), visitas al astillero para planificar el próximo viaje y cenas con amigos capitanes en el Union Club. Reía con ellos, contaba anécdotas de Cádiz —el incendio, las tabernas, el vino—, pero evitaba hablar de Coral. Cuando alguien le preguntaba por qué parecía distraído, respondía con una sonrisa: «El mar me tiene pensando».

Una tarde de principios de diciembre, mientras un viento gélido barría las calles de Boston anunciando la primera gran nevada, Edward se dirigió al consulado británico en State Street. El edificio de ladrillo rojo, sólido y severo, contrastaba con la ligereza de la piedra ostionera que aún habitaba en sus recuerdos.

Sir Reginald Beaumont lo recibió en su despacho, un santuario de caoba, mapas náuticos y el reconfortante crepitar de una chimenea de mármol.

—Ashcroft —saludó el aristócrata, ofreciéndole una mano firme —. Bienvenido de nuevo a la civilización. Me llegaron noticias de un percance con el fuego. ¿Sigue el *Liberty* de una pieza?

Edward estrechó la mano, sintiendo el peso de la levita de lana que le resultaba extraña tras semanas de camisa de lino.

—El barco sufrió, pero la tripulación es de roble. Perdimos parte del flete, pero logré reponerlo con soleras de la misma calidad. Aquí tiene los documentos de embarque y la muestra que solicitó.

Edward depositó sobre la mesa una caja de madera de cedro. Dentro, una botella de cristal soplado contenía el espíritu de Jerez, con el sello de Hidalgo y Cía. reluciendo bajo la luz de las lámparas de aceite. Beaumont sirvió dos copas de cristal de roca, dejando que el aroma inundara la estancia.

—Sublime —murmuró Beaumont tras el primer sorbo—. Un calor necesario para este clima de demonios. Dígame, Ashcroft, ¿qué le pareció Cádiz?

Edward bebió, y por un instante, el sabor del brandy fue el beso de Coral en la cubierta del barco.

—Es una ciudad que no conoce el silencio, señor. Viva, ruidosa, con un sol que parece bendecir hasta las piedras. La gente... —hizo una pausa— la gente tiene una franqueza que no he encontrado en los puertos del Norte. Te abren la casa antes de saber tu nombre.

Beaumont asintió, perdido por un momento en el ámbar de su copa.

—Lo sé bien. Serví allí en la década de los 40, cuando capitaneaba el *HMS Vanguard*. Eran tiempos convulsos; vigilábamos las rutas del Mediterráneo y nos asegurábamos de que los franceses no metieran sus narices en los arsenales de La Carraca. Pasé meses

anclado en la bahía. Cádiz tiene una luz que se te mete bajo la piel... y un levante que puede volver loco al hombre más templado.

Edward lo observó con una atención renovada. No esperaba que aquel noble estirado conociera los callejones de la ciudad.

—¿Estuvo en Cádiz? No mencionó que conocía el terreno cuando me dio el encargo.

Beaumont sonrió con una melancolía que Edward no le conocía. En ese momento, el comandante se inclinó hacia la luz de la chimenea para dejar su copa. Fue entonces cuando Edward lo vio.

El destello en sus iris. Un tono profundo, eléctrico, idéntico al que Coral lucía cuando cantaba, el mismo que había visto empañado por las lágrimas frente a la cruz de la Caleta.

El corazón de Edward martilleó contra sus costillas. La copa de cristal tembló imperceptiblemente en sus dedos. Todo el misterio de la madre de Coral, la huida en la barca, la obsesión de Beaumont por el brandy de Hidalgo... todo encajó con la violencia de un abordaje.

—Sus ojos, señor... —logró decir Edward, con la voz quebrada por el asombro—. Son de un color único.

Beaumont arqueó una ceja, soltando una risa breve.

—Un capricho de la herencia, Ashcroft. Los Beaumont los llevamos como una divisa desde hace generaciones. Mi madre los tenía, y su abuela antes que ella. Dicen que es la mirada de los que nacen bajo una estrella errante. ¿Por qué le sorprende tanto?

Edward tragó saliva, sintiendo que el despacho se volvía tan estrecho como un calabozo. Mentir fue un acto de instinto marinero para proteger un tesoro.

—No es nada, señor. Es solo que... es una tonalidad inusual. Nunca la había visto antes de cruzar el océano.

—Cádiz es un lugar de milagros y rarezas —concluyó Beaumont, ajeno al cataclismo interior de su capitán—. Quizás algún día la fortuna me permita volver a ver sus torres blancas.

Edward asintió mecánicamente, pero sus pies ya no sentían la alfombra de Boston. Estaba de nuevo en La Caracola, viendo a Coral servir el vino con esa mirada que ahora sabía real, noble y trágica.

Salió del consulado con el frío de la nieve azotándole el rostro, pero con un fuego nuevo quemándole el pecho.

Boston era ahora una cárcel de orden y hielo. El secreto que guardaba en el bolsillo, junto a la carta de flete, era una bomba de relojería.

CAPÍTULO 11

Edward Ashcroft había regresado a Boston con el sabor del brandy de Cádiz aún en la lengua y una sospecha clavada en el pecho como un anzuelo. Los ojos violeta de Coral —profundos, imposibles— se habían convertido en el espejo donde veía los de sir Reginald Beaumont cada vez que cerraba los párpados. La aritmética del destino era cruelmente sencilla: el noble había capitaneado el *HMS Vanguard* en aguas de Cádiz en la década de los 40. Nueve meses de gestación, un parto en una barca rota bajo una tormenta de levante, una madre muerta y una hija abandonada al cuidado de un pescador de La Viña. Uno más uno.

Al principio, Edward intentó enterrar la idea. Se refugió en la rutina de los muelles: reuniones con importadores de *State Street* para colocar el cargamento de Hidalgo, cenas en el *Union Club* entre nubes de tabaco de Virginia y capitanes que narraban naufragios en las Antillas. Paseaba por Marblehead mirando el Atlántico, como si la línea del horizonte pudiera devolverle la imagen de las torres blancas de Cádiz. Sin embargo, la pregunta le robaba el sueño: ¿sabría Beaumont que tenía una hija? ¿Era posible que un oficial de la *Royal Navy*, un hombre que se jactaba de su honor, hubiera dejado a su suerte a una muchacha española? ¿O era todo una burla de los genes, un azar genético sin dueño?

Edward no estaba hecho para la intriga. Su vida se regía por la amura, el viento y la palabra dada. Espiar, preguntar con rodeos o fingir indiferencia le resultaba tan torpe como manejar un bergantín en un canal angosto. Pero lo intentó.

La oportunidad surgió durante una cena de armadores. Entre platos de buey y copas de clarete, mencionó como quien no quiere la cosa:

—Sir Reginald parece conocer bien la bahía de Cádiz. Me comentó que estuvo allí con el *Vanguard*allá por el 40.

Un capitán retirado de la marina mercante británica, un tal Hargreaves, asintió mientras cortaba su pieza de carne con precisión quirúrgica.

—Oh, sí, Reginald pasó una temporada larga en el Mediterráneo occidental. Misiones de vigilancia, ya sabe. Londres quería un ojo puesto en los franceses y otro en los americanos. Cádiz era un hervidero de espías y bodegueros. Pero no le pida detalles; es un hombre de una reserva británica absoluta sobre aquellos años.

Edward apuró su copa, fingiendo un interés meramente profesional.

—¿Y la familia? ¿Viajó con su esposa?

Hargreaves soltó una carcajada seca.

—¡Dios nos libre! Lady Beaumont se quedó en Devon con los niños. Arthur y Geoffrey eran apenas unos mocosos por entonces. ¿A qué viene tanto interés, Ashcroft?

Edward se encogió de hombros con estudiada calma.

—Nostalgia, supongo. Me pareció que el comandante hablaba de la ciudad con un brillo extraño en los ojos.

Esa noche, en la soledad de su casa de Marblehead, Edward abrió el cajón de su escritorio de caoba. Sacó la última misiva llegada de Inglaterra —con el escudo de *Ashcroft Hall*— y la dejó sobre la mesa, sin romper el sello. Su propia familia era un nido de ausencias, pero lo de Beaumont olía a traición.

Hacer preguntas en el Union Club fue, como sospechaba, un error de principiante. Hargreaves era íntimo de Sir Reginald, y la indiscreción voló más rápido que una fragata con viento a favor. Al mediodía siguiente, un mensajero del consulado entregó a Edward una nota breve, escrita con una caligrafía agresiva que cortaba el papel:

«Ashcroft. Venga a mi despacho de inmediato. Es urgente. R. B.»

Edward cruzó el umbral del consulado sintiendo el peso de la tormenta que se avecinaba. El despacho olía a una mezcla densa de tabaco de Virginia y cuero viejo tratado con aceite. Sir Reginald permanecía de pie junto al ventanal, una silueta rígida recortada contra el gris plomizo del invierno de Massachusetts. No se movió hasta que escuchó los pasos de Edward sobre la alfombra.

—Cierre la puerta —ordenó Beaumont sin volverse. Su voz era un susurro gélido.

Edward obedeció. El clic del pestillo de bronce resonó en el silencio cargado de la estancia como el percutor de un revólver.

—Siéntese.

Edward tomó asiento en una de las pesadas sillas de caoba. Beaumont, sin embargo, prefirió el acecho. Caminó hacia su escritorio con la lentitud de un depredador, apoyó las palmas sobre la madera pulida y se inclinó, invadiendo el espacio de Edward.

—Me han llegado ecos, Ashcroft —comenzó, con una calma que erizaba la piel—. Preguntas en el *Union Club*, susurros en el astillero, indiscreciones con mi propio secretario. Preguntas sobre mi servicio en el Mediterráneo. Sobre mi estancia en Cádiz en el 40. ¿A qué juega?

Edward sintió que el suelo se inclinaba, como si el *Liberty* estuviera lidiando con una ola de costado. Respiró hondo para anclarse a la realidad.

—Es simple curiosidad, milord. Habló usted de aquella ciudad con una nostalgia que me resultó... familiar.

Beaumont soltó una risa seca, un chasquido sin rastro de humor.

—No me insulte tratándome como a un cadete de primer año. Usted es un hombre de mar, Ashcroft; sabe que en una carta náutica no se dan rodeos si no hay bancos de arena que evitar. Lo suyo no es curiosidad. Es una investigación. ¿Por qué?

Edward se enderezó. El momento de la verdad había llegado antes de que pudiera calcular la deriva. Ya no había puertos donde refugiarse.

—Porque creo que dejó usted un flete sin declarar en Cádiz —dijo Edward, con una firmeza que sorprendió a ambos—. Un asunto que quedó abierto hace casi dos décadas y que el mar se ha negado a hundir.

Beaumont se irguió cuan largo era, recuperando su máscara de mando. Pero algo en su mirada —un destello violeta de puro pánico — lo traicionó.

—¿Asuntos abiertos? Explíquese antes de que mi paciencia se agote.

Edward se puso en pie también, acortando la distancia.

—Conocí a una joven allí. Dieciocho años. Una voz de sirena y unos ojos... —hizo una pausa deliberada— unos ojos de un violeta imposible. Idénticos a los suyos, Sir Reginald. Y usted estuvo allí en 1840, al mando del *Vanguard*. Tiempo suficiente para conocer a una mujer. Para dejar una marca que el tiempo no ha borrado.

Beaumont palideció de tal forma que el azul de sus venas resaltó en sus sienes. Por un instante, el hombre de hierro de la Marina Real pareció a punto de desmoronarse.

—¿Qué está insinuando, Ashcroft? Tenga cuidado con su lengua...

—No insinúo, milord. Sumo las luces del puerto. Una muchacha de La Viña llamada María Pérez quedó encinta. Y en una noche de rayos, desesperada por alcanzar una barca que la llevara a un navío inglés, perdió la vida. Pero dejó una hija. Una hija que lleva su mirada. ¿De quién la heredó si no fue de un Beaumont?

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el chisporroteo del carbón en la chimenea. Sir Reginald se dejó caer en su sillón de cuero, como si los hilos que sostenían su orgullo se hubieran cortado de golpe. Miró a Edward con una mezcla de incredulidad y un pesar tan antiguo que helaba la sangre.

—No sabe... no tiene ni idea de lo que está diciendo —logró articular, pero la voz se le quebró como madera seca.

Edward no dio un paso atrás.

—Sé lo que vi en Cádiz. Y sé que usted nunca mencionó su estancia allí hasta que yo traje ese brandy. ¿Por qué el secreto, milord? ¿Es remordimiento lo que le humedece los ojos o miedo a que el mundo sepa que el gran Sir Reginald Beaumont dejó un rastro de cenizas en el sur de España?

Beaumont cerró los párpados, apretando los puños sobre el escritorio. Cuando volvió a abrirlos, el brillo violeta estaba velado por la derrota.

—Lárguese de aquí, Ashcroft —ordenó, con un hilo de voz—. Lárguese antes de que cometa una locura.

Edward no necesitó que se lo dijeran dos veces. Dio media vuelta y salió del despacho, dejando al aristócrata a solas con sus fantasmas de 1840. Sabía que, a partir de ese momento, ya no era solo un capitán mercante. Era el guardián de un secreto que podía hundir una casa noble o salvar a una muchacha en Cádiz.

Beaumont respiró hondo, como si recogiera fuerzas. Se quedó sentado en su despacho mucho tiempo después de que Edward Ashcroft saliera dando un portazo. La habitación parecía más fría de lo habitual a pesar de la chimenea, que crepitaba con leña seca. El brandy de su copa se había calentado y olvidado, y el humo de la pipa que había encendido mecánicamente flotaba en el aire como un velo gris. Las palabras de Ashcroft resonaban en su cabeza: «Una joven de dieciocho años. Ojos de color violeta. El mismo violeta que los suyos». Uno más uno… Cádiz.

Pero no era posible. O sí lo era, pero no como Ashcroft lo había calculado. Beaumont se levantó despacio, con las piernas pesadas, como si llevara anclas atadas. Caminó hasta la ventana y miró el puerto de Boston nevado, donde los barcos mercantes se mecían como fantasmas bajo la luz de las farolas.

Él no era el padre. No podía serlo. Pero su hermano pequeño... ah, eso era otra historia.

Reginald Beaumont había tenido un hermano diez años menor: Alexander. Alex, como lo llamaba en privado. Había sido un joven alto y delgado, con el mismo cabello plateado prematuro que corría en la familia y esos ojos violetas que los hacían destacar en cualquier multitud. Alex había sido su sombra desde niño: en las fincas de Devon, donde jugaban a piratas en los jardines, y luego en la Marina Real, donde Reginald lo había recomendado para entrar como guardiamarina. «Es listo como un zorro y valiente como un león», había escrito en la carta de presentación. Alex aprendió rápido: navegación, artillería, tácticas... Reginald lo tomó bajo su ala en el *Vanguard* y lo nombró segundo oficial a los veinticuatro años.

—Tengo el mejor maestro —bromeaba Alex.

—Y el más estricto —respondía el hermano mayor.

Reginald lo entrenaba sin piedad: le hacía calcular rutas en mitad de tormentas, dirigir maniobras bajo fuego simulado y

negociar con proveedores en puertos extranjeros. «El mar no perdona errores», le decía. «Y yo tampoco».

Alex era reservado, sí. A diferencia de Reginald, que era extrovertido en sociedad y firme en el mando, Alex guardaba sus pensamientos como un cofre cerrado. No hablaba de mujeres, ni de vicios, ni de sueños personales. Se divertía en puerto como el resto de marineros —una jarra de vino, una partida de cartas, quizá una noche en una taberna—, pero nunca presumía. Reginald lo sabía: su hermano era un romántico callado, de los que aman en silencio y sufren en privado. En Cádiz, durante aquellos meses, Alex había bajado a tierra más veces de lo habitual. «Para practicar español», decía. Reginald no preguntaba. Confiaba en él.

Hasta que el rumor llegó a sus oídos. La joven prendada del extranjero. La esperanza de que se la llevara lejos de Cádiz… él no podía permitirlo. Su hermano era hijo de conde. Por sus venas corría la noble sangre de los Beaumont, y esa joven era analfabeta, humilde y huérfana de madre. ¿En qué estaba pensando su hermano para dejarse embaucar por ella? A sus ojos, estaba clara la ambición de la joven. Por ese motivo, obligó a su hermano a abandonar la ciudad portuaria de Cádiz.

Gracias a sus contactos, lo habían ascendido a teniente; había sido transferido a su propio buque: el *HMS Seahawk*, un bergantín ligero destinado a misiones de reconocimiento en el Caribe. Reginald lo había recomendado, orgulloso: «Tienes tu propio mando porque has tenido el mejor maestro. Ahora demuéstralo». El *Seahawk* zarpó hacia las Bahamas para patrullar las rutas y controlar el comercio ilegal de esclavos, así como para combatir a los piratas residuales.

Y luego llegó la tormenta. Solo unos meses después de que Alex hubiera dejado Cádiz.

Un huracán furioso de los que nacen en el Atlántico tropical y arrasan todo los sorprendió cerca de las islas Bimini. Había vientos de más de cien nudos, olas como montañas y una lluvia que cegaba. El *Seahawk* se hundió en una noche, partido en dos por un golpe de mar. Días después encontraron restos: maderas flotando, barriles y cuerpos hinchados por el agua. Entre ellos, el de su hermano Alex. Lo identificaron por el anillo familiar, que llevaba grabado el sello de

los Beaumont. Reginald recibió la noticia en una fría carta del Almirantazgo mientras se encontraba en Londres. «Perdido en acción. Heroísmo en el deber». Lo enterraron en un cementerio naval de Nassau, pero el dolor quedó con Reginald: el hermano pequeño, el aprendiz perfecto, el hombre que nunca había fallado... hasta esa tormenta.

El dolor, el pesar, cubrió de luto su corazón. Si él no lo hubiera alejado de Cádiz, su hermano pequeño seguiría vivo.

Beaumont sacudió la cabeza, volviendo al presente. Ashcroft no podía saber nada de su hermano pequeño. Pero la insinuación ardía: ojos violetas, Cádiz, 1840. ¿Era posible que esa joven fuera hija de su hermano?

Se sentó en el escritorio, sintiendo un peso en el pecho. Si era verdad, si Alex había tenido una hija con la joven de la que le había hablado Edward, entonces era su sobrina. La duda creció como una tormenta en su mente. Si Alex había dejado una hija, era su sobrina. Y, si era verdad, entonces Reginald tenía una obligación. No solo moral, sino también familiar.

Alex no solo había dejado un legado de honor naval, sino que también había heredado una parte de la fortuna familiar. El título de los Beaumont era legendario: Conde en Devon, con vastas propiedades y un título que Reginald ostentaba como primogénito. Sin embargo, al alcanzar la mayoría de edad, Alex, como segundo hijo, había recibido una herencia separada. Se trataba de un fondo naval establecido por su abuelo y después por su padre, un almirante retirado, compuesto por bonos del gobierno y acciones de la Compañía de las Indias Orientales, destinado a los oficiales de la familia para comprar comisiones o establecerse tras el servicio. Alex no lo había utilizado y, al morir, el fondo había revertido a Reginald como fiduciario, para sus hijos o «cualquier descendiente legítimo de la línea Beaumont».

Reginald lo administraba con rigor y lo destinaba a la educación naval de Arthur y Geoffrey. Sin embargo, si esa joven era hija de Alex, entonces también formaba parte del legado. Restaurar eso, continuar el linaje de su hermano y honrar su memoria, se convertía en un deber que no podía ignorar. Pensó en su madre, en

la altiva condesa viuda que, tras la muerte de su hijo menor, cayó en una depresión profunda de la que no se había recuperado. Pasaba largas horas en Bath, y Reginald se dijo que, de saber que tenía una nieta de Alex, la recuperaría en salud y vitalidad.

Beaumont se levantó de golpe. No podía quedarse con la duda. Sujetó la campanilla del escritorio y la agitó. Segundos después, su secretario, un joven escocés llamado Thompson de eficiencia impecable, entró.

—Milord.

—Thompson, necesito que inicies una investigación, pero discreta y urgente.

El secretario hizo un gesto con la cabeza.

—A sus órdenes, milord.

—Busque registros del *HMS Vanguard* en el Reino de España, en la ciudad portuaria de Cádiz, en 1840, bajo mi mando. Cuando tenía a mi hermano, el teniente Alexander Beaumont, bajo mi instrucción. Cualquier mención a… interacciones locales.

Beaumont le dio la información justa. Thompson arqueó una ceja, pero no preguntó nada.

—Registros navales, señor. Puedo acceder a los archivos del Almirantazgo a través del consulado. Y para nombres locales, quizá el consulado británico en Cádiz. Podría telegrafiar desde hoy mismo.

Beaumont asintió.

—Hágalo. Y busque nacimientos en Cádiz en el año 1840. Sobre todo, de niñas. Crúcelo con muertes en la ciudad ese año.

Thompson tomó nota de todo.

—Será complicado, señor. Pero lo tendrá en dos días.

—Bien.

Thompson salió. Beaumont se sirvió otro brandy, pero no lo bebió. Se quedó mirando el fuego, recordando a Alex: el hermano que había sido su sombra, su aprendiz, su orgullo. Si había una hija, entonces tenía que saberlo. Tenía que investigar. Por Alex. Por esa joven que nunca llegó a conocer a su padre. Y por el mar, que una vez más había unido hilos rotos a través del tiempo.

Dos días después, Thompson entró en el despacho con paso medido y expresión neutra. En la mano llevaba un sobre de papel

grueso, lacrado con el sello oficial del consulado británico. El lacre rojo brillaba aún bajo la luz de la lámpara de aceite, intacto, sin una sola grieta. Cerró la puerta suavemente y se acercó al escritorio donde lord Reginald Beaumont lo esperaba, sentado, con las manos entrelazadas sobre la madera oscura y la mirada fija en el fuego crepitante de la chimenea.

—Milord —dijo el secretario en voz baja, depositando el sobre sobre el escritorio con cuidado, como si temiera que el papel se rompiera—. Ha llegado la respuesta del consulado de Cádiz. Por telégrafo, esta misma mañana. La transcripción oficial está dentro, junto con el sello diplomático.

Beaumont levantó la vista lentamente. El fuego proyectaba sombras alargadas en su rostro, acentuando las líneas de fatiga. Extendió la mano y tomó el sobre. Rompió el sello con el abrecartas de plata, sacó la hoja doblada y la desplegó con los dedos, que por primera vez en mucho tiempo mostraron un leve temblor. Thompson permaneció de pie, inmóvil.

Beaumont leyó en silencio. Las palabras del telegrama eran escuetas y precisas. Sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies. La fecha era correcta. El tiempo en su mente se había desajustado con los recuerdos. Se llevó una mano al pecho, como si quisiera contener el latido que, de pronto, le martilleaba con fuerza.

—¿Y el padre? —preguntó con voz ronca, casi un susurro—. ¿Algún nombre en los registros?

Thompson desplegó otra nota.

—La niña fue registrada como Coral Pargo y Pérez. Es hija de Antonio Pargo, un pescador del mismo barrio. Vive con él y con su abuela, Dolores, en una taberna llamada La Caracola.

Beaumont cerró los ojos un instante. *Coral*. Ese nombre le llegó como un eco lejano, como una campana tocada en Cádiz casi dos décadas atrás.

—¿Y mi hermano? —preguntó sin abrir aún los ojos.

Thompson desplegó otra hoja, un extracto copiado de los diarios de a bordo del *HMS Vanguard*.

—Los diarios de navegación del *Vanguard* confirman que el teniente Alexander Beaumont bajó a tierra veintisiete veces entre

enero y abril de 1840. La mayoría de las salidas se registraron como «asuntos personales» o «práctica del idioma local». No había mención explícita de nadie, salvo una anotación en su diario personal —conservada en los archivos del Almirantazgo— que decía textualmente: «Que Dios me perdone si no cumplo».

Beaumont abrió los ojos. El violeta de sus iris se reflejó en el cristal de la ventana como un destello frío.

—Alex... —murmuró, casi para sí mismo—. Perdóname.

Thompson permaneció en silencio, respetuoso. Beaumont se levantó despacio, como si el peso de la revelación le hubiera añadido años.

—Gracias, Thompson. Déjeme solo.

El secretario inclinó la cabeza y salió sin hacer ruido. La puerta se cerró con un suave clic. Beaumont se acercó a la ventana. La nieve caía lentamente sobre el puerto de Boston, cubriendo los muelles como un sudario blanco. Reginald había ido a Nassau a reclamar el cuerpo, había visto el ataúd cerrado y había llorado en silencio. Llevar el cuerpo sin vida de su hermano a Inglaterra fue lo más duro que había hecho como marino.

Sintió una oleada de responsabilidad que lo golpeó como una ola. No solo moral, sino también legal. Como fiduciario del fondo, tenía la obligación de investigar, confirmar y restaurar lo que su hermano había dejado inconcluso. Alex había muerto sin conocer a su hija. Su madre no conocía a su nieta… Reginald no podía permitir que la historia terminara así. Tenía que actuar.

Se sentó de nuevo y escribió una breve nota a Thompson:

«Prepare un viaje a Cádiz. La fragata más rápida disponible. Partiremos en cuanto esté listo. Lleve copias de todos los registros. Y busque a Edward Ashcroft. Lo necesito».

Luego, con la mano temblorosa, escribió una carta para su esposa Eleanor:

«Querida mía: Asuntos urgentes me llaman de nuevo al Mediterráneo. Volveré pronto. Cuida de los chicos. Y por favor, visita a mi madre y llévala a casa; llevaré una sorpresa para ella. Tu Reginald».

Selló la carta y la dejó sobre el escritorio. Luego se levantó, caminó hasta el retrato de Alex y lo tocó con la punta de los dedos.

—Si es verdad, hermano... si tienes una hija... la encontraré. Y la llevaré a casa.

La nieve seguía cayendo fuera. Beaumont miró el puerto, donde los barcos se mecían bajo el manto blanco. Pronto zarparía de nuevo, no por comercio ni por deber naval. Por familia. Por un legado que el mar había intentado borrar años atrás, pero que ahora volvía a la superficie como un naufragio que la marea devuelve a la playa.

CAPÍTULO 12

Edward Ashcroft se encontraba en su estudio de Marblehead cuando recibió la nota de Lord Reginald Beaumont. Era breve y estaba lacrada con el sello diplomático del consulado: «Asunto urgente. Reúnase conmigo mañana al mediodía. R. B.». Edward dobló el papel, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y sintió un peso familiar en el pecho. Sabía de qué se trataba: la revelación sobre Coral, el fantasma de Alexander Beaumont. Desde su confrontación en el despacho del comandante, no había podido sacárselo de la cabeza. Cada noche, al contemplar el Atlántico negro desde su ventana, pensaba en La Caracola, en la voz de Coral resonando en la taberna, en la noche que habían pasado juntos en el camarote del *Libertad*. Volver a Cádiz no era solo una promesa, sino una necesidad.

Al día siguiente, entró en el consulado bajo un cielo gris que amenazaba nieve. Thompson, el secretario, lo guio hasta el despacho de Beaumont sin palabras superfluas. El comandante estaba de pie junto a la chimenea, con una copa de brandy en la mano, y el retrato familiar era visible detrás de él. Sus ojos violeta —los mismos que lo habían obsesionado— lo miraron con intensidad.

—Ashcroft —dijo Beaumont, tendiéndole la mano—. Gracias por venir.

Edward le estrechó la mano, pero se mantuvo de pie.

—Dígame qué ha descubierto.

Beaumont le ofreció un asiento y comenzó a hablar. Le explicó que había tenido un hermano menor que navegaba bajo su mando. Le habló de los telegramas al consulado de Cádiz, de los registros parroquiales que confirmaban la muerte de María Pérez en 1840 y el nacimiento de Coral. Luego, mencionó los diarios de Alexander: las frecuentes bajadas a tierra. «Mi hermano era reservado», dijo Beaumont, con la voz teñida de un dolor antiguo.

—Marcho hacia Cádiz —anunció Beaumont—. Parto en el *SS Oceanic* dentro de diez días. Confirmaré todo en persona. Y, si es verdad, restauraré el legado de mi hermano. Pero necesito su ayuda,

Ashcroft. Usted la conoce. La ha visto. Venga conmigo. Sea el puente.

Edward dudó. Al pensar en volver a Cádiz, en ver a Coral de nuevo y en explicárselo todo, el corazón le dio un vuelco. Sin embargo, recordó la oferta que había aceptado esa misma mañana. El fuego de la chimenea crepitaba bajo y el viento de Boston azotaba las ventanas, como queriendo participar en la conversación.

—He aceptado un encargo —dijo Edward con voz firme, aunque con un matiz de resignación—. Un armador de Sídney, un viejo contacto de mis días en Singapur, me ha ofrecido un flete que no podía rechazar.

Beaumont arqueó una ceja y apoyó los codos en la mesa.

—¿Sídney? ¿Australia?

Edward asintió.

—Australia es colonia británica y en estos años vive un auge sin precedentes. La fiebre del oro en Victoria sigue atrayendo a miles de hombres, y las minas necesitan maquinaria. Me ha pedido que transporte motores de vapor —calderas, bombas de extracción, piezas para molinos de pisón— desde Boston hasta Sídney. Es un cargamento pesado, valioso y urgente. Los vapores mixtos de la *P&O Line* y otras compañías ya no dan abasto, así que buscan capitanes independientes como yo.

Hizo una pausa, mirando la copa de brandy que Beaumont le había servido pero que aún no había tocado.

—El viaje es largo, pero verosímil. Salgo de Boston con carga completa, cruzo el Atlántico Sur hasta el Cabo de Buena Esperanza, rodeo el cabo y entro en el Índico. Escala en Ciudad del Cabo o Mauricio para carbón y agua; luego, directo a Fremantle o Perth, y finalmente Sídney. Ida: tres meses si los vientos ayudan. Vuelta: otros tres, con carga de retorno en lana merina de Nueva Gales del Sur —la mejor del mundo— o quizás algo de opio de la India para el mercado estadounidense. Seis meses mínimo, quizás siete si hay temporales o retrasos en puerto. Es dinero seguro, lord Beaumont. Mucho dinero.

Beaumont lo observó en silencio un momento, girando la copa entre los dedos.

—Y también es una huida —dijo al fin, sin acusación, solo constatando un hecho.

Edward no lo negó. Ahora que habían pasado las semanas, ahora que la distancia había supuesto una tregua, él tenía que tomar decisiones, y regresar a Cádiz no era una de ellas.

—Necesito tiempo para pensar. El mar siempre me ha aclarado las ideas. Cádiz… Coral… todo lo que ha pasado aquí en Boston… me pesa. No sé si estoy listo para volver y enfrentarme a lo que significa. Todo eso me da vueltas en la cabeza. Australia me da distancia. Seis meses en el mar me darán claridad.

Beaumont suspiró, dejando la copa sobre la mesa.

—Hay decisiones de las que uno no puede retractarse —le dijo el noble.

Se despidieron con una inclinación de cabeza. Edward salió al frío de Boston sintiendo que dejaba atrás una pieza del puzle. Pero su destino era Australia. Por ahora.

Lord Reginald Beaumont no perdió el tiempo. La decisión de ir a Cádiz era irrevocable; el legado de Alex le empujaba como un viento de popa. Esa misma tarde llamó a Thompson a su despacho.

—Prepare todo —ordenó—. Billetes para el *SS Oceanic*. Camarote de primera para usted y para mí. Partimos en breve.

Thompson tomó nota con su habitual eficiencia.

—Señor, el *Oceanic* es de la White Star Line. Es un vapor rápido; llegaremos a Liverpool en once días y luego tomaremos un vapor costero desde Southampton hasta Cádiz. Posiblemente estaremos allí antes de Navidad.

Beaumont asintió.

—Bien. Necesito copias de todos los registros: diarios de Alex, telegramas, certificados de nacimiento y defunción. Y el testamento familiar. Los documentos del fondo naval de mi abuelo que prueben que es para descendientes legítimos. Si esa muchacha es hija de mi hermano…

Thompson levantó la vista.

—Señor, para reclamar una herencia necesitará pruebas legales. ¿Un testamento paterno o solo la voluntad?

Beaumont suspiró.

—En Cádiz buscaré testigos. Familiares de María Pérez. El lugar donde trabajaba. Vecinos que recuerden a mi hermano. Si hay indicios —Ashcroft mencionó la lacra que llevaba María—, los encontraré. Y, si es necesario, haré lo que sea. Pero primero necesito confirmación.

Thompson continuó tomando notas.

—Enviaré unas cartas a Inglaterra a los abogados de Devon para que preparen el fondo para una posible transferencia; también al Almirantazgo: solicitaré acceso completo a los archivos de mi hermano fallecido.

Beaumont se levantó y comenzó a pasear por el despacho.

—Y una carta al consulado del Reino de España en Londres.

El noble miró a su secretario.

—Lo dispondré todo de inmediato. Y buscaré un investigador local de confianza que indague en la ciudad sin alertar a la familia Pargo. —Thompson inclinó la cabeza—. Pero no olvide, milord, que, si la joven es su sobrina, si es una Beaumont, debería llevarla a Inglaterra, pues la joven es menor de edad… lo digo por la herencia.

Reginald lo había pensado todo. ¿Qué joven se resistiría a ser de la nobleza, a disfrutar de una vida de lujos? Además, él tenía que reunir a la nieta con su abuela. Reparar el daño involuntario que le ocasionó a su hermano cuando lo obligó a dejar la ciudad portuaria de Cádiz…

—Prepárelo todo.

—Como ordene, señor.

En los días siguientes, los preparativos se aceleraron. Beaumont escribió a su esposa:

«Querida, un asunto familiar me lleva al Reino de España, concretamente a la ciudad de Cádiz. Allí hay un posible descendiente de mi hermano Alex. Tengo que investigar. Hacerle justicia. Cuida de Arthur, de Geoffrey y de mi madre».

Ella le respondió por telegrama:

«Ve con Dios. Trae respuestas. Cuidaré de Rosalind».

Beaumont reflexionaba por las noches: Alex, el hermano perdido, había dejado una hija. El fondo naval —veinte mil libras en bonos y acciones— era para eso: asegurar el futuro de la línea. Si la

muchacha era su hija y lo aceptaba, podría cambiar su vida: educación, dote, un pasaje a Inglaterra. Pero ¿lo querría? ¿Aceptaría a un tío desconocido, una herencia de un padre que nunca conoció? Y el mar... el mar que se había llevado a Alex en las Bahamas, en esa tormenta que había hundido el *Seahawk* y destrozado su familia.

El 15 de diciembre, el *SS Oceanic* zarpó de Boston con destino a Liverpool. Beaumont y Thompson ocuparon un camarote de primera clase y llevaron consigo un maletín lleno de documentos. El vapor cruzaba el Atlántico llevando a Reginald hacia un pasado que nunca imaginó que iba a enfrentar.

CAPÍTULO 13

Habían pasado meses desde que el *Liberty* desapareció en el horizonte y Cádiz había seguido su curso implacable: las mareas subían y bajaban, las barcas salían al amanecer y regresaban al atardecer, los cantes resonaban en las tabernas y el viento de levante arrastraba arena por las calles de La Viña. Coral también había seguido adelante, aunque a un ritmo más lento y silencioso. Al principio, cada mañana abría los ojos con la misma punzada en el pecho, como si alguien hubiera dejado un anzuelo clavado allí. Miraba por la ventana hacia el mar, esperando ver una vela blanca que nunca llegaba. Luego, se vestía con movimientos mecánicos, bajaba a la cocina y se ponía a trabajar sin decir mucho. Antonio y Dolores se daban cuenta de todo: de las ojeras que se marcaban bajo sus ojos violeta, de cómo tarareaba tonadas tristes cuando creía que nadie la oía y de cómo el silencio se le hacía cada día más pesado.

Poco a poco, sin embargo, Coral empezó a aceptarlo. No fue algo que sucediera un día concreto ni una revelación repentina. Fue un proceso lento e imperceptible, como el desgaste de una piedra por el mar. Una mañana se levantó y, por primera vez, no miró hacia el horizonte con esperanza. Solo miró y, luego, se volvió hacia la taberna. «No volverá», se dijo; pero no lo dijo con rabia o amargura, sino con una resignación tranquila que le permitió respirar de nuevo. Seguía sufriendo —el recuerdo de aquella noche en el camarote, de los besos que sabían a champán y a promesas, regresaba en oleadas inesperadas—, pero el dolor ya no la paralizaba. Empezó a comer más, a dormir mejor y a sonreír cuando los clientes le pedían una canción. No era felicidad plena, pero era recuperación. Y eso ya era mucho.

Miguel Ponce, el estudiante de Medicina, fue quien notó antes el cambio. Llevaba años frecuentando La Caracola: llegaba los viernes con su guitarra, tocaba fandangos y soleares, y siempre encontraba un pretexto para quedarse hasta el cierre, hablando con Coral mientras ella recogía vasos o limpiaba el mostrador. Una tarde,

cuando la taberna estaba tranquila y solo quedaban dos pescadores jugando al dominó en la esquina, Miguel se acercó a ella detrás del mostrador.

—Coral —dijo con la voz baja y las manos nerviosas en el borde de la guitarra—. Tengo que decírtelo. Te quiero. Desde hace tiempo. No como amigo. Como hombre. Quiero estar contigo, cuidarte y hacerte feliz.

Coral dejó el paño con el que estaba secando una jarra y lo miró. Su mirada era serena, pero triste. —Miguel, eres bueno. Y te quiero, pero no como tú quieres. No puedo.

Él bajó la cabeza un momento, pero luego la volvió a levantar. —No te pido que me quieras hoy. Solo te pido que me dejes intentarlo. Que me dejes estar cerca. Si algún día cambias de idea, estaré aquí.

Coral dudó. Sabía que rechazarlo del todo lo heriría, y Miguel no se merecía eso. Además, su presencia era reconfortante: las charlas sobre medicina, las bromas suaves, la forma en que tocaba la guitarra, como si quisiera sanar algo con cada nota. Finalmente, asintió. —Está bien. Pero recuerda que no quiero hacerte daño.

Miguel sonrió; una sonrisa pequeña, pero sincera. —No me harás daño. Estar cerca de ti ya es suficiente.

Desde entonces, Miguel se convirtió en su acompañante constante. Venía cuando podía: los viernes tocaba, los sábados se quedaba a ayudar a cerrar, la acompañaba al mercado o a pasear por la playa cuando el tiempo lo permitía. No la presionaba ni insistía. Solo estaba. Y, aunque Coral no sentía por él lo que él deseaba, agradecía su compañía. Era un bálsamo: alguien que la hacía reír sin esperar nada a cambio.

La taberna, por su parte, iba viento en popa. El negocio había crecido tanto que Antonio y Dolores decidieron ampliarla. Derribaron una pared trasera y añadieron una sala nueva con mesas más grandes, un pequeño escenario improvisado para las noches de cante y un rincón para la guitarra de Miguel. Contrataron a un mozo de mostrador: un chico de diecinueve años llamado Paco, hijo de un pescador de La Caleta. Paco era rápido, simpático y aprendía deprisa: servía jarras sin derramar una gota, recordaba los pedidos

de memoria y bromeaba con los clientes sin pasarse de la raya. Coral se dedicó a las cuentas, algo que se le daba muy bien. Llevaba el libro de ingresos y gastos con pulcritud: anotaba cada céntimo, cada jarra de vino, cada plato de boquerones o chocos en tinta. Por las noches, cuando la taberna cerraba, se sentaba con la lámpara de aceite y hacía sumas que siempre cuadraban.

Además, habían contratado a un cocinero nuevo. Se llamaba Julián, venía de Madrid y había llegado a Cádiz con su hermana, Pepa, una mujer de treinta años que ayudaba en la cocina y limpiaba mesas cuando hacía falta. Julián era un hombre de risa fácil y habla castiza, con ese acento madrileño que arrastraba las eses y convertía cada frase en una broma.

—¡Ay, Coral! Si me dejas cocinar sin que me mires, te hago un cocido que te quita el habla —decía mientras removía el ajo en la sartén—. Pero con estos ojos violetas vigilándome, me pongo nervioso y quemo hasta el agua.

Coral se reía con ganas, algo que no había hecho en meses. Julián y Pepa se instalaron en una habitación de alquiler cerca de la taberna y pronto se convirtieron en parte de la familia: Julián, con sus chistes interminables y su forma de hablar como si todo fuera una juerga; y Pepa, con su dulzura callada y su habilidad para cortar cebollas.

Los sábados, cuando la taberna estaba abarrotada, Coral volvía a cantar. No todas las noches, solo los sábados. Se subía al pequeño escenario improvisado con un vestido sencillo de volantes de algodón fino y alegre, y el cabello recogido en un moño bajo del que se escapaban mechones oscuros. Miguel afinaba la guitarra y ella empezaba con una soleá lenta y profunda que hacía callar hasta al cliente más borracho. Después pasaba a tanguillos alegres y fandangos que invitaban a palmear y a bailar entre las mesas. Su voz seguía siendo prodigiosa: clara, potente, con un timbre que parecía nacer del fondo del mar. Los clientes aplaudían y pedían más, y durante unos minutos Coral olvidaba el vacío que Edward había dejado. Cantaba para ellos, para sí misma y para recordar que aún tenía algo que ofrecer al mundo.

Una de esas noches de sábado, mientras servía una ronda de vino, Paco se acercó al mostrador y le susurró:

—Coral, hay un cliente nuevo que no para de mirarte. Es alto, extranjero y tiene los ojos claros. ¿Lo conoces?

Coral sintió un vuelco en el corazón. Se dio la vuelta despacio, buscando entre las mesas. Pero no era Edward. Era un marinero holandés, rubio y borracho, que la miraba con una sonrisa boba, propia de quien ha bebido demasiado. Coral suspiró, aliviada y decepcionada a la vez.

—No, solo es un cliente más —dijo. Paco sonrió.

—Pues dile que pague antes de mirar tanto, que aquí no regalamos nada.

Coral rio, pero la risa le salió un poco forzada. Volvió al trabajo de contar reales y de anotar en el libro de cuentas. La taberna prosperaba, la familia estaba bien, Miguel estaba cerca y Julián hacía reír a todos con sus ocurrencias madrileñas. Y, sin embargo, cada vez que miraba al mar, sentía que una parte de ella seguía allí, en el horizonte, esperando un barco que nunca regresaría.

***

Sir Reginald Beaumont llegó a Cádiz con casi dos meses de retraso respecto al plan inicial. El viaje desde Boston se había complicado por gestiones ineludibles en Londres: reuniones en el Almirantazgo para obtener permisos diplomáticos adicionales, consultas con los abogados de la familia en Devon para preparar los documentos de la herencia de Alexander y una audiencia breve pero obligada con el *Foreign Office*, que quería saber por qué un comandante retirado se interesaba tanto por los registros civiles de una ciudad portuaria del Reino de España. Reginald había respondido con la verdad a medias: «Asuntos familiares privados relacionados con mi hermano fallecido». Nadie insistió. El título de conde y su historial naval le abrían puertas sin necesidad de llaves.

El encuentro con su madre, Rosalind, había sido duro. Su esposa le había aconsejado que no le dijera nada hasta estar

seguro, pero él quería ver de nuevo la ilusión en esos ojos como violetas encendidas. Y se lo dijo: que posiblemente tenía una nieta, hija de Alexander… La reacción fue la esperada: emoción contenida, un grito de alegría y el brillo de la esperanza reflejado de nuevo en esos ojos amados. Él le juró a su madre que la traería a Inglaterra.

Desembarcó en el muelle de la ciudad bajo un cielo gris de levante que arrastraba arena fina por las calles. No vestía de militar —capa oscura de lana inglesa, sombrero de fieltro, bastón con puño de plata—; nada que delatara su rango. Thompson, su secretario, lo seguía a dos pasos con una maleta de cuero y un maletín lleno de documentos sellados. Habían reservado habitaciones en el Hotel de Francia, en la calle Ancha, lejos del bullicio del puerto y del barrio de La Viña. Reginald había dado instrucciones claras: discreción absoluta. Nada de visitas al consulado británico en los primeros días, nada de preguntas directas en tabernas o posadas. Quería observar antes de actuar.

La misma mañana de la llegada del barco, un pescador amigo de Coral entró corriendo en la cocina con los ojos brillantes.

—¡Ha llegado un barco nuevo al puerto! Es estadounidense. Es grande, tiene tres mástiles.

Coral sintió un vuelco en el pecho tan fuerte que dejó caer la cuchara con la que removía la sopa.

El corazón le martilleó con fuerza, como si quisiera salírsele por la boca. Por un segundo, lo recordó todo: la promesa de Edward, su voz diciendo «volveré», la noche en el camarote, el beso de despedida en la cubierta. Sin decir nada, se quitó el delantal, se puso el chal y salió corriendo hacia el puerto.

El muelle estaba lleno de actividad: estibadores descargando sacos, marineros gritando órdenes, gaviotas chillando en el aire. Coral buscó entre los barcos anclados. Vio el barco estadounidense: casco negro y bandera de barras y estrellas ondeando en popa. Pero no era el Liberty. Era más grande y moderno. No se parecía en nada al elegante cliper de Edward.

Se quedó parada un momento, con el viento revolviéndole el cabello oscuro. Luego soltó un suspiro largo, casi un sollozo contenido.

—Estúpida —se dijo en voz baja—. ¡Estúpida, estúpida, estúpida!

Se dio la vuelta y regresó a La Caracola con pasos firmes, aunque por dentro sentía que algo se rompía un poco más. Cuando entró por la puerta trasera, Antonio la vio llegar con la cara desencajada.

—¿Qué te sucede, Caracola?

Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa forzada.

—Nada, padre. Un espejismo que me ha dado una bofetada.

Antonio no insistió. Solo puso una mano en su hombro.

—Ven, ayúdame con las cuentas. Hay que cuadrar la semana.

Thompson, el secretario, con su acento inglés y maneras meticulosas, acudió a la parroquia de San Lorenzo y al archivo municipal. Se presentó como «asistente de un ciudadano británico que investigaba una herencia». Los sacerdotes, habituados a tratar con extranjeros, le expidieron certificaciones de la partida de defunción de María Pérez y del bautismo de Coral, hija de Antonio Pargo. Ningún documento mencionaba a Alexander Beaumont ni a ningún otro extranjero . Pero estaba claro que los ojos violeta de cierta joven de La Viña sí que daban de qué hablar, porque, cuando él preguntó a los marineros del puerto, todos hicieron referencia a la hermosa joven, hija de Antonio Pargo, que tenía los ojos más extraordinarios del mundo y que cantaba en la taberna La Caracola los sábados por la tarde.

Reginald observó el mar desde la ventana de su habitación del hotel, abierta al rumor lejano del puerto. Sintió un pinchazo en el pecho. Ese color de ojos era la marca de los Beaumont desde hacía generaciones: su madre los tenía, él los tenía y Alex también. Cierta muchacha también los tenía. No era una prueba legal, pero para él era suficiente para seguir adelante.

No se acercó ni a La Viña ni a *La Caracola*. Envió a Thompson, disfrazado de viajero inglés (bufanda, aire despistado), a tomar una copa en la taberna. El secretario regresó al cabo de dos horas con unas notas detalladas:

«Local amplio y limpio. Mucha clientela local. Camarero joven llamado Paco. El cocinero, madrileño, se llama Julián y es muy hablador. La joven que atiende las mesas y canta los sábados se llama Coral. Edad cercana a los veinte años, el cabello negro ondulado y los ojos violeta muy marcados. Tiene una voz extraordinaria. Trabaja con su padre, Antonio Pargo, y con su abuela, Dolores Maraver. Es un ambiente familiar y respetuoso».

Reginald escuchó el informe en silencio mientras miraba el puerto por la ventana. La muchacha existía. Era real. Y, posiblemente, era su sobrina. Ahora solo quedaba decidir cómo acercarse a ella sin romperlo todo.

Mientras tanto, en *La Caracola*, la vida seguía su curso con la terquedad de las cosas cotidianas. Coral había aprendido a vivir con la ausencia de Edward. El dolor no había desaparecido —había días en que lo sentía como una piedra en el estómago—, pero había aprendido a llevarlo. Trabajaba más horas, llevaba las cuentas con una precisión casi obsesiva y cantaba los sábados con una intensidad que hacía callar a todos los que estaban en la taberna. Miguel seguía allí, fiel y paciente: la acompañaba al mercado, la ayudaba a cerrar y le contaba anécdotas de la facultad de Medicina. Ella no lo rechazaba, pero tampoco le daba esperanzas. «Eres un buen amigo», le decía. Él sonreía y respondía: «Por ahora me basta».

Pensó en la llegada del nuevo barco y se preguntó si su vida sería así, con sobresaltos cada vez que arribara un barco estadounidense. Coral se sentó en el escritorio de la trastienda, abrió el libro mayor y empezó a sumar columnas con la mano temblorosa. Cada número era un clavo que intentaba sellar el hueco que Edward había dejado. «No volverá», se repitió. «Y aunque vuelva, ya no importa. Tengo mi vida aquí. Mi familia. Mi taberna. Mi voz».

Pero, mientras sumaba reales y anotaba gastos, una lágrima cayó sobre el papel, emborronando la tinta. La secó con el dorso de la mano y continuó escribiendo. Porque la vida seguía. Y ella también.

En el Hotel de Francia, Reginald Beaumont miró por la ventana hacia el puerto. Al día siguiente empezaría a moverse. Primero,

discretamente. Luego, cara a cara. El legado de Alexander no podía esperar más. Y una abuela que esperaba en Inglaterra, tampoco.

CAPÍTULO 14

El sol ya se había puesto cuando lord Reginald Beaumont entró por primera vez en *La Caracola*.

Vestía con una elegancia sobria: abrigo negro de cachemir, chaleco de seda gris y sombrero de fieltro en la mano. Su presencia destacaba como una mancha de tinta en un mantel blanco. Era alto, erguido, con el porte inconfundible de quien ha mandado hombres durante décadas. Paco, el joven camarero, se le acercó de inmediato con una sonrisa profesional.

—Buenas noches, señor. ¿Qué desea tomar?

Reginald miró a su alrededor con curiosidad contenida. La taberna estaba animada, llena de pescadores, vecinos y marineros de paso. El olor a ajo frito, vino tinto y mar impregnaba el aire.

—Una copa de brandy —respondió en un español correcto, pero con fuerte acento inglés—. Del bueno, por favor. Y me han dicho que aquí canta una joven muy talentosa. ¿Es cierto?

Paco sonrió con orgullo. —Coral, señor. Los sábados canta. Hoy no es sábado, pero se merece escucharla igualmente. Si quiere, le guardo una mesa cerca del escenario para la próxima vez.

En ese momento, Antonio Pargo levantó la vista del mostrador. Y el mundo se le detuvo. Reconoció al hombre al instante. Era él. Era el mismo capitán inglés de hacía casi veinte años. Estaba más viejo y canoso, pero tenía los mismos ojos, la misma mandíbula cuadrada y la misma arrogancia en la forma de sostenerse. Recordó con dolorosa claridad cómo aquel hombre miraba por encima del hombro a los españoles, cómo ordenaba a sus oficiales como si fueran perros, y cómo su hermano menor —el joven de ojos iguales a los de Coral— bajaba a tierra casi todas las noches. Recordó las risas, los rumores y la forma en que María había cambiado después de conocer a «aquel oficial inglés tan guapo».

Antonio sintió que le faltaba el aire.

—Paco —dijo con voz ronca, casi un gruñido—, yo atiendo a este cliente.

El muchacho se quedó extrañado.

—Pero...

—He dicho que yo lo atiendo —repitió Antonio, tajante.

Paco retrocedió, confundido. Antonio se secó las manos en el delantal, respiró hondo y se acercó a la mesa del rincón más discreto, donde Reginald se había sentado. Se plantó frente a él con los puños apretados a los costados.

—¿Qué desea tomar? —preguntó con la voz baja y hostil.

Reginald levantó la vista. Durante un segundo, frunció el ceño como si algo en el rostro de Antonio le resultara vagamente familiar.

—Una copa de brandy —repitió—. Del mejor que tengan.

Antonio no se movió.

—Ha venido a escuchar cantar a cierta joven, ¿verdad?

Reginald asintió lentamente, estudiando al hombre.

—Así es. Quiero conocerla.

Antonio apretó la mandíbula. El miedo lo paralizó. Un terror frío y visceral le subió por la columna vertebral como veneno. Se sentó frente a Reginald en la misma mesa. Las manos le temblaban.

—Váyase —susurró con la voz rota—. Márchese ahora. No es bienvenido aquí.

Reginald se echó ligeramente hacia atrás, ofendido. Nadie se había atrevido nunca a hablarle así.

—¿Quién se cree que es para echarme de un lugar?

Antonio se inclinó hacia delante, con los ojos inyectados en sangre y terror.

—Sé quién es usted. Lo recuerdo perfectamente. Era el capitán del *Vanguard*. El que miraba a los españoles como si fuéramos basura. Recuerdo a su hermano… Usted permitió que ese desgraciado... —se le quebró la voz—... destrozara la vida de mi María.

Reginald palideció.

En ese preciso instante, Coral apareció desde la cocina con una jarra de vino tinto para la mesa de al lado. Vio a su padre sentado frente a un elegante desconocido, pálido como un muerto, con la frente cubierta de sudor y la respiración agitada.

—Padre, ¿qué pasa? —preguntó preocupada, dejando la jarra y acercándose rápidamente.

Antonio intentó levantarse, pero las piernas le fallaron. Tenía que sacar a su hija de la taberna. Coral lo sostuvo por el brazo.

—Estás helado... ¿Te encuentras mal?

Antonio miró a su hija. Después, miró a Reginald. El pánico se apoderó de él.

—Me duele el pecho —jadeó—. No puedo respirar.

Coral se alarmó de verdad, y toda la atención se centró en su padre y no en el extranjero.

—¡Paco! ¡Julián! ¡Ayudadme!

Dolores salió de la cocina corriendo. Entre Coral y Julián ayudaron a Antonio a levantarse. El hombre apenas se sostenía en pie.

—Llévame al médico —suplicó Antonio a su hija con voz quebrada—. Ahora. Por favor...

Coral, aterrorizada, lo sostuvo con fuerza. —Vamos, padre. Vamos ahora mismo.

Lo sacaron casi en volandas por la puerta trasera de la taberna, dejando a Reginald Beaumont solo en la mesa con una copa de brandy que aún no le habían servido. El marino se quedó inmóvil, mirando la puerta por donde habían desaparecido la muchacha y el hombre que acababa de acusarlo como el responsable indirecto de su tragedia. Por primera vez en décadas, Reginald Beaumont sintió verdadero miedo. No por sí mismo, sino por lo que acababa de desatar. Pero no se marchó.

Reginald Beaumont se quedó sentado en aquella mesa del rincón, con la copa de brandy que acababan de traerle intacta frente a él, mientras la taberna seguía con su actividad como si nada hubiera ocurrido. Los pescadores seguían riéndose, Paco atendía las mesas con la misma agilidad de siempre y Julián gritaba alguna broma desde la cocina que provocaba carcajadas; pero para Reginald el mundo se había detenido en el instante en que Antonio Pargo lo miró a los ojos y le dijo con voz temblorosa y llena de rencor: «Váyase. No es bienvenido aquí».

Era la primera vez que lo rechazaban de esa manera, aunque en su vida naval había recibido insultos, amenazas e incluso puñaladas en puertos lejanos. Pero esto era diferente. No era el odio

de un enemigo; era un miedo atávico. Reginald había visto ese terror en los ojos de Antonio y lo reconoció al instante: era el mismo terror que él había sentido al recibir el informe del naufragio del barco que capitaneaba su hermano, cuando encontraron su cuerpo sin vida.

Se llevó la mano al pecho por la opresión que le apretaba el corazón. El sudor le perlaba la frente, aunque la taberna no estaba especialmente caldeada. Miró la puerta trasera por donde padre e hija habían desaparecido. La había visto de cerca por primera vez: era esbelta, con el cabello negro ondulado que se escapaba del moño y unos ojos violetas idénticos a los suyos, a todos los Beaumont. Había visto cómo lo sostenía con fuerza, cómo se le llenaba el rostro de preocupación genuina. Había visto la ternura con la que lo ayudaba a caminar y la forma en que se le quebraba la voz —esa voz prodigiosa que Thompson le había descrito— al llamarlo «padre».

Y, en ese momento, Reginald Beaumont comprendió algo que lo golpeó con más fuerza que cualquier cañonazo: Coral no era solo una sobrina desconocida. Era una hija que Alex nunca llegó a conocer, una niña que había crecido sin padre, sin apellido Beaumont, sin saber que llevaba sangre noble en las venas. Y él, Reginald, había estado a punto de irrumpir en su vida como un huracán sin avisar.

Se levantó despacio, con las piernas pesadas. Dejo unas monedas sobre la mesa —más de las que costaba el brandy que no había bebido— y salió de *La Caracola* sin mirar atrás. El viento de levante le golpeó la cara al cruzar el umbral, trayéndole el olor salado del mar y el eco lejano de las olas rompiendo en La Caleta. Caminó sin rumbo fijo por las estrechas calles de La Viña hasta que encontró un banco de piedra junto a una pared encalada. Se sentó apoyando los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos.

—¿Qué he hecho? —murmuró en voz baja, casi para sí mismo.

Había llegado a Cádiz con la intención de confirmar una sospecha, de hacer justicia a la memoria de Alex y de entregar una herencia que consideraba un deber. Pero no había contado con que el hombre que había criado a su sobrina lo reconocería al instante

como el responsable indirecto de su desgracia. No había contado con que su mera presencia pudiera provocar un ataque de pánico en el débil corazón de un pescador que, dos décadas atrás, había encontrado a una mujer muerta y a una niña recién nacida en una barca rota.

«¡Es un maldito ladrón! —se dijo enfurecido—. Se ha arrogado una paternidad que no le correspondía. Esa joven es una Beaumont. Tiene derechos de nacimiento...».

Reginald cerró los ojos. Recordó las palabras que Thompson le había leído del diario de Alex: «Que Dios me perdone si no cumplo». Alex nunca lo hizo. El mar se lo llevó antes, en aquella tormenta en las Bahamas que hundió el *Seahawk* y se llevó a su hermano y a casi toda su tripulación. Reginald había llorado entonces, en silencio, en su camarote del *Vanguard*. Lloró por el hermano pequeño que había criado y querido como a un hijo. Pero nunca se habría imaginado que su hermano había dejado una hija con los mismos ojos que los Beaumont.

El remordimiento lo golpeó como una ola. No era culpa suya directamente, pero sí de su familia: de la soberbia de los Beaumont, de la vida militar que anteponía el deber al corazón, de la distancia que convertía las promesas en cenizas. Reginald había formado parte de todo eso. Había empujado a Alex a abandonar el Reino de España, a ser oficial, a ascender y a tener su propio barco. Y ahora esa misma ambición se lo había arrebatado.

Se levantó; no podía quedarse allí sentado. Caminó hasta el Hotel de Francia, donde Thompson lo esperaba con los documentos extendidos sobre la mesa.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el secretario al verlo entrar pálido y con la mirada perdida.

Reginald se sentó pesadamente.

—No —respondió—. Nada está bien.

Le contó todo: el reconocimiento de Antonio, el miedo en sus ojos, la huida precipitada de padre e hija. Thompson escuchó en silencio mientras tomaba notas.

—¿Qué desea hacer ahora? —preguntó al fin.

Reginald miró los papeles.

—No quiero actuar de forma precipitada —respondió—. No puedo irrumpir en sus vidas como un señor feudal reclamando derechos. Antonio la protege como si fuera de su propia sangre, y tiene razón en temerme. Soy el recordatorio vivo de lo que le voy a quitar, porque esa joven es mi sobrina, es una Beaumont... —Hizo una pausa y respiró hondo—. Necesito tiempo.

Thompson asintió.

—¿Ordeno que le traigan un café?

Reginald cerró los ojos.

—No, estoy bien.

Se levantó y se acercó a la ventana. La ciudad de Cádiz dormía bajo un cielo estrellado. En alguna casa humilde de los alrededores, Coral estaría preocupada por el hombre que la había criado. Él, Reginald, era el intruso que había vuelto a abrir una herida que apenas había cicatrizado.

—Mañana —dijo al fin—. Mañana enviaré una nota sencilla. Sin exigencias.

Thompson tomó nota.

—Y si la joven no responde...

Reginald miró el mar oscuro.

—Entonces esperaré. Porque si ya he esperado casi veinte años sin saber de su existencia, puedo esperar un poco más.

CAPÍTULO 15

Coral notó el cambio en su padre desde la tarde en que sufrió el ataque en la taberna. Antonio, que siempre había sido fuerte como un roble gaditano, se había convertido en una sombra de sí mismo: estaba pálido, con profundas ojeras que le marcaban el rostro como surcos de arado, y su mirada era evasiva, algo que no le era habitual. Al día siguiente del incidente, el médico confirmó lo que todos temían: el corazón de Antonio estaba debilitado por años de trabajo en el mar y el ataque había sido un aviso. «Descanso absoluto», había ordenado. «Nada de esfuerzos, nada de preocupaciones». Pero Coral sabía que no era solo el corazón lo que fallaba. Era el miedo. Un miedo que Antonio no disimulaba bien y que se le escapaba en los largos silencios durante las comidas, en cómo se sobresaltaba cuando alguien entraba en la taberna con acento extranjero o en cómo evitaba mirar hacia el puerto desde la ventana de la cocina.

Al tercer día, Antonio la llamó a su habitación. Estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en unas almohadas, y Dolores a su lado, cosiendo un delantal con manos nerviosas.

—Caracola —dijo Antonio con voz baja pero firme—, necesito que me hagas un favor. No vayas a la taberna durante unos días.

Coral frunció el ceño y se cruzó de brazos en el umbral.

—¿Por qué? Sé que Paco y Julián pueden con todo, pero con las cuentas no.

—No es por las cuentas —interrumpió Antonio—. Es por ti. Quédate aquí y ayúdame en casa. O ve a casa de tu madrina Luisa. Pero no vayas a La Caracola.

El tono era suplicante, no autoritario. Coral sintió un escalofrío. Su padre nunca pedía, ordenaba o sugería. Esto era diferente. Miró a su abuela, que asentía con la cabeza baja sin decir nada.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó Coral sin tapujos—. Desde que aquel señor distinguido entró en la taberna estás diferente. ¿Lo conoces? ¿Te amenazó?

Antonio negó con la cabeza, pero evitó su mirada.

—No es eso. Solo... necesito tiempo. Para hablar contigo. Hay cosas que debo decirte, pero no ahora. Cuando esté mejor.

Coral insistió, pero Antonio se mostró inflexible. «Por favor, obedéceme», fue lo único que añadió. Ella salió de la habitación con el pecho apretado y llena de sospechas. Esa era la sensación que tenía: sospechas que crecían como la hierba mala en un jardín descuidado. ¿Por qué su padre quería alejarla de la taberna justo ahora? ¿Qué tenía que ver con aquel extranjero que había provocado su ataque? ¿Deudas? ¿Algún secreto del pasado? Antonio nunca le había hablado de deudas, pero el barrio estaba lleno de historias de pescadores que debían dinero a prestamistas o a capitanes extranjeros. ¿Y si aquel hombre había ido a cobrar?

No podía quedarse quieta. Esa noche, mientras su padre dormía y su abuela rezaba en la cocina, Coral se escabulló por la puerta trasera y fue a la taberna. Paco y Julián la recibieron con sorpresa.

—Coral, ¿qué haces aquí? Tu padre mencionó que lo cuidarías por unos días.

—Mi padre dice muchas cosas —respondió ella, forzando una sonrisa—; solo vengo a revisar las cuentas.

Pero no era solo eso. Preguntó casualmente a Paco: «¿Ha vuelto aquel señor distinguido? Paco negó: «No lo he visto desde el día del susto con tu padre». Desde la cocina, Julián añadió una broma: «Si viene, le sirvo un cocido con pimentón extra para que se le quiten las ganas de volver». Coral sonrió, pero las sospechas crecían en su interior. Al día siguiente, fingió obedecer a Antonio y se quedó en casa, pero por la tarde discutió con su abuela en la cocina.

—Abuela, no puedo cambiar mis costumbres así porque sí —dijo Coral mientras pelaba patatas para la cena—. Soy necesaria en la taberna. Las cuentas... No puedo dejarlo todo porque mi padre esté recuperándose, sobre todo por eso, porque la taberna necesita que alguien se ocupe de ella.

Dolores dejó el cuchillo con un golpe seco.

—Ese *guachisnai* no ha traído nada bueno. Lo vi en sus ojos. Ojos de diablo, niña.

Coral se detuvo con el cuchillo en el aire.

—¿Ojos de diablo?

Dolores se mordió la lengua, arrepentida.

—Na. Olvídalo, pero haz caso a tu padre. Quédate aquí unos días. Hay cosas que es mejor dejar como están.

La discusión subió de tono. Finalmente, Coral tiró el cuchillo al fregadero.

—Voy a la taberna. No puedo cambiarlo todo por miedos que no me explicáis.

Salió dando un portazo. Sin embargo, no fue directamente a La Caracola. Bajó al puerto con el chal apretado contra el pecho y el corazón latiéndole fuerte. Si su padre temía a aquel extranjero, ella lo enfrentaría.

Coral se detuvo frente a la planchada, con el viento revolviéndole el cabello. Dudó un segundo, pero el miedo de su padre la impulsaba. Subió con paso firme. Un teniente, McPherson —aunque ella no lo sabía—, estaba en cubierta revisando papeles. La vio acercarse y arqueó una ceja, sorprendido, pero no alarmado.

—Buenas tardes, señorita —dijo en un español torpe y con acento inglés—. ¿En qué puedo ayudarla?

Coral levantó la barbilla.

—Busco al capitán.

McPherson ocultó una sonrisa. «Como alguien esperado», pensó ella. El capitán les había advertido a todos de su posible visita.

—Espere aquí. Le preguntaré al capitán.

Coral esperó, abrazándose para protegerse del frío del atardecer. Minutos después, McPherson regresó.

—Acompáñeme, por favor.

La guio por la cubierta: era un barco imponente, con casco de hierro pintado de negro y chimeneas altas que expulsaban un tenue humo. Las velas estaban plegadas en los mástiles, como alas recogidas. Cruzaron la proa, donde los marineros enrollaban cabos con precisión militar, y pasaron por la zona de carga, donde los barriles y las cajas se apilaban bajo lonas impermeables. Bajaron una estrecha escalera de madera pulida, iluminada por lámparas de gas que proyectaban sombras danzantes. El pasillo inferior era

estrecho y tenía puertas de caoba a ambos lados: camarotes de oficiales, el comedor con mesas de roble fijas al suelo y el salón de mapas con globos terráqueos y cartas extendidas. El aire olía a brea fresca, tabaco y un leve aroma a té inglés. Finalmente, llegaron a la zona de oficiales, al fondo del pasillo: una puerta doble con una placa de latón que ponía: *«Captain's Quarters»*.

McPherson llamó suavemente y abrió la puerta.

—Pase, señorita.

Coral entró. La habitación era amplia para tratarse de un barco: había un escritorio de caoba con papeles ordenados, una cama estrecha con sábanas blancas, una ventana que daba al puerto crepuscular y una pequeña chimenea con fuego bajo. Allí, de espaldas, mirando por la ventana, estaba el mismo hombre distinguido de la taberna. Era alto, erguido, con el abrigo gris sobre los hombros. Ella carraspeó.

—Me llamo Coral Pargo. Vengo en nombre de mi padre, Antonio Pargo. Dígame qué deuda tiene con usted y la pagaré. Si es mucha, podemos acordar plazos. Pero deje en paz a mi familia.

Reginald se giró despacio; el corazón le latía fuerte. Suspiró largo y profundo, como si soltara un peso que llevaba meses cargando.

—Señorita Pargo —dijo, saludándola con una voz suave, como si la conociera de toda la vida—. No hay deuda. Siéntese, por favor. Tenemos que hablar.

—No deseo sentarme —le espetó con voz dura—. Dígame la deuda…

—Siéntate, Coral —le ordenó, tuteándola.

Ella se quedó sorprendida, congelada en el umbral.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es usted?

Reginald dio un paso hacia ella, pero se detuvo al ver el recelo en su mirada.

—Soy lord Reginald Beaumont. He venido desde lejos para verte, porque creo que somos familia.

El hombre había estado en un ángulo donde el rostro se veía oscuro, pero dio un par de pasos hacia la luz que le iluminó la cara. Se inclinó suavemente hacia ella con los ojos muy abiertos. Coral

clavó la mirada en sus ojos. Y algo se desató en su interior. Los mismos ojos. Violetas, profundos, brillantes. Los mismos que veía en el espejo cada mañana, los mismos que la marcaban como diferente en La Viña. La invadió un horror: el horror de estar frente al hombre que había engañado a su madre, que había prometido volver y no lo hizo. El horror de ver en él el reflejo de su propia soledad.

—¡Desgraciado! ¡Cabrón malnacido! —le espetó con la voz temblando de furia y dolor—. ¡Usted es el *Guachisnai*! El que le prometió a mi madre… el que nunca regresó…

Se dio la vuelta para marcharse; las lágrimas le quemaban los ojos. Ahora comprendía el dolor de su padre, su temor. Reginald fue rápido: extendió una mano y la detuvo por el brazo con gentileza, pero con firmeza.

—No, muchacha. Estás equivocada. No soy tu padre.

Ella se detuvo, sintiendo que el mundo giraba a su alrededor.

—¡Por supuesto que no! —le escupió a la cara—. Porque es un hijo de puta...

Reginald esperaba su furia, pero eso no lo detuvo.

—Soy tu tío…

Pero Coral no se quedó a escucharlo. Sentía la imperiosa necesidad de huir, de marcharse, e hizo precisamente eso; pero como tenía los ojos llenos de lágrimas y la mente ofuscada, no fue capaz de encontrar la salida y terminó en las cocinas sin saber hacia dónde ir. Reginald la siguió de cerca, y cuando ella se giró, él estaba plantado cerrándole el paso de la puerta.

—¡Apártese, fullero! —le ordenó.

Reginald no había llegado tan lejos para rendirse y dejarla ir sin que, al menos, lo escuchara.

—No soy yo quien te ha mentido, muchacha, ni quien te ha apartado de tu verdadera familia.

—¡Cállese! ¡Cállese! —gritó, casi enloquecida.

—Antonio Pargo es un ladrón, y lo llevaré ante la justicia…

Esas palabras desataron algo en ella. Coral se lanzó como un animal herido para abofetearlo, y lo logró; pero el hombre era demasiado alto, fornido, y la sujetó sin esfuerzo. Ahora comprendía Coral el miedo de su padre. Y le sorprendió el odio que podía

albergar ella por una persona; era tanto y de tal calibre, que podría clavarle un cuchillo en el corazón sin sentir remordimientos.

El cocinero, el ayudante y un par de marineros observaban la escena atónitos y quietos. La escena les parecía surrealista, pero entonces el secretario del noble hizo su aparición en la cocina e intentó ayudar a su señor. Ella forcejeaba con todas sus fuerzas. Coral logró sujetar un cazo por el mango y, sin pensarlo, lo estrelló en la cabeza del hombre que trataba de sujetarla. Reginald Beaumont cayó al suelo y se golpeó la frente con las tablas de madera. Quedó inconsciente a los pies de ella.

CAPÍTULO 16

El tiempo pasaba con una lentitud demoledora.

Coral estaba encerrada en uno de los camarotes inferiores. No era una celda, pero bien podía serlo: una habitación estrecha con una litera fija, un pequeño lavabo de latón y una ventana redonda que dejaba entrar la luz gris del amanecer gaditano. La puerta estaba cerrada con llave desde fuera. No había candado ni cadena; solo la autoridad del barco y la certeza de que no tenía adónde huir. El rumor del mar contra el casco era constante, como un latido que no se detenía nunca.

Se había sentado en el borde de la litera, con las manos apretadas en el regazo y el chal aún sobre los hombros, aunque dentro del barco hacía calor. El médico de a bordo —un hombre inglés de bigote recortado y maneras secas— había atendido al lord Beaumont en el camarote contiguo. Coral había oído los pasos apresurados, las voces bajas en inglés, el tintineo de instrumentos metálicos. Luego silencio. Un silencio que duraba ya más de una hora.

Cuando golpeó con el cazo, lo hizo con una furia que le salía del alma. No había pensado en las consecuencias. Solo pensó en el dolor de su padre, en el miedo que había visto en su rostro y en la frase que aquel hombre le había espetado como un latigazo: «Antonio Pargo es un ladrón y lo llevaré ante la justicia». En ese momento, algo se rompió en su interior. No era solo rabia, sino también terror por la única familia que había conocido y por la vida que había construido en La Viña. El cazo voló antes de que pudiera detenerlo. Y, cuando el lord cayó al suelo, golpeándose la frente contra las tablas, Coral se quedó paralizada. ¿Lo había matado? ¡Se lo merecía! En el momento en que lo pensó, se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre, porque si estaba muerto tendría un problema muy grave. Quería llorar por su padre, por su abuela, por las palabras que ese señor tan distinguido le había espetado. Pero había escuchado que iba a llevar a su padre ante la justicia y había enloquecido.

Ahora, más calmada —o, al menos, con la furia contenida—, resurgían los interrogantes. Ese extranjero le había dicho que era su tío. *Tío*. La palabra le daba vueltas en la cabeza como una campana rota. ¿Dónde estaba el hombre que la había engendrado? Porque estaba claro que Antonio Pargo no era su padre de verdad, ni Dolores su abuela. Entonces, ¿quién era ella? Pensó en su madre y entonces todas las murmuraciones del barrio cobraron sentido: las vecinas que bajaban la voz cuando pasaba, los susurros de «la hija del *guachisnai*», las miradas de lástima que siempre había atribuido a su orfandad. María Pérez había sucumbido a las atenciones de un extranjero... como ella.

Coral pensó en Edward y lanzó una maldición viva entre dientes. Se había dejado embaucar, seducir por uno de esos marineros que llegaban al puerto de Cádiz como moscas a la miel. Había creído que él era diferente, que sus ojos azules veían más allá del vestido y la sonrisa, que su promesa de volver era real. Y ahora se daba cuenta: todos eran iguales. Todos prometían, todos besaban, todos se marchaban. Lanzó un suspiro largo y pesado, apoyando la frente en las rodillas.

Ignoraba qué iban a hacer con ella. Si la encerrarían en algún calabozo inglés. Si la lanzarían al mar. Si la obligarían a testificar contra su padre. Pensó en Antonio, en cómo lo habían sacado casi en volandas de la taberna, en cómo le había suplicado que lo llevara al médico. Pensó en Dolores, en su abuela de manos arrugadas y corazón de hierro, y en Miguel, que seguramente estaría buscándola en la taberna. Y rompió a llorar, un llanto silencioso y profundo que le sacudía los hombros.

No oyó la llave en la cerradura. Solo cuando la puerta se abrió con un chirrido suave levantó la cabeza. Reginald Beaumont entró solo. Llevaba una tira de lino blanco en la frente, donde el cazo lo había golpeado, pero no parecía enfadado. Solo cansado. Muy cansado. Se quedó de pie junto a la puerta, sin avanzar, como si temiera asustarla de nuevo.

—No voy a hacerte daño —dijo en un español correcto, aunque con ese acento inglés que ahora le sonaba insoportable—. Puedes

quedarte sentada. Solo quiero hablar.

Coral se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, pero no se movió.

—¿Hablar? —repitió con voz ronca—. Usted no habla. Amenaza. Dice que mi padre es un ladrón. Que lo llevará ante la justicia. ¿Qué quiere de nosotros?

Reginald suspiró y se apoyó en el marco de la puerta, como si necesitara sostenerse.

—Lo que dije… fue un error. Estaba furioso. Y yo… perdí los nervios. Pero no vine a cobrar nada. Vine a buscarte a ti.

Coral sintió que el aire se le escapaba.

—¿A mí?

Reginald asintió despacio.

—Soy tu tío. Hermano mayor de tu padre real: Alexander Beaumont. Murió meses después de marcharse de Cádiz, en una tormenta en las Bahamas. Nunca supo que existías. Y yo… tampoco. Hasta hace poco.

Coral lo miró fijamente. Los ojos violeta de Reginald se clavaron en los suyos y, por un segundo, el mundo se detuvo. El horror la invadió de nuevo, pero esta vez mezclado con algo más: una certeza que le helaba la sangre.

—No —susurró—. No puede ser. Mi padre es Antonio Pargo. Mi abuela es Dolores Maraver. Mi madre murió en una barca… por culpa de un desgraciado que no volvió.

Reginald bajó la vista un instante.

—Tu madre murió esperando a mi hermano. Alexander prometió volver. No pudo, porque el mar se lo llevó antes. Y yo… no supe nada de ti hasta que un capitán mercante me lo dijo. Edward Ashcroft.

El nombre fue como un latigazo. Coral se levantó de golpe, las manos le temblaban.

—¿Edward? ¿Él… sabía?

Reginald asintió.

—Él me lo contó. Él vio tus ojos. Y sumó lo que yo no había sumado nunca.

Coral sintió que las piernas le fallaban. Se apoyó en la pared, respirando con dificultad.

—Entonces… todo fue mentira. Todo. Él sabía quién era usted. Y no me dijo nada. Me dejó creer que…

Reginald dio un paso hacia ella, pero se detuvo al ver su expresión.

—No creo que lo supiera todo. Solo sospechaba. Y vino a Boston a confrontarme. Cuando me dijo lo de tus ojos… lo entendí. Vine a confirmarlo. Y ahora que te veo… no hay duda. Eres hija de Alexander. Eres mi sobrina.

Coral soltó una risa amarga, casi un sollozo.

—¿Sobrina? ¿Y qué quiere de mí? ¿Que lo llame tío? Mi padre es Antonio. Mi abuela es Dolores. Ellos me criaron. Ellos me quisieron. Usted… usted… —no pudo continuar.

Reginald bajó la cabeza.

—Lo sé. Y lo lamento. Más de lo que puedes imaginar. Pero hay cosas que te pertenecen por derecho. Y una verdad que mereces conocer.

Coral lo miró con desprecio.

—No quiero su verdad. Quiero que se vaya. Que nos deje en paz.

Reginald no se movió.

—No puedo, Coral. No después de esto. Tienes derecho a saber quién fue tu padre. Era un hombre extraordinario. Tienes una abuela, Rosalind, dos primos y un montón de parientes por parte de padre.

Coral quería taparse los oídos, no escucharlo. Porque cada palabra de ese hombre se le clavaba en el corazón como si fueran alfileres.

—Y yo… tengo la obligación de reparar lo que dejé roto.

Coral dio un paso hacia la puerta.

—Entonces repárelo desde lejos. Porque si se acerca a mi padre otra vez, no será un cazo lo que le tire a la cabeza.

Salió del camarote sin esperar respuesta. Thompson la esperaba en el pasillo, pero no la detuvo; la acompañó en silencio

hasta la planchada. Coral bajó al muelle con las piernas temblando, el viento de levante secándole las lágrimas en la cara.

Reginald se quedó solo en el camarote, mirando la puerta. Por primera vez en su vida, el marino que había mandado buques y hombres sintió que había perdido una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

Y en La Viña, Coral caminaba de vuelta a casa con el corazón hecho pedazos y una certeza que le quemaba: el mar no solo se llevaba a las personas. También traía verdades que nadie quería oír.

CAPÍTULO 17

Coral no miró atrás. No respondió al teniente que le ofreció una linterna. Solo caminó, con el chal apretado contra el pecho y los ojos ardiendo de lágrimas que se negaba a dejar caer delante de extraños. El muelle estaba casi desierto a esa hora; solo quedaban algunos estibadores recogiendo cabos y un par de faroles que parpadeaban contra el viento de levante. El mar rugía bajo sus pies, indiferente, como siempre.

No fue a casa. No podía.

Si regresaba ahora, tendría que enfrentarse a Antonio, a Dolores, a las miradas que ya no sabría interpretar. Tendría que fingir que todo seguía igual, que su mundo no acababa de romperse en mil pedazos sobre las tablas de un camarote inglés. Así que sus pies, por propia voluntad, tomaron el camino contrario: bajaron por la calle de la Palma, cruzaron el arco de piedra y siguieron hacia La Caleta, hacia la playa donde todo había comenzado.

La noche era fría, pero ella no sentía el frío. El viento le azotaba el rostro, le enredaba el cabello, le metía arena en los ojos, y aun así seguía andando, como si el mar la llamara. Cuando llegó a la playa, las olas rompían contra las rocas con un sonido hueco, eterno. La cruz seguía allí, entre las dos rocas grandes que la marea nunca cubría del todo. Sencilla, tosca, con la inscripción que el barrio había tallado: *«A la madre que el mar se llevó y a la hija que nos devolvió»*.

Coral se arrodilló frente a ella.

Las rodillas se le hundieron en la arena húmeda. El chal se le resbaló de los hombros. Y entonces, por fin, dejó de contenerse.

Lloró.

Lloró con un llanto que le salía del vientre; crudo, animal, como si estuviera pariendo el dolor que llevaba casi veinte años dentro sin saberlo. Lloró hasta que le dolieron las costillas, hasta que la garganta le ardía, hasta que las lágrimas le sabían a sal y a mar. Apoyó la frente contra la piedra fría de la cruz y sollozó el nombre de su madre como nunca lo había hecho:

—Madre… madre… ¿por qué?

Las preguntas la atravesaban como cuchillos. ¿Quién era ella ahora? ¿Coral Pargo, la hija del pescador que la había criado con tanto amor? ¿O Coral Beaumont, la sobrina de un lord inglés que acababa de irrumpir en su vida para reclamarla como un objeto olvidado?

¿Y su padre verdadero? Alexander. Un nombre que sonaba a viento frío, a uniformes rojos, a promesas rotas. Un hombre que había muerto sin saber que existía. Un hombre que había dejado a su madre sola en una barca, con el vientre lleno y el corazón vacío.

Y Antonio… Antonio, el hombre que la había mecido, que le había enseñado a caminar sobre la arena, que la había llamado *Caracola* con una voz que olía a mar y a cariño. ¿Por qué le había mentido durante tantos años? ¿Por qué le había ocultado la verdad? ¿Por miedo? ¿Por vergüenza? ¿Por amor? ¿O simplemente porque no se atrevía a perderla?

Coral golpeó la arena con los puños cerrados.

—¿Por qué no me lo dijiste? —gritó hacia la cruz, hacia el mar, hacia el cielo negro—. ¿Por qué me dejaste creer que eras mi padre? ¿Por qué me hiciste amar a un hombre que no lo era?

El viento se llevó sus palabras. El mar respondió con indiferencia, rompiendo contra las rocas. Y entonces, en medio de aquel caos de preguntas sin respuesta, apareció él: Edward.

Su imagen se materializó en su mente como una burla cruel del destino. Lo vio en la taberna, sonriendo con torpeza mientras intentaba pronunciar su nombre; lo vio en la cala escondida, pelando una naranja con dedos temblorosos; lo vio en el camarote del *Lyberty*, mirándola como si fuera lo único importante en el mundo. Lo vio besándola, prometiéndole que volvería.

Y ahora lo entendía todo.

Edward no había vuelto porque nunca tuvo intención de hacerlo. Igual que su padre natural. Igual que todos los *guachisnais* que llegaban a Cádiz con palabras bonitas y se marchaban con el viento. Ella había cometido exactamente el mismo error que su madre. Se había dejado embaucar, seducir, entregar. Y el resultado

era el mismo: un corazón roto y un hombre que desaparecía en el horizonte.

El odio le subió por la garganta como bilis. Odiaba a los extranjeros. Odiaba sus acentos suaves, sus promesas vacías, sus ojos que miraban como si pudieran poseerlo todo. Odiaba a Edward con una fuerza que la asustaba. No solo la había engañado, no solo la había abandonado; la había traicionado de la peor manera posible: había sido el puente que trajo a Reginald Beaumont hasta su puerta. Había sido él quien le había contado al tío desconocido la existencia de la sobrina perdida. Había sido él quien había removido la tumba de su madre y había desenterrado una verdad que nadie le había pedido.

Coral se abrazó las rodillas y lloró con más fuerza, el cuerpo entero se le sacudía por los sollozos. Se sentía suspendida sobre un abismo de mentiras. Toda su vida había sido una verdad a medias: Antonio no era su padre, Dolores no era su abuela, su madre no había muerto por un simple accidente. Todo era una construcción frágil que se había derrumbado en una sola tarde.

—¿Quién soy yo? —susurró contra la piedra fría de la cruz—. ¿Quién soy ahora?

El mar no respondió. Solo siguió rompiendo, indiferente, como siempre. Coral se quedó allí hasta que la luna subió alta, hasta que el frío le caló los huesos y las lágrimas se le secaron en las mejillas. Cuando por fin se levantó, tenía la falda empapada de arena húmeda y el corazón más pesado que nunca. No volvería a casa todavía. No podía mirar a Antonio a los ojos. No podía fingir que todo seguía igual. Necesitaba tiempo para entender, para odiar, para llorar todo lo que tenía que llorar.

Caminó de vuelta por la playa, con los pies hundiéndose en la arena, dejando huellas que el mar borraría en la siguiente marea. Y mientras caminaba, una sola certeza se clavaba en su pecho como un anzuelo: nunca más confiaría en un extranjero. Nunca más dejaría que un hombre con acento extraño le prometiera el mundo.

Porque el mundo, al final, siempre se lo llevaba el mar.

***

El sol despuntaba por el horizonte cuando Coral llegó a la casa de su madrina Luisa Montes. Vivía en el barrio de Santa María, en una callejuela estrecha y empinada que subía desde la catedral hacia el castillo de San Sebastián. Era una casa modesta de dos plantas, con fachada encalada y un pequeño balcón de hierro forjado donde Luisa colgaba las telas que secaba al sol. El taller de costura ocupaba la planta baja: una habitación con un gran bastidor de madera para estirar telas, un maniquí de madera tallada a mano, rollos de tela apilados contra la pared y un mostrador donde recibía a las clientas del barrio —madres de familia, novias pobres que querían vestidos de boda, señoras de clase media que encargaban blusas o faldas—. Luisa era conocida por su mano firme y su ojo para los detalles; no era la modista más barata, pero sí la más precisa, con puntadas a mano que duraban generaciones y una habilidad para remendar que parecía mágica.

Coral tocó la puerta con los nudillos, tres golpes secos que resonaron en la calle vacía. Le temblaban las manos. El chal se le había caído de los hombros durante la caminata desde el puerto, y lo llevaba colgando de un brazo como un trapo olvidado. El vestido estaba arrugado, con arena pegada en el bajo, y el cabello negro se le escapaba del moño en mechones rebeldes. Tenía los ojos hinchados de llorar, la nariz roja, los labios mordidos.

Luisa abrió casi de inmediato. Era una mujer de unos cuarenta años, delgada, con el cabello recogido en un moño apretado y un delantal limpio sobre el vestido de faena. Al ver a Coral se quedó inmóvil un segundo, como si no la reconociera.

—Coral… hija, ¿qué te ha pasado?

Coral no respondió. Solo dio un paso adelante y se dejó caer en los brazos de su madrina. Luisa la abrazó fuerte, sin preguntar más, y cerró la puerta tras ellas con el pie.

—Pasa, pasa —murmuró, guiándola hacia la pequeña cocina al fondo del taller—. Siéntate. Voy a hacerte un chocolate caliente. Estás helada.

La cocina era diminuta: una mesa de pino con cuatro sillas, un fogón de carbón, un armario con puertas de cristal donde guardaba la vajilla buena, y una ventana que daba a un patio interior donde tendía la ropa. Luisa encendió el fogón, puso leche a calentar en un cazo de cobre y sacó la chocolatera de porcelana que solo usaba en ocasiones especiales: Navidad, Semana Santa, cumpleaños. Vertió polvo de chocolate negro rallado en la leche hirviendo, removió con una cuchara de madera hasta que se hizo espeso y añadió una pizca de canela. El aroma llenó la cocina, cálido, reconfortante, como un abrazo que no necesitaba palabras.

Sirvió el chocolate en dos tazas de loza blanca y se sentó frente a Coral.

—Bebe despacio —dijo—. Y cuando estés lista, cuéntame.

Coral tomó la taza con las dos manos. El calor le quemó los dedos, pero no le importó. Dio un sorbo pequeño. El chocolate era dulce, espeso, con ese punto amargo que siempre le había gustado. Era un lujo que solo se permitía en días señalados. Ahora mismo, le parecía el único consuelo que le quedaba.

Y entonces habló.

Se lo contó todo.

Desde el momento en que entró aquel hombre distinguido en La Caracola y su padre se puso blanco como la cal. El ataque al corazón, o lo que fuera que le había dado. La forma en que Antonio la había mirado después, con terror en los ojos. La insistencia en que no fuera a la taberna. La discusión con Dolores. La decisión impulsiva de bajar al puerto. El barco inglés. El teniente que la había recibido como si la esperaran. El camarote. Las palabras del extranjero: «Soy tu tío. Hermano de tu padre real. Alexander Beaumont».

Coral habló sin parar, las palabras le salían atropelladas entre sollozos y sorbos de chocolate que se le enfriaba en las manos. Cuando llegó al final —cuando repitió «Alexander Beaumont» y «tío»—, rompió a llorar de verdad. Un llanto profundo y desgarrador que le sacudía los hombros y le hacía temblar la voz.

Luisa la escuchó en silencio, con las manos apretadas alrededor de su taza. Cuando Coral terminó, la madrina dejó la taza

sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Ven aquí —dijo simplemente.

Coral se levantó y se dejó abrazar. Luisa la apretó fuerte, como si quisiera contener todas las piezas rotas que se le escapaban. Coral lloró contra su hombro, empapándole el vestido de faena.

—Shhh… ya está, ya está —murmuró Luisa—. Llora todo lo que necesites. Llora hasta que no quede nada dentro.

Cuando los sollozos se calmaron un poco, Luisa la apartó con suavidad y le secó las lágrimas con el borde del delantal.

—Mírame, Coral.

Coral levantó la vista. Los ojos violeta estaban hinchados, rojos, pero brillaban con una mezcla de furia y dolor.

—Tu padre —Antonio— te ha querido como si fueras suya. Te ha criado. Te ha dado todo lo que tenía. Pero no era tu padre de sangre. Y eso… eso no lo convierte en menos padre. Lo convierte en más. Porque eligió serlo. Día tras día. Contra viento y marea.

Coral asintió, pero las lágrimas seguían cayendo.

—¿Y Dolores? ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué me dejó creer que era nieta suya?

Luisa suspiró.

—Porque quería protegerte. Porque cuando María murió, Antonio se quedó con un bebé en brazos y un secreto que le quemaba. No sabía qué hacer. Y Dolores… Dolores siempre ha sido dura. Siempre ha pensado que la verdad duele más que la mentira. Así que decidieron callar. Te dieron un apellido, una familia, una vida. Y te quisieron con todo lo que tenían.

Coral se limpió la cara con la manga.

—¿Y ahora? ¿Ahora qué? Ese hombre… mi tío… dice que soy su sobrina. Que mi padre de verdad era un oficial inglés que murió en el mar. ¿Qué hago con eso? ¿Cómo vivo sabiendo que todo lo que creía era mentira?

Luisa le tomó las manos.

—No todo era mentira. El amor de Antonio no lo es. Las noches que te cantaba para dormir, las veces que te llevó a La Caleta a ver las barcas, las mañanas que te enseñó a desenredar redes… eso es verdad. Lo demás… lo demás es una herida que se

ha abierto. Y las heridas duelen cuando se abren, pero también dejan de doler cuando se cierran.

Coral bajó la vista.

—No quiero verlo. No quiero saber nada de él. Ni de su familia en Inglaterra. Quiero que se vaya. Que nos deje en paz.

Luisa negó con la cabeza.

—No puedes huir de la verdad, hija. Puedes esconderte un tiempo, pero la verdad siempre encuentra una rendija por donde entrar. Ese hombre no se irá hasta que hable contigo. Y tú… tú tienes derecho a saber. A decidir. No dejes que el miedo decida por ti.

Coral se quedó callada un rato. El chocolate se había enfriado en la taza. Finalmente levantó la vista.

—¿Y si no quiero ser Beaumont? ¿Y si quiero seguir siendo Pargo?

Luisa sonrió con tristeza.

—Puedes ser las dos cosas. O ninguna. Pero primero tienes que hablar con él. Y con Antonio. Porque tu padre te ha mentido por amor, no por maldad. Dale la oportunidad de explicarse.

Coral asintió despacio.

—Esta tarde —dijo—. No, mejor mañana hablaré con él.

Luisa le acarició la mejilla.

—Ya sabes que puedes quedarte aquí, me encanta tenerte a mi lado.

Coral se quedó en casa de su madrina. Se pasó el día pensativa, tomando y descartando opciones. Comió con su madrina, cenó sola, y cuando se acostó en la cama pequeña de la habitación de invitados, con el olor a tela recién planchada y a lavanda. No durmió mucho. Se quedó mirando el techo, pensando en Alexander, en María, en Antonio, en Edward. Pensando en cómo una sola tarde había cambiado todo.

Pero también pensó en la cruz de La Caleta. En la madre que había muerto por ella. En el padre que la había criado a pesar de todo. Y en el tío que había venido a buscarla, aunque fuera tarde.

Al día siguiente, Coral se levantó. Luisa le preparó un desayuno sencillo: pan con aceite y tomate, café con leche. Coral comió en

silencio.

—Voy a casa —dijo al fin—. Hablaré con mi padre. Y luego… con él.

Luisa la abrazó fuerte.

—Eres fuerte, Coral. Más fuerte de lo que crees. Y pase lo que pase, aquí tienes tu casa.

Coral salió a la calle. El sol ya subía por encima de las murallas, tiñendo Cádiz de oro. Caminó despacio hacia La Viña, con el corazón pesado pero decidido.

El mar seguía allí. El mar siempre estaría allí.

Pero ahora, por primera vez, Coral sentía que también había algo más. Algo que no se llevaba el viento. Algo que, quizás, valía la pena enfrentar.

CAPÍTULO 18

Antonio se sentó en la silla de enea de la cocina, con las manos entrelazadas sobre la mesa y la mirada perdida en el hule floreado que Dolores había comprado en el mercado años atrás. Coral estaba de pie junto al fogón, con los brazos cruzados sobre el pecho como si quisiera protegerse de lo que iba a venir. El silencio entre ellos era denso, pesado, como el aire antes de una tormenta de levante.

—Ven, siéntate —dijo Antonio, con la voz ronca, casi rota—. Hay cosas que llevo guardando demasiado tiempo.

Coral dudó un instante. Luego se sentó frente a él, muy tiesa, con las manos apretadas en el regazo. Antonio respiró hondo, como si cada palabra le costara un esfuerzo físico.

—Siempre estuve enamorado de tu madre —empezó, mirando la mesa en lugar de a ella—. María Pérez. La vi por primera vez cuando tenía quince años, en la fiesta de la Virgen del Rosario. Llevaba un vestido blanco con volantes que le había cosido su madre y el cabello suelto, negro como la noche. Bailaba con una gracia que parecía que el suelo se movía con ella. Yo era un muchacho flaco, callado, que apenas sabía hablarles a las chicas. Pero desde ese día no pude pensar en otra.

Hizo una pausa. Coral no dijo nada. Solo escuchaba, con el corazón latiéndole tan fuerte que le dolía el pecho.

—Cuando crecimos un poco más, empecé a rondarla. Le llevaba flores silvestres que recogía en el campo, el mejor pescado que pescaba, un ramo de clavelinas cuando paseábamos por el camino de La Caleta. Al principio parecía que le gustaba. Me sonreía, me dejaba cogerle la mano. Pero María… María siempre fue una soñadora. Leía novelas que le prestaba la maestra, esas historias de damas con vestidos de seda y galanes que llegaban en barcos. Soñaba con ver mundo, con viajar lejos, con tener bonitos vestidos y una vida que no fuera solo pescado, sal y arena. Yo no podía darle eso. En Cádiz no había muchas posibilidades para una chica como ella. Y yo… yo era un pescador. Un buen pescador, pero nada más.

Antonio levantó la vista por primera vez. Los ojos se le habían humedecido.

—Al principio fui muy feliz a su lado. Pensaba que con amor bastaba. Que, si la quería lo suficiente, ella olvidaría los sueños. Ahorraba cada real para darle la boda que se merecía: una misa en la catedral, un banquete en la posada, un vestido blanco con encaje. Pero nada la hacía feliz. Seguía mirando al mar como si esperara que llegara un barco a buscarla. Y entonces apareció él.

Coral sintió que se le helaba la sangre.

—¿El inglés?

Antonio asintió.

—Llegó con el *Vanguard*. Alto, guapo, con uniforme impecable y esos ojos violeta que parecían de otro mundo. Entró en el almacén de Esteban, el padre de María, a comprar provisiones. Ella lo vio. Y él la vio a ella. Empezaron a verse a escondidas. Yo no sabía nada. Seguía pensando que María era mía, que solo necesitaba tiempo. Hasta que una tarde me lo confesó. Me dijo que estaba encinta.

Coral cerró los ojos. El dolor le atravesó el pecho como un cuchillo.

—Fue demoledor —siguió Antonio, con la voz quebrada—. Yo siempre la había respetado. Nunca le había pedido nada que ella no quisiera darme. Y de pronto… aquello. Le pregunté quién era el padre. No quiso decírmelo. Pero en el barrio se murmuraba. Se cotilleaba: «El *guachisnai* del barco», «El oficial de ojos raros». Yo lo sabía. Lo sabía y no quería creerlo. Pero la quería tanto… tanto… que asumí su embarazo como si yo la hubiera preñado. Le dije que nos casaríamos. Que criaría al niño como mío. Que nadie sabría nada.

Hizo una pausa larga. Las lágrimas le rodaban por las mejillas sin que intentara detenerlas.

—Ella no quería. Me dijo que no podía quedarse en La Viña. Que no podía vivir con la vergüenza. Que necesitaba ver mundo, viajar lejos. Me pidió que nos fugáramos. Que nos marcháramos en una barca, que ella conocía a alguien que nos ayudaría. Yo le dije que estaba loca. Que no podía dejarlo todo como si fuera un tarambana. Que teníamos una vida aquí. Que el niño necesitaba un

hogar. Y ella… ella me miró con esos ojos que tenía cuando soñaba despierta. Me dijo: «No quiero un hogar. Quiero libertad». Y se fue. Ya no quiso nada más conmigo. Comenzó a evitarme, se encerró.

Antonio se cubrió la cara con las manos.

—Una noche se embarcó en una barca vieja. Sola. A punto de parir. Yo no supe nada hasta que la encontré. A ella, muerta. A ti, viva, llorando en sus brazos. Te cogí. Te abracé. Y juré que nunca dejaría que supieras nada de ese hombre. Que nunca dejarías de ser mi hija.

Coral estaba tan angustiada que no podía hablar. Las lágrimas le corrían por las mejillas, silenciosas, imparables. Antonio levantó la vista; tenía los ojos enrojecidos.

—Te quiero como si fueras mía de verdad, Caracola. Porque lo eres. Te he querido cada día de mi vida. Y si te he mentido… ha sido por amor. Por protegerte de un dolor que yo no pude soportar.

Coral seguía sin hablar. El silencio era ensordecedor. Antonio abrió la boca para preguntarle algo, para suplicarle que dijera algo, pero en ese momento Dolores entró en la cocina. Había estado escuchando desde la puerta, con el rosario en las manos.

—Déjame con ella —dijo Dolores, con la voz firme—. Quiero contarle algo importante.

Antonio miró a su madre. Luego a Coral. Finalmente asintió y salió de la cocina con pasos pesados, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. Dolores se sentó frente a Coral. Le tomó las manos; estaban heladas.

—Escúchame bien, niña —dijo—. Tu padre… Antonio… te ha dicho la verdad. Pero no toda. Yo también tengo algo que contarte.

Coral levantó la vista, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué más hay, abuela? ¿Qué más puede haber?

Dolores respiró hondo.

—María no murió por un accidente. No fue solo que quisiera huir. Fue porque yo… yo la empujé.

Coral se quedó helada.

—¿Qué?

Dolores bajó la vista.

—Cuando supe que María estaba encinta, sabía que mi Antonio no la había preñado; yo… yo no pude soportarlo. La odié, la desprecié. Fui a verla, le dije que tenía que irse. Que no podía quedarse en Cádiz. Le di unos reales que tenía ahorraos. Le dije que se fuera a Gibraltar, que allí nadie preguntaría, y que, si el extranjero volvía, yo le diría dónde podría encontrarla. Ella aceptó porque quería irse, dejar a Antonio. Y ella… ella se fue.

Dolores levantó la vista. Las lágrimas le brillaban en los ojos.

—Y cuando mi hijo la encontró muerta… supe que había sido por mi culpa. Por mis palabras. Por mi vergüenza. Antonio nunca lo supo. Nunca se lo dije. Pero yo lo llevo dentro desde entonces. Cada día. Cada vez que te miro.

Coral se levantó de golpe. La silla cayó al suelo con un ruido seco.

—¿Tú? ¿Tú la empujaste a morir?

Dolores no se defendió.

—No la empujé a morir. La empujé a irse. Y el mar hizo el resto.

Coral retrocedió un paso.

—Todos me habéis mentido. Todos.

Dolores extendió una mano temblorosa.

—Niña, por favor…

Coral negó con la cabeza.

—No. No quiero más verdades. No quiero más dolor. Quiero… quiero irme.

Salió corriendo de la cocina. Antonio la vio pasar desde el salón, pero no la detuvo. Solo la miró irse, con los ojos llenos de lágrimas. Coral corrió por las calles de La Viña, con el chal volando detrás de ella como una bandera rota. No sabía hacia dónde iba. Solo sabía que necesitaba aire. Necesitaba distancia. Necesitaba que el mundo dejara de girar.

CAPÍTULO 19

Coral caminó sin rumbo por las calles de Cádiz durante todo el día, como si el movimiento pudiera ahuyentar las voces que le gritaban dentro de la cabeza. El sol subió alto, quemando las fachadas blancas, y ella siguió andando: por la calle Ancha, por el barrio del Pópulo, por las murallas que miraban al mar, por la plaza de las Flores donde las vendedoras de naranjas la miraban con curiosidad. No hablaba con nadie. No respondía a los saludos. Solo caminaba, con el chal sucio colgando de un hombro y el vestido arrugado y lleno de arena de La Caleta.

No sabía quién era.

Esa era la verdad que más le dolía. Durante casi veinte años había sido Coral Pargo: la hija del pescador, la nieta de Dolores, la niña de ojos violeta que cantaba en *La Caracola* y hacía reír a los clientes. Ahora ya no sabía ni cómo llamarse. ¿Coral Pérez? ¿Coral Beaumont? ¿La hija bastarda de un oficial inglés que ni siquiera supo que existía?

Se detuvo en la plaza de San Juan de Dios, frente a la Catedral. La gente pasaba a su alrededor: mujeres con cestas, niños descalzos, marineros que bajaban de los barcos. Nadie la miraba. Nadie sabía que su mundo acababa de romperse en mil pedazos.

Pensó en Antonio. Recordó cómo la había mecido de pequeña, cómo le había enseñado a caminar sobre la arena y cómo la llamaba «Caracola» con esa voz ronca y llena de cariño. ¿Cómo había podido mentirle durante tanto tiempo? ¿Cómo había podido mirarla a los ojos cada día y callar la verdad? El dolor era tan grande que le costaba respirar. Lo quería; lo quería con toda el alma. Pero ahora ese amor estaba manchado de mentiras.

Pensó en Dolores. Recordó las noches que la había cuidado cuando tenía fiebre, las veces que le había cosido vestidos con retales y las constantes advertencias sobre los extranjeros: «No te fíes de ellos, niña. Te prometen el mundo y te dejan con un hijo en brazos». Y ahora resultaba que su propia abuela la había empujado

a marcharse. Había sido ella quien la había condenado a morir en aquella barca.

Y pensó en Edward.

El nombre le quemaba en la garganta. Se había dejado seducir como una tonta. Había creído que era diferente. Había creído que sus besos, sus promesas, su mirada azul eran reales. Y él… él había sido el mensajero. El que había ido a Boston, el que había sumado uno más uno, el que había enviado a ese hombre —su tío— a destruir lo poco que le quedaba de su vida.

Coral se sentó en un banco de piedra, frente al mar. El viento le secaba las lágrimas antes de que cayeran. Se sentía suspendida sobre un abismo de mentiras. Toda su existencia había sido una verdad a medias. Y ahora, en medio de ese caos emocional, la imagen de Edward se le aparecía como una burla cruel del destino. Odiaba a Edward con una fuerza que la asustaba. No solo la había engañado; la había traicionado. Había propiciado que un completo desconocido irrumpiera en su vida y la destrozara.

Pero en medio de ese odio, también había curiosidad. Una curiosidad oscura, dolorosa, que no la dejaba en paz. ¿Quién era Alexander Beaumont? ¿Cómo era? ¿Había amado a su madre de verdad? ¿Había muerto sin saber que tenía una hija? ¿Y ese hombre que decía ser su tío… qué quería realmente de ella?

El sol empezó a bajar. El cielo se tiñó de naranja y violeta. Coral se levantó. Tenía las piernas entumecidas, el vestido sucio, el cabello desgreñado. Pero ya había tomado una decisión.

Iría a hablar con él. No para aceptar nada. Solo para saber. Para mirar a los ojos al hombre que había venido a reclamarla y decirle que no tenía derecho. Que su vida era suya. Que su familia era Antonio y Dolores, aunque le hubieran mentido.

Bajó al puerto cuando ya caía la tarde. El *SS Oceanic* seguía anclado en el mismo lugar. Subió la planchada con paso firme, aunque el corazón le latía desbocado. El mismo teniente de antes la reconoció y la saludó con una inclinación de cabeza.

—El capitán la espera, señorita.

La guio por el barco. Coral apenas veía lo que la rodeaba: la cubierta pulida, las chimeneas, los marineros que la miraban con

curiosidad. Bajaron una escalera, recorrieron un pasillo iluminado por lámparas de gas y llegaron a una puerta doble.

—El capitán la invita a cenar —dijo el teniente—. Dice que es la hora.

Coral entró. La sala era amplia para tratarse de un barco: una mesa larga con mantel blanco, cubiertos de plata, copas de cristal tallado, velas encendidas. El olor a comida fina —carne asada, salsa, pan recién horneado— le llegó como un golpe. Nada la había preparado para aquello. En *La Caracola* comían pescado frito, arroz con leche, pan con tomate. Esto era otro mundo.

Reginald Beaumont estaba de pie al fondo, junto a una ventana. Se giró al oírla entrar. Llevaba una chaqueta oscura, camisa blanca impecable. El vendaje de la frente era pequeño, discreto.

—Coral —dijo, con voz suave—. Gracias por venir. Por favor, siéntate.

Ella se quedó de pie un momento. Estaba desgreñada, el vestido sucio de arena, el cabello revuelto. Pero seguía siendo la joven más hermosa que Reginald había visto jamás. Los ojos violeta brillaban con una mezcla de furia, dolor y curiosidad que le partía el corazón.

—No he venido a cenar —dijo ella, con la voz temblorosa—. He venido a que me diga la verdad. Toda.

Reginald asintió.

—La verdad es larga. Y mejor contarla con el estómago lleno. Siéntate, por favor. No voy a obligarte a nada. Solo… déjame que te hable.

Coral dudó. Pero el olor de la comida, el cansancio del día, la curiosidad… todo la empujó. Se sentó. Reginald se sentó frente a ella. Un camarero sirvió primero una sopa clara de marisco, luego un pescado al horno con salsa de limón y hierbas, después carne asada con patatas y, finalmente, un postre de crema inglesa con frutas confitadas. Coral probaba cada cosa con asombro. Nunca había comido nada igual. Cada bocado era un lujo que no conocía.

Reginald la observaba con ternura contenida. Imaginaba las penurias que había pasado la joven: la vida humilde de La Viña, el trabajo en la taberna, las manos encallecidas de llevar cuentas y

servir mesas. Quería tentarla. Quería que viera que había otro mundo posible.

—Esto que ves —dijo, señalando la mesa—, es solo una pequeña parte de lo que tenemos en Inglaterra. Tengo una casa en Devon, cerca del mar. Es bonita. Jardines que bajan hasta el acantilado, un salón con ventanas que miran al canal de la Mancha. El paisaje es verde, muy verde, con colinas suaves y niebla por las mañanas. Mis antepasados han vivido allí durante generaciones. Gente de mar, como tú. Marineros, capitanes, hombres que amaban el océano.

Coral escuchaba en silencio, comiendo despacio.

—Mi madre, tu abuela Rosalind, está enferma —continuó Reginald con tono contenido—. La muerte de mi hermano Alexander la rompió por dentro. Nunca se recuperó. Pasa mucho tiempo en Bath, pero apenas sale de su habitación. Pregunta por él todos los días. Si supiera que tiene una nieta… creo que eso la sanaría un poco.

Coral levantó la vista.

—¿Tengo… primos?

Reginald sonrió con tristeza.

—Dos. Arthur y Geoffrey. Son mayores que tú. Arthur tiene veinticuatro años, Geoffrey veinte. Estudian en la universidad. Arthur quiere ser oficial de marina, como su padre. Geoffrey… es más soñador. Le gusta leer y dibujar mapas. Te gustarían.

Coral bajó la mirada. La comida le sabía a poco ahora. Las palabras de Reginald la tentaban, la atraían como un canto de sirena. Una casa grande. Una abuela. Primos. Un apellido. Un mundo entero que no conocía. Pero también le daban miedo.

—No sé si quiero eso —susurró—. Mi vida está aquí. Con Antonio. Con Dolores. Con la taberna. Con la gente que me quiere.

Reginald asintió.

—Lo entiendo. Y no te pido que lo dejes todo. Solo… que me dejes conocerte. Que me dejes contarte quién fue tu padre. Que me dejes darte lo que Alex no pudo darte.

Coral lo miró. Los ojos violeta se encontraron con los suyos. Por un instante, el parecido fue tan fuerte que le dolió.

—No sé si estoy lista —dijo al fin.

Reginald sonrió con suavidad.

—No hay prisa. El barco no se va todavía. Y yo… yo puedo esperar.

La cena terminó en silencio. Coral se levantó, con el estómago lleno y el corazón más confuso que nunca.

—Gracias por la cena —dijo—. Pero no prometo nada.

Reginald se levantó también.

—No te pido promesas. Solo… piensa en ello.

Coral salió del camarote. El teniente la acompañó hasta la planchada. Cuando bajó al muelle, el viento de levante la recibió como un viejo amigo. Caminó de vuelta a casa, pero no fue un camino recto ni consciente. Sus pies la llevaron por las calles de La Viña como si conocieran el trayecto mejor que ella misma: el arco de piedra que separaba el barrio del puerto, la cuesta empinada de la calle de la Palma, el olor a salitre y pescado seco que se pegaba a las paredes, el rumor lejano de las olas rompiendo contra las rocas de La Caleta. Todo era igual que siempre. Y, sin embargo, nada lo era.

El sol ya se había puesto del todo. Cádiz se encendía con faroles de gas y el brillo tímido de las velas en las ventanas. Coral andaba despacio, con el chal colgando de un brazo y el vestido aún sucio de arena y lágrimas secas. Cada paso era un esfuerzo. Cada respiración le dolía. Llevaba la cabeza llena de imágenes que no podía ordenar, que se le enredaban como redes mal recogidas.

Una casa grande en Inglaterra. No sabía cómo era exactamente, pero la imaginaba de piedra gris, con ventanas altas y jardines que bajaban hasta el mar. Reginald lo había dicho: «verde, muy verde, con colinas suaves y niebla por las mañanas». Ella no había visto nunca niebla sobre colinas. Solo había visto el mar de Cádiz, azul y furioso, o quieto y plateado bajo la luna. ¿Cómo sería vivir en un lugar donde el verde era más importante que el azul? ¿Cómo sería despertarse y no oír el rumor de las olas, sino el canto de pájaros desconocidos?

Una abuela enferma. Rosalind. Un nombre que sonaba a viento frío, a encajes antiguos, a habitaciones con cortinas pesadas.

Reginald había dicho que la muerte de Alexander la había roto por dentro. Que apenas salía de su habitación. Que preguntaba por él todos los días. Coral intentó imaginarla: una señora mayor, con el cabello blanco recogido, sentada junto a una ventana, mirando al horizonte como si esperara ver un barco que nunca llegaba. ¿La reconocería? ¿La miraría con amor o con lástima? ¿O simplemente no la miraría, porque para ella Coral no existía hasta ese momento?

Primos. Arthur y Geoffrey. Mayores que ella. Uno quería ser oficial de marina, como su padre. El otro dibujaba mapas y soñaba. Coral intentó imaginaros: jóvenes ingleses con uniformes o con libros en la mano, hablando un inglés rápido que ella apenas entendería. ¿La aceptarían? ¿La mirarían con curiosidad o con desprecio? ¿Le dirían «prima» con cariño o con distancia? ¿O ni siquiera querrían saber de ella, la bastarda de un puerto español, la hija de una mujer que había muerto en una barca rota?

Y un padre que había muerto sin saber que existía. Alexander Beaumont. Un nombre que le sonaba a cuento lejano. Un hombre que había amado a María —o eso decía Reginald—, que le había prometido volver y no había podido. Un hombre que se había ido al fondo del mar en las Bahamas, en una tormenta que se había llevado su barco y su vida. Coral intentó imaginarlo: alto, con ojos violeta, con uniforme de oficial, con una sonrisa que desarmaba. Intentó odiarlo. Intentó sentir algo por él. Pero solo sentía un vacío inmenso. Un hueco donde debería haber estado un padre y solo había silencio.

Y en medio de todo, una sola pregunta que no la dejaba en paz: ¿Quién era ahora?

¿Quién era Coral si Antonio no era su padre? ¿Si Dolores no era su abuela? ¿Si su madre había muerto esperando a un hombre que nunca llegó? ¿Si su sangre llevaba un apellido que no conocía? ¿Si había una familia entera en Inglaterra que no la había buscado hasta ahora?

Se sentía perdida. Desarraigada. Como una barca que ha perdido el ancla y flota sin rumbo, a merced de las corrientes. Toda su vida había sido una mentira bonita. Antonio la había querido, sí. Dolores la había criado con mano dura, pero con cariño. La taberna,

las coplas, el olor a pescado frito y vino tinto, las risas de los clientes los sábados… todo eso era real. Pero ahora tenía la sensación de que había vivido sobre un engaño; que cada abrazo de Antonio había sido una verdad a medias; que cada canción que había cantado había sido una forma de llenar un silencio que nadie quería nombrar.

Y el dolor más hondo, el que le quemaba el pecho como una brasa, era el de Edward.

Porque Edward había sido la prueba de que el destino se repetía. Ella había hecho exactamente lo mismo que su madre: se había enamorado de un extranjero. Se había entregado. Había creído en promesas susurradas en la oscuridad. Y él se había marchado, sin mirar atrás, sin cumplir; dejándola con el corazón roto y un secreto que ahora explotaba en su vida como una bomba.

Coral se detuvo en la esquina de la calle de la Palma. Apoyó la espalda contra la pared fría. Cerró los ojos. Las lágrimas volvieron, silenciosas, imparables. Odiaba a Edward. Lo odiaba con una fuerza que la asustaba. No solo por haberse ido; no solo por haberla dejado, sino por haber sido el mensajero del desastre. Por haber ido a Boston y haberle contado a Reginald Beaumont que existía una joven en Cádiz con ojos violeta. Por haber abierto la puerta a ese hombre que ahora estaba en su ciudad, en su taberna, en su vida. Edward no solo la había abandonado; había propiciado que un completo desconocido irrumpiera y la destrozara.

Y sin embargo… sin embargo, también lo echaba de menos.

Echaba de menos su sonrisa torpe cuando intentaba hablar español. Echaba de menos la forma en que la miraba como si fuera lo único importante en el mundo. Echaba de menos sus manos cálidas, su voz diciendo «volveré» en un susurro que ahora sabía falso. Y ese echar de menos le hacía odiarlo aún más.

Se sentía traicionada por todos. Por su madre, que había muerto dejándola sola. Por Antonio, que le había mentido por amor. Por Dolores, que había empujado a María a marcharse. Por Edward, que había prometido y no había cumplido. Por Reginald, que llegaba tarde con verdades que nadie le había pedido. Y, sobre todo, por sí misma. Por haber creído. Por haber amado. Por haber esperado.

Coral se deslizó hasta sentarse en el suelo, con la espalda contra la pared y las rodillas recogidas contra el pecho. El frío de las piedras se le metía en los huesos, pero no se movió. Se quedó allí, mirando el cielo que se oscurecía, sintiendo que todo lo que había sido se deshacía como arena entre los dedos.

¿Quién era ahora? No lo sabía. Y ese no saber era lo que más le dolía. Porque sin saber quién era, ¿cómo iba a seguir siendo alguien?

CAPÍTULO 20

Reginald Beaumont pasó la noche en vela en su habitación del Hotel de Francia. La ventana abierta dejaba entrar el rumor del mar y el viento de levante que traía arena fina hasta el alféizar. Se sentó en el sillón junto a la chimenea apagada, con una copa de brandy que apenas tocó, mirando las sombras que proyectaba la lámpara de aceite sobre la pared. El golpe del cazo aún le dolía en la frente, pero el dolor físico era insignificante comparado con el que sentía en el pecho.

No esperaba que el encuentro fuera fácil. Había imaginado recelo, preguntas e incluso rechazo. Pero no había imaginado el terror puro que se reflejaba en los ojos de Antonio Pargo. Ni la furia desatada de Coral. Ni cómo ella había gritado «cabrón malnacido» antes de irse. Cada palabra había sido un latigazo. Cada mirada era un recordatorio de lo tarde que llegaba.

Se levantó y se acercó a la ventana. Cádiz dormía bajo un cielo estrellado, pero él no veía la ciudad. Veía a Álex. Veía al hermano pequeño que había seguido sus pasos, que había aprendido navegación con él y que había sonreído con timidez cuando le decía: «Tienes el mejor maestro». Veía a Coral, la joven que había irrumpido en su vida como un vendaval y lo había golpeado con un cazo porque el miedo la había llevado al límite.

¿Cómo acercarse ahora sin forzar? ¿Cómo entrar en una familia que lo veía como el responsable de una tragedia? ¿Cómo decirle a Coral que tenía derecho a un apellido, a una herencia, a una abuela en Devon que lloraba cada día por el hijo perdido, sin que ella sintiera que le estaba robando su vida?

Reginald tomó una decisión esa noche, mirando el mar negro: no forzaría nada. No reclamaría nada. Se limitaría a estar. A esperar. A dejar que fuera ella quien diera el siguiente paso. Si tenía que pasar meses en Cádiz, lo haría. Si tenía que volver a Londres sin respuestas, lo aceptaría. Pero no se iría sin intentarlo de verdad. No dejaría que la historia de Alex terminara en silencio.

Al amanecer, escribió una breve nota. No la envió a la taberna, sabía que Antonio la rompería sin abrirla. En cambio, se la dio a Thompson para que se la entregara en persona a Coral, en la calle, sin presiones:

«Coral, no quiero imponerte nada. No quiero quitarte lo que tienes. Solo quiero que sepas que estoy aquí. Si algún día quieres hablar, me encontrarás en el Hotel de Francia. Si no, me iré sin insistir. Pero tienes que saber que tu padre, Alexander, te habría querido con todo su corazón.

Reginald Beaumont».

Dejó la nota sin lacrar. No era un lord reclamando derechos. Era un hombre que ofrecía una puerta abierta.

Coral llegó a casa cuando ya amanecía. No entró por la puerta principal. Se coló por la trasera, subió a su habitación sin hacer ruido y se dejó caer en la cama sin quitarse el vestido sucio. No lloró más. Estaba seca por dentro. Se quedó mirando el techo, con la mente en blanco, hasta que el sol entró por la ventana y la obligó a moverse.

Bajó a la cocina. Antonio y Dolores estaban allí, sentados en silencio. Antonio tenía la taza de café entre las manos, pero no bebía. Dolores pelaba patatas con movimientos mecánicos. Cuando vieron a Coral, los dos se quedaron quietos.

—Buenos días —dijo ella, la voz neutra.

Antonio levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos.

—Buenos días, Caracola.

Dolores dejó el cuchillo.

—¿Dónde has estado toda la noche?

Coral se sentó sin responder. Se sirvió café en silencio. Antonio y Dolores se miraron. No preguntaron más. Aceptaron su silencio, porque sabían que cualquier palabra podía romper algo que ya estaba muy frágil.

Después del desayuno, Coral subió a su habitación. Se desnudó despacio, dejando el vestido sucio en un rincón. Llenó la tina de hierro con agua muy caliente que calentó en el fogón. Se metió dentro, con las rodillas contra el pecho, y dejó que el vapor le empañara la cara. El agua le quemaba la piel, pero no le importó. Quería sentir algo que no fuera el vacío del pecho. Se quedó allí

hasta que el agua se enfrió, hasta que los músculos tensos empezaron a relajarse un poco. Se lavó el cabello con jabón de laurel, se enjuagó con agua limpia, y salió envuelta en una sábana.

Se miró en el espejo pequeño que colgaba sobre la cómoda. Los ojos violeta estaban hinchados, la piel pálida, pero seguía siendo ella. O lo que quedaba de ella.

Decidió que no iba a dejarse ver derrotada.

Abrió el armario y sacó su mejor vestido: el que se ponía para ir a misa los domingos de Pascua. Era de algodón verde oscuro, con el corpiño ajustado y mangas largas que terminaban en puños de encaje blanco. El bajo tenía un volante sutil bordado a mano por Dolores años atrás. Se lo puso con cuidado, como si fuera una armadura. Se recogió el cabello en un moño bajo, dejando algunos mechones sueltos que enmarcaban el rostro. Se prendió dos flores de jazmín que había recogido el día anterior y que aún conservaban su aroma. Se miró de nuevo en el espejo. Ya no quería sentirse desvalida. Ni sola. Quería sentirse fuerte. Aunque fuera una fuerza fingida.

Bajó las escaleras. Antonio y Dolores estaban en la cocina. Cuando la vieron, se quedaron mudos.

—Estás… preciosa —dijo Antonio, con voz temblorosa.

Coral se sentó a la mesa.

—Desayuno con vosotros —dijo simplemente.

Desayunaron en silencio. Pan con aceite y tomate, café con leche, un poco de queso. Nadie preguntó nada. Nadie mencionó al inglés, ni la taberna, ni la noche anterior. Solo comieron, como si ese desayuno fuera lo único que importaba en ese momento.

Cuando terminaron, Coral dejó la taza sobre la mesa y miró a su padre.

—Voy a confesarme —dijo—. He cometido el pecado del odio. Odio a alguien con todas mis fuerzas. Y eso no es bueno. Ni cristiano.

Antonio la miró con ojos llenos de lágrimas.

—Ve, hija. Y reza por los dos.

Coral salió de casa. Caminó hasta la iglesia de San Lorenzo. Se arrodilló en el confesionario. El cura la escuchó en silencio. Ella le

contó todo: la mentira de su padre, la verdad de su madre, el odio hacia Edward, hacia Reginald, hacia sí misma. El cura la absolvió, pero le dijo algo que le quedó clavado:

—El odio es un veneno que te bebes tú misma esperando que mate al otro. Perdona. No por ellos. Por ti.

Salió de la iglesia con el alma un poco más ligera, pero aún pesada. Y entonces lo vio.

Reginald Beaumont estaba al otro lado de la plaza, con abrigo gris y sombrero en la mano. No se acercó. Solo la miró. Y cuando sus ojos violeta se encontraron con los suyos, Coral sintió un vuelco.

Él se acercó despacio.

—Buenos días, Coral —dijo con voz suave—. ¿Puedo invitarte a dar un paseo en carruaje?

Coral nunca había montado en carruaje. En Cádiz se movía a pie o en burro. Miró el coche que esperaba al borde de la plaza: negro, brillante, con dos caballos castaños y un cochero de librea. Sintió un impulso. No sabía si era curiosidad, rabia o cansancio. Pero aceptó.

—Está bien —dijo—. Pero no me hable de familia. No todavía.

Reginald asintió.

—Solo un paseo.

Subieron al carruaje. El cochero chasqueó la lengua y los caballos se pusieron en marcha. Salieron de la plaza, tomaron la carretera que subía hacia el campo, hacia el lugar conocido como el Paseo de los Mártires, un camino precioso a las afueras de Cádiz, con vistas al mar y a los pinares que bordeaban la costa. El aire olía a resina y a sal. El sol entraba por las ventanas abiertas, calentando el interior del coche.

Reginald habló con calma.

—En Inglaterra es costumbre pasear en carruaje por el campo. Los domingos, después de misa, las familias salen a ver los paisajes. Hay caminos que bordean ríos, colinas verdes, casas de piedra con chimeneas que humean. Es… pacífico.

Coral miraba por la ventana. Nunca había visto Cádiz desde tan alto. Nunca había sentido el movimiento suave de un carruaje.

—¿Tiene carruaje propio? —preguntó, sin mirarlo.

Reginald sonrió con suavidad.

—Sí. Pero no te lo cuento para presumir. Solo para que sepas que hay otro mundo posible. Uno donde no tienes que trabajar de sol a sol. Donde puedes leer, pasear, aprender cosas nuevas.

Coral lo miró entonces.

—No quiero su mundo.

Reginald asintió.

—Lo sé. Pero quiero que sepas que existe. Y que, si algún día quieres verlo… la puerta está abierta.

Coral miró por la ventana. El paisaje era precioso: el mar a un lado, los pinares al otro, el camino serpenteando entre colinas bajas.

—No sé si estoy lista para eso —dijo al fin.

Reginald asintió.

—No hay prisa. Solo quería que lo supieras.

El carruaje dio la vuelta. Volvieron hacia la ciudad. Cuando llegaron a la plaza de San Lorenzo, Reginald ayudó a Coral a bajar.

—Gracias por el paseo —dijo ella.

—Gracias por venir —respondió él.

Coral se alejó sin mirar atrás. Sin embargo, llevaba en el bolsillo la nota que Reginald le había dado antes de bajar: una dirección en Cádiz y una frase sencilla: «Si algún día quieres hablar, estaré aquí. Sin presiones. Solo como tío y sobrina».

Coral llegó a casa.

Coral llegó a casa. Antonio y Dolores la esperaban en la cocina. No preguntaron dónde había estado. Solo la miraron con amor y miedo.

Coral se sentó a la mesa.

—Mañana vuelvo a la taberna —dijo—. Y voy a cantar. Porque esa es mi vida. La que yo elegí.

Antonio asintió, con lágrimas en los ojos.

—Y nosotros estaremos allí. Siempre.

Coral sonrió, una sonrisa pequeña pero real.

—Y yo también.

El mar seguía rugiendo fuera. Pero dentro, en la cocina de La Caracola, una familia empezaba a reconstruirse, pedazo a pedazo, verdad a verdad.

CAPÍTULO 21

Coral volvió a la taberna al día siguiente, como si el simple hecho de cruzar la puerta fuera una forma de reclamar su lugar en el mundo. No habló del inglés. No mencionó el barco, ni los ojos violeta, ni la palabra «tío» que aún le quemaba en la garganta. Simplemente entró por la puerta trasera, se ató el delantal y se puso a hacer lo que siempre había hecho: revisar las cuentas de la víspera, anotar en el libro mayor con letra clara y redonda, preparar el mostrador para la tarde. Paco la miró con alivio y preocupación al mismo tiempo.

—Pensé que tardarías más en volver —dijo, mientras colocaba jarras limpias en la estantería.

Coral sonrió, una sonrisa pequeña pero sincera.

—La taberna no se lleva sola. Y yo tampoco puedo quedarme en casa mirando al techo.

Julián salió de la cocina con un trapo al hombro y una sonrisa enorme.

—¡Ay, reina del mar! ¡Ya estás aquí! Hoy te hago unas puntillitas que te van a quitar el habla.

Coral rio. Fue una risa breve, pero real. Y eso, para todos, fue suficiente.

La rutina regresó, aunque con un sabor diferente. Coral atendía mesas cuando Paco se veía desbordado por los clientes de la tarde; servía jarras de vino tinto y manzanilla con la misma gracia de siempre, anotaba pedidos, cobraba reales, sonreía a los pescadores que le pedían «una copla, Coralita, aunque sea cortita». Pero cantaba menos. Solo los sábados, como había prometido a Miguel. Y cuando cantaba, lo hacía con sentimiento, pero sin tristeza: tonadillas alegres, tanguillos que hacían palmear a los marineros y repetir estribillos a las muchachas del barrio. Miguel tocaba la guitarra con más fuerza que nunca, como si quisiera llenar con música el silencio que ella llevaba dentro.

Y cada tarde-noche, sin falta, llegaba él.

Lord Reginald Beaumont entraba discretamente, siempre al mismo rincón: la mesa junto a la ventana que daba a la calle estrecha, la más apartada, la que nadie quería porque estaba mal iluminada. Pedía una copa de brandy —siempre la misma, siempre del bueno— y se sentaba. No hablaba. No pedía nada más. Solo observaba.

Los primeros días, Coral se molestaba. Sentía su mirada como un peso en la nuca. Cada vez que pasaba cerca de la mesa, apretaba los labios y desviaba la vista. Una tarde incluso le dijo a Paco en voz baja:

—Si vuelve a pedir brandy, dile que se lo sirva él mismo. No quiero atenderlo.

Pero Paco, que ya había intuido algo, solo respondía:

—Es un cliente, Coral. Y paga bien.

Poco a poco, ella dejó de molestarse. O al menos dejó de demostrarlo. Empezó a aceptar su presencia como se acepta el rumor del mar: está ahí, no se va, pero ya no molesta tanto. A veces, cuando servía una mesa cercana, sus ojos violeta se encontraban con los de él. Reginald inclinaba la cabeza en un saludo silencioso. Ella respondía con un gesto mínimo, casi imperceptible. Y seguía trabajando.

El primer sábado después del incidente, Miguel llegó con la guitarra al hombro y una sonrisa que intentaba ser valiente.

—Hoy cantamos lo alegre —le dijo, sentándose junto al pequeño escenario—. Nada de soleares tristes. Tonadillas, tanguillos, cosas que hagan bailar a esta gente.

Coral asintió.

—Vale. Lo alegre.

Y cantó. Cantó con una energía que sorprendió incluso a ella misma. Tanguillos de ida y vuelta, tonadillas de picardía, coplas que hablaban de marineros guapos y muchachas que no se dejaban engañar. La taberna se llenó de palmas, risas, gritos de «¡olé!». Miguel la miraba con adoración, tocando con más fuerza cada vez que ella subía la voz. Reginald, desde su rincón, escuchaba sin mover un músculo, pero sus ojos brillaban con algo que parecía orgullo y tristeza a partes iguales.

Al terminar la noche, cuando los clientes empezaron a irse y Paco recogía vasos, Reginald se levantó por fin. Se acercó al mostrador donde Coral contaba la recaudación.

—¿Puedo invitarte a dar un paseo mañana? —preguntó, con la voz baja, sin exigencia.

Coral levantó la vista. Dudó un segundo. Luego miró a Antonio, que limpiaba el mostrador a su lado. Su padre la miró con ojos cansados pero llenos de amor. Asintió casi imperceptiblemente.

—Lo que más deseo en el mundo es verte feliz —dijo Antonio en voz baja—. Si ese paseo te hace bien… ve.

Coral miró de nuevo a Reginald.

—Está bien —dijo—. Mañana.

El primer paseo fue corto. Reginald la esperaba en la plaza de San Lorenzo con un carruaje sencillo, negro, tirado por dos caballos castaños. Coral se sentó con cuidado, como si temiera romper algo. Reginald se sentó frente a ella. El cochero chasqueó la lengua y el coche se puso en marcha. Salieron de la ciudad hacia el Paseo de los Mártires, pero el paseo iba a ser por otro lugar igual de bonito.

Un paseo llevó a otro. Y, sin darse cuenta, Coral empezó a desear esos largos y silenciosos paseos con su tío. No hablaban mucho. A veces Reginald le contaba anécdotas de su vida como comandante: tormentas en el Índico, puertos exóticos, noches en cubierta mirando las estrellas. Otras veces se quedaban callados; solo el ruido de los cascos de los caballos y el viento en los pinares. Coral empezó a sentir que, en esos silencios, podía respirar.

Cenó un par de noches con él en el barco. Reginald la invitaba al comedor de oficiales: mesa con mantel blanco, cubiertos de plata, velas encendidas. El cocinero del barco —un inglés que había servido en la marina— preparaba platos que Coral nunca había probado: sopa de marisco con nata, pato asado con salsa de naranja, crema quemada con azúcar caramelizado. Ella comía despacio, asombrada, mientras Reginald la observaba con ternura.

El dolor comenzó a remitir. No desapareció, pero se hizo más pequeño, más manejable. Coral empezó a reír de nuevo con Julián, a cantar con más ganas los sábados, a mirar a Miguel con cariño fraternal. Antonio respiraba aliviado cada vez que la veía salir con

Reginald en el carruaje. Dolores, aunque seguía recelosa, empezó a relajarse. También porque Luisa Montes había vuelto a visitar la taberna varias veces. La sobrina de Dolores, la madrina de Coral, llegaba con retales de tela y patrones nuevos, se sentaba en la cocina y hablaba con Dolores como si los años de distanciamiento no hubieran existido.

—Vine porque me preocupaba la niña —dijo una tarde, mientras ayudaba a doblar manteles—. Pero veo que está mejor. Y tú… tú también.

Dolores suspiró.

—No quiero estar enfadada contigo, Luisa. Ya no. La vida es demasiado corta para rencores.

Luisa sonrió.

—Entonces dejémoslo atrás. Por Coral.

Dolores asintió. Y, por primera vez en años, las dos mujeres se abrazaron.

CAPÍTULO 22

La paz que había empezado a asentarse en la vida de Coral era frágil, como el sol de febrero que se cuela entre nubes y se apaga de pronto. Reginald Beaumont se había convertido en una presencia constante pero silenciosa: llegaba cada tarde a La Caracola, pedía su copa de brandy y se sentaba en el rincón de siempre, sin exigir nada, sin forzar conversaciones. Coral ya no se tensaba al verlo. A veces le llevaba la copa ella misma, la dejaba sobre la mesa con un gesto mínimo y seguía su camino. Él inclinaba la cabeza en agradecimiento. Era un acuerdo tácito: él estaba allí, ella lo permitía. Nada más.

Los paseos en carruaje se habían vuelto rutina. Dos, tres veces por semana. Salían al atardecer, cuando el sol teñía de oro los pinares y el mar se volvía un espejo de fuego líquido. Reginald hablaba poco: anécdotas de puertos lejanos, descripciones de paisajes ingleses, recuerdos de Alexander que soltaba con cuidado, como quien deja caer migas para no asustar a un pájaro. Coral escuchaba. Otras, preguntaba, pero la mayoría de las veces se mostraba silenciosa. No obstante, cada paseo la dejaba un poco más tranquila, un poco más cerca de aceptar que aquel hombre no había venido a robarle nada, sino a devolverle algo que nunca había sabido que le faltaba.

Antonio respiraba aliviado cada vez que la veía regresar con las mejillas sonrosadas por el viento y una sonrisa pequeña en los labios. Dolores, aunque seguía recelosa, había bajado la guardia. Luisa Montes venía a menudo a la taberna: traía retales de tela, ayudaba a doblar manteles, hablaba con Dolores como si los años de distanciamiento se hubieran evaporado. Las dos mujeres habían hecho las paces en silencio, sin grandes declaraciones. Solo con gestos, con tazas de café compartidas, con miradas que decían "ya está bien de enfados".

Y entonces llegó el telegrama a mediados de marzo. Había sido remitido al consulado inglés en Cádiz, que desde hacía un tiempo actuaba como enlace habitual entre la colonia británica y la marina

de Su Majestad. Entre los despachos oficiales que llegaban a diario, aquel mensaje destacaba por su urgencia: la marina inglesa tenía constancia de que el comandante Reginald Beaumont seguía con su barco anclado en el puerto.

Reginald estaba desayunando en el comedor del Hotel de Francia cuando Thompson entró con el rostro tenso y un papel amarillo en la mano.

—Señor —dijo el secretario en voz baja—, acaba de llegar esto de Londres.

Reginald tomó el telegrama. Lo leyó una vez. Luego otra vez. Las palabras eran escuetas, como siempre en estos casos:

«Madre ingresada en el hospital de Londres. Muy grave. Neumonía avanzada. Los médicos piden la presencia inmediata de la familia. Arthur y Geoffrey ya están de camino. Eleanor».

El papel tembló ligeramente en sus manos. Reginald lo dobló con cuidado, lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y miró a Thompson.

—Prepárelo todo. Salimos mañana.

Thompson asintió y salió. Reginald se quedó solo en el comedor, con el desayuno intacto. Rosalind. Su madre. La mujer que había llorado en silencio la muerte de Alexander durante dieciocho años. La mujer que preguntaba por él cada día, que se aferraba a los recuerdos como quien se aferra a un salvavidas. Y ahora estaba muriendo. Sin haber visto nunca a su nieta, sin ver esos ojos violeta que eran el vivo retrato de su hijo perdido.

Reginald sintió que el suelo se abría bajo sus pies. No podía irse sin intentarlo una última vez. Incumpliendo su promesa de no forzar nada, decidió que Coral tenía que saberlo. Que, si no la llevaba con él, quizás nunca viera con vida a su abuela.

Fue a La Caracola esa misma tarde. Entró como siempre, se sentó en su rincón. Coral lo vio desde el mostrador. Algo en su expresión la alertó. Se acercó con una jarra de agua que no había pedido.

—Hoy creo que necesita un Candié —le dijo ella con una ligera sonrisa.

Reginald sabía que los gaditanos llamaban así a una copa de vino dulce con una yema de huevo. Era un ponche que los marineros, sobre todo ingleses, solían pedir en las tabernas como reconstituyente.

—Aquí lo preparamos al gusto de los *guachisnai*… —pero al ver el rostro de él preguntó sin preámbulos qué le sucedía.

Reginald la miró. Sus ojos estaban húmedos.

—Mi madre —dijo, pero calló durante unos segundos—. Tu abuela Rosalind. Está muy grave. Una afección grave de neumonía. Los médicos no dan muchas esperanzas. Tengo que volver a Inglaterra de inmediato, zarpamos mañana.

Coral se quedó quieta. El paño de limpiar la mesa tembló en su mano.

—¿Por qué me lo cuenta?

Reginald respiró profundo. Él era un hombre acostumbrado a dar órdenes, sin embargo, con su sobrina se mostraba dudoso.

—Me gustaría me acompañarás. Así podrías conocerla. Ella sabe que existes. Y está deseando conocerte.

—¿Por qué le habló de mi existencia? —quiso saber ella.

—Porque tenía que saber que su hijo Alexander dejó algo vivo, algo hermoso. Puede que no llegue a tiempo. Pero si no vienes… quizás nunca la veas con vida.

Coral negó con la cabeza.

—Le agradezco la invitación, pero allí no se me ha perdido nada. Mi vida está aquí.

Reginald no insistió. Solo asintió.

—Lo entiendo. Pero piénsalo. Si cambias de idea… el barco sale mañana al mediodía. Te esperaré hasta el último minuto.

Se levantó y salió sin decir más. Coral se quedó mirando la puerta cerrada, con la jarra aun en la mano.

Esa noche, después del cierre y ya en la cocina de La Caracola, Antonio y Dolores la escucharon en silencio. Coral les contó todo: la enfermedad de Rosalind, la petición de Reginald, su negativa.

—No tengo intención de ir —repitió. Se levantó y se marchó.

Antonio la miró con preocupación.

No podía quitarse de la cabeza las palabras de su hija: «La madre de Reginald está grave. Me ha pedido que vaya con él a Inglaterra. Que la conozcas antes de que sea tarde».

El miedo le subió por la garganta como una marea negra. Perderla. Esa era la palabra que le martilleaba en el pecho. Perder a Coral. La niña que había encontrado llorando en brazos de María; la niña que había acunado noches enteras cuando tenía fiebre; la niña a la que había enseñado a desenredar redes y a cantar romances al atardecer. La hija que no era de sangre, pero sí de alma. La única hija que había tenido. Y ahora, un hombre venía a llevársela. No con violencia, no con amenazas, sino con la verdad. Con una abuela moribunda, con primos, con una casa grande en Inglaterra, con un apellido que sonaba a otro mundo.

Antonio cerró los ojos. Sintió que el corazón le latía desbocado, no por la enfermedad —el médico ya le había dicho que debía cuidarse—, sino por el terror puro de imaginar la casa sin ella. Sin su voz cantando en la taberna los sábados. Sin sus pasos subiendo la escalera. Sin sus risas cuando Julián contaba uno de sus chistes madrileños. Sin sus manos llevando las cuentas con esa precisión que siempre lo había dejado maravillado. Sin ella.

Quería decirle que no fuera. Quería abrazarla y susurrarle: «Quédate, Caracola. Aquí está tu sitio. Aquí está tu gente. Aquí está todo lo que conoces». Quería decirle que Inglaterra estaba lejos, que el mar era traicionero, que esa familia no la necesitaba tanto como la necesitaba él. Que él había estado cuando nadie más estuvo. Que él la había querido cuando nadie más la quiso.

Pero entonces pensó en María.

Pensó en la noche en que la encontró en la barca, fría, con el bebé vivo en sus brazos. Pensó en cómo María había mirado al horizonte antes de morir, como si esperara ver un barco que nunca llegó. Pensó en cómo él mismo había sido incapaz de darle lo que ella soñaba: libertad, mundo, una vida más grande que La Viña. Y ahora Coral tenía la oportunidad de tenerlo. No como María —con promesas rotas y muerte—, sino con un hombre que parecía sincero, con una abuela que se moría preguntando por su hijo, con primos que podían ser familia de verdad.

Antonio sintió que se le rompía algo dentro. El amor de padre no era posesión. Era dejar ir, aunque doliera como si le arrancaran el corazón con las manos. Era querer lo mejor para ella, aunque eso significara perderla.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó la madre—. Porque la situación tiene usía…

—Tiene que marcharse —susurró Antonio.

—¡Estás loco! —exclamó la madre—. Allí no se le ha perdido nada.

Antonio respiró hondo. Se levantó despacio, con el pecho aún apretado. Miró a su madre con pesar en la mirada.

—Pero esa mujer enferma es su abuela de sangre. Y se está muriendo. Y nunca la conocerá. Coral tiene tíos, primos… son tu familia también. Por ir a conocerlos no dejará de querernos a nosotros.

—¿Y si no vuelve, Antonio? —susurró la madre.

Antonio caminó hacia ella y le sujetó las manos.

—Volverá. Porque su casa está aquí. Su padre está aquí. Su abuela está aquí. Y nosotros siempre estaremos aquí esperándola. Aunque tarde un mes, un año, diez años. Siempre.

Dolores hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero con los ojos llenos de lágrimas. Antonio hizo amago de girarse, pero la madre lo detuvo.

—Que se lleve a Luisa. Su madrina la cuidará. Ella sabe lo que es romper con todo y empezar de nuevo.

—Pero es tu única sobrina, madre, la necesitas aquí.

Luisa y ella habían estado meses sin hablarse, porque a Luisa no le gustaba La Viña, deseaba vivir en otro lado, y ella la había abroncado por ello. La acusó de sentir vergüenza de ellos, y la bronca siguió creciendo hasta terminar en un grito agudo y la marcha de la sobrina con un portazo. Pero Dolores sabía que amaba a Coral, la había bautizado y protegido desde niña. Era la persona más idónea para acompañarla. Con Luisa a su lado, Coral no se perdería.

—Mi sobrina la acompañará y la cuidará, lo juró en la iglesia cuando la bautizó…

Antonio asintió, y finalmente subió las escaleras hasta la habitación de Coral. Tocó la puerta con suavidad.

—Caracola… —dijo, la voz temblorosa.

—Pasa, estoy ordenando mis trapos.

Coral estaba al lado de la cama, eligiendo entre un par de vestidos para el sábado por la tarde. Llevaba el cabello recogido y adornado con flores de jazmín, el que crecía en el patio interior. Tenía los ojos enrojecidos, y la mirada pensativa.

Antonio entró y se sentó a su lado. Le tomó las manos para que dejara de moverlas. Estaban frías.

—Escúchame bien —dijo—. Sé que tienes dudas. Sé que te sientes perdida. Sé que todo esto te duele como si te hubieran abierto en canal. Y sé que no quieres ir a un lugar desconocido. Que quieres quedarte aquí, con nosotros, con la taberna, con lo que conoces. —Hizo una pausa larga—. Pero tienes que ir.

Coral lo miró.

—¿Y si no vuelvo? —susurró.

Coral giró el rostro porque se le llenaron los ojos de lágrimas. Antonio la abrazó fuerte, como cuando era pequeña y tenía pesadillas. La acunó en silencio, dejando que llorara todo lo que necesitaba.

Cuando se calmó un poco, Antonio le secó las lágrimas con el pulgar.

—Tienes que ir, hija —dijo—. Conoce a tu abuela. Habla con tus primos. Mira ese mundo que te ofrecen. Y cuando hayas visto todo… decide. Elige con el corazón. Pero recuerda que yo estaré aquí siempre esperándote.

Coral lo miró. Vio en sus ojos el amor inmenso, el dolor inmenso, la fuerza inmensa de un padre que estaba dispuesto a dejarla ir.

—Te quiero, padre —susurró.

Antonio sonrió, pero con mirada brillante.

—Y yo a ti, Caracola. Más que a nada.

Se abrazaron de nuevo. Y en ese abrazo, Antonio sintió que nunca la perdería del todo. Porque el amor verdadero no se lo lleva el mar. El amor verdadero siempre se queda.

Y Coral, por primera vez en muchos días, sintió que quizás podía elegir por deseo propio.

A la mañana siguiente, Coral se levantó temprano. Bajó al salón y vio a su madrina sentada en la mesa junto a Dolores y Antonio. Había dos baúles grandes bien atados. Ella ignoraba que después de hablar con ella. Antonio había visitado a su madrina y había hablado con ella de forma clara y contundente. Le pidió ayuda, que acompañara a Coral en ese viaje largo. Le recordó su promesa de cuidarla cuando la acristianó. Y ahora le pedía que hiciera uso de su promesa. Luisa se negó al principio, pero tras escuchar a Antonio, sus argumentos, aceptó. Antonio le dijo que ella siempre había querido salir de La Viña, y que ahora se le presentaba la oportunidad de hacerlo. Luisa se pasó las siguientes horas preparando su equipaje y enviando mensajes a sus clientas y dejándolo cerrado y ordenado. Su tía Dolores se encargaría de cuidar su casa y sus enseres.

—¡Madrina! ¿Qué haces aquí a esta hora tan temprana?

—Ahora te cuento mientras te tomas el café…

—He hablado con tu tío —le dijo el padre de pronto—. Ha enviado una carreta y dos robustos marineros para que os ayuden con el equipaje…

Lo que Antonio no le dijo a su hija era que había caminado hacia el muelle con el paso lento de quien arrastra una cadena invisible, pero con la determinación de quien sabe que no hay vuelta atrás. Al subir a la cubierta del *SS Oceanic*, el aire aristocrático del buque no lo intimidó; llevaba consigo una autoridad que no daban los galones, sino veinte años de entrega. Frente a Reginald, las palabras sobraron al principio. El pescador le confió a su hija con la gravedad de un testamento, pidiéndole que la protegiera de la niebla y el frío de aquel mundo lejano. El inglés, conmovido por la nobleza de aquel hombre que lo había perdido todo para que ella lo ganara todo, aceptó el encargo jurando por su propia vida que Coral jamás estaría sola. Fue entonces cuando Antonio sacó de entre sus ropas un sobre amarillento, rescatado del olvido y de la salitre la noche en que la barca de María encalló en las rocas. Reginald lo tomó con

dedos temblorosos, reconociendo al instante la caligrafía nerviosa de su hermano Alexander bajo la tinta corrida por el tiempo. Tras la marcha de Antonio, el Lord rompió el sello y el corazón le dio un vuelco: ante él se desplegaba el registro de matrimonio legal de Alexander Beaumont y María Pérez. El misterio de por qué sus investigadores habían fallado se resolvió en una sola línea al pie del documento; la unión no había sido bendecida por la Iglesia anglicana ni registrada en la embajada, sino oficiada en alta mar por un capitán holandés, bajo una jurisdicción que los archivos británicos jamás habrían alcanzado a rastrear. Coral era hija legítima de su hermano, y eso lo simplificaba todo.

Dolores le sirvió un chocolate caliente y espeso acompañado de churros. Ese desayuno se servía solo en ocasiones especiales. Y mientras Coral mojaba los churros en el líquido caliente y dulce, saboreándolos, Luisa le contó que la acompañaría en ese largo viaje.

—Ahora sube, ponte tu mejor vestido, el de los domingos de misa. Escoge tus mejores prendas y guárdalas. Puedes usar el baúl de piel que tanto te gusta.

Ese baúl había pertenecido a su otro abuelo, Esteban.

—Primero date un buen baño —le dijo la abuela—. Después te peinaré.

Coral así lo hizo; se puso el mejor vestido que tenía y un chal de seda que había pertenecido a su madre. Bajó limpia y con la mirada brillante. Su abuela la peinó cantándole esa nana que tanto le gustaba de niña. Le colocó sus dos peinetas de nácar y sus zarcillos de oro heredados de María. Dolores pensaba obsequiárselos el día de su boda, pero sabía que ese viaje era crucial y su Coral no podía llegar vestida como una zarrapastrosa. Eran pobres, pero orgullosos.

—Ponte la cruz de oro de tu madre —añadió Antonio, ofreciéndosela con una sonrisa contenida.

Coral no sabía qué decir. Todas esas prendas —los zarcillos, la cruz— estaban destinadas a su ajuar de novia y se las entregaban esa mañana.

—¿Es que pensáis que no voy a regresar? —preguntó sorprendida, con un asomo de recelo.

—Solo queremos que tu otra familia te vea guapa… —la respuesta de su madrina apaciguó su temor.

Dos marineros habían cargado ya el equipaje en la carreta que se dirigía al muelle.

—No es un adiós —dijo Antonio con la voz quebrada—. Es un hasta pronto.

Coral abrazó a su padre con fuerza, luego a su abuela.

—Vamos, niña —dijo Dolores—. El mundo es grande, pero no tanto como para que nos perdamos.

Salieron juntas hacia el puerto. El barco esperaba con la chimenea humeando, tiñendo el cielo de gris. Reginald aguardaba en la planchada, con su abrigo oscuro y el sombrero en la mano. Cuando vio llegar a Coral junto a Luisa, sus ojos se llenaron de una gratitud profunda, atribuyendo a la madrina el cambio de parecer de la joven.

—Gracias —dijo él simplemente.

Coral subió la planchada con Luisa a su lado y Reginald las siguió en silencio. El barco zarpó al mediodía. Coral permaneció en cubierta, viendo cómo Cádiz se alejaba. La ciudad se hizo pequeña, las murallas blancas brillaron bajo el sol de la tarde y el mar se abrió ante la proa como un inmenso abanico azul.

No sabía qué encontraría lejos de la tierra que amaba. Solo sabía que, por primera vez, iba a buscar respuestas en lugar de huir de ellas. Y que, pasara lo que pasara, La Caracola seguiría allí, esperándola.

CAPÍTULO 23

El primer día de viaje amaneció con un mar en calma chicha, de esos que parecen de cristal azul y engañan al viajero novato haciéndole creer que el océano es bondadoso. Coral despertó temprano, no por deseo de madrugar, sino porque apenas había conciliado el sueño. El camarote que le habían asignado a ella y a Luisa era estrecho pero pulcro: dos literas con sábanas de lino blanco almidonado, un lavabo de porcelana con su jarra y palangana, un armario ropero de caoba con espejo de azogue y una lumbrera redonda que dejaba entrar la luz gris del alba. El aire olía a madera nueva, a brea y a ese rastro de carbón de piedra que subía desde las calderas del buque. Todo era extraño, todo era nuevo, todo era ajeno.

Coral se sentó en el borde de la litera inferior, con los pies descalzos rozando las tablas frías del suelo. Luisa ya estaba despierta, sentada en la de arriba, desenredándose el pelo con un peine de hueso que había pertenecido a su madre.

—Buenos días, niña —dijo Luisa con voz suave—. ¿Has descansado algo?

Coral negó con la cabeza. Tenía los ojos hinchados, el rostro pálido y el cabello revuelto cayéndole sobre los hombros como un manto oscuro.

—No puedo —susurró—. Siento que me han arrancado de cuajo.

Luisa bajó de la litera con agilidad y se sentó a su lado. Le tomó las manos, que estaban heladas.

—Es la primera vez que te alejas de la orilla —dijo con ternura —. Es ley de vida que duela. Pero no te han perdido; solo te han dejado marchar un tiempo. Volverás, y ellos estarán allí, en el muelle, esperándote.

Coral cerró los ojos y las lágrimas volvieron, silenciosas.

—Los echo de menos —dijo con voz quebrada—. Extraño el olor a ajo frito de la cocina y la risa de Julián. Extraño la voz de mi padre llamándome *Caracola* y la mano de mi abuela en mi espalda.

Echo de menos la taberna cuando se llena los sábados y todos piden una copla. Echo de menos… mi vida.

Luisa la estrechó con fuerza.

—Lo sé, hija. Lo sé. Pero mira por el ojo de buey: el mar es el mismo que ves desde La Caleta. Solo que ahora caminas sobre él. Y eso también es vida.

Coral miró por la ventanilla. El Atlántico se extendía infinito, de un azul profundo, con crestas de espuma que brillaban bajo el sol naciente. Era hermoso, y era pavoroso.

El desayuno llegó al camarote. Un camarín joven e inglés trajo una bandeja con pan blanco —blanco de verdad, no el de centeno o cebada que comían en el barrio—, mantequilla fresca, mermelada de naranjas amargas, té negro con una nube de leche y un plato de huevos revueltos con magras de tocino. Coral miró la comida como si procediera de otro mundo.

—No tengo apetito —dijo.

Luisa insistió:

—Come algo, aunque sea un bocado. El cuerpo necesita arrestos para el mareo.

Coral tomó un trozo de pan con mantequilla. Sabía a lujo, a algo prohibido. Lo masticó despacio, sintiendo que cada bocado era una despedida de la escasez y el comienzo de otra cosa.

El almuerzo fue en la cámara de oficiales. Coral se había puesto el vestido azul oscuro con encaje en los puños, el de las grandes solemnidades, y se había recogido el cabello con un prendedor de nácar. Reginald la esperaba de pie, con su casaca oscura y corbatín. Se incorporó al verla entrar.

—Gracias por aceptar mi invitación —dijo con cortesía—. Me hace muy dichoso verla aquí.

Coral se sentó con una seriedad pétrea. El servicio trajo los platos: sopa de tortuga —un manjar habitual en las mesas británicas de la época—, pescado al horno con salsa de cítricos, patatas asadas y, de postre, un pudín de gabinete con pasas y crema inglesa. Coral probaba todo con una curiosidad que intentaba disimular. Nunca había catado tales viandas: sabores tenues, texturas de seda, aromas que su olfato no sabía clasificar.

Reginald hablaba con mesura. Le contaba historias breves: una tempestad en el Índico, un puerto en la India donde el aire era una mezcla de sándalo y jazmín, o noches en alta mar viendo la Vía Láctea como un camino de plata. Coral escuchaba. No preguntaba apenas, pero sus ojos no perdían detalle de aquel hombre que hablaba de continentes lejanos como quien habla de la calle de al lado.

La cena fue más formal: asistieron el capitán Reginald, el secretario Thompson, el médico de a bordo, el doctor Harris —un escocés de barba bermeja y voz de trueno—, y el profesor Langford, un caballero de cincuenta años que había servido en el consulado de Cádiz y ahora regresaba a las islas. Reginald había sido previsor: sabía cuán amargo sería para Coral enfrentarse a una lengua extraña y había contratado a Langford para que oficiara de puente.

—Señorita Pargo —dijo Langford con una inclinación solemne de cabeza—, tendré el honor de ser su preceptor de inglés durante la travesía. Empezaremos mañana por la mañana: términos elementales, giros de cortesía y lecturas sencillas. También le instruiré en la geografía, la política de Su Majestad y los usos de Inglaterra, para que no desembarque sintiéndose una extranjera en su propia sangre.

Coral lo miró con gratitud sincera.

—Gracias —dijo—. Lo necesito. No quiero llegar como una intrusa.

Reginald sonrió con ternura.

—Nunca lo serás. Pero el inglés es una lengua de pedernal para quien no ha nacido con ella. Langford es un maestro docto; confío en él.

Luisa, que no perdía detalle, intervino con esa chispa gaditana que el océano no lograba apagar:

—Y yo, señor profesor, ¿podría arrimarme a las lecciones? No quiero que mi ahijada me hable en un gualtrapa que yo no alcance a entender.

Langford rio con ganas.

—Por descontado, señora Montes.

La cena transcurrió en un ambiente extraño pero cálido. Reginald se mostraba expansivo, relatando lances de su vida de marino: una noche en Bombay donde las castas bailaron hasta el alba, un temporal en el Cabo de Hornos que puso a crujir las cuadernas del buque, o una recepción en la corte de la Reina Victoria donde confesó haberse sentido más atribulado que en mitad de una andanada de cañones. Coral escuchaba y, a ratos, una sonrisa tímida asomaba a sus labios. El dolor remitía, transformándose en una cicatriz que empezaba a cerrar.

Los días en el vapor se volvieron rutina. El desayuno se servía en el camarote, pues a Coral aún le pesaba la timidez frente a la marinería. Las mañanas se consagraban a las lecciones de Langford. Coral se esforzaba con tesón: repetía los vocablos hasta que perdían la dureza, leía cuentos infantiles con un acento andaluz que suavizaba las consonantes sajonas y acribillaba al profesor a preguntas: «¿Dónde queda Devon exactamente?», «¿Manda más la Reina o el Parlamento?», «¿Es cierto que las damas no pueden cantar en las plazas?».

Luisa, muy avispada, se sentaba a su vera repitiendo las frases con gracia y, mientras la lengua trabajaba, las manos no descansaban. Había traído dos baúles: uno con sus pertenencias y otro rebosante de cortes de tela, hilos de Flandes y patrones de París. Eran encargos de una señora principal de Cádiz que Luisa había decidido, con determinación, transformar en el ajuar de su niña.

Día tras día, mientras Langford declinaba verbos, la aguja de Luisa volaba: un vestido de muselina verde con encaje en el corpiño, otro de seda de Lyon azul oscuro con volantes de seda, y uno de terciopelo burdeos con mangas de campana, siguiendo la última moda que dictaban las gacetas.

—Estos vestidos son para ti —le dijo Luisa una tarde, mientras remataba un ojal—. Cuando pises Inglaterra, entrarás con la cabeza tan alta como una gran señora.

Coral sonrió con una sombra de melancolía.

—Solo quiero… saber quién soy.

Luisa le acarició la mejilla con sus manos curtidas de costurera.

—Lo sabrás, niña. Lo sabrás.

Las cenas en la cámara de oficiales se volvieron el centro de su nueva existencia. Allí, entre el brillo de la plata y el balanceo rítmico del buque, Coral compartía mesa con Reginald, el secretario Thompson, el doctor Harris y el preceptor Langford. El capitán se mostraba cada vez más comunicativo, despojándose de la rigidez del mando para vestir la piel del narrador. Relataba lances de su vida en las colonias: una tormenta en el Índico donde el mar se erguía como cordilleras de obsidiana, puertos de la India donde el aire era una melaza de especias y jazmín, o madrugadas en cubierta contemplando la Vía Láctea como un río de diamantes sobre el terciopelo del cielo. Coral escuchaba con atención creciente. Preguntaba por los nombres de las estrellas, reía a veces con las ocurrencias del doctor Harris y sentía que el dolor remitía, transformándose en una cicatriz que, aunque presente, ya no sangraba al menor roce.

Mientras tanto, en las callejuelas de La Viña, el silencio se había instalado en los rincones de la casa. Antonio y Dolores la extrañaban con un pesar que les nublaba el alma, preguntándose a cada hora si su niña estaría bien, si ya no mojaría la almohada con sus llantos o si aquel tío *guachisnai* la estaría tratando con el decoro y el respeto que su sangre merecía.

Y Coral, en el vientre de aquel gigante de hierro y madera, empezaba a vislumbrar que el mundo, aunque agrietado, no se había desmoronado por completo. Comprendía que, entre las fisuras del engaño y la pérdida, aún era capaz de filtrarse una luz nueva y desconocida.

***

La noche cayó sobre el Atlántico como un telón de luto, pesado y húmedo. El *SS Oceanic*, que hasta entonces había hendido las aguas con la altivez de un señor que se sabe respetado por el abismo, empezó a estremecerse. Al principio fue solo un cabeceo más pronunciado, un crujido de las cuadernas que protestaban y un

rumor sordo, vibrante, que ascendía desde la sala de calderas. Coral lo sintió en su litera: un vaivén que le oprimió el diafragma y la obligó a aferrarse al jergón como si este pretendiera huir de bajo su cuerpo.

Luisa, en la litera superior, se incorporó con el sueño truncado.

—¿Qué es este estrépito? —preguntó con voz pastosa.

Coral no alcanzó a responder. El buque se escoró violentamente, la lámpara de cardán que pendía del techo osciló con furia y un bramido telúrico —como si el océano mismo estuviera siendo desgarrado— atravesó el casco de hierro. Entonces sobrevino la primera gran ola: el vapor trepó por la muralla de agua, quedó suspendido un segundo agónico en el vacío y cayó de plano. La loza del lavabo estalló en mil pedazos, un baúl mal trincado cruzó el camarote como un proyectil y Coral soltó un grito que se ahogó en el estruendo.

Luisa bajó de un salto, descalza sobre la madera fría, y la envolvió en sus brazos.

—Temple, niña. Es solo un temporal. Estos cascos se forjaron para aguantar el castigo de Dios.

Pero no era un simple temporal. Era una de esas galernas salvajes que marcan la piel de los marinos para siempre: un viento que aullaba como una jauría herida y montañas de agua negra que colapsaban sobre la cubierta con la fuerza de la artillería. El *Oceanic* gemía bajo la tortura. Cada vez que el barco se hundía en el seno de la ola, Coral sentía que el mundo se acababa.

—Nos vamos a ir al fondo —sollozó Coral, con los dientes castañeteando—. El mar nos reclama.

Luisa la apretó contra su pecho con una fuerza feroz.

—¡Ni lo mientes! Escúchame: compasa tu aliento con el mío. Inspira… espira… despacio. El buque es firme, el capitán tiene mando y el mar… el mar siempre acaba por rendirse al cansancio.

De pronto, un crujido espantoso, un estallido de madera que sonó como un pistoletazo gigante, rasgó el aire. El barco dio una sacudida que casi las lanza contra el mamparo.

—Un mástil —murmuró Luisa con gravedad—. El trinquete ha cedido.

Resonaron pasos frenéticos y órdenes gritadas en inglés. Luego, un alarido humano que atravesó el ruido del viento: *«¡Man overboard!»*, seguido de un: *«¡Traed al cirujano!»*. Luisa se puso en pie de inmediato.

—Hay sangre en cubierta —dijo—. Voy a prestar auxilio.

—No me dejes sola —suplicó Coral, asida a su brazo.

—No estás sola, tienes tu casta. Y yo vuelvo en un suspiro.

Se calzó la bata de terciopelo y desapareció en el pasillo. Coral quedó ovillada, escuchando el infierno: el agua golpeando los ojos de buey como metralla y la madera luchando por su integridad.

Luisa regresó al cabo de una hora, empapada, con la tela pegada a los muslos y las manos maculadas de carmín. Sus ojos ardían con una resolución gélida.

—El mástil quebró y ha segado la cubierta —explicó mientras se envolvía en una manta seca—. Ha golpeado a un gavierato en la sien; está sin sentido. Hay miembros dislocados y tajos profundos. El doctor Harris no daba abasto, así que me he puesto a suturar. Sé dar mejores puntadas que muchos barberos de ciudad.

Coral la miró con una mezcla de pavor y orgullo.

—¿Vivirá el marinero?

—Tiene la crisma dura como el pedernal —asintió Luisa—. Pero el doctor dice que, de no intervenir yo, habría perdido la vista de un ojo. Soy mujer de Cádiz, Coral; a nosotras no nos amilana un poco de agua salada.

Al alba, la fiera se amansó. Cuando el sol se filtró por la lumbrera, Coral salió al encuentro de su madrina. La encontró en la cámara de oficiales, frente al doctor Harris. El escocés, de barba bermeja y hombros cansados, la observaba con una devoción científica que empezaba a mutar en algo más humano.

—Señora Montes —decía el médico en un español trabajoso—, su técnica de sutura es... primorosa. Ni en el Colegio de Cirujanos de Edimburgo he visto tal pulso. Es usted una artista de la carne.

Luisa rio, y aquel sonido fue como ver el sol salir por la Caleta.

—Soy modista porque amo la belleza, doctor. Pero si hay que remendar a un hombre para que no se descosa, también se hace.

Harris no apartó la mirada. Observó el brillo del cabello castaño de Luisa y la fuerza de su presencia, acentuada por el cansancio.

—Estoy en deuda perpetua —dijo él—. Me complacería saldarla invitándola a un paseo por el alcázar en cuanto el tiempo nos dé tregua.

—Cuando el tiempo lo permita, doctor —replicó ella con un guiño simpático—. Y cuando mi ahijada me otorgue el permiso.

Coral, desde el umbral, sintió un calor reconfortante. Ver a Luisa florecer bajo la mirada del médico era la prueba de que, incluso en mitad del océano y tras la mayor de las tormentas, la vida insistía en abrirse paso. El viaje continuaba, ahora con un aparejo de fortuna, pero con un rumbo más claro. El mar seguía rugiendo allá fuera, pero Coral comprendió que ya no navegaba contra él, sino con él.

CAPÍTULO 24

La llegada a Inglaterra fue un golpe de realidad cruda y húmeda. El *SS Oceanic* atracó en Southampton bajo un cielo que parecía forjado en plomo mojado. No había rastro del sol; solo una luz gris y difusa que se filtraba entre nubes bajas, preñadas de agua. El aire era cortante, con ese olor penetrante a hulla quemada, algas en descomposición y el humo denso de las chimeneas que se aferraba a la garganta. El puerto bullía de actividad, pero sin la algarabía eléctrica de Cádiz: aquí todo era de una sobriedad disciplinada. Estibadores con gorras de lana y pesados tabardos descargaban fardos gritando órdenes en un inglés gutural que Coral apenas empezaba a descifrar. Carretas de tiro robusto traqueteaban sobre adoquines resbaladizos, mientras las sirenas de los vapores lanzaban bramidos lúgubres que se perdían en la bruma. El olor a brea y a hierro oxidado del Mar del Norte —frío, metálico— lo impregnaba todo.

Coral descendió por la pasarela con el ánimo encogido. Luisa caminaba a su vera, apretándose el chal de lana contra el pecho. Reginald iba delante, erguido, con su abrigo de paño abotonado hasta la barbilla y el bastón marcando un compás aristocrático sobre los tablones. La marinería se apartaba con una reverencia instintiva; un leve toque al ala del sombrero y un «Milord» murmurado con sumisión. Coral lo observaba con extrañeza. Para ella, Reginald era solo «el tío», aquel hombre educado que pagaba sin ostentación. Aún ignoraba que era el conde de Brayton, que su linaje había servido a la Corona desde los tiempos de los Tudor y que su nombre resonaba con fuerza en los salones de Whitehall.

Un carruaje de luto riguroso aguardaba en el muelle. No era pomposo, pero lucía un detalle que cautivó la mirada de Coral: un blasón grabado en la portezuela con un león rampante y una corona de laurel. El lacre dorado refulgía bajo la lluvia fina. El cochero, tocado con un sombrero de copa de seda, saltó del pescante y abrió la puerta con una inclinación solemne.

—Milord —dijo, con laconismo británico.

Reginald ayudó a las damas a subir. El interior olía a cera de abejas, a cuero de Rusia y a un rastro de lavanda. Coral se acomodó en el paño verde botella de los asientos con una cautela extrema, como si temiera profanar aquel lujo silencioso.

El carruaje se puso en marcha. Reginald se sentó frente a ellas, con las manos apoyadas en el pomo de plata de su bastón. —La jornada hasta Devon es fatigosa —explicó—. No alcanzaremos el destino hoy. Pernoctaremos en una posada en Salisbury, a mitad de camino. Mañana seguiremos viaje hasta Brayton Hall.

Coral asintió, perdida en el paisaje que desfilaba tras el cristal: hileras de ladrillo rojo, chimeneas que vomitaban hollín y un desfile de paraguas negros bajo una lluvia que parecía no tener fin. Nada recordaba al caos luminoso de su barrio de La Viña.

La posada, llamada The White Hart, era una construcción de piedra gris con techumbre de pizarra y ventanales de vidrio emplomado. Un cartel de madera con un ciervo blanco pintado chirriaba bajo el viento. El posadero, un hombre rubicundo de patillas pródigas, salió a recibirlos con una genuflexión casi exagerada.

—Milord Beaumont, es un honor supremo. Las estancias están dispuestas y el hogar encendido.

Reginald inclinó la cabeza con la indolencia de quien está acostumbrado a ser servido. —Gracias, maese Gibbs. Que suban el equipaje de inmediato.

Las llevaron a una estancia en el primer piso: dos lechos con dosel de cortinas de cretona floreada, un lavabo con su jarra y palangana de porcelana de Stoke, y una chimenea donde crepitaba un fuego vivo de leña de roble. Sobre el suelo de tablas anchas descansaba una alfombra persa, gastada por los años, pero de dibujo primoroso. El aire olía a humo dulce, a cera de abeja y a lavanda seca. Coral se demoró en el umbral, observando aquel refugio como si temiera que se desvaneciera al primer paso.

—Es muy… acogedor —dijo al fin, en un susurro.

Luisa le apretó la mano con complicidad. —Es tu alcoba por esta noche, niña. Disfrútala.

Bajaron a cenar al comedor de la posada, una estancia de vigas oscuras y suelo de piedra. La mesa era de roble macizo, iluminada por velas en candelabros de latón sobre un mantel de lino blanco. El propio posadero ofició el servicio: una sopa de guisantes espesa y humeante, pastel de riñones y carne con costra dorada, patatas asadas al romero, zanahorias glaseadas y el tradicional pudín de Yorkshire, esponjoso y bañado en jugo. De postre, un crumble de manzana con crema espesa. Eran viandas pensadas para reconfortar el cuerpo cuando el alma está aterida por el invierno inglés.

Reginald comía con una elegancia natural, casi distraída. Coral probaba cada bocado con una curiosidad contenida, mientras Luisa, con su habitual soltura, hacía comentarios en voz baja que lograban arrancar una sonrisa al circunspecto posadero. Tras la cena, Reginald se incorporó con una leve inclinación.

—Descansen —instó—. Mañana reemprenderemos la marcha. El camino hacia Brayton Hall cruza parajes de gran belleza. Hay mucho que admirar en estas tierras.

Coral asintió en silencio. Subió a la habitación y, tras desvestirse, se enfundó la camisa de dormir que Luisa le había cosido con puntadas invisibles. Se deslizó entre las sábanas frías mientras Luisa apagaba la última vela.

—Buenas noches, madrina —susurró Coral en la penumbra. —Buenas noches, niña. Mañana el sol saldrá por otros cerros.

Pero el sueño fue esquivo para Coral. Permaneció con los ojos fijos en las sombras danzantes que el fuego moribundo proyectaba en el techo. En la oscuridad, las imágenes de Cádiz regresaban con una nitidez dolorosa: Antonio reparando redes, Dolores enjugándose las manos en el delantal, la taberna vibrando con el eco de su propia voz ausente.

Intentó alejar el recuerdo de Edward, sacudiendo la cabeza sobre la almohada de plumas; no permitiría que ese nombre le robara más paz. Se concentró entonces en Reginald y en la intensidad de su mirada protectora. Pensó en esa abuela desconocida que se consumía en una cama de Devon, y en unos primos de los que ignoraba si recibiría un abrazo o un desaire. El

futuro se extendía ante ella como la niebla de Salisbury: denso, incierto y profundamente frío.

***

Cuando Coral abrió los ojos, la habitación de la posada The White Hart estaba bañada en una luz grisácea y fría que se colaba por las cortinas de muselina. Era finales de marzo, y el amanecer inglés no traía el sol dorado de Cádiz, sino una claridad pálida y húmeda que parecía filtrarse a través de nubes bajas y perpetuas. El aire olía a leña quemada, a lana mojada y a ese leve punto de moho que tienen las casas antiguas cuando llueve sin parar. Coral se incorporó en la cama, con el camisón de algodón pegado a la piel por el sudor frío de la noche. Luisa ya estaba despierta, sentada frente al pequeño espejo del tocador, recogiendo su cabello castaño en un moño práctico.

—Buenos días, niña —dijo Luisa con voz suave—. Han subido agua caliente. Una criada la ha dejado en la tina. Ven, báñate antes de que se enfríe.

Coral se levantó despacio. En un rincón de la habitación había una tina de hierro fundido, redonda, con patas en forma de garra. El agua humeaba, perfumada con unas gotas de esencia de rosas que alguien había añadido. Coral se quitó el camisón y se metió dentro. El calor la envolvió como un abrazo. Cerró los ojos y dejó que el agua le relajara los músculos tensos, los hombros rígidos, el cuello que llevaba días rígido por la ansiedad. Se lavó el cabello con el jabón de glicerina que Luisa había traído de Cádiz, se enjuagó con la jarra, y salió envuelta en una sábana grande que la posada había dejado preparada.

Luisa la esperaba con el vestido que había terminado en el barco: una pieza de seda azul noche que crujía con una elegancia líquida. El corpiño era ajustado y rígido, moldeando una cintura pequeña, con mangas que se abrían hacia las muñecas dejando ver unos encajes blancos de una finura extrema. Lo más impresionante era la falda: gracias a la crinolina —aquella estructura de aros de

acero oculta bajo la tela—, el vestido se desplegaba en una campana ancha y majestuosa que obligaba a Coral a caminar con un paso firme, casi solemne. El azul profundo resaltaba la blancura de su piel y hacía que sus ojos violeta brillaran como joyas bajo el cielo plomizo de Inglaterra.

—Hoy te presentas a tu familia —sentenció Luisa con voz firme pero cargada de afecto—. No vas a llegar como una huérfana perdida. Vas a llegar como Coral Pargo… y como Coral Beaumont.

Coral se dejó vestir en un silencio ritual. Luisa le ajustó el corsé con pericia, abrochó los corchetes del corpiño y alisó cada volante. Luego, la sentó frente al espejo de azogue y comenzó a peinarla. Recogió la masa de su cabello azabache en un moño bajo y elegante, dejando libres unos mechones que enmarcaban su rostro con suavidad. Sacó entonces las peinetas de carey que guardaba para el ajuar de novia de su ahijada y las colocó con precisión a ambos lados del recogido.

—Estas peinetas son tuyas —dijo Luisa—. Eran mi regalo para el día de tu boda, el que dicen que es el más importante para una mujer. Pero creo que presentarte ante tu familia *guachisnai* es un lance igual de serio.

Al escuchar aquel término tan gaditano para referirse a los extranjeros, Coral soltó una carcajada limpia. Aquella risa le relajó los hombros y suavizó su mirada violeta.

—Será un honor, madrina. Muchas gracias.

Coral se contempló en el espejo. El vestido, el peinado, las peinetas... parecía otra persona. No más hermosa —pues siempre lo había sido—, sino más segura. Más digna. Como si el cristal le devolviera una versión de sí misma que ella misma había olvidado que existía.

Bajaron al comedor de la posada, donde la luz fría del día entraba por los ventanales sobre el mantel de lino. El posadero sirvió el desayuno tradicional: porridge de avena con miel y nata, huevos cocidos, tocino crujiente y pan tostado con mermelada de naranja amarga, todo escoltado por un té negro con una nube de leche. Coral comió con parsimonia; los sabores le resultaban extraños, pero extrañamente reconfortantes.

Reginald ya aguardaba en el vestíbulo, con su abrigo de paño y el bastón de mando en la mano. Al verlas aparecer, se quedó un instante sin aliento ante la transformación de su sobrina.

—Buenos días —dijo, recobrando la compostura con una inclinación de cabeza—. Están preciosas las dos.

Luisa sonrió con orgullo de modista. Coral, manteniendo la nueva dignidad que le confería su ajuar, se limitó a inclinar la cabeza. El carruaje esperaba fuera para el último tramo del viaje.

El carruaje esperaba fuera. Negro, brillante, con el pequeño escudo grabado en la puerta que Coral había visto el día anterior. No preguntó qué significaba. Subieron. El cochero chasqueó la lengua y los caballos se pusieron en marcha. El camino era ancho, empedrado en algunos tramos, de tierra batida en otros. Pasaron por aldeas de casas bajas con techos de paja, por campos cercados con setos de espino, por colinas suaves donde pastaban ovejas de lana espesa. Todo era verde —un verde húmedo, intenso, casi doloroso para los ojos acostumbrados al blanco y azul de Cádiz—. Lluvia fina salpicaba las ventanillas. El aire que entraba olía a tierra mojada, a hierba fresca, a humo de chimeneas lejanas.

Reginald habló con mesura durante el trayecto, señalando hitos en el paisaje con la punta de su bastón: «Aquella es la aguja de la catedral de Salisbury», «Este cauce es el río Avon», «Pronto franquearemos las colinas de Wiltshire». Coral escuchaba en un silencio absorto, mientras Luisa planteaba preguntas con su curiosidad inagotable. La jornada se extendió bajo un cielo cambiante. Al mediodía, hicieron un alto en una posta para almorzar viandas sólidas: sopa de guisantes, pastel de carne, queso cheddar de sabor rotundo, cerveza negra para Reginald y sidra dorada para las damas. Coral comía con la mirada perdida en los prados que se extendían, de un verde tan intenso que hería la vista.

Llegaron a Brayton Hall al declinar la tarde. El camino de acceso era una larga avenida flanqueada por robles centenarios, cuyas copas se entrelazaban formando un túnel de sombras y hojas. La mansión emergió tras una curva: una mole de piedra caliza gris, de arquitectura georgiana con ventanales altos y simétricos,

techumbre de pizarra y chimeneas que exhalaban jirones de humo blanco hacia el cielo amatista. No era una fortaleza, sino una casa solariega: aristocrática, antigua, rodeada de extensiones infinitas donde pastaban caballos de raza y ovejas de lana espesa. Un estanque recogía los últimos reflejos del crepúsculo.

Todo en aquel lugar respiraba humedad, silencio y una permanencia secular. Coral sintió un vuelco en el estómago; de pronto, la amplitud de su propia falda de seda le pareció insuficiente. Se sintió pequeña, cohibida, una nota discordante en una partitura perfecta.

El carruaje se detuvo con un suave crujido de grava frente a la escalinata de piedra. La servidumbre aguardaba en formación militar: el mayordomo con su frac riguroso, el ama de llaves con un vestido de seda gris y llaves tintineando en la cintura, doncellas con cofias de encaje almidonado y una hilera de lacayos con libreas azul oscuro y botones de latón que refulgían como oro. Todos ejecutaron una reverencia profunda, sincronizada, en cuanto Reginald puso un pie en el suelo.

—Bienvenido a vuestro hogar, milord —anunció el mayordomo con una voz grave que parecía nacer de las mismas piedras de la casa.

Reginald asintió con una naturalidad que a Coral le resultó asombrosa y se volvió hacia el carruaje para ofrecerle la mano. Era el momento de cruzar el umbral.

Reginald inclinó la cabeza y ayudó a Coral y a Luisa a descender. Lady Evelyn —la esposa del Conde— aguardaba en lo alto de la escalinata. Era una mujer esbelta, de unos cuarenta y cinco años, con el cabello castaño recogido en un moño bajo y un vestido de terciopelo verde botella que caía con peso aristocrático. Sus ojos azules, de una seriedad casi glacial, se iluminaron al ver a Reginald. Descendió los peldaños y se fundió con él en un abrazo de contenida alegría.

—Gracias a Dios que habéis regresado —susurró ella.

Reginald la besó en la frente con afecto.

—Evelyn, te presento a Coral. Mi sobrina.

Lady Evelyn fijó su mirada en Coral. Sus pupilas se dilataron al reconocer los ojos de ese color tan particular y aquel parecido innegable con el malogrado Alexander. Se acercó con parsimonia y le tomó las manos entre las suyas.

—Bienvenida, querida —dijo con la voz trémula—. Bienvenida a vuestro hogar.

Coral, abrumada por la amplitud de su propia crinolina y la majestuosidad del recibimiento, solo acertó a inclinar la cabeza. Reginald se volvió entonces hacia la formación de sirvientes y llamó a una doncella joven, de cofia nívea y vestido negro.

—Mary —ordenó—. Esta es la señorita Coral. Desde hoy serás su doncella de cámara. La asistirás en el aseo, el vestido y en cuanto precise.

Mary ejecutó una reverencia profunda.

—Sí, milord.

Coral se quedó gélida. «Señora». «Doncella personal». Las palabras le resultaban ajenas, casi absurdas. Empezaba a comprender que aquel hombre que la había buscado en Cádiz no era un simple capitán; era una potencia. Un hombre ante el cual el mundo se inclinaba.

Reginald se dirigió al mayordomo.

—Disponga que la cena se sirva a las ocho —el mayordomo arqueó una ceja, pues en la campiña inglesa se cenaba mucho antes, pero guardó un silencio profesional—. Cenaremos más tarde en deferencia al uso de mi sobrina. ¿Están listas sus estancias?

El ama de llaves asintió con un leve tintineo de sus llaves. Mary se aproximó a Coral con una nueva inclinación.

—Si me permite, señorita, la escoltaré a sus aposentos.

Coral buscó a Luisa con la mirada, esperando que su madrina la siguiera, pero Reginald la detuvo con suavidad.

—Señora Montes, vuestras estancias privadas se hallan en otra ala de la casa. Vuestro equipaje ya aguarda allí. Mary se ocupará de Coral, y Margot será vuestra asistente.

Luisa intercambió una mirada de advertencia con Reginald, pero al ver a la mujer de cuarenta años que la aguardaba, asintió con entereza.

—Estaré cerca, niña —le prometió a Coral—. Si me necesitas, solo tienes que dar un grito.

Coral siguió a Mary por la doble escalinata de mármol que dominaba el gran vestíbulo. Pasó bajo columnas corintias y techos artesonados donde dioses y ninfas la observaban desde las alturas. Sus pasos, y el crujir de su seda, resonaban en aquel espacio inmenso, haciéndola sentir cada vez más minúscula. Recorrieron una galería flanqueada por retratos de antepasados de mirada severa y marcos dorados, hasta que Mary abrió una puerta doble.

—Vuestras dependencias, señorita.

La estancia era vasta: una cama con dosel de terciopelo azul, una chimenea de mármol donde el fuego ya crepitaba y ventanales que se alzaban hasta casi tocar el techo. Sobre un velador, un jarrón de porcelana ofrecía rosas blancas y lavanda. Todo olía a cera, a linaje y a un silencio antiguo.

—Si precisáis algo, tirad del cordón de seda. Estaré en la antecámara —dijo Mary antes de retirarse.

Al quedarse sola, Coral se acercó al cristal. Afuera, el mundo era un mar de verde húmedo y neblina. Se sentó en el borde del lecho y acarició el terciopelo. De repente, el recuerdo de su alcoba en La Viña —con sus paredes de cal, su cama de hierro y el olor a sofrito y mar que subía desde la taberna— la golpeó con la fuerza de una ola.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó con el pecho oprimido.

Y allí, en mitad de la opulencia de los Beaumont, lloró. Lloró en silencio, dejando que sus lágrimas empaparan la lujosa seda azul de su regazo.

CAPÍTULO 25

Ya más calmada, Coral se quedó sola en la habitación —las dependencias de Alexander— y empezó a recorrerla despacio, como quien explora un lugar que le pertenece y le es ajeno al mismo tiempo.

No era solo un dormitorio, como había imaginado al principio. Era mucho más grande que toda su casa en La Viña: el dormitorio propiamente dicho, con su cama de caoba tallada y dosel de terciopelo azul oscuro; un vestidor contiguo con armarios empotrados que llegaban hasta el techo, llenos de trajes de gala que nadie había tocado en diecinueve años; un gabinete de aseo con una tina de cobre esmaltado y un biombo chino pintado a mano; un pequeño salón privado con chimenea de mármol blanco, dos sillones orejeros tapizados en cuero granate y una mesa baja donde aún reposaba un libro abierto —una edición antigua de Byron— con una señal de marfil que nadie había movido desde la última vez que Alexander lo tocó. Sobre la repisa de la chimenea había un reloj de bronce dorado detenido a las tres y cuarto —quizás fue la hora exacta en que el *Seahawk* se partió en dos—. En las paredes, paneles de madera oscura con molduras doradas; en el suelo, una alfombra persa de tonos rojos y azules que amortiguaba los pasos hasta hacerlos desaparecer. Todo olía a cera de abeja, a lavanda seca y a un leve poso de tabaco antiguo que se había impregnado en las cortinas y en los libros de la estantería.

Coral tocó con la punta de los dedos la colcha de terciopelo, luego el respaldo de uno de los sillones, luego el lomo de un libro encuadernado en cuero. Era una habitación serena en su elegancia contenida, como si la persona que la ocupara en el pasado prefiriera el silencio al ruido, la belleza al desorden. Coral sintió un escalofrío: era la primera vez que pisaba un lugar que había pertenecido a otra persona.

De pronto, percibió unos golpes rítmicos y tenues. Al girarse, vio a Mary, su doncella, emerger como por ensalmo de una puerta lateral que había pasado inadvertida: una entrada discreta para el

servicio, camuflada tras un tapiz de escenas pastoriles. La muchacha ejecutó una reverencia nerviosa.

—Milady —anunció—, vuestro tío solicita veros.

Antes de que Coral pudiera procesar la invasión de su intimidad, Mary franqueó la puerta principal. En el umbral recortado por la luz del pasillo aguardaba Reginald Beaumont, con la casaca gris abotonada y el pomo de plata del bastón destellando en su mano. Entró con paso vacilante, como si temiera que su mera presencia pudiera quebrar la fragilidad del aire.

—¿Os halláis cómoda en vuestra estancia? —preguntó con una nota de incertidumbre.

Coral se encogió de hombros, abrumada por la opulencia de las molduras y el terciopelo. Reginald recorrió la habitación con la mirada, como si redescubriera un mapa olvidado.

—Esta fue la alcoba de vuestro padre, Alexander —reveló al fin con una sonrisa melancólica—. Mi madre, Lady Rosalind, insistió en que os perteneciera. Dijo que era de justicia que sintierais su cercanía, aunque solo fuera a través de estos muros.

El aire se volvió denso en los pulmones de Coral.

—¿Mi padre…? —susurró, acariciando inconscientemente el borde de una mesa.

—Aquí soñaba y aquí escribía las cartas que enviaba con rigurosa periodicidad —asintió Reginald—. Tras su pérdida, mi madre clausuró esta puerta y prohibió la entrada a todo el mundo. Ni siquiera yo tuve permiso para cruzar el umbral... hasta hoy.

A Coral le flaquearon las piernas y tuvo que buscar el apoyo de un sillón de orejas. Reginald acortó la distancia, pero se detuvo a medio camino, respetando su espacio.

—No es mi intención abrumaros —dijo con suavidad—, pero deseo mostraros algo. Acompañadme a la biblioteca, por favor. Hay un retrato que debéis conocer.

Coral dudó un instante antes de aceptar el brazo que él le ofrecía. Su mano temblaba sobre la lana gris de la manga. Descendieron la escalinata de mármol, donde el eco de sus pasos se mezclaba con las reverencias mudas del servicio. Cruzaron el gran vestíbulo —un despliegue de columnas corintias y techos

artesonados donde ninfas y dioses observaban su paso— hasta alcanzar la biblioteca.

Era una estancia imponente: anaqueles de caoba que custodiaban miles de volúmenes hasta el techo, escalerillas de bronce, un globo terráqueo de dimensiones asombrosas y un aroma profundo a cuero viejo, vitela y humo de roble. Reginald la condujo hasta la monumental chimenea de piedra tallada. Sobre la repisa, presidiendo el salón, colgaba un óleo de cuerpo entero enmarcado en oro y laurel.

Allí estaba él: Alexander Beaumont.

Tenía el cabello rubio oscuro peinado hacia atrás, con un mechón rebelde desafiando la gomina sobre su frente. Su rostro era de una nobleza serena, con una mandíbula firme y una boca que parecía custodiar una sonrisa secreta. Pero fueron los ojos los que detuvieron el corazón de Coral: ojos brillantes y profundos, cargados de una inteligencia melancólica. Vestía el uniforme de gala de la Royal Navy: casaca azul marino con entorchados dorados y la mano diestra descansando con naturalidad sobre la empuñadura de su sable. Era la viva imagen de la juventud y el deber. Y era, sobre todo, el reflejo exacto de Coral.

—Es... él —logró articular ella, con la voz quebrada por la emoción.

—Vuestro padre —confirmó Reginald—. Alexander.

Coral se aproximó al lienzo y rozó el marco con la yema de los dedos, como si buscara un rastro de calor en la madera.

—No le conocí —dijo con amargura—. No sé quién habita tras esa pintura. Y, sin embargo, es como asomarme a un espejo de agua clara.

Reginald dio un paso al frente, conmovido.

—Era un hombre íntegro —confesó con la voz rota—. Reservado, pero de una lealtad inquebrantable. Fui yo quien le inculcó el amor por el mar... —se interrumpió, incapaz de continuar.

Coral cerró los ojos, sintiendo el peso de los siglos y de las verdades calladas sobre sus hombros.

—No sé qué hacer con este torrente que me inunda —susurró —. No sé cómo ordenar tanta vida que me ha sido devuelta de

golpe.

Reginald le puso una mano suave en el hombro.

—Da un paso cada vez. Y todo será más sencillo.

Coral asintió. Se quedó allí un rato largo, mirando el retrato. Luego se volvió hacia Reginald.

—Gracias —dijo simplemente.

Reginald sonrió con tristeza.

—No me des las gracias todavía. Conócenos, intenta querernos. Y cuando decidas regresar a Cádiz, nos llevarás en tu corazón para siempre.

Coral no respondió. Pero cuando salieron de la biblioteca, caminó un poco más cerca de él. No mucho. Solo un poco.

Y eso, para Reginald, fue suficiente.

Reginald ofreció el brazo a Coral con esa cortesía natural que parecía innata en él, y ella lo aceptó sin dudar. No era ya un gesto forzado, sino algo que empezaba a sentirse cómodo, casi familiar. Cruzaron den nuevo el vestíbulo donde la luz de las lámparas de araña arrancaba destellos dorados al mosaico del suelo, y entraron en la galería de retratos que se extendía a lo largo del ala este de la casa.

La galería era un pasillo largo y alto, con paredes forradas de madera oscura y un suelo de tablas anchas que crujían suavemente bajo los pies. A ambos lados colgaban retratos de cuerpo entero, algunos de marco dorado y otros más austeros, todos iluminados por apliques de bronce que Reginald encendía uno a uno con un fósforo largo.

—Aquí están todos —dijo Reginald en voz baja, como si temiera despertar a los que ya no podían hablar—. Mis antepasados. Los Beaumont.

Comenzó por el más antiguo, un retrato del siglo XVI: sir Geoffrey Beaumont, un caballero de barba puntiaguda y gorguera blanca, con armadura negra y la mano sobre la empuñadura de una espada. Reginald se detuvo un momento.

—Geoffrey fue quien recibió el título de la familia en 1562, de manos de Isabel I. Era un hombre duro, pero justo.

Coral miró el cuadro en silencio. El hombre parecía mirarla directamente, con ojos que eran penetrantes. Pasaron al siguiente: lady Margaret Beaumont, esposa de Geoffrey, con un vestido de terciopelo negro y perlas en el cuello, expresión serena y un poco triste. Luego un capitán de marina con uniforme azul y tricornio bajo el brazo, que había luchado en las guerras contra los holandeses. Después un erudito con peluca empolvada y un libro en la mano, que había escrito tratados sobre navegación. Y así sucesivamente: almirantes, parlamentarios, exploradores, todos con esa mandíbula firme y esa mirada que parecía atravesar el tiempo.

Reginald hablaba con voz tranquila, sin alzar el tono, como si recitara una letanía familiar.

—Este es mi bisabuelo, almirante sir Philip Beaumont. Murió en Trafalgar. Y esta, mi tía abuela Eleanor, que se casó con un vizconde y nunca volvió a Devon. Todos vivieron aquí. Todos murieron aquí. Y todos, de algún modo, amaron el mar.

Coral escuchaba. Cada retrato era una puerta a un mundo que no conocía. Cada nombre, un eco de algo que corría por sus venas. No sentía orgullo todavía —era demasiado pronto—, pero sí una curiosidad que le picaba en el pecho como una semilla que empieza a germinar.

Llegaron al final de la galería. Reginald se detuvo ante un retrato más pequeño, casi escondido en un rincón: Alexander Beaumont, el mismo que colgaba sobre la chimenea de su habitación, pero en esta versión más joven, con una sonrisa tímida que apenas se insinuaba en la comisura de los labios.

—Aquí lo pintaron cuando tenía veinte años —dijo Reginald—. Justo antes de que le dieran su primer mando. Siempre fue así: serio, reservado, pero con una luz dentro que solo se veía si sabías mirarlo.

Coral se acercó. Tocó el marco con la punta de los dedos.

—Es… igual a mí —susurró.

Reginald asintió.

—Sí. Los ojos. La forma de la boca. La manera de inclinar la cabeza cuando piensas. Todo eso lo heredaste de él.

Coral sintió un nudo en la garganta. No era dolor exactamente. Era algo más profundo: una mezcla de añoranza por alguien que nunca conoció y gratitud por haberlo conocido, aunque fuera a través de un lienzo.

Reginald le ofreció de nuevo el brazo.

—Ven. Vamos al comedor privado. Luisa ya debe estar allí.

Cruzaron de nuevo el vestíbulo. El mayordomo abrió las puertas dobles del comedor privado. Era una sala inmensa pero acogedora: mesa de caoba para veinte comensales, pero puesta solo para cuatro; chimenea encendida con un fuego vivo que crepitaba alegremente; paredes cubiertas de tapices flamencos con escenas de caza y mitología; lámparas de araña de cristal que arrojaban destellos suaves sobre la vajilla de porcelana china y los cubiertos de plata. El olor a carne asada, a salsa de vino y a pan recién horneado llenaba el aire.

Luisa ya estaba sentada, con un vestido de terciopelo verde oscuro que había terminado en el barco. Cuando vio entrar a Coral del brazo de Reginald, sus ojos brillaron con una mezcla de orgullo y travesura.

—Pensé que os habíais perdido —dijo con una sonrisa.

—El tiempo se pasa volando cuando uno está mirando retratos —respondió Coral mientras se sentaba al lado de su madrina.

Reginald ocupó la cabecera. El mayordomo sirvió el primer plato: sopa de cangrejo cremosa, con un toque de jerez y nata. Coral probó un poco. Estaba deliciosa. Luego vino el segundo: filete de ternera asado con salsa de mostaza y miel, patatas duquesa, zanahorias glaseadas y judías verdes salteadas con almendras. De postre, un trifle de frutas con capas de bizcocho borracho, crema pastelera y nata montada.

La cena discurrió con una paz inesperada. Solo cuatro comensales en una mesa tallada para veinte. Reginald hablaba con mesura: anécdotas de singladuras lejanas, comentarios sobre el clima británico y preguntas livianas sobre Cádiz que no herían. Luisa respondía con su chispa habitual, arrancando una sonrisa incluso al circunspecto mayordomo, pues la gaditana mezclaba términos españoles e ingleses con una gracia natural. Coral comía en silencio,

pero su espíritu escuchaba. Por primera vez en leguas, no sentía la necesidad de erizar las defensas. Solo tenía que ser.

Al retirar el servicio del postre, Reginald dejó su servilleta de lino sobre la mesa con gesto grave.

—Mañana partiremos con el alba —anunció—. No podemos demorarnos más. Mi madre, Lady Rosalind… está declinando. Debemos alcanzar Londres al anochecer.

Coral sintió un nudo opresivo en la garganta.

—¿Tan pronto? —inquirió—. No he dispuesto el equipaje para la jornada.

Reginald le dedicó una sonrisa de una ternura infinita.

—No debes fatigarte con tales menesteres. Tienes una doncella de cámara. Mary ya ha dispuesto los baúles. Solo tendrás que vestirte y descender.

Coral lo observó, estupefacta. Luisa le propinó un codazo discreto bajo el mantel.

—Una doncella para ti sola, niña —le susurró la madrina con los ojos brillantes—. A mí me parece una gloria.

Al retirarse a sus aposentos, Mary ya aguardaba ante la puerta con una reverencia de orden.

—Buenas noches, señorita. ¿Deseáis que prepare el baño de asiento?

—Solo… ayúdame con los corchetes —pidió Coral—. Y dispón el atuendo para mañana.

Coral se dejó asistir con una extrañeza creciente; era insólito que otra persona le descalzara los botines o cepillara su melena azabache. Recordó su cuarto en La Viña, el espejo desconchado y la voz de Antonio llamándola «Caracola». Una punzada de nostalgia la obligó a cerrar los ojos para no quebrar su entereza.

Aquella noche, el sueño no fue un refugio. Coral contempló las sombras del techo artesonado, debatiéndose entre dos mundos. Pensó en regresar a la taberna, a las coplas y al olor a salitre. Pero también pensó en Alexander, en los prados verdes y en esa abuela que se apagaba sin conocer su rostro. Pensó en Edward, y aunque el rencor seguía allí, lo sintió más exhausto, como una tormenta que se aleja.

Al despuntar el alba, cuando Mary entró con el agua caliente y el hábito de viaje, Coral se incorporó con una resolución serena. Iría por Rosalind. Por Alexander. Por la niña que merecía saber de qué raíz procedía.

Se sorprendió al comprobar que, finalmente, el cansancio la había vencido y había logrado dormir unas horas. Mary la ayudó a enfundarse un vestido de viaje de lana ligera y le ofreció una manteleta oscura de paño grueso.

—Esto os resguardará del frío mucho mejor que vuestros chales españoles, señorita —explicó la doncella.

—¿De quién es? —preguntó Coral al tacto de la lana noble.

—Perteneció a vuestra abuela, Lady Rosalind. Ella dispuso que se os entregara.

Coral se miró al espejo de azogue. Con la prenda de su abuela sobre los hombros, sintió que podía ser una Beaumont sin traicionar a la Pargo que llevaba dentro. Al bajar al comedor, Reginald la esperaba junto al fuego. Su rostro se iluminó al verla.

—Estás radiante —afirmó él.

Coral inclinó la cabeza, aceptando por fin su lugar en aquel tablero.

—Gracias… tío.

La palabra fluyó sin esfuerzo. Y al pronunciarla, Coral sintió que una pieza esencial de su alma, perdida hacía mucho tiempo, acababa de encajar en su sitio.

CAPÍTULO 26

El carruaje negro con el escudo de los Beaumont se detuvo frente al hospital de San Bartolomé al atardecer del 29 de marzo. La niebla londinense se había espesado con la caída del sol, convirtiendo las farolas de gas en halos amarillentos y difusos. El aire olía a carbón húmedo, a estiércol de caballo y a ese leve hedor a enfermedad que se escapaba por las puertas del viejo edificio de piedra gris. Coral bajó primero, ayudada por Reginald, que le tendió la mano con una delicadeza que ya empezaba a resultarle familiar. Luisa bajó después, con el chal bien apretado contra el pecho y una expresión de asombro contenido ante la inmensidad de la ciudad.

Reginald habló con el portero en voz baja. Les abrieron paso sin preguntas. Subieron una escalera ancha de piedra gastada, cruzaron un pasillo largo iluminado por lámparas de gas que proyectaban sombras alargadas, y llegaron a una puerta doble de madera oscura. Un médico joven de levita negra salió a recibirlos.

—Milord —dijo con una inclinación—. Lady Rosalind ha empeorado esta tarde. La neumonía avanza rápido. Pero… está consciente. Pregunta por usted.

Reginald asintió. Miró a Coral.

—¿Estás preparada?

Coral negó con la cabeza, pero dio un paso adelante.

—No —dijo—. Pero voy a entrar.

La habitación era pequeña, austera: cama alta con sábanas blancas almidonadas, una ventana que daba a un patio interior donde la niebla se arremolinaba contra los cristales, una chimenea con fuego bajo, una mesita con un jarrón de flores marchitas y un crucifijo de plata sobre la cabecera. Rosalind Beaumont yacía recostada en las almohadas, muy pálida, con el cabello blanco extendido como un halo roto. Sus ojos violetas —apagados por la fiebre— se abrieron despacio cuando oyó pasos.

—Reginald… —susurró.

Reginald se acercó y se inclinó junto a la cama. Tomó la mano fría de su madre entre las suyas.

—Madre —dijo con voz trémula—. Soy yo, Reginald.

Rosalind parpadeó con esfuerzo. Su mirada, velada por los años, se deslizó más allá de su hijo y se clavó en Coral. Vio su cabello azabache, la piel aceitunada y esa expresión donde el miedo luchaba con el asombro. Algo cambió en su rostro: la fatiga retrocedió un instante, como si una chispa de vida se hubiera encendido de nuevo en su pecho.

—¿Quién…? —murmuró.

Reginald se volvió hacia la joven, dándole paso.

—Madre… te presento a Coral. Tu nieta. La hija de Alexander.

Rosalind se quedó inmóvil, procesando el milagro. Luego, con un esfuerzo que pareció consumirla, levantó la mano libre.

—Ven… hija —susurró—. Acércate.

Coral dio unos pasos vacilantes y tomó la mano de Rosalind. Estaba helada y frágil como el papel de seda. Se arrodilló junto al lecho, ignorando el crujido de su crinolina contra el suelo.

—Hola… abuela —dijo, y su voz se quebró al pronunciar la palabra por primera vez en su vida.

Rosalind sonrió. Fue una sonrisa débil, pero cargada de una luz antigua.

—Ojos… violeta —susurró—. Como los míos. Como los de Alex.

A Coral se le rompió algo por dentro y las lágrimas desbordaron sus párpados. Rosalind miró a su hijo con autoridad recuperada.

—Déjanos… solas —ordenó con voz tenue pero firme.

Reginald dudó un segundo, pero tras besar la frente de su madre, salió de la estancia junto a Luisa. La puerta se cerró con un clic que pareció dejar el mundo exterior en el olvido. Rosalind apretó la mano de Coral con una fuerza inesperada.

—¿Cómo… te llamas? —preguntó, queriendo saborear el nombre de labios de la muchacha.

—Coral… Coral Pargo —respondió ella—. Pero… también Beaumont, supongo.

—Pargo un nombre sonoro. Muy español —Rosalind sonrió de nuevo, pero con vivo interés—. Háblame de tu padre… el que te crio.

—Antonio. Me ha querido como si fuera suya. Siempre —asintió Coral con orgullo.

Rosalind cerró los ojos, aliviada.

—Gracias a Dios que alguien te dio amparo. Cuéntame… ¿cómo era tu madre?

Coral tragó saliva, buscando las palabras en ese español que ahora traducía mentalmente.

—No la conocí. Murió al darme a luz en una barca, en mitad del mar. Antonio la encontró muerta… y a mí viva.

—Pobre criatura… —la anciana apretó los dedos de su nieta con cariño—. Alexander debía de quererla con toda su alma. Él era un hombre íntegro, pero muy cerrado en sus sentimientos. Supe que había una mujer en su vida por sus cartas; ya no escribía como un hombre solitario. Hablaba del futuro con una esperanza que antes no tenía.

—No tenía forma de saberlo —susurró Coral, sintiendo que el peso de la culpa de su padre natural se aligeraba un poco.

—No te culpo, pequeña. Solo me alegro de verte. Eres parte de él; lo veo en tu boca y en la forma en que inclinas la cabeza al pensar. Reginald me ha dicho que tienes una voz preciosa. ¿Cantas?

Coral se sorprendió por el cumplido.

—Antonio dice que mi madre María tenía una voz única. Debo de haberla heredado. Canto en la taberna… en La Caracola… romances y tanguillos del puerto.

—Canta algo… aunque sea bajito. Quiero oírte.

Coral dudó, pero al ver la súplica en los ojos de la anciana, empezó a entonar una tonadilla suave, una de esas melodías que en La Caracola apaciguaban los ánimos. Su voz, pura y profunda, llenó la habitación. Rosalind escuchó con los ojos cerrados mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

—Suenas… como él —susurró—. Alexander siempre tarareaba cuando estaba contento.

Al terminar, Coral se inclinó hacia ella.

—Quiero que sepas… que te quiero —dijo Rosalind—. Aunque hayamos llegado tarde la una a la otra. Eres mi nieta, y eso me basta para morir en paz.

—No digas eso, abuela —susurró Coral besando su frente fría —. Tiene que contarme muchas cosas sobre mi padre.

—Haré lo que pueda, pero el cuerpo ya no obedece —Rosalind la miró con fijeza—. Prométeme una cosa: quédate un tiempo. Conoce a tus primos, conoce esta casa… conoce tu sangre. Y si decides volver a Cádiz, que sea con el corazón lleno, no vacío.

—Tiene mi promesa, abuela.

Rosalind cerró los ojos y su respiración se tornó lenta y acompasada. El doctor Reynolds entró en silencio para indicar que el tiempo de visita había terminado. Coral se puso en pie, dándole un último beso.

—Hasta mañana…

Al salir al pasillo, Reginald y Luisa la esperaban con el alma en vilo. Coral se acercó a su tío.

—Está cansada… pero me ha hablado de Alexander —dijo ella con una paz nueva.

—Gracias —susurró Reginald, conmovido—. Gracias por venir.

Luisa la rodeó con un brazo, sintiendo la agitación de la joven.

—Vamos, niña. Descansa. Mañana será otro día.

Coral, agotada, se dejó guiar por el largo pasillo del hospital londinense.

***

La llegada a la casa oficial de los Beaumont en Londres se produjo al día siguiente del encuentro con Rosalind, cuando el sol de marzo ya había conseguido abrirse paso entre la niebla y bañaba la ciudad con una luz pálida y acuosa. El carruaje negro con el escudo familiar dejó atrás el bullicio de las calles cercanas a St. Bartholomew's y tomó la dirección oeste, hacia Mayfair, el corazón aristocrático de la capital.

La mansión Beaumont estaba situada en Grosvenor Square, una de las plazas más elegantes y exclusivas de Londres. Era una casa georgiana de cinco plantas más sótano, construida en ladrillo rojo claro con detalles en piedra Portland, ventanas altas

enmarcadas en blanco y una puerta principal negra de hoja doble con aldabón de bronce en forma de cabeza de león. La fachada era simétrica, sobria, sin adornos superfluos: la grandeza estaba en la proporción, no en la ostentación. Un pequeño jardín delantero separado de la acera por una verja de hierro forjado negro y dorado, con dos faroles de gas que se encendían al anochecer. En la parte trasera, un jardín privado más amplio que daba a un *mews* donde se guardaban los caballos y los carruajes.

Cuando el coche se detuvo frente a la entrada, la puerta principal se abrió antes de que Reginald pusiera un pie en el suelo. El mayordomo —el señor Hargreaves, un hombre de unos sesenta años con patillas grises y expresión impasible— hizo una reverencia profunda.

—Bienvenido de vuelta, milord. Milady está en su salón privado. Ha preguntado por usted varias veces.

Reginald inclinó la cabeza.

—Gracias, Hargreaves. Acompañe a mi sobrina y a la señora Montes a las dependencias del teniente Alexander. Que Mary las atienda personalmente.

Coral bajó del carruaje con ayuda de Reginald. Miró hacia arriba: cinco plantas de ventanas simétricas, balcones de hierro forjado en el primer piso, chimeneas altas que humeaban suavemente. La casa respiraba riqueza antigua, discreta, segura de sí misma. No gritaba dinero; lo susurraba con cada detalle. Coral sintió que se encogía. En La Viña las casas eran blancas, bajas, con patios pequeños y tendederos llenos de ropa. Aquí todo era alto, sólido, eterno.

Hargreaves las guio al interior. El vestíbulo era inmenso: suelo de mármol blanco y negro en damero, columnas corintias que sostenían un techo artesonado pintado con escenas mitológicas, una escalera doble de caoba que subía en curva hacia la planta noble. Un reloj de pie de caoba y bronce dorado marcaba las horas con un tic-tac grave. Dos lacayos con librea azul oscuro y botones dorados se inclinaron al pasar. Coral sintió que cada paso resonaba demasiado.

Subieron la escalera. El pasillo del primer piso era ancho, con puertas dobles de caoba tallada y retratos familiares en las paredes.

Hargreaves abrió una puerta al fondo del corredor.

—Las dependencias lord Alexander, señorita. Todo está como él lo dejó.

Coral entró. La suite era aún más amplia que la de Brayton Hall: dormitorio principal con cama de caoba y dosel de terciopelo azul, pero de un tono distinto al de la otra casa, vestidor con armarios empotrados llenos de uniformes antiguos colgados con precisión militar, gabinete de aseo con tina de cobre esmaltado y biombo japonés, salón privado con chimenea de mármol verde, sillones de cuero oscuro, escritorio con tintero de plata y un globo terráqueo antiguo. Sobre la repisa de la chimenea, un retrato pequeño de Alexander en uniforme de teniente, el mismo que había visto en Brayton Hall. En una mesita junto a la ventana, un libro abierto —una edición de Wordsworth— con una señal de marfil que nadie había movido en mucho tiempo.

Coral se quedó en el umbral. Todo estaba limpio, ordenado, intacto. Como si Alexander fuera a entrar en cualquier momento. Como si el tiempo se hubiera detenido la noche en que el barco se hundió.

Mary apareció detrás de ella.

—Señorita, ¿desea que le prepare un baño? ¿O prefiere descansar?

Coral negó con la cabeza.

—Necesito un momento.

Mary hizo una reverencia y salió. Coral entró despacio. Tocó el respaldo de un sillón. Abrió un cajón del escritorio: plumas, tinta seca, un cuaderno con anotaciones en letra pulcra. Cerró el cajón. Se acercó a la ventana. Desde allí se veía Grosvenor Square: jardines privados con árboles desnudos, bancos de hierro, faroles de gas que empezaban a encenderse con la caída de la tarde. Todo era ordenado. Todo era rico. Todo era… ajeno.

Se sentó en el borde de la cama. Pensó en Antonio y en Dolores. Recordó la casa de La Viña: las paredes encaladas, el suelo de baldosa roja, la cama de hierro que crujía, el olor a ajo y vino tinto que lo impregnaba todo, las risas de Julián desde la cocina, la voz de Miguel afinando la guitarra los viernes... Recordó la sencillez

de su vida: pescado fresco, pan con tomate, jarras de manzanilla, las cuentas que siempre cuadraban y las coplas que cantaba los sábados hasta quedarse ronca. Recordó cómo Antonio la llamaba «Caracola» con esa voz ronca y llena de cariño. Recordó cómo Dolores le cosía vestidos con retales y le decía: «No te fíes de los *guachisnais*, niña».

Y sintió una nostalgia tan grande que le dolió el pecho.

En esa habitación que había pertenecido a su verdadero padre, rodeada de un lujo silencioso, Coral se dio cuenta de lo pudiente que era su familia paterna. No lo había entendido del todo hasta ese momento. El respeto que infundía Reginald en todas partes, los sirvientes que se inclinaban, los «milord» que se repetían como un eco, el carruaje con escudo, la casa de Grosvenor Square... Todo era dinero antiguo, poder antiguo, sangre antigua. Y ella... ella venía de La Viña. De una taberna humilde. De una barca rota. De una madre que murió sola en el mar.

Se sintió pequeña. Fuera de lugar. Una intrusa en un mundo que no era suyo. Pero también sintió algo más: paz. Rosalind la había reconocido. Porque había sonreído al verla. Porque había dicho «ojos violeta» con una ternura que le llegó al alma. Porque había pasado demasiados años preguntando por Alexander y ahora sabía que Alexander había dejado algo vivo. Algo hermoso. Algo que llevaba sus ojos.

Coral deseaba que se recuperara. Deseaba quedarse hasta que lo hiciera. Deseaba sentarse junto a su cama, sostenerle la mano, contarle cosas de Cádiz, de la taberna, de las coplas que cantaba. Deseaba que Rosalind supiera que no estaba sola.

Se levantó y se acercó a la ventana. Se acercó a la ventana. Miró la plaza. Pensó en Antonio y en Dolores. Recordó el abrazo que le habían dado antes de partir. Recordó las palabras que le habían dirigido: «Vuelve cuando quieras». Pensó en lo mucho que la querían, aunque ya no fuera solo suya.

Y sintió que, quizás, podía tener las dos cosas. Que quizás podía ser Coral Pargo y Coral Beaumont. Que quizás podía vivir entre dos mundos sin romperse.

Se volvió hacia la puerta. Mary esperaba en el umbral.

—¿Desea algo, milady?

Coral sonrió, una sonrisa pequeña pero real.

—Solo… que me prepares un baño caliente. Y que me ayudes a elegir un vestido para mañana. Quiero ver a mi abuela otra vez.

Mary hizo una reverencia.

—Como ordene, señorita.

CAPÍTULO 27

La segunda visita a Rosalind tuvo lugar al día siguiente, cuando el sol de marzo, tímido pero persistente, conseguía atravesar la niebla londinense y bañaba las ventanas del hospital con una luz pálida y casi esperanzada. Coral había dormido poco, pero se levantó decidida. Mary le ayudó a vestirse con el traje de muselina verde que Luisa había terminado en el barco: corpiño ajustado, mangas largas con puños de encaje, falda con un ligero vuelo que rozaba el suelo al andar. Se recogió el cabello en un moño bajo y se prendió las dos peinetas de carey. Se miró en el espejo del vestidor y respiró hondo. No era la Coral de La Viña, con delantal y manos encallecidas. Pero tampoco era una extraña en un mundo ajeno. Era… algo intermedio.

Reginald la esperaba en el vestíbulo de Grosvenor Square. Llevaba capa gris oscura y sombrero de copa. Cuando la vio bajar la escalera, sonrió con una ternura que no disimulaba.

—Estás preciosa —dijo—. Rosalind se alegrará de verte.

Coral inclinó la cabeza.

—Y yo de verla a ella.

El carruaje los llevó de nuevo a Saint Bartholomew's. Esta vez el pasillo del ala oeste le resultó menos intimidante. Las enfermeras la reconocieron y saludaron con una inclinación discreta. El doctor Reynolds salió a recibirlos.

—Lady Rosalind ha pasado una noche mejor de lo esperado —dijo con una sonrisa contenida—. Ha preguntado por usted, lady Beaumont. Insiste en verla.

Coral sintió un vuelco en el estómago. Reginald le apretó la mano con suavidad.

—Ve. Te esperamos aquí.

Coral entró sola, pero se detuvo en el umbral de la estancia con el corazón golpeándole las costillas tan fuerte que temió que el estruendo rompiera el silencio de la tarde. Allí, de pie junto al sillón de Rosalind, se recortaba una figura que parecía atraer toda la luz del cuarto. Era un hombre de una distinción imponente, de hombros

anchos que colmaban una levita de paño azul oscuro de corte impecable, con discretos galones de plata en los puños y el cuello alto bordado con hilo de seda. El chaleco de brocado gris perla asomaba apenas, y la cadena de oro de su reloj de leontina destellaba contra la tela al captar el resplandor de la lámpara de aceite.

Su cabello rubio, peinado con una precisión marcial pero traicionado por un mechón rebelde que caía sobre su frente, enmarcaba un rostro de facciones firmes: mandíbula tallada, nariz recta y labios que, en ese instante, se curvaron en una sonrisa contenida. Pero fueron sus ojos los que la desarmaron: grises como el Cantábrico antes de la galerna, profundos y serenos. Al posarse sobre Coral, aquellas pupilas se encendieron con un brillo repentino, una intensidad que hizo que a la joven se le escapara el aliento de los pulmones.

No era solo un hombre atractivo lo que tenía delante; era presencia. Una autoridad natural que llenaba el espacio sin necesidad de palabras, que obligaba a las enfermeras a bajar la mirada y que lograba que Rosalind sonriera con una complicidad casi juvenil desde su asiento. Era el peso de siglos de linaje, de títulos y señoríos, envuelto en una calma soberana. Y, sin embargo, en esa mirada gris que se negaba a soltar la suya, Coral creyó distinguir algo más humano, algo vulnerable que latía bajo el barniz de la aristocracia.

—Coral —murmuró Rosalind, rompiendo el hechizo con una voz que cobraba una fuerza inusitada—. Acércate, pequeña —susurró, extendiendo su mano pálida—. Ven, hija. Voy a presentarte a mi sobrino y ahijado: Henry Charles George Cavendish, heredero del ducado de Lowton.

El hombre cargaba con un nombre que a Coral le pareció una hilera interminable de títulos. Henry, notando la abrumadora presentación, dio un paso al frente con una sonrisa que humanizó de golpe su porte aristocrático.

—Madrina, no hacía falta que recitara mi árbol genealógico; ya sabe que prefiero que me llame simplemente Henry.

Mientras hablaba, se aproximó a Coral. El aroma que desprendía —algo fresco, como cítricos y maderas nobles— la envolvió por un segundo. Él tomó su mano con una delicadeza extrema y depositó un beso sobre sus nudillos.

—Es un placer, milady. Bienvenida a Londres.

—El placer es mío —respondió ella, esforzándose por mantener la voz firme.

Henry se despidió de su tía besándola en la mejilla con una ternura genuina que no pasó desapercibida para Coral. Tras una leve y elegante inclinación de cabeza hacia la joven, se marchó en silencio, dejando tras de sí una especie de vacío vibrante en la estancia.

—Admito que es mi sobrino favorito —confesó la dama con un brillo de orgullo en los ojos—. Un hombre de honor, aunque a veces demasiado serio para su edad.

Coral se sentó en la silla de rejilla junto al lecho. Notó que la mano de la anciana estaba más cálida que la víspera.

—Abuela… ¿cómo se siente hoy?

Rosalind sonrió, y esta vez la sonrisa no fue solo un gesto de cortesía, sino un reflejo de vida.

—Mucho mejor. Desde que te vi ayer… siento que algo en mi pecho ha vuelto a prenderse. Como si Alexander hubiera regresado a través de tus ojos.

—Quiero que se recupere —dijo Coral con fervor—. Quiero que vea la primavera en los parques, que me acompañe mientras esté aquí.

—Lo haré. Ahora… cuéntame cosas. Háblame de tu tierra linda. De esa vida que Alex tanto amaba.

Coral respiró hondo, cerró los ojos un instante para invocar el sol de Poniente y empezó a hablar. Le describió el bullicio de La Caracola: el aroma del adobo y el pescado frito, el tintineo de las copas de manzanilla y las risas roncas de los mareantes los sábados. Le habló de Antonio, de cómo la subía a hombros para cruzar la arena de La Caleta cuando subía la marea. Le describió las manos de Dolores, siempre ocupadas entre hilos y retales. Le habló de Julián,

el cocinero que traía la chispa de Madrid, y de Miguel, que punteaba la guitarra con los ojos fijos en ella.

Rosalind escuchaba con una fascinación absoluta.

—Qué vida tan llena —suspiró—. Y tan interesante. Tu tío Reginald solía decir que Cádiz tenía alma, que el mar allí no golpeaba, sino que cantaba.

—Y vaya si canta, abuela.

—Cántame algo ahora. Aunque sea un susurro.

Coral no dudó. Con voz queda pero profunda, entonó un romance de los que detenían el tiempo en la taberna. Su voz llenó las cuatro paredes del hospital, transformando el aire viciado de Londres en una brisa salina. Rosalind escuchó con una lágrima recorriendo sus arrugas.

—Gracias. No entiendo tu lengua —susurró la anciana cuando el silencio regresó—, pero tu voz me ha traído a mi hijo. Lo he sentido aquí, sentado a los pies de mi cama.

El doctor Reynolds comprobó el pulso y la temperatura de su paciente con un asombro que no lograba disimular. Se volvió hacia el Conde con un gesto de incredulidad manifiesta.

—Es prodigioso, milord. La fiebre ha remitido por completo y el color ha retornado a sus mejillas. Si esta mejoría persiste, Lady Rosalind podrá abandonar el hospital y regresar a su hogar en Brayton Hall mucho antes de lo previsto.

Reginald sintió que el alma le volvía al cuerpo y que las piernas le flaqueaban de puro alivio. Coral se puso en pie y abrazó a su abuela con una delicadeza infinita.

—Mañana volveré —le prometió al oído.

Rosalind le apretó la mano con una fuerza renovada.

—Mañana… y todos los días que la vida nos conceda.

Al salir al pasillo, Coral se topó con dos jóvenes de porte distinguido que aguardaban junto a la puerta. Uno era moreno, de hombros cuadrados y vestía el impecable uniforme de la Academia Naval: Arthur. El otro, algo más espigado y de cabello castaño, vestía una levita oscura de corte civil: Geoffrey. Reginald procedió con las presentaciones.

—Coral… te presento a tus primos, Arthur y Geoffrey.

Arthur dio un paso al frente y ejecutó una perfecta reverencia militar, haciendo chocar ligeramente sus talones.

—Prima —dijo con una voz grave y respetuosa—. Es un honor conocerte al fin.

Geoffrey, por su parte, le dedicó una sonrisa cargada de timidez.

—Hola, Coral. Padre nos ha hablado mucho de ti durante el viaje. Bienvenida a la familia.

Coral los observó, sintiendo que los muros del mundo se ensanchaban ante ella. Ya no eran sombras en una carta o nombres en un testamento; eran rostros, eran su sangre.

—Hola —respondió con un hilo de voz—. Yo… también me alegro de conoceros.

Se hizo un silencio breve pero cargado de significado. Arthur fue el primero en romperlo.

—Madre dice que has logrado que la abuela ría. Gracias por eso, Coral.

Ella bajó la vista, abrumada por la gratitud de aquellos desconocidos.

—No he hecho nada extraordinario. Solo… he charlado con ella.

—La abuela llevaba años sumida en un invierno eterno —añadió Geoffrey con dulzura—. Tu llegada ha traído la primavera.

Reginald posó una mano protectora sobre el hombro de su sobrina.

—Regresemos a casa —instó—. Mañana será un día largo.

El carruaje los condujo de vuelta a la suntuosa residencia de Grosvenor Square. Coral contempló Londres a través del cristal: la ciudad seguía envuelta en su sudario de niebla y hollín, inmensa y gris, pero ya no le resultaba una fiera hostil dispuesta a devorarla. Ahora, Londres tenía un rincón que le pertenecía.

Al cruzar el umbral de sus dependencias, Mary ya la aguardaba para asistirla. Coral se despojó de la capa y se hundió en el sillón de orejas junto a la chimenea, donde el fuego proyectaba sombras danzantes. Elevó la mirada hacia el retrato de Alexander que Reginald había hecho colocar sobre la repisa de mármol.

—Padre… —susurró hacia el lienzo, sintiendo una paz que nunca antes había conocido—. Gracias por haberme legado tus ojos.

***

La recuperación de Rosalind Beaumont fue lenta pero firme, como el avance de la marea cuando sube, sin prisa y sin retroceder. Al principio, los médicos eran escépticos, pero empezaron a hablar de «milagro clínico». La neumonía que casi le cuesta la vida se fue retirando poco a poco: la fiebre bajó, los pulmones empezaron a limpiar la infección, el color volvió a sus mejillas y la respiración, que antes era un silbido agotado, se convirtió en un ritmo tranquilo y profundo. Cada mañana, cuando Coral entraba en la habitación del hospital, encontraba a su abuela un poco más erguida sobre las almohadas, con los ojos violeta más brillantes y una sonrisa que parecía renacer.

Coral se convirtió en la luz de Rosalind.

Iba todas las mañanas después del desayuno, acompañada de Mary, que llevaba una cesta con flores frescas, libros de poesía y un recipiente de viaje con chocolate caliente. Rosalind esperaba sentada junto a la ventana, con un chal de lana sobre los hombros y el cabello blanco recogido en un moño bajo. Cuando veía entrar a Coral, su rostro se iluminaba.

—Buenos días, abuela —decía Coral, acercándose para besarle la frente.

—Buenos días, mi niña preciosa —respondía Rosalind, tomándole la mano—. Ven, siéntate. Cuéntame más de tu tierra.

Y Coral contaba. Le hablaba de La Caracola: de lo que gustaba el olor a ajo frito, de las risas de los pescadores cuando Paco servía mal una jarra y se ganaba un regaño cariñoso de Antonio, de las noches de sábado cuando Miguel afinaba la guitarra y ella cantaba alegre y feliz. Rosalind escuchaba con los ojos cerrados, como si pudiera ver las calles empedradas de La Viña, el mar rompiendo en La Caleta, la cruz de piedra donde María había muerto.

A veces, Coral cantaba. Romances antiguos que había aprendido de Dolores, coplas alegres que hacían sonreír a Rosalind y tonadillas gaditanas que llenaban la pequeña habitación de una alegría que los médicos no podían creer. Rosalind pedía más. «Otra, hija. Otra». Y Coral cantaba con esa voz prodigiosa que parecía nacer del fondo del mar hasta que Rosalind se dormía con una sonrisa en los labios.

También la ayudaba a alimentarse. Rosalind apenas probaba la comida del hospital, por eso, Coral traía cosas que la cocinera preparaba en la cocina de Grosvenor Square: caldo de ave con hierbas, puré de patata con mantequilla, compota de manzana casera. Se sentaba junto a la cama con una cuchara de plata y le daba bocados pequeños, como si Rosalind fuera una niña.

—Vamos, abuela —decía Coral con voz suave—. Un poquito más. Para que recupere fuerzas.

Rosalind obedecía, riendo bajito.

—Eres peor que las enfermeras —bromeaba—. Pero no cambiaría tu compañía por nada en el mundo.

Los días pasaban. Rosalind recuperaba el color, el ánimo y la fuerza. Los médicos entraban y salían con cara de asombro. «Es la voluntad», decían. «Es la familia». Reginald los escuchaba en silencio, pero sus ojos brillaban cada vez que veía entrar a Coral con una sonrisa y una bandeja.

Coral se integraba cada vez más en la familia Beaumont. No había descuidado sus estudios. Se esforzaba al máximo, y todo ese esfuerzo ya daba sus frutos pues podía mantener una conversación con bastante naturalidad.

Por las tardes, cuando Rosalind dormía la siesta, Reginald la llevaba a Grosvenor Square. Allí conoció mejor a Arthur y a Geoffrey. Arthur era serio y disciplinado, y hablaba de forma directa y sin adornos, como Reginald. Sin embargo, cuando Coral le preguntó por los barcos, sus ojos se iluminaron.

—Algún día te llevaré a navegar —le dijo—. En un bergantín. Te enseñaré a manejar el timón.

Geoffrey era diferente: más callado, más soñador. Le enseñaba sus dibujos de mapas imaginarios, le contaba historias de islas

perdidas, le prestaba libros de poesía que leía en voz alta con voz suave. Coral se sentaba con él en la biblioteca y escuchaba, y poco a poco empezó a sentirse cómoda. No eran extraños. Eran sus primos. Y la trataban como tal.

Lady Evelyn —la esposa de Reginald— también se acercó. Al principio con reserva, con esa distancia inglesa que Coral no entendía del todo. Pero después de ver cómo Rosalind mejoraba con cada visita de Coral, Evelyn se ablandó. Le enseñó a tomar el té como en Inglaterra, le mostró el jardín trasero de la casa, le contó anécdotas de cuando Reginald y Alexander eran niños, y lo más importante, le enseñó a comportarse como la lady que era por herencia.

Coral escuchaba. A veces sonreía. A veces se quedaba callada, pensando en Antonio y Dolores. Pensaba en La Viña, en la taberna. Pensaba en cómo había pasado de ser la hija de un pescador a ser la nieta de una dama inglesa, y no una cualquiera sino una Cavendish. Hermana del duque de Lowton. Ella que no tenía ni idea de títulos, herencias y familias ancestrales, pertenecía a una de ellas. Había visto de nuevo al sobrino y ahijado de Rosalind, que venía a verla algunas tardes. Le traía ramos de flores preciosas. Bombones rellenos de fruta. Le contaba anécdotas que ocurrían en los salones de la aristocracia, y su abuela reía y disfrutaba de ese intercambio cultural.

Coral seguía pensando en Rosalind. En cómo la abuela la miraba como si fuera un milagro. En cómo le apretaba la mano y le decía: «Gracias por haber venido». Recordaba cómo, poco a poco, el color había ido volviendo a su rostro, la risa a sus labios y la vida a sus ojos.

Los médicos no daban crédito. Entraban en la habitación, le tomaban el pulso, le auscultaban los pulmones y negaban con la cabeza.

—Es increíble —decían—. La voluntad de la paciente… y la presencia de la nieta. Ha sido como un tónico milagroso.

Reginald escuchaba en silencio. Pero cuando Coral le contaba anécdotas, Rosalind reía de verdad. Y Reginald sentía que el mundo se colocaba en su sitio.

Una tarde, mientras Coral cantaba un romance, Rosalind le tomó la mano.

—Quédate —susurró—. Quédate un tiempo. Conoce esta casa. Conoce tu sangre. Y cuando decidas volver a Cádiz… vuelve con el corazón lleno de nosotros

Coral sonrió entre lágrimas.

—Lo haré, abuela. Lo prometo.

Y Rosalind, por primera vez en años, durmió sin preguntar por Alexander.

Porque Alexander había vuelto. En los ojos de Coral. En la voz prodigiosa de su nieta. En el amor que, al fin, había encontrado el camino de regreso.

CAPÍTULO 28

Edward Ashcroft arribó a Cádiz dieciocho meses después de su partida, cuando el levante soplaba con una tibieza engañosa y el puerto exhalaba ese aroma eterno a salitre, brea y promesas marchitas.

El *Liberty II* —no el bergantín que el océano le arrebató en las Bahamas, sino un flamante *clipper* de líneas afiladas adquirido con los réditos del comercio entre Boston y las Antillas— hendió la bocana de la bahía con el velamen ceñido y el casco reluciente bajo el sol de plata. Edward aguardaba en la amura de proa, con las manos curtidas aferradas a la regala y el viento enredándose en su cabello castaño. Habían sido meses de travesías inclementes, de cartas que nunca se atrevió a lacrar y de noches en vela escrutando el horizonte sur, cautivo del recuerdo de unos ojos violeta que se negaban a desvanecerse.

En Boston, la misiva de su hermano Peter lo había alcanzado como un rayo en mar calma:

"Padre ha muerto. Te necesito aquí".

La noticia lo golpeó con una extraña vacuidad. Edward llevaba demasiado tiempo ignorando el peso del apellido Ashcroft y las rígidas imposiciones de su progenitor. Había acumulado una fortuna en fardos de algodón, especias y ron; se había ganado el respeto de los armadores yanquis a base de audacia. Pero nada de eso lograba mitigar el sabor ferroso de la noticia. Sabía que debía retornar a Inglaterra para encarar a su hermano, el heredero, pero no lo haría con las manos vacías.

Su plan era astuto: abarrotaría las bodegas del *Liberty II* con el mejor brandy de Cádiz. Cargaría botas de solera antigua que en Londres se cotizaban a precio de oro. Entraría en el Támesis no como el hijo rebelde, sino como un mercader rico e influyente, capaz de mirar a su hermano de igual a igual.

Pero, por encima de los negocios, Edward buscaba a Coral. Él le había jurado que volvería, y allí estaba. ¿Qué importaban

dieciocho meses en la inmensidad de una vida? La distancia le había susurrado que todo, incluso el amor, podía aguardar su turno.

Descendió por la planchada con el pulso acelerado. Vestía una casaca azul de corte impecable y botas de montar que resonaron con autoridad sobre el muelle. No se detuvo ante las miradas curiosas de los estibadores. Enfiló directamente hacia el barrio de La Viña, cruzando callejuelas que olían a jazmín y a pescado frito.

Alcanzó el umbral de La Caracola al atardecer. La taberna mantenía su bullicio de dominó y jarras de tinto, y el aire seguía impregnado de ajo y pan recién horneado. Sin embargo, en cuanto cruzó la puerta, Edward sintió un frío repentino. Faltaba la nota alta, la risa que vertebraba el local, la canción que detenía el tiempo.

Se acercó a la barra, donde Antonio servía un chato de vino con movimientos mecánicos, los ojos perdidos en algún punto del suelo.

—He vuelto, Antonio —dijo Edward, y su voz sonó extraña en aquel santuario de sombras.

Antonio levantó la vista con una lentitud que helaba la sangre. Al reconocer al *guachisnai*, sus facciones se endurecieron y una chispa de amargura cruzó su mirada cansada. Allí estaba: el atrevido, el pendenciero, el malnacido que había dejado a Coral con el alma en jirones antes de largarse sin mirar atrás. Antonio dejó la jarra sobre el mostrador con un golpe seco; el vino salpicó la madera como sangre vieja.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con una voz baja, preñada de peligro.

Edward dio un paso al frente, manteniendo esa compostura inglesa que a Antonio le revolvía las tripas.

—He venido a… a ver a Coral.

Antonio soltó una carcajada que sonó a cristal roto.

—Coral ya no está aquí.

Edward sintió que el suelo de la taberna se abría bajo sus botas relucientes.

—¿Dónde está? —susurró, y por primera vez el aplomo le flaqueó.

Antonio se inclinó sobre el mostrador con los puños apretados, los nudillos blancos. No pensaba soltar ni una palabra sobre el paradero de su hija a aquel individuo.

—¿Dónde está Coral? —insistió Edward, buscando apoyo en una mesa cercana.

—Me da fatiga hasta mirarte —murmuró Antonio con asco—. Te falta tierra para correr, cangrejo.

—Le prometí que volvería y…

Antonio lo interrumpió, ajeno ya al drama que se desarrollaba ante los parroquianos, que habían dejado de jugar al dominó y de beber para observar la escena en un silencio sepulcral.

—¡Desgraciado! ¡Malahe! —rugió Antonio, y Edward se sorprendió ante la violencia del odio que emanaba del tabernero—. ¿Ahora vienes? ¿Después de tanto tiempo? ¿Con excusas de navegante de agua dulce?

Edward levantó la barbilla, recuperando ese orgullo herido.

—He venido a verla. Le prometí que regresaría y he cumplido mi palabra.

—¡Tienes reales de presentarte aquí! —exclamó Antonio—. Ya te estás marchando antes de que te eche de una patada que te mande de vuelta a tu cloaca.

Edward palideció, pero las palabras se le atascaron en la garganta porque Dolores apareció en ese instante desde la cocina. Traía un cuchillo de carnicero en la mano y la mirada encendida por un desprecio milenario.

—¿Tú? —escupió la anciana—. El *guachisnai* que abandonó a mi nieta, el que la desgració con sus mentiras. Vete de aquí antes de que te raje el cuello con esto, por la gloria de mi madre.

Edward retrocedió un paso, sintiendo el filo del odio rodeándolo.

—Solo quiero verla —balbuceó—. Solo quiero explicarle…

Antonio tomó un botijo de barro del mostrador y lo alzó como un arma de asedio.

—¡Sal de mi taberna! —gruñó—. Sal antes de que te mate.

Edward miró a Antonio, miró a la implacable Dolores y se percató de que todas las miradas de los pescadores estaban

clavadas en él, densas y amenazantes. Agachó la cabeza, lanzó un «hasta luego» que nadie respondió y se marchó.

Salió a la calle y el levante le azotó la cara como un latigazo. Caminó sin rumbo por las callejuelas de La Viña, intentando asimilar el naufragio de su regreso. ¿Dónde estaba Coral? Necesitaba respuestas, y sabía que solo había un lugar donde la verdad no se compraba con monedas, sino con confesiones.

***

Antes de regresar al *Liberty*, pasó por la pensión de doña Carmen, en la calle Ancha. Allí había dormido durante las semanas que el barco estuvo reparado después del incendio. Carmen era una mujer viuda, con ojos vivos y lengua afilada. Siempre sabía todo lo que pasaba en Cádiz. Y siempre estaba dispuesta a contárselo a quien le cayera bien.

Edward llamó a la puerta con los nudillos. Carmen abrió. Cuando lo vio, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Don Eduardo! —exclamó—. ¡El inglés que casi quema Cádiz!

Edward sonrió con cansancio.

—Doña Carmen… buenos días. ¿Puedo pasar?

Carmen lo abrazó como a un hijo pródigo.

—Pasa, pasa, hijo. ¡Qué alegría verte! ¡Y qué guapo estás! El mar te ha sentado bien.

Edward entró. La pensión seguía igual: paredes encaladas, azulejos sevillanos en el suelo, olor a café con leche y a bizcocho recién hecho. Carmen lo sentó en la salita y le sirvió un café sin preguntar.

Edward sacó un paquete envuelto en papel de seda.

—Un recuerdo de Australia —dijo—. Un colgante de opal con forma de hoja de eucalipto. Para usted.

Carmen abrió el paquete con dedos temblorosos. El colgante brillaba con destellos azules y verdes. Las lágrimas le llenaron los ojos.

—Ay, hijo… es precioso. Gracias. Muchas gracias.

Edward sonrió.

—Y ahora… dígame. ¿Dónde está Coral?

Carmen se quedó quieta. Bajó la vista.

—Coral ya no está en La Viña —dijo al fin—. Ya no canta en la taberna.

Edward sintió que el aire se le escapaba.

—¿Dónde está?

Carmen suspiró.

—Hace año y pico llegó un hombre distinguido. Un *guachisnai*. Alto, elegante, ojos como los de ella. Vino con un barco imponente. Dicen que era su tío. Que había venido porque alguien estaba muy enfermo… su abuela, creo. Se la llevó. A ella y a Luisa Montes, su madrina. Dicen que se fue a Inglaterra. A conocer a su familia paterna.

Edward se quedó helado.

—¿Inglaterra?

Carmen se encogió de hombros.

—La Coral fue con él. Y dicen que no volverá.

Edward sintió que el mundo se le venía abajo.

—¿No volverá? —repitió, la voz rota.

Carmen negó con la cabeza.

—Un año y pico. Ni una noticia. Antonio y Dolores no hablan de ella. Pero se les ve tristes.

Edward se levantó.

—Gracias, doña Carmen —dijo—. Gracias por contármelo.

Salió de la pensión. Caminó hacia el *Liberty* con el corazón latiéndole en la garganta.

Edward se quedó a solas en la playa de La Caleta cuando el sol ya se había hundido por completo y la cruz de piedra de María se convertía en una silueta negra contra el cielo de cobalto.

Coral se había ido. No a otro barrio, no a un puerto vecino. A Inglaterra. Con Reginald Beaumont. Su tío.

Edward sintió algo oscuro y secreto que le ascendía por el pecho como una llama lenta pero implacable: complacencia. Estaba secretamente complacido. Porque Coral estaba ahora en su terreno. En el mismo reino donde él había nacido y crecido; donde conocía

cada callejón de Londres, cada atajo de Devon y cada salón donde los Beaumont eran recibidos con reverencias de seda. Reginald vivía en Grosvenor Square. Edward lo sabía; lo había sabido siempre. Conocía la casa, conocía el linaje y conocía el mundo de cristal al que Coral había sido arrojada.

Esa certeza lo imbuyó de una euforia culpable, casi salvaje. Se sacudió la arena de las manos y escrutó el horizonte negro donde el mar se fundía con la noche.

Habían transcurrido dieciocho meses desde su huida. Casi dos años de singladuras interminables: de Boston a Singapur, de las Antillas a Nueva York. Cada encargo había sido una excusa; cada tormenta, un aplazamiento conveniente. «Volveré», le había jurado en el camarote del *Liberty*, con los labios sellados a los suyos y el cuerpo aún vibrante por la noche compartida. Pero el mar no se lo había permitido... o quizás él no había querido que el mar cediera.

Pero ahora la pieza se había movido sola. Coral estaba en Inglaterra, bajo el techo de Reginald. Y él... él iba tras ella.

Ardía en deseos de ver su semblante. La cara de la mujer que había amado —aunque fuera una sola vez, una noche robada al tiempo—. Quería ver a la joven que había besado bajo las estrellas de Cádiz, la que había temblado en sus brazos susurrando su nombre como una letanía. La misma que había dejado atrás sin mirar por el espejo de popa. Quería poseerla de nuevo, decirle que cada ola le traía su eco y que cada noche sin ella había sido un castigo autoimpuesto.

Y ahora podía hacerlo en su propia tierra. En Inglaterra.

Edward se giró sobre sus talones. El *Liberty II* cabeceaba suavemente en el muelle. Subió por la pasarela y dio órdenes secas al contramaestre:

—Disponed todo para zarpar al amanecer. Rumbo a Inglaterra, puerto de Southampton. Que nadie ose molestarme hasta que avistemos el Canal.

El contramaestre inclinó la cabeza ante la determinación de su capitán.

—Como ordenéis, señor.

Edward se encerró en su camarote. Se sentó en el borde de la litera y extrajo del bolsillo interior de su casaca una pequeña miniatura de marfil que había encargado en Boston. Un retrato pintado por un artista callejero a partir de sus descripciones febriles. Acarició con el pulgar el trazo que representaba aquellos ojos imposibles.

—Voy a por ti —susurró a la penumbra—. Voy a verte, Coral. Y esta vez... esta vez las cartas las reparto yo.

Guardó la miniatura y se tendió sin desvestirse. Por primera vez en dieciocho meses, el sueño fue profundo y carente de pesadillas. Porque al alba, las velas se hincharían con el poniente y el casco del clíper cortaría las olas como un cuchillo de cirujano.

Rumbo a Inglaterra. Rumbo a Coral. Rumbo al naufragio o a la gloria que el destino les tuviera reservados.

CAPÍTULO 29

La temporada social en Londres envolvió a Coral en un torbellino de luces de gas, sedas crujientes y una expectación que jamás habría sospechado. Rosalind, cuya salud había florecido milagrosamente tras el encuentro, aunque su pecho aún guardaba una fragilidad de cristal, había impuesto su voluntad: su nieta no sería una curiosidad extranjera, sino una Beaumont de pleno derecho.

—Ya hemos guardado suficiente luto por lo que el tiempo y el mar nos arrebató —le confió una tarde en el salón de Grosvenor Square—. Ahora, el mundo debe verte como lo que eres: una Beaumont.

Reginald, haciendo gala de una generosidad silenciosa, había renovado el guardarropa de Coral en los talleres más exclusivos de Bond Street. Llegaron cajas rellenas de papel de seda que escondían vestidos de día en cachemira, trajes de tarde de tafetán tornasolado y deslumbrantes vestidos de baile en tul bordado con perlas. Había guantes de cabritilla que se ajustaban como una segunda piel y joyas que Rosalind rescató de sus cofres: zafiros que competían con el violeta de sus ojos y brazaletes de amatistas que guardaban el calor de otra época.

Sin embargo, Coral sentía un rechazo hacia tanta perfección. Cada vez que Mary le ajustaba un corsé de Bond Street, sentía que se estaba disfrazando. Su corazón seguía prendado de las costuras de Luisa, de aquel vestido verde de muselina o el de seda azul que su madrina había terminado entre los balances del barco. Luisa, que ahora se encontraba en Escocia bajo el galante reclamo del doctor Harris, le había dejado un amuleto en forma de nota:

«*Póntelos cuando necesites recordarte. Los otros son para que te vean ellos; estos son para que te sientas tú*».

Coral, con una rebeldía silenciosa, decidió alternarlos. Rosalind lo permitió con una chispa de travesura en la mirada y Reginald, como siempre, aceptó el capricho con un asentimiento caballeroso.

El momento culminante llegó en el baile de Lady Dashby, el epicentro de la aristocracia. Coral hizo su entrada del brazo de Reginald. No vestía la última moda de Londres, sino la seda azul profundo que Luisa había cosido con amor, adornada con el collar de zafiros de su abuela y, coronando su cabello azabache, las peinetas de carey de su abuela española Dolores.

El silencio que siguió a su aparición fue absoluto, un vacío de aire que duró apenas un segundo antes de que el murmullo estallara como una marea: «¿Es ella?», «La sobrina de Beaumont», «Es el vivo retrato de Alexander».

Rosalind, instalada en un sitial de honor cerca de la chimenea, observó a su nieta cruzar el salón con la cabeza alta y el paso firme de quien ha caminado sobre la arena de La Caleta. Las lágrimas empañaron sus ojos.

—Es ella, Evelyn —susurró a su nuera—. Es la sangre de Alexander reclamando su sitio.

Coral, sin embargo, no buscaba la aprobación de los duques ni de los condes. Mientras recorría el salón, su mirada escrutaba las sombras tras las columnas de mármol, sintiendo por primera vez que Londres, con todo su frío y su protocolo, empezaba a oler, aunque fuera solo un poco, a hogar.

Coral inauguró la velada bailando su primer vals con su primo Arthur, quien se desplazaba con la rigidez geométrica y la precisión marcial de un oficial de la Armada. Después llegó el turno de Geoffrey, que tropezó en dos ocasiones y se deshizo en risas cómplices, restándole gravedad al rígido protocolo. Finalmente, Reginald la guio por la pista con una delicadeza que la hizo sentirse, por primera vez, bajo un amparo absoluto.

Tras ellos, una procesión de jóvenes caballeros se acercó con la esperanza de anotar su nombre en la pequeña tarjeta de baile que colgaba de su muñeca; Coral aprendió pronto el arte de la esquiva elegante que Evelyn le había inculcado: una inclinación de milímetros, una sonrisa gélida pero educada y un «lo lamento, mi tarjeta está completa» que sonaba a verdad absoluta, aunque los renglones de cartulina estuvieran aún medio vacíos.

Dominó las coreografías de la etiqueta con una rapidez asombrosa. Aprendió el lenguaje mudo de los cubiertos, la forma exacta de rechazar un manjar sin agraviar al anfitrión y el secreto de brindar sin que una sola gota de champán profanara su vestido. En los salones de Londres, descubrió que un «no» rotundo se entregaba siempre envuelto en guantes de cabritilla y una reverencia perfecta.

Y, casi sin darse cuenta, se integró.

Pero era una integración con fisuras. Nunca fue del todo una Beaumont de salón. Seguía siendo la gaditana que, al cerrar los ojos, buscaba el olor a sal y el eco de las palmas en la taberna. El recuerdo de Antonio y Dolores era un dolor sordo, una marea que subía en los instantes de silencio. Y Edward... Edward seguía siendo una cicatriz que palpitaba con una mezcla de rabia y nostalgia que aún no alcanzaba a nombrar.

Pese a todo, comenzó a saborear su nueva existencia. Disfrutaba del brillo de admiración en los ojos ajenos, de los paseos en carruaje descubierto por Hyde Park bajo el pálido sol inglés y de las tardes de lluvia en la biblioteca de Grosvenor Square, donde devoraba las novelas de las hermanas Brontë junto a Geoffrey. En las cenas íntimas, Rosalind la reclamaba siempre a su vera.

—Cántame algo, pequeña —le pedía la anciana en un susurro —. Solo para nosotros.

Y Coral entonaba romances antiguos, coplas de mareantes que nadie más en la sala comprendía, pero que llenaban el aire de una electricidad extraña. Rosalind la observaba entonces con una adoración que rozaba el asombro.

—Eres el vivo retrato de Alexander —sentenciaba Rosalind, acariciándole la mano—, pero posees algo que él nunca tuvo: fuego. Tienes la vida ardiéndote en la mirada, mi niña.

Arthur la protegía como un hermano mayor: la acompañaba a los bailes, la defendía de pretendientes demasiado insistentes, le enseñaba a montar a caballo en Hyde Park. Geoffrey la hacía reír: le dibujaba mapas imaginarios de Cádiz con dragones y sirenas, le leía poemas en voz alta con su voz tímida, le prestaba libros que ella devoraba por las noches.

La esposa de su tío le enseñó a manejar el protocolo sin esfuerzo, a sonreír cuando quería gritar y a decir «no» sin que sonara a ofensa. «Eres una Beaumont —le decía—. No dejes que nadie te quite eso».

Y Coral empezó a sentirse menos perdida. Empezó a disfrutar. Empezó a pensar que quizás podía tener las dos vidas: la de Cádiz y la de Inglaterra. La de La Caracola y la de Grosvenor Square. La de las coplas y la de los valses.

Pero en el fondo, siempre llevaba a Antonio y Dolores consigo. Cada vez que se ponía las peinetas, sentía sus manos. Cada vez que cantaba bajito para Rosalind, sentía la guitarra de Miguel. Cada vez que miraba el mar desde la ventana de su habitación, sentía el rumor de La Caleta.

Y cada noche, antes de dormir, se sentaba junto a la ventana y pensaba en ellos. En su padre. En su abuela. En la taberna. En la vida que había dejado atrás. Cada diez días les enviaba una carta, aunque no recibía respuesta. Ella se preguntaba si algún día podría volver. Y si, al volver, seguiría siendo la misma de antaño, aunque lo dudaba porque Inglaterra le había mostrado a otra Coral.

***

La noche del baile en la mansión de los condes de Brayton fue una de esas veladas que Londres esperaba para recordar en futuras temporadas.

Brayton Hall, la residencia familiar en el corazón de Mayfair, había sido transformada para la ocasión: arañas de cristal recién limpias que derramaban luz como cascadas de diamantes, suelos de mármol pulido hasta brillar como espejos, guirnaldas de rosas blancas y jazmín traídas esa misma mañana desde los invernaderos de Kent, y un cuarteto de cuerda que tocaba valses vieneses con una precisión casi celestial. El salón de baile era inmenso, con ventanales que daban al jardín iluminado por faroles de gas y un techo pintado con frescos de dioses y ninfas que parecían observarlo todo desde las alturas.

Coral entró del brazo de Reginald poco después de las nueve. Y la sala se quedó en silencio un instante por genuina sorpresa.

Llevaba un vestido de seda salvaje color marfil que parecía capturar la luz de la luna. El corpiño era ajustado, con escote corazón bordado con hilo de plata que dibujaba delicadas hojas de vid y diminutas perlas. Las mangas eran largas y transparentes, de tul bordado que dejaba ver la piel aceitunada de sus brazos. La falda caía en cascada desde la cintura, con un ligero vuelo que se movía como agua cuando bailaba. En el cabello negro ondulado, recogido en un moño alto y elegante con rizos sueltos que enmarcaban el rostro, llevaba dos broches de amatista y, prendidas entre los mechones, flores frescas entrelazadas con jazmines suaves y recién cortados del invernadero de la mansión. El aroma sutil del jazmín se mezclaba con el perfume de rosas y creaba alrededor de ella una nube invisible que parecía atraer todas las miradas.

Pero Coral no miraba a nadie en particular porque sus ojos estaban siempre pendientes de Rosalind.

La dama estaba sentada en un sillón elevado al fondo del salón, cerca de la chimenea, con un chal de cachemira sobre los hombros y un bastón de ébano con puño de plata apoyado a su lado. Aún débil, aún con la respiración un poco entrecortada, pero viva. Muy viva. Sus ojos brillaban con una mezcla de orgullo y adoración cada vez que Coral se acercaba para preguntarle si necesitaba algo: una copa de agua, un cojín más, un chal extra.

—Abuela, ¿se encuentra bien? —preguntó Coral por enésima vez, inclinándose para hablarle al oído—. ¿Quiere que le traiga el chal de lana?

Rosalind le tomó la mano y se la apretó con fuerza sorprendente para una mujer de su edad.

—Estoy perfecta, hija. Solo quiero verte bailar. Quiero verte brillar.

Coral sonrió con ternura.

—Bailaré cerca de usted.

Rosalind rio bajito.

—Baila. Deja que te vean. Deja que se enamoren.

Y Coral bailó, con sus primos, siempre tenía esa deferencia hacia ellos. Después con su tío, y finalmente con los hombres que se lo pedían ella creía que por cortesía en lugar de verdadero interés.

Tras finalizar una pieza con un barón cuya conversación resultaba tan pesada como su apellido, Coral se excusó con una sonrisa de manual y buscó refugio en el balcón que dominaba el jardín trasero de la mansión. La noche se desplegaba estrellada, con un cielo de un azabache profundo que las luces de Cádiz jamás le habían revelado. El aire fresco le golpeó el rostro como un bálsamo necesario; el corsé le atenazaba las costillas y el nudo de nervios en su estómago amenazaba con arruinarle la velada. Necesitaba un instante de tregua, pues la noche social apenas gateaba.

Apoyó las manos en la fría balaustrada de piedra y cerró los ojos, permitiendo que la brisa desprendiera un mechón rebelde de su elaborado recogido. Fue entonces cuando el silencio fue profanado por voces siseantes. Tras un enorme jarrón de porcelana de la dinastía Ming, que rebosaba rosas blancas y gardenias, dos jóvenes de alcurnia —a juzgar por el crujir de sus sedas y la rigidez de sus guantes— creían estar a salvo de oídos indiscretos.

—Ahí llega el heredero asesino —soltó una, con una risita cristalina y cruel.

La otra ahogó una carcajada tras su abanico de encaje.

—Pobre Rosalind... tener que recibirlo con esa entereza de mártir. Ninguna mujer con dos dedos de frente aceptaría sus atenciones, por muy futuro Duque de Lowton que sea. Aceptar su cortejo equivale a firmar una sentencia de muerte, querida. Todas lo sabemos.

—Dos prometidas muertas en extrañas circunstancias —añadió la primera, bajando el tono hasta convertirlo en un veneno puro—. Nadie quiere arriesgarse. Por muy atractivo y opulento que sea, ninguna desea ser la tercera en la lista.

Coral sintió que la sangre le hervía en las sienes. El enfado le oprimió el pecho con la fuerza de una mano invisible. Aquellas palabras, disparadas con la cobardía de quien se oculta tras un abanico, le parecieron un insulto intolerable. Había visto a Henry inclinarse ante Rosalind con una devoción genuina, besarle la mano

con una ternura que no se ensaya y hablarle como si cada palabra fuera un tesoro compartido. Y aquellas dos... aquellas dos lo reducían a un chisme de pasante, a un título manchado por la superstición.

Sin pensarlo, Coral dio un paso hacia la luz. Las jóvenes enmudecieron al unísono. Sus sonrisas de porcelana se trizaron. Coral las fulminó con esa calma gélida que empleaba en La Caracola cuando un cliente confundía la amabilidad con el descaro: no hubo gritos, ni reproches. Solo una mirada violeta, cargada de un desprecio tan soberano que las muchachas, ruborizadas y balbuceantes, se escabulleron hacia el salón con excusas atropelladas.

Coral volvió a quedarse sola, pero la paz no regresó. Fue entonces cuando lo vio.

Henry Charles George Cavendish emergió en el umbral de la puerta-ventana. Iba imponente, con la casaca de gala azul noche cuyos galones de plata centelleaban bajo la luna como escarcha. Su cabello rubio lucía una precisión marcial, salvo por ese mechón indómito que siempre desafiaba la norma. Sus ojos grises, del color del acero templado, la hallaron al instante y se encendieron con una intensidad eléctrica, como si su búsqueda de toda la noche hubiera culminado allí, entre el aroma de las gardenias.

Coral sintió que su cólera se transmutaba en algo mucho más inquietante: una curiosidad que le disparó el pulso. Ante ella estaba el «heredero asesino» de los mentideros de Londres. Y, sin embargo, ella veía al hombre que la miraba como si fuera la única verdad en una sala atestada de máscaras de cera.

Henry avanzó con una parsimonia estudiada, midiendo cada paso, como si temiera que un gesto demasiado brusco pudiera romper el encantamiento y hacerla desaparecer en la neblina londinense.

—Lady Beaumont —dijo con esa voz grave y modulada que parecía hecha para salones y no para balcones de hospital—. No esperaba encontrarla aquí sola. ¿Me permite acompañarla?

Coral asintió con la cabeza. La voz le salió más baja de lo que pretendía.

—Necesitaba un poco de aire fresco.

Él se detuvo a un paso de distancia. La miró con una intensidad que le robó el aliento.

—Confío que ya esté recuperada porque le he prometido a mi tía que la invitaría a bailar.

Coral guardó silencio un latido más, procesando el veneno que acababa de escuchar. Si bailar con aquel hombre servía para silenciar las lenguas bífidas de aquellas muchachas, la recompensa valdría el riesgo. Henry, ajeno a las cábalas internas de la joven, mantuvo su postura impecable.

—El destino es caprichoso, Lady Beaumont. Nos hizo compartir una rama en el árbol familiar para que yo tuviera la excusa perfecta para no soltar vuestra mano en el próximo vals. ¿Me concede esta pieza, Lady Beaumont? —preguntó con su voz de barítono, ejecutando una inclinación que era pura caligrafía aristocrática.

Esta vez, Coral no titubeó. Buscó la mirada de Rosalind entre la multitud; la abuela asintió con una chispa de orgullo conspirador. Luego, clavó sus ojos en las jóvenes que los vigilaban con un morbo mal disimulado. Con un gesto decidido, aceptó la mano de Henry.

El Marqués la condujo al centro de la pista justo cuando el cuarteto atacaba un vals de Strauss. En ese instante, Coral no solo bailó; brilló con una luz propia que no procedía de Bond Street. Sus movimientos poseían una fluidez natural, esa gracia innata de quien ha crecido mecida por el compás de las olas en La Caleta. Su vestido de seda marfil ondulaba como espuma marina, y el aroma de los jazmines que Mary había trenzado en su cabello envolvía a Henry en una fragancia que sabía a sur. Sus ojos violeta, bajo el fulgor de las arañas de cristal, parecían contener el brillo de mil estrellas.

Henry la guio en un giro perfecto, con una intensidad en la mirada que ya no se molestaba en encubrir.

—Es usted… extraordinaria —murmuró cerca de su oído—. No guarda parecido con nadie en este lugar.

Coral sonrió con una sombra de melancolía, desviando la vista hacia las debutantes que los observaban tras sus abanicos.

—Gracias, milord. Usted tampoco se parece a nadie de este lugar, a Dios gracias —respondió ella, señalando con un levísimo

movimiento de cabeza hacia la posición de su abuela.

Él no necesitó más para comprender. Siguió la dirección de su mirada y la clavó en las herederas que antes cuchicheaban. Comprendió que el rumor de su «maldición» ya había llegado a oídos de ella.

—Mi tía tiene una fortuna inmensa al tenerla a su lado —añadió él con gravedad—. Londres entero empieza a ser consciente de ello.

Coral no replicó; dejó que la música hablara por ella hasta que el vals expiró. Cuando Henry ejecutó una reverencia profunda, ella le correspondió con una cortesía leve y regresó junto a Rosalind sin concederse el lujo de mirar atrás. La anciana le atrapó la mano al instante.

—Eres la luz de esta sala, Coral —susurró conmovida—. Y la mía.

Coral se acomodó a su lado, transformándose de nuevo en su guardiana. Le ajustó el chal de cachemira, le sirvió una limonada fresca y le relató menudencias para arrancarle una carcajada: las peripecias de Arthur para no pisar bajos de seda o la galantería torpe de Geoffrey con un ponche que ella terminó vertiendo discretamente en una maceta. Rosalind reía con ganas, una risa limpia que hacía años no resonaba en los muros de Grosvenor Square.

Los días subsiguientes se convirtieron en una coreografía incesante de eventos sociales y visitas al hospital, pues Rosalind, aunque fortalecida, seguía bajo la vigilancia del doctor Reynolds. Coral se convirtió en su sombra: era su enfermera devota y su nieta orgullosa. Aprendió a cribar a los pretendientes con la misma destreza con la que Antonio limpiaba el pescado: aceptaba un baile para perfeccionar el paso, pero rechazaba con una elegancia gélida a quienes solo buscaban el brillo de su apellido recién recuperado. Siempre, sin excepción, su brújula la devolvía al lado de Rosalind, asegurándose de que el frío de Londres no tocara los huesos de la mujer que le había devuelto su identidad.

Una noche, tras el eco de los carruajes del baile en casa de los Condes de Broadnymett, Rosalind retuvo la mano de Coral en la

intimidad del salón privado, donde solo el chisporroteo del hogar rompía el silencio.

—Eres la luz de mi vida, Coral —confesó la anciana—. Has traído de vuelta a Alexander. Lo veo en tu porte, lo oigo en tu risa... No sé cuánto grano queda en mi reloj de arena, pero sé que ha valido la pena cada día solo por alcanzarte.

A Coral se le cerró la garganta ante la crudeza de la despedida implícita.

—No hable así, abuela. Se va a poner bien, los médicos lo aseguran.

Rosalind sonrió con esa sabiduría que solo otorga la cercanía del umbral.

—Los médicos recetan esperanzas como si fueran tónicos. Pero yo sé lo que dicta mi sangre. Y siento que, gracias a ti, puedo marcharme en paz.

—No puede marcharse —rebatió Coral con firmeza, apretándole los dedos—. Tiene que verme bailar muchas piezas más. Además, le debo un romance gaditano que le va a ensanchar el alma. Pero, sobre todo... necesito que me cuente mil verdades más sobre mi padre.

Rosalind le acarició la mejilla con dedos frágiles, como si quisiera memorizar la calidez de su piel.

—Lo intentaré, hija. Lo prometo —susurró—. Y ahora, dime... ¿qué piensas de mi sobrino Henry? Parece que vuestros nombres empiezan a ir juntos en cada invitación.

Coral entrecerró los ojos, recordando el veneno del balcón.

—¿Por qué las jóvenes escupen esas bajezas sobre él? —preguntó indignada—. Cuando se acerca, se ríen con esa falsedad que me revuelve las tripas. Es censurable. Cruel.

La expresión de Rosalind se ensombreció, rescatando sombras de un pasado que Londres no permitía olvidar.

—Henry fue prometido a Caroline Redford cuando ambos apenas caminaban —comenzó, con voz pausada—. La niña murió de escarlatina a los seis años. Tiempo después, a los doce, fue vinculado a Elizabeth Keith. Una muchacha dulce, de linaje impecable. —Rosalind hizo una pausa, con la vista fija en las ascuas

de la chimenea—. Su yegua se desbocó en los acantilados de Dover. Ambas cayeron al vacío. Murieron al instante.

Coral dejó escapar un jadeo, con los ojos empañados por el espanto.

—¿Y lo culpan a él? —susurró apenas sin aliento.

—Nadie con un ápice de juicio lo haría, porque fueron tragedias, puro azar —negó Rosalind—. Pero la desgracia tiene alas, Coral, y en estos salones las alas se vuelven garras. Año tras año, las madres y las hijas repiten la crónica, añadiendo sombras e insinuando maldiciones. «El heredero asesino», lo llaman. «Nadie sobrevive a sus atenciones». Como si el destino necesitara la ayuda de las lenguas ociosas para ser cruel.

Coral apretó los labios; el enfado le subía por la garganta como hiel.

—Es una vileza —sentenció—. Henry es un caballero. He visto cómo la trata: la ternura con que le habla, la paciencia con que sostiene su mano. No es un monstruo de cuento. Es un hombre que ha cargado con el luto de otros.

Rosalind la miró con una mezcla de orgullo y una advertencia velada.

—Y tú, mi niña, eres la primera que lo ve así realmente. Las demás ven el ducado, las tierras y luego la mancha del rumor. Tú has visto al hombre. Y eso es más valioso que cualquier corona ducal.

Coral bajó la mirada, sintiendo una chispa nueva prendiendo en su interior. No era solo indignación; era una curiosidad peligrosa, casi magnética. Si todas lo rechazaban por miedo a una leyenda de sombras, ella, que había sobrevivido a tormentas reales en el Atlántico, no iba a amedrentarse por fantasmas de salón. Se juró a sí misma que, en la próxima ocasión, sería ella quien le preguntara la verdad a la cara.

Y así, día tras día, Coral fue su medicina. Cantaba para ella. Le contaba anécdotas de Cádiz. Le leía poemas en español que Rosalind no entendía pero que escuchaba con lágrimas en los ojos. La ayudaba a comer, a levantarse, a sentarse junto a la ventana para ver el jardín.

Coral empezó a sentirse en casa poco a poco, pero nunca del todo. Lo suficiente como para sonreír cuando Rosalind la llamaba «mi niña». Lo suficiente como para bailar con Arthur y reírse con Geoffrey. Lo suficiente como para aceptar que tal vez tenía dos familias. Dos hogares y dos vidas.

CAPÍTULO 30

El paseo con el marqués de Hartington tuvo lugar una tarde de comienzos de verano, cuando el sol londinense —por fin— decidió mostrarse con timidez y calentaba lo justo para que las damas pudieran salir sin abrigo pesado. Brayton Hall estaba lleno de carruajes abiertos y paseantes elegantes: señoras con sombreros adornados de plumas y flores, caballeros con levitas oscuras y bastones de ébano, niños que corrían detrás de aros de hierro. El aire olía a tierra húmeda, a jazmín de los jardines privados y a ese leve perfume de carbón que nunca abandonaba Londres.

Coral bajó del carruaje de los Beaumont con un vestido de muselina coral muy favorecedor: corpiño ajustado que estilizaba su cintura, mangas de farol que dejaban ver la piel aceitunada de sus brazos, falda con un vuelo suave que se movía como corales en el mar.

Henry Charles George Cavendish, marqués de Hartington, y heredero de un ducado la esperaba junto a la verja del jardín privado. Vestía levita gris perla, chaleco de brocado plateado, pantalón oscuro y botas de cuero negro reluciente. Cuando la vio bajar, su expresión cambió: de cortesía formal a algo más cálido, más genuino.

—Lady Beaumont —dijo con una inclinación perfecta—. Está usted radiante esta tarde.

Coral sonrió con esa mezcla de timidez y gracia natural que ya empezaba a ser su sello en los salones londinenses.

—Gracias, milord. Usted también luce muy elegante.

Hartington le ofreció el brazo con una solemnidad que Coral aceptó sin vacilar. Iniciaron un paseo pausado por el sendero de grava que serpenteaba los jardines privados de la plaza: rosales podados con una geometría implacable, el césped inglés cortado a la altura de un suspiro y bancos de hierro forjado que aguardaban bajo la sombra lánguida de los sauces llorones. Henry hablaba con una fluidez que desarmaba a Coral. No poseía la torpeza de aquellos pretendientes que tartamudeaban ante su procedencia o

enmudecían subyugados por el violeta de sus ojos; él era culto, poseía un humor seco y una atención que la hacía sentir el centro de un universo sereno.

Coral permitió que el silencio cobrara peso entre ambos, solo interrumpido por el crujir rítmico de la piedra bajo sus suelas y el eco remoto de un carruaje en la avenida. Al fin, manteniendo la vista al frente, soltó la pregunta que quemaba en su garganta:

—¿No le atormentan los rumores, milord? —Su voz era baja, pero cargada de una indignación que no lograba camuflar—. Ese apodo que las jóvenes casaderas escupen tras sus abanicos... «el heredero asesino». Lo he oído siseado en cada esquina de esta ciudad.

Henry no alteró el paso. Mantuvo su porte aristocrático, aunque Coral advirtió cómo el músculo de su mandíbula se tensaba un breve instante antes de relajarse.

—Hubo un tiempo en que sí, me herían —respondió con una serenidad exenta de hiel—. Cuando era lo bastante joven para creer que el juicio de un salón definía mi valor. Ahora... ahora no es más que ruido de fondo. Un estribillo que se repite porque Londres prefiere un chisme truculento a la complejidad de una tragedia.

Coral lo escrutó de soslayo.

—¿Tragedia?

Henry asintió con pesadez.

—Fui vinculado a Caroline Redford cuando ambos apenas balbuceábamos. Un pacto de cunas, como dicta la costumbre. Ella sucumbió a la escarlatina a los seis años. Yo tenía siete. Apenas guardo una imagen nítida de su rostro, pero recuerdo el luto: el olor a incienso, el crujir de los vestidos negros y el llanto de mi madre que se prolongó durante lunas.

Hizo una pausa necesaria. El aire pareció enfriarse de golpe.

—A los doce, el destino me unió a Elizabeth Keith. Tenía dieciséis años, una risa fácil y un espíritu dulce. Solo nos vimos tres veces antes de que el azar interviniera. Su montura se desbocó en una cabalgata por los acantilados de Dover. Cayó al vacío. Murió en el acto. Yo apenas era un niño de trece años. —Su voz no flaqueó, pero Coral vio cómo sus dedos se cerraban sobre el puño de su

bastón—. No estuve allí. No pude sujetar las riendas. Pero Londres dictaminó que mi «mala suerte» era un mal contagioso. Que acercarse a mi sombra equivalía a una sentencia de muerte.

Coral se detuvo en seco. Se giró hacia él, con el asombro pintado en el rostro.

—¿Y usted? —preguntó en un susurro—. ¿Llegó a creerse ese cuento alguna vez?

Henry le sostuvo la mirada, y en sus ojos grises ella vio la herida abierta.

—Durante años —confesó—. Cada vez que una debutante apartaba la vista, cada vez que una matrona retiraba una invitación o escuchaba una risita a mis espaldas... sí, me lo creí. Pensé que portaba una mancha oscura. Que estaba condenado a enterrar a cualquiera que osara amarme. Hasta que comprendí que la maldición no residía en mí, sino en ellos. En quienes necesitan un relato de fantasmas para no aceptar que la vida es caprichosa y que, a veces, la muerte llega sin ser invitada.

Coral sintió que la coraza de Henry se desmoronaba ante ella, revelando una vulnerabilidad que la conmovió profundamente.

—Es una injusticia atroz —dijo ella, casi para sí misma—. Usted no es el verdugo de esas muertes.

Henry esbozó una sonrisa teñida de melancolía.

—Londres necesita culpables. Es más sencillo temer a un hombre que aceptar que el mundo es un lugar incierto. Me convirtieron en su villano favorito... y yo aprendí a habitar ese papel. A sonreír mientras me juzgan.

Retomaron la marcha, pero esta vez los pasos de Coral eran más lentos, como si quisiera proteger aquel espacio de verdad que acababan de crear.

—¿Y nunca ha sentido el impulso de desmentirlo? —inquirió ella mirándolo atenta—. De gritarles su dolor a la cara.

Henry negó con un gesto cansado.

—Las leyendas no se desmienten con palabras, lady Beaumont. Solo el tiempo, o un milagro, pueden borrarlas.

—Me da fatiga solo de pensarlo… —susurró apenas—. Y me sentiría realmente mal.

—Cómo me siento no mata rumores; solo los alimenta —sentenció Henry con una nota de cansancio—. Cuanto más intentas explicar la verdad, más la retuercen. Es preferible dejar que hablen, que se agoten buscando una nueva historia que devorar. Mientras tanto… yo sigo siendo yo. Y mantengo la esperanza de que, algún día, alguien me mire sin rastro de miedo. Alguien que vea al hombre y no al cuento de fantasmas.

Coral se detuvo bajo la sombra protectora de un sauce llorón. El viento agitó las ramas péndulas y desprendió un mechón de azabache que le acarició la mejilla. Ella lo apartó con un gesto lento, sosteniéndole la mirada.

—Yo no tengo miedo —dijo en un susurro firme—. No de usted, milord.

Henry la contempló fijamente. Por primera vez, su máscara de cortesía aristocrática se resquebrajó, revelando una vulnerabilidad que palpitaba como una promesa.

—Entonces… —su voz descendió una octava—, ¿me concederá otro baile? ¿Uno sin el siseo de los susurros a nuestras espaldas?

Coral sonrió; una sonrisa pequeña, auténtica, que iluminó sus facciones.

—Otro baile. Y una decena más si así lo desea.

Retomaron la marcha por el sendero, dejando atrás el rumor de la plaza. Tras un silencio confortable, Coral rompió el hielo con una nota de nostalgia.

—¿Sabe, milord, que en mi tierra el mar canta? —preguntó mientras bordeaban un macizo de rosas carmesíes.

—En Inglaterra solemos decir que el mar ruge, o que yace en calma. Pero jamás que canta.

—En Cádiz sí lo hace. Especialmente al ocaso, cuando el sol se sumerge y las olas rompen con ritmo contra las rocas de La Caleta. Es como si el océano narrara historias; algunas cargadas de pena, otras de alegría. Todo depende del humor del viento.

El noble la observó con un interés que trascendía la etiqueta.

—¿Y usted es capaz de descifrar esas historias?

Coral se detuvo, alzando la vista hacia el firmamento gris que empezaba a sangrar en tonos anaranjados.

—A veces —confesó—. Cuando canto a solas en la orilla, o cuando el anhelo por mi casa se vuelve insoportable.

Henry, con la elegancia de quien sabe respetar los santuarios ajenos, no presionó. Cambió de tema con un brillo travieso en sus ojos grises.

—¿Le han relatado ya la leyenda del fantasma de Grosvenor Square? Dicen que una dama de blanco vaga por estos jardines a medianoche, portando un abanico roto y buscando al amante que la condenó al olvido.

Coral dejó escapar una risa genuina.

—¿Y usted es hombre de creer en aparecidos, milord?

—Solo en aquellos que demuestran buen gusto con sus vestidos. Y usted, lady Beaumont, luce uno que haría palidecer de envidia a cualquier espíritu.

Coral bajó la vista hacia la seda, sintiendo un rubor cálido ascender por sus mejillas.

—El vestuario en mi reino es… distinto. Luisa, mi madrina, me cosió algunos muy hermosos, acordes a mis raíces. Ella dice que debo usarlos para no extraviar mi esencia.

Henry se detuvo, obligándola a encararlo con una intensidad abrumadora.

—¿Y por qué no me ha permitido verla con uno de ellos? Porque usted, con este atuendo, no solo se ve… se siente. Y eso es infinitamente más peligroso para quienes osamos mirarla.

Coral rio de nuevo, esta vez con una soltura que habría escandalizado a las matronas del baile.

—Es usted un galante consumado, milord.

—No es galantería —replicó él, suavizando la voz—. Es la pura verdad.

Siguieron paseando mientras él le narraba fragmentos de su vida: el esplendor de París, la historia de Roma y la quietud de Viena. Le habló de los salones imperiales y de las noches de lectura en la biblioteca de Chatsworth, la imponente sede de su padre, el Duque. Confesó que, pese a los títulos y la opulencia, siempre había sentido el vacío de algo vital. «Algo vivo», dijo, «que no se puede comprar con linaje».

—¿Y cree haberlo hallado al fin? —inquirió ella de reojo.

Henry sonrió con una melancolía dulce.

—Creo que sí. Pero me temo que aún no es tiempo de ponerle nombre.

Coral no respondió, limitándose a caminar con la mano levemente apoyada en su brazo de paño fino. El sol terminó de ocultarse tras las chimeneas de Mayfair, tiñendo el cielo de violeta, a juego con sus ojos. Y por un instante, en el corazón de aquella plaza gélida y perfecta, Coral se permitió sonreír sin sombras, sintiendo que Londres empezaba a tener el calor de una hoguera compartida.

***

El cortejo del Marqués de Hartington se transformó, en las semanas sucesivas, en el tema predilecto de los susurros en los clubes de St. James y los salones de té. No era un escándalo —Henry era demasiado flemático y Coral demasiado íntegra para dar pie a la maledicencia—, pero sí una anomalía fascinante. El soltero más codiciado del reino, heredero de una fortuna que rivalizaba con la de la Corona, había cesado su búsqueda entre las debutantes de ojos de porcelana para consagrarse a la joven extranjera de mirada violeta y una risa que parecía eco de otro mundo.

Los paseos por Hyde Park se volvieron un rito diario cuando el caprichoso clima londinense lo permitía. Hartington solía presentarse en su faetón descubierto —un carruaje ligero y deportivo tirado por dos soberbios bayos perfectamente emparejados—. Coral subía al pescante con una naturalidad ganada al tiempo. Henry conducía él mismo, prescindiendo de cocheros, una declaración tácita de su deseo de intimidad, sin testigos que mediaran entre sus palabras.

Hartington poseía una virtud que los demás pretendientes ni siquiera vislumbraban: no se sentía intimidado por ella. No tartamudeaba ni se perdía en halagos vacuos. Era culto sin resultar pedante y atento sin llegar a la asfixia. Le hablaba de los frescos de Rafael en Roma con una pasión que obligaba a Coral a inclinarse hacia él, absorta; desgranaba la política de Gladstone y Disraeli con

una ironía tan fina que le arrancaba carcajadas; y le confiaba volúmenes de Tennyson y Browning que ella devoraba al calor de una vela para comentarlos al alba.

Pero, por encima de todo, Henry sabía escuchar.

Cuando Coral evocaba Cádiz —el bullicio de La Caracola, el compás de las coplas o la imagen de Antonio cargándola sobre la arena—, él no reaccionaba con la condescendencia del colonizador. Preguntaba con curiosidad genuina: «¿Cómo vibra el aire con una soleá?», «¿Qué se siente al cantar para hombres curtidos por el salitre?». Y Coral le entregaba sus respuestas, recuperando una libertad que creía haber dejado en el muelle de su ciudad.

Henry tenía el don de la observación sutil. Una tarde, frente al lago Serpentine, señaló a un cisne que se deslizaba con una arrogancia casi cómica.

—Ese cisne —murmuró—, es la viva imagen de Lady Jersey en un baile de gala. Impecable, blanca y convencida de que el resto del mundo no somos más que patos ruidosos.

Coral soltó una carcajada tan limpia que varios caballeros detuvieron su paso.

—Y usted —replicó ella, aún risueña—, es el pato que sabe que puede volar más alto que el cisne, pero prefiere nadar para no herir orgullos ajenos.

Hartington la miró con una intensidad que detuvo el tiempo.

—No pretendo volar, lady Beaumont. Solo... disfruto de una manera que creía olvidada cuando estoy con usted.

Ella bajó la vista, sintiendo un calor inusual en las mejillas. No retiró la mano cuando él la cubrió con la suya sobre la barandilla de madera del faetón. Aquel contacto, breve y cálido, pesaba más que mil promesas.

Las semanas tejieron una red de paz. A los paseos en el parque les siguieron tardes de lectura en la biblioteca de Grosvenor Square, visitas a la National Gallery donde Henry le descubría la luz turbulenta de los cuadros de Turner, y cenas donde Coral ya no era «la sobrina exótica», sino lady Beaumont, la mujer a la que todos ansiaban impresionar.

Coral empezó a experimentar algo inédito: una quietud interior. No era el incendio del amor todavía, pero sí una calidez mansa y segura. Henry no exigía futuros ni arrancaba juramentos; simplemente estaba allí. Y para alguien que venía de sobrevivir a tormentas de mar y de sangre, aquella calma era el bálsamo más dulce que Londres podía ofrecer.

Una tarde, mientras el sol de ámbar se filtraba entre las copas de los castaños en los jardines de Kensington, Hartington detuvo su paso junto a un banco de hierro forjado, bajo el palio lánguido de un sauce llorón.

—Lady Beaumont —dijo, y su voz adquirió un matiz de gravedad que erizó la piel de Coral—. ¿Me permitiría una pregunta personal?

Coral se detuvo también, sintiendo un vuelco repentino en el pecho.

—Claro, milord.

—¿Es usted feliz en este Londres de niebla y etiqueta? —inquirió él con una franqueza desarmante—. ¿O simplemente está... soportando el peso de su linaje?

Coral le sostuvo la mirada. Los ojos grises de Henry eran dos pozos de sinceridad, carentes de los juegos de artificio habituales en la corte.

—Al principio, solo soportaba —admitió ella con honestidad de taberna—. Porque cada fibra de mi cuerpo añoraba mi casa. Mi padre, mi abuela... el aroma del adobo y el rugido del Atlántico. Pero ahora... ahora empiezo a vislumbrar la felicidad. No es la alegría explosiva de antes, pero es una paz que no conocía. Y usted... usted tiene mucho que ver en ese cambio.

Henry esbozó una sonrisa lenta, una de esas que le transformaban el rostro por completo, borrando la sombra del «heredero maldito».

—Entonces, me doy por satisfecho —concluyó con suavidad—. Por ahora.

Le ofreció el brazo de nuevo y reanudaron el paseo, compartiendo un silencio que ya no necesitaba ser llenado con cortesías.

Sin embargo, esa misma noche, la realidad volvió a imponer su ley. En la soledad de su alcoba en Grosvenor Square, Coral se sentó frente al escritorio de caoba. La luz de la lámpara de aceite proyectaba sombras alargadas mientras mojaba la pluma en el tintero de cristal. Era la decimonovena carta que redactaba para Antonio y Dolores.

Diecinueve misivas enviadas con la precisión de un cronómetro —una cada diez días— que se habían hundido en un pozo de silencio absoluto. Sabía que las cartas cruzaban el mar; Reginald se encargaba personalmente de que Thompson las incluyera en la valija diplomática para asegurar su destino. Pero la ausencia de respuesta desde Cádiz le dolía como una herida que se negaba a cicatrizar.

«¿Es que me han olvidado?», pensó, mientras la tinta trazaba las primeras palabras. «¿O es que mi nueva vida les parece una traición tan grande que no encuentran palabras para perdonarme?».

Cerró los ojos y, por un instante, el lujo de la seda y el calor de la chimenea desaparecieron. En su lugar, sintió el frío de la brisa de La Caleta y el silencio de una taberna que, en su imaginación, se quedaba muda sin su voz.

Tomó la pluma y escribió:

"*Querido padre, querida abuela,*

Hoy he paseado con el marqués de Hartington por Kensington Gardens. Es un hombre bueno. Culto, elegante, atento. Me hace reír con sus comentarios. No es torpe como otros. No me mira como si fuera una curiosidad. Me mira como si me viera de verdad. Y eso… eso me hace sentir menos sola.

No os hablo de él para que os preocupéis. Solo para que sepáis que aquí también hay gente que me quiere bien. Que no todos los extranjeros son como los que conocisteis. Que quizás… quizás haya alguno que merezca la pena.

La abuela Rosalind está mejor. Cada día más fuerte. Me escucha cuando canto. Me pide que le cuente de La Caracola, de las coplas, de vosotros. Dice que mi voz le trae a Alexander. Y yo… yo siento que le estoy dando algo que nadie más puede darle.

Echo de menos vuestras voces. Echo de menos el olor a ajo frito. Echo de menos la taberna los sábados. Echo de menos que me llaméis Caracola.

Pero también estoy bien. Estoy aprendiendo. Estoy viviendo.

En cuanto Rosalind se recupere del todo —los médicos dicen que muy pronto—, volveré. Os lo prometo. Y quizás… quizás vuelva con alguien que

merezca la pena. Alguien que me mire como mi padre me miró siempre. Con amor. Con respeto. Con ganas de quedarse.

Os quiero. Más que al mar. Más que a nada.

Vuestra Coral".

Dobló la carta. La lacró con el sello que Reginald le había dado —el león rampante de los Beaumont—. Y la dejó sobre la bandeja para que Mary la enviara por la mañana.

Se levantó. Se acercó a la ventana. Miró la plaza iluminada por faroles de gas. Pensó en Hartington. En su sonrisa lenta. En su forma de escucharla. En cómo la hacía sentir.

Y por primera vez desde que había llegado a Inglaterra, sintió que podía permitirse amar.

CAPÍTULO 31

La mansión de lady Rowden resplandecía como un joyero abierto bajo la noche de abril. La luz dorada de los mil cirios se derramaba por las ventanas, compitiendo con el parpadeo blanco de los nuevos faroles de gas de la plaza. El aire, saturado por el perfume de miles de rosas blancas, vibraba con el murmullo de la flor y nata de la aristocracia. Era la velada donde las reputaciones se forjaban o se hundían entre sorbo y sorbo de champán.

Edward Ashcroft cruzó el umbral poco después de las nueve. Vestía un frac negro de corte impecable y un chaleco de brocado gris perla que subrayaba la anchura de sus hombros, pero nada en su atuendo lograba ocultar su verdadera naturaleza. Su piel, bronceada por los soles implacables de las Antillas y Australia, lo marcaba como un extraño entre la palidez aristocrática de los invitados. El cabello, algo más largo de lo que dictaba el canon de la City, le confería un aire de peligroso refinamiento.

—El capitán Edward Ashcroft —anunció el lacayo con voz de trueno.

Un siseo de curiosidad recorrió el salón. Algunos caballeros entornaron los ojos con recelo; las damas, tras sus abanicos, siguieron con la vista a aquel hombre que caminaba con la agilidad alerta de quien ha gobernado cubiertas en mitad de la tormenta. Edward cumplió con el protocolo, besando la mano de la anciana Lady Rowden con una galantería ruda que le arrancó una risa de juventud a la anfitriona.

Entonces, la vio.

Coral ocupaba el centro de la estancia, rodeada de una pequeña corte de admiradores. Edward se quedó sin aliento, sintiendo que el suelo de madera cedía bajo sus pies. Le costó reconocer en aquella visión a la muchacha de La Viña. La Coral que él guardaba en su memoria vestía algodón sencillo, olía a vino y a mar, y llevaba el cabello enredado por el levante. Esta Coral era una soberana de seda, serena y exquisita. Pero eran sus ojos violeta —

esos que lo habían perseguido por cada latitud del globo— los que confirmaron el naufragio de su corazón.

Quiso romper el cerco de pretendientes, tomarla por los hombros y gritarle que había cumplido su promesa. Pero el impulso se congeló al ver la mano enguantada que se posaba, con una familiaridad posesiva, en la curva de la espalda de Coral.

El Marqués de Hartington.

Henry estaba allí, alto y formidable, luciendo una rosa roja en la solapa como un desafío de sangre. Le susurraba algo al oído con una devoción que no necesitaba intérpretes: el «heredero asesino» estaba rendido a los pies de la gaditana. Y lo que fue peor para Edward: Coral le devolvía una sonrisa pequeña, pero cargada de una confianza que él nunca le había dado tiempo a cultivar.

Edward sintió el acero de los celos atravesándole el pecho.

En ese instante, como si el magnetismo del pasado fuera inevitable, Coral giró el rostro. Sus ojos chocaron con los de Edward. El tiempo se detuvo en Berkeley Square. La copa de cristal de Bohemia tembló en los dedos de ella; el color huyó de sus mejillas para regresar en una llamarada de estupor.

Henry percibió la sacudida de Coral al instante. Se inclinó hacia ella, protegiéndola con su presencia.

—¿Qué sucede, Coral? —preguntó con una suavidad cargada de sospecha—. ¿Os sentís indispuesta?

Ella negó con un movimiento mecánico, incapaz de romper el hilo invisible que la unía al hombre que acababa de entrar desde las sombras de su memoria.

—Nada… —mintió con la voz quebrada—. Solo… alguien que conocí en otra vida.

Hartington siguió la dirección de su mirada y localizó a Edward: alto, marcado por el salitre, con ese aire pirata que el frac más impecable de la City no lograba domesticar. El Marqués tensó la mandíbula; el nombre de Edward Ashcroft ya circulaba por los clubes de fumadores. Sabían que era el hermano díscolo de Peter, el hombre que huyó cuando su prometida, Charlotte, acabó en brazos de su propio hermano, y que regresaba ahora con los bolsillos llenos

de oro indiano y una reputación de aventurero que escandalizaba a las matronas.

—¿Lo conoce? —inquirió Henry con una frialdad que cortaba el aire.

—Lo conocí en Cádiz —asintió Coral, tratando de que su voz no traicionara el vuelco de su corazón—. Es el capitán del *Liberty*.

Hartington apretó los labios.

—Entonces bailemos —sentenció, ofreciéndole el brazo con una firmeza protectora—. Y haga el favor de no ofrecerle ni una mirada.

Coral aceptó, pero sus ojos, traidores, buscaban la figura de Edward entre el bosque de plumas y tiaras. Él, por su parte, se abría paso con la determinación de un abordaje. Saludó con brevedad a los parientes que lo interceptaban con palmadas de bienvenida y se situó en el borde de la pista. Observó el vals. Vio cómo Henry la guiaba con una precisión exquisita, cómo se inclinaba hacia su oído y cómo ella le regalaba una sonrisa que, a ojos de Edward, sabía a traición.

Cuando la música expiró y un compromiso bancario reclamó a Hartington en la sala de fumadores, Edward vio su oportunidad. Coral se quedó un instante a solas junto a una columna corintia, agitando su abanico de marfil con dedos trémulos.

—Coral Pargo —soltó él, con un tono burlón que vibró por encima del murmullo social.

Ella se giró y el mundo se detuvo. Edward estaba allí. Había envejecido con la dureza del que pelea contra los elementos; estaba más delgado, más firme, más... hombre. Pero sus ojos seguían siendo los mismos que la habían engañado bajo la luna andaluza.

—El *guachisnai* embustero… —susurró ella, y el insulto gaditano sonó extraño y poderoso en aquel salón de mármol.

Edward dio un paso al frente, herido por el desprecio.

—He vuelto. Te juré que lo haría y aquí me tienes.

Coral retrocedió, cerrando el abanico con un golpe seco que pareció un disparo.

—Llega un poco tarde, capitán —se burló ella.

Él la escrutó con una mezcla de deseo y rabia. Miró la seda, las perlas, el peinado de salón y la elegancia que emanaba de cada uno de sus poros.

—No te reconozco —dijo con la voz ronca—. No eres la Coral de La Viña. Te han convertido en otra cosa. Una muñeca de porcelana.

Coral levantó la barbilla con una soberanía que lo dejó mudo.

—Es lo que tienen el tiempo y la distancia, capitán: mejoran la percepción que una tiene sobre las cosas. Y sobre las personas.

Edward, al ver que no podía conmoverla con romanticismo, recurrió a la provocación más baja. Dio un paso más, invadiendo su espacio personal con una arrogancia peligrosa.

—Tendría que arrancarte ese vestido para encontrar a la Coral de siempre —le susurró con veneno—, a la que cantaba romances a los marineros borrachos en una taberna que olía a pescado frito.

Se escuchó un murmullo generalizado, porque, aunque hablaban en español, el tono insolente de él era reconocible en cualquier lengua.

Coral no flaqueó. Le sostuvo la mirada con una frialdad que hizo que Edward se sintiera, por primera vez, un extraño.

—¡Cuánto tiempo perdido, capitán! —sentenció ella—. Por favor, no me haga malgastar ni un minuto más en su molesta compañía.

Coral hizo un ademán brusco para marcharse, pero Edward la detuvo, apresando su antebrazo con una fuerza que desdibujaba la cortesía. Con un gesto de la barbilla, señaló hacia el Marqués.

—¿Me dejas por él? —inquirió Edward con una voz cargada de una mezcla corrosiva de celos y despecho. Coral guardó un silencio gélido, sosteniéndole la mirada con unos ojos violeta que centelleaban de ira—. Así que, después de todo, sí que eres una mercenaria ambiciosa.

El insulto restalló como un latigazo. Coral levantó la mano para cruzarle la cara, pero no necesitó hacerlo.

Henry apareció como una sombra implacable. No llegó «en su auxilio», llegó para reclamar lo que comenzaba a considerar suyo. Antes de que el golpe de Coral llegara a su destino, la mano

enguantada del marqués se cerró sobre la muñeca de Edward con la fuerza de un grillete de hierro. El movimiento fue tan rápido y preciso que los invitados que estaban cerca ni siquiera notaron la violencia del gesto.

—Suelte a la dama. Ahora. —La voz de Henry no era un ruego; era una orden de ejecución, baja y vibrante de peligro.

Edward, sorprendido por la fuerza del aristócrata, soltó a Coral y retrocedió un paso, intentando recuperar su máscara de cinismo. Henry no retrocedió; se interpuso físicamente entre ambos, obligando a Edward a mirar hacia arriba para sostenerle la mirada.

—Un placer volver a verla, Lady Beaumont —soltó Edward, ignorando a Henry con un sarcasmo que pretendía herir—. Salude a su tío de mi parte. Dígale que me alegro de que, finalmente, me hiciera caso y partiera en busca de su sobrina perdida.

Henry entornó los ojos, captando la insolencia en el tono.

—Capitán Ashcroft —intervino el Marqués, con un tono gélido que silenció el murmullo cercano—, el hecho de que su familia posea un apellido no le otorga el derecho de comportarse como un estibador en este salón. Si vuelve a dirigirse a Lady Beaumont con esa falta de decoro, me encargaré personalmente de que no solo sea expulsado de esta casa, sino de cada club de St. James. ¿Ha quedado claro?

Edward apretó los dientes, sintiendo el peso del poder social y físico de Hartington. Antes de retirarse, se inclinó hacia Coral en un último acto de rebeldía, susurrándole al oído:

—Solo pretendía verte. Decirte que nunca dejé de pensar en ti. Que cada puerto me recordaba tu risa.

Coral, sintiendo el amparo de Henry a su espalda, encontró una fuerza nueva.

—Pues qué lástima, capitán —sentenció ella, con una voz que no tembló—. Porque en este tiempo han pasado demasiadas tormentas y el mar se lo ha llevado todo. A usted, por ejemplo, lo di por desaparecido hace mucho.

Edward sostuvo la mirada de ambos un segundo más. Henry no parpadeó; su mano derecha descansaba sobre el pomo de su bastón, lista para usarla si el «pirata» cometía algún error.

Finalmente, Ashcroft inclinó la cabeza con una sonrisa amarga y se perdió entre la multitud.

Henry se giró hacia Coral al instante. Sus ojos grises, antes de acero, se suavizaron con una preocupación genuina. Le tomó la mano con delicadeza, revisando si el agarre de Edward había dejado marca en su piel.

—Ese individuo no volverá a acercarse a usted —afirmó el Marqués, y su tono no admitía réplica.

CAPÍTULO 32

Coral caminaba por el hospital con pasos lentos y silenciosos, como si temiera romper el frágil equilibrio que acababa de encontrar. El pasillo estaba casi desierto a esa hora; solo se oía el roce lejano de las suelas de una enfermera y el tictac de un reloj de pared que parecía marcar el tiempo con más lentitud de lo normal. Se detuvo un momento junto a la ventana del corredor, mirando sin ver la plaza envuelta en niebla, y sintió que el peso de lo ocurrido se le asentaba en el pecho como una piedra fría.

Entró de nuevo donde Rosalind. La anciana no dormía; tenía los ojos entreabiertos, la respiración pausada pero consciente.

Estaba en el hospital para una revisión completa. Ya había recibido el alta, pero el médico deseaba controlarla.

Rosalind, al ver a su nieta, extendió la mano sin fuerza, y Coral la tomó al instante, sentándose muy cerca del borde de la cama. No hizo falta que dijera nada al principio. Rosalind simplemente esperó, con esa paciencia antigua que tienen las personas que han vivido lo suficiente para saber que las palabras llegan cuando están listas.

Coral habló poco, con voz baja y entrecortada. Le contó lo esencial: que el hombre al que creía que había amado en Cádiz había aparecido en el baile de lady Rowden, elegante, pero con el mismo aire indómito de siempre, con el cabello demasiado largo y la piel marcada por soles lejanos. Le explicó que se había acercado, que había dicho que nunca había dejado de pensar en ella, que la había amado siempre. Cada frase salía como si le doliera pronunciarla, y Rosalind escuchaba sin interrumpir, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar, dejando que el silencio llenara los huecos que las palabras no alcanzaban.

No hubo reproches ni consejos apresurados. Rosalind solo la miró con esos ojos que parecían contener todo el dolor y toda la comprensión del mundo. Al final, cuando Coral se quedó callada, con la cabeza baja y las lágrimas cayendo sobre la colcha, la anciana simplemente le apretó la mano un poco más fuerte. No dijo que debía perdonar, ni que debía olvidar, ni que debía elegir. Solo dejó

que Coral se desahogara contra su hombro frágil, que se permitiera sentir todo lo que había estado conteniendo desde que vio a Edward entre la multitud.

Cuando Rosalind habló, fue con voz muy baja, casi un susurro:

—Los amores que nos parten en dos nunca se van del todo. Pero tampoco tienen que definirnos para siempre.

Coral levantó la mirada, sorprendida por la claridad de esas palabras. Rosalind le acarició la mejilla con dedos temblorosos.

—Vive, hija. Vive ahora. Y cuando estés lista para decidir… el corazón te lo dirá. No la memoria ni el miedo, sino el corazón.

Coral asintió despacio, sin palabras. Se quedó allí un rato más, sosteniendo la mano de su abuela hasta que Rosalind cerró los ojos y su respiración se hizo más profunda y tranquila. Solo entonces se levantó, besó la frente arrugada y salió sin hacer ruido.

Mientras tanto, en una habitación discreta del hotel Brown's, Edward caminaba de un lado a otro como un animal enjaulado.

Ver a la dulce Coral convertida en una lady, lo había golpeado como un cañonazo. No era solo que estuviera en Inglaterra; era que estaba en el centro mismo del mundo Beaumont, rodeada de todo lo que él había dejado atrás: la casa, el título, la familia, el orden que siempre había odiado y que ahora parecía haberla engullido.

Se detuvo frente al espejo del armario y se miró con dureza. El frac aún olía a tabaco y a perfume de rosas de lady Rowden. El cabello demasiado largo, la piel que anhelaba soles de mediterráneo, la cicatriz pequeña en la ceja que se había hecho en un temporal frente a las costas de Nueva Gales del Sur. Él no encajaba. Nunca había encajado. Y, sin embargo, allí estaba ella, vestida de seda, con jazmín en el pelo y perlas en las orejas, bailando con un marqués que la miraba como si fuera la única mujer en el salón.

Edward apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

No podía irrumpir en Brayton Hall como un marinero borracho. No podía presentarse en la puerta y exigir verla. Reginald lo echaría con la misma frialdad con la que había mandado buques al combate. Pero tampoco podía quedarse quieto. No después de haberla visto.

No después de haber sentido de nuevo ese tirón en el pecho que solo ella le provocaba.

Se sentó en el borde de la cama y sacó del bolsillo interior de la chaqueta la miniatura de marfil que siempre llevaba consigo. El retrato de Coral, pintado por aquel artista callejero de Boston que había capturado sus ojos violetas con una fidelidad casi sobrenatural. La miró un largo rato.

Mañana, pensó. Mañana iría a Grosvenor Square. Solo para verla. Para hablarle. Para recordarle quiénes habían sido bajo las estrellas de Cádiz, antes de que el mar y el tiempo y los títulos los separaran.

Se levantó. Abrió el armario y sacó una levita de color azul oscuro. Se miró de nuevo en el espejo. Se pasó la mano por el cabello, intentando domarlo un poco. No lo consiguió. Sonrió con amargura. No iba a disfrazarse de lord. No iba a fingir que pertenecía a ese mundo.

Iba a ir como siempre había sido: un hombre del mar, con demasiadas historias en la piel y una promesa que aún quemaba en el pecho.

Se acostó desnudo. Cerró los ojos. Y por primera vez en semanas, durmió con un plan. Grosvenor Square. Coral. Y que el destino decidiera el resto.

***

Hyde Park estaba bañado por una luz dorada de finales de abril, esa hora en que el sol ya no quema, pero aún calienta lo suficiente para que las damas se quiten los chales y los caballeros se aflojen el nudo de la corbata. Los senderos de grava crujían bajo los pasos elegantes, los niños corrían tras aros de hierro, las niñeras empujaban cochecitos de mimbre, y el aroma de los castaños en flor se mezclaba con el de los puestos de violetas y lirios que se instalaban junto al lago Serpentine.

Coral caminaba junto a Hartington con paso tranquilo. Llevaba un vestido de muselina color marfil con rayas sutiles de azul celeste,

corpiño ajustado que dejaba ver la delicada curva de su cuello, mangas tres cuartos de tul bordado y falda con un vuelo suave que rozaba la grava al andar. El cabello negro recogido en un moño bajo, con rizos sueltos que el viento jugaba a desordenar, y las dos peinetas de carey de Dolores prendidas a los lados. Entre los mechones, como siempre, jazmín fresco que soltaba un perfume cálido y nostálgico. Hartington, a su lado, vestía levita gris perla, chaleco de brocado plateado y sombrero de copa alta. Caminaban despacio, hablando de cosas ligeras: un cuadro de Turner que habían visto en la National Gallery, una nueva novela de George Eliot que ambos estaban leyendo, el próximo concierto en la Royal Albert Hall.

De pronto Hartington le dijo que espera y él se encamino hacia un puesto de flores. Una anciana con delantal de cuadros ofrecía ramos de rosas de té, lilas blancas y violetas envueltas en papel de seda.

Coral se apartó unos pasos, buscando la sombra de un castaño grande cuyas ramas bajas formaban un dosel verde. Apoyó la espalda contra el tronco, cerró los ojos un instante y dejó que el rumor del parque la envolviera: risas lejanas, cascos de caballos, el chapoteo de los patos en el lago.

No oyó los pasos hasta que estuvieron muy cerca.

—Coral.

La voz la atravesó como un relámpago. Abrió los ojos de golpe.

Edward estaba allí.

Apenas a tres pasos. Seguía teniendo ese aire pirata que nunca había perdido.

Coral se enderezó. El corazón le martilleó contra las costillas.

—No —dijo simplemente, con voz baja pero firme.

Edward dio un paso más.

—Solo quiero hablar.

Ella retrocedió hasta que la espalda tocó el tronco del árbol.

—No hay nada que hablar. Por favor, vete.

Edward no se movió.

—Te vi en el baile. Estabas… preciosa. Pero no eras tú. No eras la Coral que cantaba en La Caracola con un delantal manchado de

vino y jazmín en el pelo. Eras… otra.

Coral apretó los labios.

—Y tú no eras el hombre que prometió volver. Eras el hombre que tardó siglos. El hombre que dejó el camino libre para otro caminante.

Edward bajó la vista un segundo. Cuando volvió a mirarla, sus ojos brillaban con algo que parecía dolor y determinación.

—Vine ahora —dijo—. Vine por ti.

Coral negó con la cabeza.

—Ahora no sirve. Ahora tengo una vida. Tengo una familia. Tengo… alguien que no me hace esperar.

Edward miró hacia el puesto de flores. Hartington seguía hablando con la anciana, eligiendo un ramo de lilas blancas.

—¿Él? —preguntó, la voz ronca—. ¿Es él quien no te hace esperar?

Coral levantó la barbilla.

—Es él quien está aquí. Ahora. Sin excusas. Sin tormentas que lo retrasen. Sin promesas que no cumple.

Edward dio otro paso. Su voz bajó hasta casi un susurro.

—Te amo, Coral. Nunca dejé de amarte. Cada puerto me recordaba tu risa. Cada ola me traía tu voz. Cada noche sin ti fue un castigo que me impuse a mí mismo. Vine a buscarte. Vine a cumplir.

Coral sintió que se le rompía algo dentro. Las lágrimas le quemaron los ojos.

—Cumplir —repitió con amargura—. Cumplir es volver cuando se promete. No cuando otro ya ha ocupado tu lugar.

Edward la miró fijamente.

—Dime que no sientes nada —dijo—. Dime que ya no me quieres. Dime que Hartington es el hombre que quieres para siempre. Y me iré. Sin mirar atrás.

Coral respiró hondo, con el pecho agitado bajo el encaje de su vestido. A pocos metros, vio a Hartington pagar el ramo de lilas a la anciana florista; vio cómo le dedicaba una sonrisa caballerosa y cómo, al girarse para buscarla, su expresión se transformaba en una máscara de alerta al descubrirla junto a Edward.

Volvió la vista hacia el capitán. Vio al hombre que la había besado bajo el azahar de Cádiz, el mismo que le prometió el mundo para luego arrebatárselo con su silencio. Edward permanecía allí, con la arrogancia herida, suplicando una redención que ella ya no sabía si deseaba conceder.

—No cometeré la estupidez de decirte lo que has venido a escuchar —sentenció ella, con una voz que recuperaba su firmeza a cada palabra—. No sé si te odio, Edward. Solo sé que la confianza es un cristal que tú hiciste añicos. Y sin ella... no queda nada.

Edward asintió con lentitud, clavando sus ojos azules en los de ella.

—Entonces déjame recoger los pedazos. Déjame quedarme en Londres, que me veas, que demuestre quién soy ahora.

Coral negó con la cabeza, viendo por el rabillo del ojo cómo Henry acortaba la distancia con pasos largos y decididos.

—No.

—Hay asuntos inconclusos entre ambos, al menos, dame una oportunidad para que pueda suplicarte o despedirme.

Coral, temiendo un enfrentamiento entre ambos hombres, terminó aceptando.

—Si insistes en hablar... ven a las seis. Pero será la última vez. Después de eso, no quiero volver a cruzarme con tu sombra.

—Mañana a las seis —repitió Edward, justo cuando el Marqués llegaba a su altura.

Henry no se limitó a entregar las flores. Se situó al lado de Coral, rodeando su cintura con un brazo firme, un gesto de posesión que en cualquier otra circunstancia habría parecido excesivo, pero que aquí era una declaración de guerra.

—¿Está molestando a la dama, caballero? —preguntó Hartington.

Su voz era seda pura, pero sus ojos grises escrutaban a Edward con el desprecio de quien observa a un insurgente.

Edward no se amilanó. Sostuvo la mirada del Marqués, manteniendo una postura relajada pero desafiante.

—Solo entregaba un mensaje de importancia para lady Beaumont, milord. Asuntos de... altamar.

Henry apretó el ramo de lilas antes de ofrecérselo a Coral. Su mirada bajó un instante hacia la mano de Edward, que aún jugueteaba con la gorra de plato, y luego volvió a su rostro.

—Los mensajes de altamar suelen ser ruidosos y traen tormentas innecesarias —replicó Henry con frialdad—. Lady Beaumont y su familia están ahora bajo mi protección. Cualquier «asunto» que tenga con ella puede tratarlo conmigo en el club de White's... si es que tiene credenciales para entrar.

Edward esbozó una sonrisa torcida.

—No necesito clubes para decir mis verdades, Marqués. Mañana a las seis, Lady Beaumont me recibirá. Con su permiso... o sin él.

La tensión alcanzó un punto de ruptura. Henry dio un paso hacia delante, invadiendo el espacio de Edward.

—Mañana a las seis estaré yo presente en esa conversación innecesaria —sentenció el Marqués—. Y le aseguro, capitán, que mi paciencia con los intrusos es tan escasa como su decoro.

Coral intervino, tomando las lilas con manos temblorosas para romper el duelo de miradas. El perfume dulce de las flores inundó el aire, un contraste violento con la testosterona que cargaba el ambiente.

—Basta —murmuró ella—. Vámonos, Henry. Por favor.

Hartington le ofreció el brazo al instante, sin dejar de vigilar a Edward hasta que este hizo una cínica reverencia y se alejó por el sendero.

—Sigamos paseando —dijo Henry, aunque su mandíbula seguía tensa—. El día es demasiado espléndido para permitir que una sombra lo empañe con su presencia.

Caminaron en silencio. El ramo de lilas vibraba en la mano de Coral al compás de su pulso acelerado. Hartington no hizo más preguntas, pero su silencio era denso, cargado de sospechas y de una protección que empezaba a asfixiarla tanto como el corsé. Coral supo que la visita de mañana no sería solo un adiós a Edward, sino la prueba de fuego para lo que estaba construyendo con Henry.

CAPÍTULO 33

Edward llegó a Brayton Hall a las seis menos cuarto, quince minutos antes de la hora convenida. Vestía como siempre había vestido en Cádiz: chaqueta azul oscuro de paño grueso, pantalones claros algo desgastados en las rodillas, botas altas de cuero que crujían al andar, camisa blanca abierta en el cuello sin pañuelo. El cabello castaño más largo de lo que dictaba la moda londinense, le rozaba el cuello de la chaqueta y se ondulaba en las puntas. Llevaba las manos en los bolsillos, los hombros ligeramente encorvados, como si el peso de lo que iba a suceder lo obligara a inclinarse hacia delante.

El mayordomo Hargreaves lo recibió en la puerta con una reverencia mínima y una mirada que no ocultaba su recelo.

—El capitán Ashcroft —anunció.

Reginald esperaba en el vestíbulo. Alto, erguido, con levita gris perla y expresión contenida. Cuando vio a Edward, no hubo sonrisa de bienvenida. Solo un gesto de cabeza.

—Lady Beaumont está arriba—dijo Reginald recalcando el título de su sobrina—. En el salón verde. La he advertido. Y le he dado mi palabra de que estaría sola. Pero solo por un corto espacio de tiempo.

Edward lo miró fijamente. Ignoraba el gran esfuerzo que Coral había tenido que hacer para convencer a Henry de que su presencia era innecesaria en la conversación que pretendía mantener con él y que solo aceptó no estar presente cuando el tío de ella le aseguró que la vigilaría en todo momento.

—Lo tendré en cuenta.

Reginald no respondió. Solo indicó la escalera con un gesto.

Edward subió los peldaños de dos en dos. El corazón le latía tan fuerte que lo sentía en las sienes. Cuando llegó al salón verde, la puerta estaba entreabierta. Entró sin llamar.

Coral estaba de pie junto a la ventana que daba a la plaza. Llevaba un vestido gris oscuro, casi plomizo, de corte severo: corpiño alto hasta el cuello, mangas largas que terminaban en puños

ajustados, falda recta sin vuelos ni adornos. El cabello negro recogido en una trenza gruesa que le rodeaba la cabeza como una corona austera. Sin joyas. Sin flores. Era la antítesis de la mujer que había bailado en casa de lady Rowden. Era Coral, pero una Coral que había elegido vestirse de luto por algo que aún no había muerto del todo.

Edward se detuvo en el umbral, recortado contra la luz del pasillo. Al verla, algo en su postura de lobo de mar se quebró. Coral se giró con una parsimonia que le dolió más que un insulto; no había sorpresa en sus ojos, solo una calma ártica, una distancia que no se medía en millas náuticas, sino en olvido.

—Has venido antes de lo acordado —sentenció ella.

Edward dio un paso, invadiendo la alfombra persa con sus botas gastadas.

—La ansiedad por verte no entiende de relojes, Coral.

Ella alzó una mano. No hubo brusquedad, sino una autoridad serena, la de una mujer que ya no pide permiso para existir.

—No te acerques más. Quédate donde el sol no alcance a disfrazar tus mentiras.

El mayordomo interrumpió la tensión con una bandeja de plata: limonada, galletas de mantequilla y limones cortados cuyo aroma ácido pareció acentuar la amargura del encuentro. En cuanto la puerta se cerró con un clic definitivo, el silencio se volvió asfixiante.

—Estás cambiada —soltó Edward, recorriéndola con una mirada que pretendía desvestirla—. No es solo el vestido de seda. Hablas como ellos, te mueves como ellos... Pareces una de estas damas inglesas, sosas y gélidas como un té olvidado.

Coral no se inmutó. —Y tú sigues siendo el mismo *julandrón* sin remedio. —Al ver que él amagaba una sonrisa de orgullo vanidoso, ella lo fulminó—. Mi padre y mi abuelo me advirtieron de los tipos como tú: embusteros, mujeriegos... *malahes* que confunden el amor con el botín de un abordaje.

—Vine a decirte que nunca te saqué de mi pecho —insistió él, dando un paso más—. Que cada puerto me sabía a tu risa y cada ola

me traía tu voz.

Coral sintió una náusea de deja-vú. Se preguntó si Edward llevaba esas frases anotadas en el cuaderno de bitácora para recitarlas de taberna en taberna.

—Llegas tarde, capitán. Diecinueve meses tarde. No recibí ni un mensaje, ni una maldita palabra escrita. Mi esperanza no se cansó; se marchitó y murió de hambre. Y cuando ya no quedaba nada, llegó mi familia. Llegó una vida que no me obligaba a mirar al horizonte hasta que se me quemaran los ojos.

—Estaba confuso... —balbuceó él, buscando una excusa en el viento—. El mar me llevaba lejos, cada tormenta era un retraso...

Ella lo interrumpió.

—No, Edward. Lo peor es que pensabas en volver, pero preferiste seguir navegando. Pensabas en mí, pero no te molestaste en escribir. Viviste tus aventuras mientras yo contaba los días en una playa vacía.

Él se lanzó desesperado:

—Te amo. Y sé que tú también me amaste. Lo sentí en el camarote, en tu cuerpo, en la forma en que gritabas mi nombre.

A Coral le quemaron las lágrimas, pero no dejó que cayeran.

—Te amé tanto que me dolía respirar. Cada vez que un barco asomaba por la bahía, subía al tejado de la taberna con el corazón en la boca. Y cuando veía que no era el *Liberty*, me rompía un poco más. Hasta que ya no quedó nada que romper. Ahora solo queda el hueco.

—¡Déjame arreglarlo! —suplicó él—. Esta vez será diferente.

—No. Tú no eres diferente. Sigues siendo el hombre que promete y se larga. Y yo ya no soy la muchacha soñadora. Soy otra. Y esta mujer... no te necesita.

Edward la acorraló contra la pared, su cercanía olía a tabaco y mar antiguo.

—No me digas que no sientes nada. No me digas que el estirado de Hartington te hace arder como yo. Que sus besos te queman. No me digas que al cerrar los ojos no es mi cara la que ves.

Coral cerró los párpados y las lágrimas rodaron, calientes y traidoras. Henry era un caballero que jamás le había pedido un beso, ni había intentado robárselo. Era la antítesis de Edward, y ahora lo tenía más claro que nunca.

—Ya no veo tu rostro —susurró—. Sufro todavía el naufragio al que me sometiste, y ya no confío en ti.

Edward le tomó el rostro entre las manos. Coral no se resistió; se quedó lacia, como una gaviota herida. Él la besó con una desesperación hambrienta, tratando de invocar a la Coral de Cádiz a través de la piel de la dama de Londres. Ella no respondió. No le devolvió el calor. Fue un beso a un cadáver.

Cuando él se apartó, con una chispa de esperanza estúpida en los ojos, ella simplemente negó con la cabeza.

—Vete y no vuelvas nunca.

—No lo haré —desafió él, herido en su orgullo—. Sé que me sientes bajo esa ropa cara. Estos salones te han nublado el juicio, pero tu sangre sigue siendo tan caliente como la mía.

Coral soltó un suspiro largo y pesado.

—Si alguna vez signifiqué algo más para ti que una chica ignorante a la que deslumbrar —sentenció ella con una dignidad desgarradora—, sal de mi vida. Vuelve a tu barco y piérdete en el océano que tanto amas.

Edward soltó un bufido de hastío. Comprendió que había perdido la batalla no contra un rival, sino contra el tiempo. Dio media vuelta y salió de la estancia.

El clic de la puerta sonó como una sentencia. Coral se deslizó por la pared hasta quedar ovillada en el suelo de madera. Lloró en silencio, con espasmos que le sacudían los hombros. Lloraba porque lo había amado con la pureza de la ignorancia, y lloraba porque sabía que, aunque una parte de ella siempre respondería a su nombre, su voluntad ya pertenecía a un mundo donde las promesas no se las llevaba el viento.

***

Coral entró en la habitación de su abuela Rosalind con pasos casi inaudibles, como si temiera romper el silencio que se había hecho tan pesado desde que salió del salón verde. La anciana estaba sentada en su sillón junto a la ventana, con un chal de cachemira sobre los hombros y las manos cruzadas en el regazo. La luz de la tarde entraba débilmente, tamizada por las cortinas de muselina, y le dibujaba sombras suaves en el rostro. No había nadie más. Solo ellas dos.

Rosalind levantó la vista al oírla. Sus ojos, aunque cansados, seguían siendo capaces de ver más allá de las palabras.

—Ven aquí, hija —dijo con voz muy baja.

Coral se acercó. Se sentó en el escabel junto al sillón. Tomó la mano de su abuela y la sostuvo entre las suyas, como si ese contacto pudiera contener todo lo que estaba a punto de desbordarse.

No hizo falta que Rosalind preguntara. Coral empezó a hablar casi sin aliento, con frases cortas, entrecortadas, como si cada palabra le costara un esfuerzo físico.

Le contó lo esencial, sin adornos ni excusas. Que Edward había aparecido en el baile de lady Rowden. Que lo había visto entre la multitud, elegante, pero con el mismo aire indómito de siempre. Que se había acercado cuando Hartington se alejó un momento. Que le había dicho que nunca había dejado de pensar en ella. Que cada puerto le recordaba su risa. Que cada ola le traía su voz. Que la amaba. Que siempre la había amado.

Cada frase salía como si le doliera pronunciarla. Rosalind escuchaba sin interrumpir, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar, dejando que el silencio llenara los huecos que las palabras no alcanzaban.

Cuando Coral terminó, se quedó callada, con la cabeza baja y las lágrimas cayendo sobre el regazo. Rosalind no dijo nada al principio. Solo siguió acariciándole la mano, con esa paciencia

antigua que tienen las personas que han vivido lo suficiente para saber que las palabras llegan cuando están listas.

Al final, Rosalind habló. Su voz era débil, pero clara.

—Entiendo tu viacrucis —dijo—. Pero eres joven, tienes mucho tiempo por delante para descubrir lo que realmente quieres, y lo que es mejor para ti.

Coral levantó la mirada. Las lágrimas seguían cayendo, pero ahora más despacio.

—No sé cómo dejarlo ir —susurró—. Una parte de mí lo odia. Porque se fue. Pero otra parte… otra parte aún recuerda cómo me miraba en La Caracola. Cómo me besaba en la cala escondida. Cómo me hacía sentir que era lo único importante en el mundo. Y eso… eso no sé cómo manejarlo.

Rosalind asintió despacio.

—El primer amor es difícil de olvidar, hija, porque se transforma. Se hace más pequeño, o más grande, o más doloroso. Pero no desaparece nunca. Lo que tienes que decidir es si quieres que ese amor siga viviendo en ti… o si quieres dejarlo ir.

Coral cerró los ojos.

—No sé cómo dejarlo ir —repitió—. Cada vez que pienso en Cádiz, pienso en él. En la taberna. En la playa. En la cruz donde está mi madre. En Antonio y Dolores. En todo lo que dejé atrás. Y él… él es parte de eso.

Rosalind le apretó la mano con la poca fuerza que le quedaba.

—Entonces no lo dejes ir todavía —dijo con calma—. Pero tampoco lo dejes entrar del todo. Mantén la puerta entreabierta. Mira si merece la pena. Y mientras tanto… sigue madurado. No te cierres ninguna puerta o ventana porque el mundo es muy grande y está lleno de oportunidades.

—Está pensando en Henry, ¿verdad?

Rosalind no lo desmintió.

—Mi sobrino te mira como si fueras el sol después de una tormenta. —Coral sonrió entre lágrimas—. Te mira como si fueras el hogar encendido de su casa…

—Henry… es bueno. Muy bueno. Me hace reír. Me escucha. No me presiona. Pero… no es Edward.

Rosalind le acarició la mejilla.

—¿Te refieres al aspecto íntimo? —le preguntó la abuela, Coral se sonrojó hasta la raíz del cabello—. No puedes compararlos hija mía, no puedes saber hasta dónde te puede llevar Henry.

—¿Está insinuando que lo compruebe? —casi no le salía la voz de lo sorprendida que estaba.

Rosalind no era tonta. Había leído en todas esas palabras que le había desgranado su nieta lo que ese capitán había significado para ella. Lo embaucadores que solían ser con chicas ingenuas e inocentes.

—Ya me confesaste que no eres doncella, que caíste en la trampa en la que caen la mayoría de muchachas humildes de tu ciudad —le recordó la abuela—. Jamás te diría que mantengas intimidad con mi sobrino, solo deseo hacerte comprender que no puedes compararlos. Porque no tienes todos los datos, solo de uno.

—¡Abuela! —exclamó Coral porque ahora sí la había entendido.

—¿Henry te provoca deseo? ¿Te hace arder…?

Coral se quedó durante un momento callada.

—En mi tierra lo llamamos ardentía…

—¿Qué te provoca Henry? —le preguntó la abuela.

Coral se quedó pensativa recordando los momentos pasados con el heredero.

—Me provoca paz, serenidad… —admitió finalmente—. Me provoca risa, y, sobre todo, me hace sentir especial. Pero me aterra darle esperanzas, alejar a Edward y equivocarme.

—No tienes que elegir entre ellos. Tienes que elegir entre lo que fuiste y lo que deseas ser. Y eso… eso solo lo decides tú.

Coral se inclinó y besó la frente arrugada de su abuela.

—Gracias —susurró—. Por escucharme. Por no juzgarme.

Rosalind sonrió.

—Solo quiero verte feliz. Y si ese capitán deslenguado te hace feliz… no lo alejes. Que venga. Que se enfrente a Reginald. A Arthur. A Geoffrey. A mí. Que demuestre que merece estar a tu lado.

Coral rio bajito.

—Sería un espectáculo.

Rosalind asintió.

—Y yo lo vería encantada. Desde mi sillón. Con una copa de jerez en la mano.

Coral se quedó allí un rato más, sosteniendo la mano de su abuela hasta que Rosalind cerró los ojos y su respiración se hizo más profunda y tranquila. Solo entonces se levantó, besó la frente arrugada una última vez y salió sin hacer ruido.

En el pasillo, Reginald la esperaba. No preguntó nada. Solo la miró con preocupación contenida. Coral le apretó el brazo con suavidad.

—Estoy bien —dijo—. Solo necesitaba hablar con ella.

Reginald asintió.

—Y ella necesitaba hablar contigo.

Coral miró hacia la puerta cerrada.

—Y ahora… ahora he comprendido por fin que mi felicidad futura depende solo de mí —dijo con los ojos brillantes—. Que no tengo que apresurarme…

Reginald sonrió con ternura.

—Eres muy joven Coral. Date tiempo.

—Lo haré, lo prometo.

CAPÍTULO 34

El tintineo de la plata contra la porcelana de Minton era el único sonido en el salón privado de Rosalind. Reginald, sentado frente a su madre, sostenía la taza con una fijeza casi dolorosa, como si el calor del té pudiera derretir el nudo de hielo que llevaba años alojado en su pecho.

—Está radiante, madre —murmuró Reginald, rompiendo el silencio que se había instalado entre ambos.

—Radiante está nuestra querida Coral —susurró la madre orgullosa.

—Londres la mira y ve a una Beaumont, pero yo la miro y veo… el fantasma de Alexander —susurró el hijo.

Rosalind dejó su taza sobre la mesa con un suspiro trémulo.

—Lo sé, hijo. Está en el color de sus ojos, en esa forma de inclinar la cabeza. Es como si el destino nos hubiera concedido una segunda oportunidad para no cometer los mismos errores.

Reginald bajó la vista. La luz de la chimenea acentuaba las arrugas de su frente, surcos tallados por una culpa que finalmente reclamaba su espacio.

—No fue el destino, madre —confesó con la voz rota—. Fui yo. Yo fui quien lo obligó a dejar Cádiz.

Rosalind se quedó inmóvil, con la mano suspendida en el aire. Reginald no se detuvo; las palabras brotaban ahora como una marea que rompe un dique.

—Yo sabía que andaba loco por una muchacha de allí. Humilde, hija de pescadores, sin un penique a su nombre. En mi soberbia de hermano mayor, de heredero del título, solo pude ver una amenaza. Creí que era una mercenaria ambiciosa que buscaba cazar a un oficial inglés para salir de su miseria. Le di un ultimátum a Alexander: el honor de la familia o su capricho andaluz. Lo subí a aquel barco casi a la fuerza, convencido de que le estaba salvando la vida.

Hizo una pausa, y el peso de todos esos años de ausencia de Alexander pareció aplastar los muebles de la estancia.

—Qué equivocado estaba. Mi hermano era un hombre de honor, mucho más que yo. No era un capricho. Estaba enamorado hasta la médula. Por eso, cuando el rumor de la existencia de una sobrina llegó a mis oídos, no lo dudé. No fui a Cádiz por curiosidad, madre… fui por penitencia. Necesitaba saber si Alexander había muerto odiándome o si me había dejado algo que proteger.

Reginald dejó la taza y, con dedos temblorosos, extrajo un papel amarillento del interior de su chaqueta. Un documento doblado con cuidado, que conservaba todavía un levísimo aroma a salitre y tabaco de liar.

—Antonio, el hombre que crio a Coral, me entregó esto el día que ella decidió acompañarme. Él no quería dármelo, pero cuando vio que mi intención era legítima, me lo puso en las manos como quien entrega una sentencia.

Extendió el papel sobre el regazo de Rosalind. Era un Acta de Matrimonio en Alta Mar.

—Se casaron, madre —susurró Reginald evidentemente arrepentido—. Alexander y María Pérez. Se casaron legalmente ante un capitán de barco. Coral no es solo su sangre; es su heredera legítima. Alexander nunca la abandonó en su corazón; fue mi mano la que trazó la distancia entre ellos. Me equivoqué con María. Ella no era ambiciosa… era la mujer que mi hermano eligió. Salvo que entonces no pude verlo.

Rosalind acarició el papel, pasando los dedos por el nombre de su hijo menor. El silencio que siguió fue denso, cargado de una tristeza que ya no buscaba culpables, sino consuelo.

—Toda esta seda, todos estos bailes… —continuó Reginald, señalando hacia el techo—. Son mi intento de devolverle lo que le robé. Pero cada vez que la miro sonreír, siento que el perdón de Alexander está todavía a un océano de distancia.

Rosalind levantó la vista y, con la mano que aún conservaba la fuerza de su linaje, apretó la de su hijo.

—Alexander te perdonó en el momento en que ella puso un pie en esta casa, Reginald. Ahora solo falta que te perdones tú.

Reginald sintió que las palabras de su madre lograban quitarle un gran peso de encima, pero no podía sentir el perdón de su

hermano, y supuso, que jamás lo haría, que esa sería su cruz y supenitencia.

***

Coral había tomado la decisión en la quietud de su habitación de Grosvenor Square, después de hablar con Rosalind. Las palabras de su abuela —«No puedes compararlos, hija mía; no puedes saber hasta dónde te puede llevar Henry»— se le habían clavado como una brújula. No quería elegir a ciegas. No quería dejarse llevar ni por el recuerdo de Edward ni por la gratitud hacia los Beaumont. Quería saber. Quería sentir. Quería poner a prueba lo que Henry le ofrecía: una vida estable, elegante y predecible. Una vida sin promesas rotas ni esperas eternas.

Durante días observó. Escuchó conversaciones en los salones, en los paseos por Hyde Park, en las visitas de tarde. Oyó hablar de una posada discreta en las afueras, cerca de Richmond, junto al río: The White Swan. Un lugar donde las parejas que deseaban privacidad podían encontrarse sin que los rumores de Mayfair llegaran hasta allí. Nadie preguntaba nombres. Nadie juzgaba. Solo se pagaba y se entraba.

Coral lamentó profundamente que Luisa siguiera en Escocia. Su madrina habría sabido qué hacer, cómo vestirse, cómo hablar, cómo protegerse. Pero no estaba, aunque Coral, por primera vez en mucho tiempo, se sintió capaz de actuar sola.

Escribió una nota breve a lady Sheffield —la anfitriona de una velada musical esa misma noche—, disculpándose por no poder asistir debido a una indisposición pasajera. Luego le dijo a Reginald y a Evelyn que iría al evento y que regresaría acompañada de Hartington, que se había ofrecido a escoltarla de vuelta. Nadie dudó de sus palabras. Coral nunca había mentido. Su nerviosismo se atribuyó a la emoción de la temporada y a la reciente mejoría de Rosalind. Reginald le besó la frente y le dijo que se cuidara. Evelyn le ajustó la capa de terciopelo y le sonrió con complicidad.

Coral salió de casa a las seis en punto en un carruaje de alquiler que ella misma había pedido. Llevaba un vestido sencillo pero elegante de terciopelo azul medianoche —uno de los que Luisa había cosido en el barco—, con corpiño ajustado y falda de vuelo moderado. Nada ostentoso. Nada que llamara demasiado la atención. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo con peinetas de carey. En el bolso llevaba unas monedas para pagar el carruaje. Coral le había enviado una nota a Hartington esa misma mañana:

«*Te espero a las siete en The White Swan, Richmond. Tengo un problema y necesito ayuda. Coral*».

El carruaje tardó casi una hora en llegar. El camino era estrecho, flanqueado por setos altos y árboles que empezaban a verdear. La posada apareció al doblar una curva: una construcción de piedra y vigas oscuras, con ventanas pequeñas y luz cálida que se filtraba a través de las cortinas. Un cartel de madera con un cisne blanco pintado se balanceaba con el viento. El cochero detuvo el caballo, bajó y le abrió la puerta.

Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa e inclinó la cabeza para que nadie viera su rostro. Coral pagó con monedas que había sacado de su propio dinero, el que Reginald le había dado para «gastos personales». Entró. El posadero, un hombre de mejillas coloradas y bigote espeso, la saludó con una inclinación de cabeza sin preguntar su nombre. Le entregó una llave.

—Primera planta, última puerta a la derecha, señora. La cena estará lista a las ocho, si la desean.

Coral subió la escalera de madera, que crujía bajo sus pies. El pasillo era estrecho y estaba iluminado por lámparas de aceite. Abrió la puerta. La habitación era sencilla, pero limpia: una cama con dosel de cretona floreada, una chimenea encendida, una mesa pequeña con dos sillas y una ventana que daba al jardín trasero, donde los sauces rozaban el río. Olía a cera de abeja y a leña recién quemada. Coral dejó la capa sobre la silla y se sentó frente al espejo del tocador. Se miró. Los ojos que le devolvieron la mirada reflejaban una mezcla de determinación y miedo.

A las siete en punto oyó pasos en el pasillo. Un golpe suave en la puerta.

—Adelante —dijo.

Hartington entró. Llevaba levita oscura, chaleco de brocado gris, pañuelo blanco. En la mano, un ramo pequeño de violetas. Cerró la puerta tras de sí y se quedó quieto un momento, mirándola.

—Estás aquí —dijo, con la voz baja, casi incrédula.

—Tu nota me dejó muy preocupado, y muy sorprendido de que me citaras en este lugar.

Coral se levantó.

—No se me ocurrió otro lugar más discreto —respondió—. Y has venido.

Hartington dio un paso adelante. Le tendió las violetas.

—Me recordaron tus ojos.

Coral tomó el ramo. Lo olió. Las flores eran frescas, silvestres, con ese aroma tímido que tenían las violetas antes de ser cultivadas en invernaderos.

—Gracias —dijo.

Se hizo un silencio. Hartington se acercó más.

—¿Qué problemas tienes, Coral? —él había omitido la formalidad de llamarla lady Beaumont—. ¿Por qué estoy aquí? —preguntó—. ¿Por qué esta posada?

Coral dejó las violetas sobre la mesa.

—Quería hablar contigo. A solas. Sin salones. Sin ojos que vean y oídos que escuchen. Solo nosotros.

Hartington la miró fijamente.

—¿Y qué quieres decirme? —el tono de él se apreciaba preocupado.

Coral respiró hondo.

—Quiero saber cómo sería —dijo—. Una vida contigo. Un futuro contigo. Quiero saber si lo que siento cuando estoy a tu lado es real… o solo gratitud.

Hartington dio otro paso. Ahora estaban muy cerca. Podía oler su perfume —sándalo y cítricos—, podía ver las motas grises en sus ojos.

—¿Y cómo deseas saberlo? —preguntó él ahora con la voz ronca.

Coral levantó la vista.

—De la única forma que se me ocurre… ¡Bésame! —le ordenó más que le pidió.

Hartington no dudó. Le tomó el rostro entre las manos con una delicadeza infinita y la besó. Fue un beso lento, profundo, sin prisa. Coral cerró los ojos. Sintió sus labios cálidos, firmes, seguros. Sintió sus manos en su cintura, atrayéndola con cuidado. Sintió que el beso era todo lo que Edward nunca había sido: calmado, seguro, sin tormentas. Y sin embargo… sin embargo, no era suficiente. Sintió ganas de llorar. Él lo supo, y maldijo por lo bajo.

—Así que se trata de él… del capitán.

Ella no pudo negarlo.

—Me he imaginado una vida a tu lado, pero tengo un pasado que me llena de remordimientos, y que me perseguirá siempre. Era joven, incauta. Edward fue el primer hombre que me prestó atención. Representaba libertad, lo prohibido…

—¡Coral! —exclamó él bastante afectado.

—Edward es tormenta, es aventura, es pasión…

Él se enfadaba por momentos.

—Y si él es todo eso para ti, entonces, ¿qué soy yo?

Coral estaba plantada frente él con los ojos brillantes, decididos.

—Tú eres la calma después de la tormenta. El fuego que calienta el hogar en los días más fríos… pero necesito saber que, si te elijo a ti, no me equivocaré y que tú no te arrepentirás.

Hartington dio el paso que faltaba. Le tomó el rostro entre las manos con una delicadeza infinita. Sus pulgares le acariciaron las mejillas.

—Coral… —susurró—. ¡Al diablo con todo!

Él la besó, pero en esta segunda ocasión el beso no fue suave al principio, fue ardiente, exploratorio. Harry la sujetó con fuerza y la pegó a su pecho. Pero no había prisa en él. No había tormenta. Solo una calma profunda que la envolvía como el mar cuando está en bonanza.

Coral sintió que algo se removía en su interior. Sus manos subieron por el pecho de él, desanudaron el nudo de su pañuelo, desabrocharon el chaleco de brocado plateado. Harry le soltó el moño bajo con dedos temblorosos, dejando que el cabello negro cayera en cascada sobre sus hombros como una cortina de seda negra, soltando el perfume del jazmín que llenó la habitación como una promesa. La besó en el cuello, en la clavícula, en el hueco donde el pulso latía fuerte. Coral arqueó la espalda, sintiendo que cada beso era una pregunta y una respuesta al mismo tiempo.

Se movieron hacia la cama en un baile silencioso. Harry le desabrochó el corpiño con paciencia, como si cada corchete fuera un secreto que desvelar. El vestido cayó al suelo con un susurro de terciopelo. Coral quedó en camisola de algodón blanco, la piel aceitunada brillaba bajo la luz del fuego. Él la miró como si fuera lo único importante en el mundo, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos.

—Eres hermosa —murmuró—. Más hermosa de lo que merezco.

Coral lo atrajo hacia sí. Lo besó con más urgencia, sintiendo cómo el deseo le subía por el cuerpo como una ola que crece y no se detiene. Harry se quitó la levita y la camisa, dejando al descubierto su pecho ancho y su piel pálida, marcada por alguna cicatriz antigua de duelos universitarios. Se tumbaron en la cama, los cuerpos entrelazados, las manos explorando sin prisa, pero con una intensidad que hacía arquear a Coral contra él.

Cuando se unieron por fin, no hubo prisa ni urgencia salvaje. Fue lento, casi reverencial, como si ambos supieran que ese momento era demasiado valioso para consumirlo rápidamente. Harry la sostuvo con una delicadeza casi sagrada; sus manos grandes, pero cuidadosas, enmarcaban sus caderas mientras se hundía en ella con una lentitud que la hizo contener el aliento. Coral sintió cada centímetro de él como una promesa cumplida: cálido, firme, vivo. No había dolor, solo una plenitud abrumadora que la llenó hasta los bordes y la hizo arquear la espalda con un suspiro tembloroso.

Él se detuvo un instante dentro de ella, completamente quieto, solo respirando contra su cuello. Sus labios rozaron la piel sensible

bajo su oreja.

—Eres todo lo que he soñado —susurró, la voz ronca y quebrada por la emoción—. Todo lo que nunca creí que podría tener.

Coral cerró los ojos. Las palabras se le clavaron en el alma. No eran las frases grandilocuentes de los salones ni los halagos vacíos de los pretendientes; eran confesiones desnudas, dichas en la penumbra, con la voz rota por el deseo y algo más profundo. Ella levantó las manos y le enmarcó el rostro, obligándolo a mirarla. Los ojos grises de Hartington estaban oscurecidos por el placer y la ternura, y en ellos Coral vio reflejada una devoción que nunca había recibido de nadie.

—Entonces ámame —respondió ella en un susurro que apenas salió de su garganta—. Ámame como deseas amarme.

Entonces él empezó a moverse, con una lentitud que era casi una tortura. Cada embestida era medida y profunda, como si quisiera grabarse en su memoria, su cuerpo y su alma. Coral se aferró a sus hombros y le hundió las uñas en la piel, dejando medias lunas que al día siguiente serían marcas rosadas. Sus gemidos eran suaves y entrecortados, casi suspiros que se perdían contra la boca de él cuando se besaban. Cada vez que Hartington se hundía hasta el fondo, Coral sentía que algo dentro de ella se abría, se expandía y se llenaba de una luz que había creído extinguida.

—Tú… —jadeó ella contra sus labios—, tú eres mi hogar. Dondequiera que estés… ahí quiero estar.

Coral arqueó la espalda buscando más, necesitando más. Sus caderas se alzaron para encontrarse con las suyas en un ritmo instintivo y antiguo que no necesitaba palabras. Harry bajó la boca hasta su pecho, tomó un pezón entre los labios y lo succionó primero con ternura y después con más fuerza, haciendo que ella se estremeciera y soltara un gemido largo y roto. Sus manos la recorrieron como si estuviera memorizando cada curva: la línea de sus costillas, la suave depresión de su cintura, la redondez de sus caderas y el lugar donde sus cuerpos se unían y se separaban en un vaivén interminable.

—Dime que sientes esto —susurró él, su voz casi suplicante—. Dime que es real.

Coral abrió los ojos y lo miró. Lágrimas silenciosas se deslizaron por sus sienes y se perdieron en el cabello.

—Es real —respondió, la voz temblando—. Eres real.

Él aceleró apenas, lo justo para llevarla al borde. Sus movimientos se hicieron más profundos, más precisos, buscando ese punto dentro de ella que la hacía temblar. Coral se aferró a sus hombros con más fuerza, los gemidos convirtiéndose en pequeños sollozos de placer. El mundo se redujo a la fricción perfecta de sus cuerpos, al calor húmedo que los unía, al latido acelerado que compartían. Cuando el clímax la alcanzó, fue como si una ola la recorriera entera: empezó en su vientre, subió por su columna, explotó en su pecho y se derramó en un grito ahogado que Hartington capturó con su boca. Él la siguió segundos después, derramándose dentro de ella con un gemido largo y profundo que pareció salirle del alma, los brazos temblando mientras se sostenía sobre ella para no aplastarla.

Se quedaron así, unidos, jadeantes, sudorosos, con los corazones latiendo al unísono contra la piel del otro. Hartington apoyó la frente contra la de ella, respirando con dificultad.

—No te dejaré ir —susurró.

—Solo quiero una promesa de ti, Henry… que no me hagas promesas que no piensas cumplir.

—Jamás lo hare, ¡lo juro!

Coral lo abrazó más fuerte, enterrando el rostro en su cuello, dejando que las lágrimas silenciosas se mezclaran con el sudor de ambos.

Después, cuando yacían entrelazados bajo las sábanas de lino, con el fuego crepitando en la chimenea y el río murmurando fuera, Coral apoyó la cabeza en su pecho. Escuchó su corazón latir fuerte, constante, seguro, y se permitió soñar.

—Perdóname que no hayas sido el primero… —susurró ella con voz temblorosa y afectada.

Harry soltó un largo suspiro, pero no de pesar. Cuando los vio juntos en el baile, a Coral y al capitán, supo que entre ellos había habido algo más que palabras. Al principio le afectó, pero terminó aceptándolo porque la quería más que a nada en el mundo.

—Solo aspiro a ser el último hombre en tu vida como tú serás la última mujer en la mía —y volvió a besarla con una necesidad nacida de la desesperación.

Ella volvió a entregarse a él por entero, sin pensar en nada, sin cuestionar nada.

CAPÍTULO 35

Coral se despertó antes de que la luz pálida del sol se colara a través de las cortinas de cretona. La habitación del The White Swan estaba envuelta en un silencio suave, roto solo por el crepitar moribundo del fuego en la chimenea y el rumor lejano del Támesis. Hartington dormía a su lado, con el brazo extendido sobre la almohada y el rostro sereno, como si el mundo entero se hubiera detenido para concederle paz. La mujer lo miró un momento, trazando con la mirada la curva de su mandíbula, la forma en que el cabello castaño le caía sobre la frente y la respiración rítmica que subía y bajaba su pecho desnudo. Sintió un calor suave en el vientre, un eco de las horas que habían compartido: un calor que no era solo deseo, sino algo más profundo y tierno, como si su cuerpo recordara cada caricia, cada susurro, cada instante en que se habían fundido en uno solo.

Se levantó despacio, envuelta en la sábana de lino blanco, que olía a jazmín y a ellos. El suelo de madera estaba frío bajo sus pies descalzos, pero no le importó. Se acercó a la ventana y apartó ligeramente la cortina. El río se deslizaba plateado bajo el amanecer, con sauces llorones inclinándose sobre el agua como amantes eternos. Coral sintió un escalofrío, no de frío, sino de esa claridad que llega después de la tormenta, cuando el alma se aquieta y el corazón empieza a hablar.

Harry se removió en la cama. Abrió los ojos y la vio allí, silueteada contra la luz del alba. La sábana le caía sobre los hombros como un manto de reina. Sonrió con esa sonrisa lenta que siempre le llegaba al alma.

—Ven aquí —murmuró, extendiendo la mano.

Coral se giró. Caminó hacia la cama con pasos suaves, dejando que la sábana se deslizara ligeramente, revelando la curva de su hombro, la línea elegante de su cuello. Se sentó en el borde del colchón, y él le tomó la mano, besándole los nudillos con una delicadeza que la hizo temblar.

—¿Estás bien? —preguntón con ronca.

—Más que bien —susurró.

Hartington se incorporó despacio, apoyándose en un codo. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, luego el cuello, luego la línea del hombro donde la sábana se había resbalado. Su toque era ligero, reverente, como si estuviera memorizando cada centímetro de su piel.

—Anoche… —dijo con voz baja y llena de emoción—. Anoche fue… especial e inolvidable. Tú eres inolvidable.

Coral sintió que el calor le subía por el cuerpo. Se inclinó hacia él, dejando que la sábana se deslizara un poco más abajo, dejando al descubierto la curva de su pecho. Lo besó despacio, un beso que empezó suave y se hizo más profundo y urgente. Harry la atrajo hacia sí, con las manos en la espalda, deslizándolas por su piel cálida y suave. Ella se dejó llevar, montándose a horcajadas sobre él y sintiendo el calor de su cuerpo contra el suyo y el latido acelerado de su corazón bajo las palmas de sus manos.

Se unieron de nuevo, pero esta vez fue diferente. Ya no había exigencia ni descubrimiento. Era algo más íntimo y lento, como si quisieran saborear cada instante. Coral se movía con una gracia natural, arqueando la espalda y cerrando los ojos para sentirlo por completo. Hartington la guiaba con suavidad con las manos en las caderas y le susurraba al oído palabras de adoración: «Eres mía», «te amo», «nunca te dejaré ir». Cada embestida era una promesa, cada gemido un eco de algo eterno. Coral sintió que el placer le subía por el cuerpo como una ola que crece y no se detiene, que la envolvía y la hacía temblar hasta que, finalmente, alcanzó un clímax que la dejó sin aliento, jadeando contra su cuello.

Harry la siguió momentos después, derramándose en ella con un gemido profundo que pareció salirle del alma. Se quedaron entrelazados, sudorosos, respirando al unísono, con las ascuas casi apagadas de la chimenea proyectando sombras danzantes sobre sus cuerpos unidos.

Coral apoyó la cabeza en su pecho. Escuchó su corazón latir fuerte, constante, seguro. Estaba a punto de amanecer e ignoraba cómo entraría en la casa sin que la vieran, pero pasar esas horas con él le había resuelto muchas dudas, no todas, pero sí las más

importantes. Pasaron varios minutos en silencio, pero abrazados, y entonces él pronunció unas palabras que ella no esperaba oír.

—Cásate conmigo —murmuró él, acariciándole el cabello—, quédate a mi lado para siempre.

Coral levantó la vista. Lo miró. Los ojos grises de él eran sinceros y parecían expresar amor verdadero, pero ella no respondió. Se deslizó sobre él, acomodándose a horcajadas, y la sábana cayó a un lado. Hartington la miró con una intensidad que le robó el aliento. Sus manos subieron por sus muslos, lentas y reverentes, hasta llegar a sus caderas. Ella se inclinó y lo besó, esta vez con intención, con un hambre contenida. Él respondió al instante, atrayéndola hacia abajo hasta que sus cuerpos se alinearon de nuevo.

—¡No me sacio de ti! —exclamó el noble.

No hubo palabras innecesarias. Solo se escuchaba el roce de la piel contra la piel, el susurro de las sábanas y los gemidos ahogados que se perdían en la boca del otro. Hartington la sostuvo con firmeza, pero sin prisa, guiándola con embestidas profundas y pausadas que la hicieron arquearse y cerrar los ojos. Coral se movió sobre él con gracia, sintiendo cada embestida como una caricia que llegaba hasta el alma. Sus manos se enredaron en el cabello de él, tirando suavemente, mientras sus caderas encontraban el ritmo perfecto que los llevaba al borde una y otra vez.

Cuando el placer la alcanzó, fue como una ola lenta que la recorrió entera: empezó en su vientre, subió por su columna, explotó en su pecho y se derramó en un gemido largo y tembloroso que Hartington capturó con su boca. Él la siguió segundos después, derramándose dentro de ella con un gemido ronco que pareció salirle del alma. Los brazos le temblaban mientras se aferraba a ella como si temiera que desapareciera.

Se quedaron en silencio durante un buen rato, respirando juntos y sintiendo cómo el mundo volvía poco a poco a su sitio. Luego, Hartington la abrazó más fuerte.

—Lo he decidido —dijo—. Pediré una licencia especial. Nos casaremos en cuanto sea posible. Sin esperas.

Coral sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Las palabras eran hermosas. Eran todo lo que una mujer podía desear. Pero también eran un peso.

—Eres un heredero —susurró—. Serás duque algún día. Te mereces una boda acorde a tu rango. Con invitados, con… todo lo que corresponde.

Hartington le tomó el rostro entre las manos y la miró con una intensidad que la hizo temblar.

—No me importan los rangos —dijo—. Me importas tú. Y si tengo que casarme en una capilla de pueblo con dos testigos y un cura borracho, lo haré. Mientras sea contigo.

Coral sintió que algo dentro de ella se ablandaba. Se inclinó y lo besó despacio, con una ternura que no había sentido en mucho tiempo.

—Entonces… esperemos un poco más —dijo—. Solo hasta que Rosalind esté mejor. Hasta que pueda verme casada sin miedo a que se muera de pena por no estar allí.

El hombre asintió.

—Entonces me aceptas —susurró.

Se levantaron despacio. Se ayudaron a vestirse con una intimidad que ya no necesitaba palabras. Harry le abrochó los corchetes del corpiño con dedos cuidadosos. Coral le anudó el pañuelo al cuello con una sonrisa tímida. Cuando estuvieron listos, él le tendió la mano.

—Vamos —dijo—. Te llevaré a casa.

Salieron de la posada juntos. El carruaje ducal esperaba fuera, con el escudo de los Cavendish brillando bajo el sol matutino. El cochero abrió la puerta sin una palabra. Subieron. El carruaje se puso en marcha con un suave traqueteo.

Coral apoyó la cabeza en el hombro de Harry. Él le besó la sien.

—Todo va a estar bien —susurró.

Coral cerró los ojos.

—Lo sé —dijo—. Contigo… lo sé.

CAPÍTULO 36

El carruaje ducal de los Cavendish entró en Brayton Hall con el discreto rumor de los cascos sobre los adoquines húmedos. La plaza estaba bañada por la luz grisácea del amanecer londinense, con los faroles de gas aún encendidos, que proyectaban círculos dorados sobre la fachada de las mansiones. Coral iba sentada junto a Hartington, con las manos entrelazadas en su regazo y el ramo de flores aún fresco sobre sus rodillas. El silencio entre ellos era cómodo, pero cargado: ambos sabían que lo ocurrido en The White Swan había cambiado algo irrevocable.

Cuando el coche se detuvo frente a la mansión, Reginald ya esperaba en la escalinata principal. Vestía levita gris oscuro y chaleco de brocado negro; llevaba el bastón apoyado en el suelo y tenía una expresión serena, pero alerta. Al verlos bajar juntos —Hartington ayudando a Coral con una mano firme en su codo—, entrecerró apenas los ojos. No dijo nada de inmediato. Solo inclinó la cabeza hacia el marqués.

—Harry —saludó con voz neutra—. Veo que has acompañado a mi sobrina.

Las mejillas de Coral ardían al ver a su tío que los esperaba. No podían ocultar lo que había ocurrido, y simplemente le ofreció una ligera disculpa.

—Acompáñame a la biblioteca —su voz no admitía réplica.

Harry hizo una reverencia impecable.

—Hablamos más tarde —le dijo a ella.

Reginald lo precedió hacia la biblioteca, una vez dentro, el noble no le permitió ni una palabra.

—Milord. Ha sido un honor escoltar a su sobrina. Y… tengo el placer de anunciarle que lady Beaumont ha aceptado ser mi esposa. Comenzaré los preparativos cuanto antes. Licencia especial, ceremonia privada en cuanto lady Rosalind pueda asistir. Todo con la máxima discreción y respeto.

Reginald no se inmutó.

—Eso desatará un escándalo, lo sabes, ¿verdad? —no le permitió responder—. Y eso sin contar que tu escapada con ella se haya descubierto y comience a ser la comidilla de todo Londres.

El rostro de Hartington se vio azorado.

—No fue planeado, lo juro, pero deseo hacerla mi esposa.

Lord Beaumont cruzó las manos en la espalda y comenzó a dar pasos suaves hacia la ventana.

—Todavía no sabes la reacción de tu padre el duque de Lowton cuando sepa que deseas desposar a mi sobrina.

—Mi padre conoce mis intenciones, milord. Ya se lo expresé hace tiempo, Y mi tía y madrina también. Rosalind me dio su bendición hace semanas.

Esos detalles no los conocía Reginald, pero no lo sorprendieron, aunque solo veía problemas. En la sociedad las cosas no se hacían así, pero, dadas las circunstancias actuales, había que extremar las precauciones y acelerar los plazos.

—Hablaré con mi sobrina, y después citaré a tu padre para hablar de la dote…

Lord Hartington hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se marchó. Después hizo sonar la campana y le dijo al mayordomo que avisara a su sobrina que deseaba hablar con ella.

Cuando Coral cruzó la puerta de la biblioteca, estaba radiante.

—Solo voy a hacerte una pregunta —dijo con voz queda—. ¿Estas segura?

Coral no dudo ni un segundo en darle una respuesta.

—He aceptado su proposición —contestó la sobrina con voz contenida.

—El título de duquesa conlleva responsabilidades que van más allá de un baile o un paseo —le dijo el tío—. Rígidos protocolos. Innumerables deberes. Amplias expectativas. Una vida pública… expuesta. ¿Estás preparada para eso?

Coral lo miró fijamente. Claro que no estaba preparada para eso ni para nada. Pero había aceptado a Henry.

—No puedo saberlo —dijo pensativa—. Pero estoy dispuesta a dar lo mejor de mí.

Reginald la observó un momento largo. Luego asintió.

—Entonces tienes mi bendición —dijo—. Y la de tu abuela, cuando se lo cuentes.

—¿Está despierta? —preguntó con voz preocupada porque era muy temprano, no habían dado las siete de la mañana todavía.

—Sabe que no fuiste a la velada que nos mencionaste, y que no viniste a casa en toda la noche.

Subieron juntos al salón privado donde Rosalind esperaba, sentada junto a la chimenea con un libro abierto en el regazo que no estaba leyendo. Al ver entrar a Coral, su rostro, que momentos antes se veía preocupado, ahora se iluminó.

—Ven aquí, hija —dijo, extendiendo la mano.

Coral se arrodilló junto al sillón y tomó la mano de su abuela. Reginald se quedó de pie junto a la puerta, observándolas en silencio sin intervenir.

—Abuela… —empezó Coral, con la voz temblando ligeramente —. Anoche tomé una decisión. Casarme con Harry.

Rosalind no se sorprendió. Solo le acarició la mejilla.

—Lo intuía —susurró—. Lo veía en tus ojos cada vez que hablabas de él. En cómo sonreías cuando mencionabas su nombre. Y en como has decidido echar por tierra tu reputación…

Coral sintió calor, vergüenza, y también tranquilidad.

—Debería arrepentirme, pero no lo haré —dijo—. Porque ahora tengo las ideas más claras. Y eso… eso me da paz.

Rosalind le apretó la mano.

—Entonces sé feliz, hija —dijo—. Sé feliz por los dos. Por ti… y por tu padre Alexander. Porque él querría verte así: fuerte, amada, elegida.

Coral apoyó la frente en la mano de su abuela.

—Gracias —susurró—. Por todo.

Rosalind le besó la frente.

—Y ahora… ve a descansar. Mañana empezaremos los preparativos. Una boda digna de una Beaumont.

***

La noticia se extendió como pólvora seca por los salones de Mayfair y Belgravia.

Primero fue un susurro en el vestíbulo de lady Jersey durante el té de las cinco: «La señorita Beaumont y el marqués de Hartington... desaparecidos la misma noche». Luego fue un comentario velado en el palco de la ópera, entre las arias de Bellini: «Dicen que se hospedaron en The White Swan... solos... toda la noche». Al día siguiente, el rumor se convirtió en un murmullo constante en los clubes de St. James's, en las modistas de Bond Street y en las cartas que cruzaban la ciudad con lacre negro y tinta apresurada.

Nadie podía parar los rumores. Las matronas más estrictas fruncían el ceño y hablaban de «conducta impropia para una joven de buena familia». Las debutantes más envidiosas cuchicheaban con un deleite mal disimulado. Los caballeros intercambiaban miradas y comentarios subidos de tono en los fumaderos. El escándalo era pequeño, pero vivo, como una brasa que se niega a apagarse.

Sin embargo, cuando los anuncios de las amonestaciones se hicieron públicos —tres domingos consecutivos en la parroquia de St. George's Hanover Square—, el asunto comenzó a olvidarse. La boda se celebraría pronto, con licencia especial, y la presencia de lord y lady Beaumont, junto con la convaleciente lady Rosalind, otorgaba al asunto un barniz de respetabilidad que nadie se atrevía a cuestionar abiertamente. «Una pasión precipitada, pero honrada», decían ahora las mismas lenguas que antes habían susurrado. «El marqués está loco por ella. Y ella... Bueno, ya se ve que sabe lo que quiere y que no le asustan los fantasmas».

Coral soportó los días siguientes con la cabeza alta y la sonrisa serena que Evelyn le había enseñado. Pero por dentro, el silencio de Cádiz seguía doliéndole como una herida abierta.

Mientras tanto, en una suite del hotel Brown's, Edward Ashcroft paseaba como un león enjaulado.

La noticia le llegó por la mañana a través de un amigo del club, que lo felicitó con una palmada en la espalda y una sonrisa maliciosa: «Tu enamorada se casa con Hartington. Dicen que ya se han... casado. En una posada de Richmond. Todo Londres habla de ello».

Edward sintió que le estallaba la sangre en las sienes. No dijo nada. Solo salió del club, tomó un cabriolé y se dirigió a Brayton Hall.

Llegó a las tres de la tarde, sin anuncio previo, sin tarjeta de visita. El mayordomo Hargreaves lo recibió con la misma expresión impasible de siempre.

—El capitán Ashcroft desea ver a la señorita Coral Pargo —dijo Edward con voz cortante usando el nombre español de ella.

Hargreaves inclinó la cabeza.

—Lady Beaumont está ocupada. Recibe visitas solo con cita previa.

Edward apretó los puños.

—Dígale que estoy aquí. Y que no me iré hasta que me reciba.

Hargreaves desapareció por el pasillo. Volvió al cabo de unos minutos.

—Lady Beaumont lo recibirá en el salón de té. Cinco minutos. Ni uno más.

Edward subió las escaleras con el paso pesado de quien aborda un barco enemigo. El corazón le golpeaba las costillas con una violencia sorda. Al entrar, la encontró de pie frente al ventanal. No hubo rastro de la muchacha que corría hacia él en los muelles de Cádiz; solo una calma gélida, una armadura de seda que le heló la sangre más que la niebla del Támesis.

—Habla —sentenció ella, sin girarse—. Y sé breve, capitán. Mi tiempo ya no te pertenece.

Edward dio un paso, su presencia tosca profanando la alfombra de flores.

—He oído lo de la posada —soltó con la voz ronca, destilando un veneno que pretendía camuflar su dolor—. Lo de Hartington. La noche que pasasteis bajo el mismo techo. Londres es un nido de víboras, señorita Pargo, y tú eres su festín.

Ella se giró despacio. Sus ojos violeta no mostraron vergüenza, solo una fatiga infinita. Sabía que su destino como futura Duquesa exigiría una piel de mármol.

—Y yo he oído que vas pavoneándote por los muelles de tus conquistas en Cádiz y otros puertos —replicó con un desprecio cortante—. Como buen fullero que eres, Edward. Usas los nombres de las mujeres para calmar tu ego cuando el mar se pone bravo.

Edward apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

—No soy yo quien ha cambiado en este tiempo. Eres tú. Te han convertido en una damisela de salón, en una muñeca de porcelana rellena de serrín. Ya no queda nada de la Coral Pargo que cantaba en la taberna con el alma en la garganta. Ahora solo eres... una sombra elegante.

—Y tú sigues siendo el mismo bastinazo de siempre —le escupió ella, usando esa palabra gaditana que sabía que le dolería como un tajo—. El mismo que ahora pretende juzgarme porque otro ha tenido la valentía de elegirme frente al mundo.

—¡No te ha elegido! —rugió Edward, acortando la distancia—. ¡Te ha comprado! Te ha comprado con títulos que no te corresponden, con carruajes de oro y promesas que se cumplen fácil porque no tiene que jugarse la vida en el océano para sostenerlas. Ese hombre es un témpano de hielo aburrido que nunca sabrá cómo hacerte arder.

—Al menos sus promesas no se las lleva la corriente —respondió ella, y una lágrima traidora le resbaló por la mejilla—. Al menos él está aquí. Ahora. Sin excusas.

Edward la agarró por los hombros, sacudiendo su compostura.

—¡Te mereces más que ser un trofeo en su vitrina! Te mereces a alguien que te haga vibrar en sus brazos, alguien que conozca el sabor de tu piel bajo la luna de La Caleta. Tengo todo el derecho del mundo a decírtelo porque te entregaste a mí por propia voluntad. Y ahora te has vendido a él. Hay una palabra para las mujeres como tú en mi mundo, Coral...

Ella le propinó un empujón para separarlo de ella. El silencio que siguió fue insoportable. Coral retrocedió, con los ojos anegados en una mezcla de furia y una tristeza devastadora.

—¿Cómo pude equivocarme tanto con un ser como tú? —su voz era un hilo de seda desgarrada—. Tenía tantas ilusiones que cada amanecer sin ti era una puñalada. Te esperé hasta que el horizonte se me clavó en las pupilas. Subía al tejado de la taberna cada vez que entraba un barco... y cada vez que no eras tú, una parte de mí moría.

—¡Entonces déjame arreglarlo! —suplicó él, con una desesperación patética, tratando de atrapar sus manos—. Déjame demostrarte que esta vez es diferente, que el *Liberty* solo tiene un puerto y eres tú.

Coral negó con la cabeza, apartándose de su toque como si le quemara.

—No, Edward. No es diferente porque tú no has cambiado. Sigues siendo el hombre del mar: el que promete y se larga, el que ama y desaparece cuando el viento sopla a favor de su libertad. Y yo... yo ya no soy la muchacha que se rompe los dedos esperando una carta que nunca llega. Ya no soy la Coral que sueña con capitanes de pacotilla. Soy otra. Y esta mujer que ves... no te necesita para respirar.

Edward la miró con los ojos empañados, comprendiendo que el naufragio era total. Había cruzado el mundo para reclamar un tesoro, y se encontraba con que el cofre estaba vacío: ella se había llevado su alma a otra parte donde él ya no tenía mapas para navegar.

Edward se quedó inmóvil un instante, con la respiración agitada y los puños cerrados a los costados. La habitación parecía encogerse alrededor de ellos, el fuego de la chimenea crepitando como un testigo mudo y cruel.

—¡Ya lo creo que me necesitas! —le gritó ya sin control ninguno y con la voz baja y rota—. No puedes casarte con él. No después de lo que hubo entre nosotros.

Coral lo miró sin parpadear.

—Te he dicho que se acabó —respondió, y cada palabra fue pronunciada con una calma que le costaba la vida.

Edward dio un paso hacia ella con los ojos encendidos. ¿Cómo osaba hablarle así a él que se había criado con una familia decente,

entre algodones y ella… y ella en los lugares más bajos y ruines del mudo?

—Una muerta de hambre como tú no puede aspirar a un ducado —escupió las palabras que salieron como veneno—. No puedes engañarte pensando que Hartington te ve como igual. Te ve como un capricho exótico. Como una aventura que contará en los clubes cuando se canse de ti.

Coral sintió el golpe verbal como un latigazo en carne viva, pero no retrocedió ni un centímetro. Algo dentro de ella —la niña asustada que sollozaba entre las rocas de La Caleta, la mujer que había aprendido a sangrar en silencio— se había soldado por fin con hierro y fuego. Alzó la barbilla, los ojos brillando con una calma peligrosa.

—Puede que sí pueda aspirar —dijo, la voz baja pero afilada como el cristal roto—. Pero también sé que fui la amante de un noble despreciado en su propia casa.

Edward palideció hasta casi transparentarse. La frase lo atravesó como una daga oxidada, removiendo todo lo que había enterrado bajo capas de arrogancia y whisky.

—¿Cómo te atreves? —susurró, con la voz quebrándose en la última sílaba.

Coral dio un paso hacia él. El suelo de madera crujió bajo sus zapatos, como si la habitación entera contuviera el aliento.

—Ya sé lo que pasó —continuó ella, implacable—. Sé que tu hermano te traicionó con tu prometida. Sé que ella te miró a los ojos y eligió su cama en lugar de la tuya. Sé que te fuiste con el corazón hecho jirones y la rabia como único equipaje. Y lo lamento, Edward. De verdad lo lamento. Nadie merece ser destrozado así. —Hizo una pausa, con el pecho subiéndole y bajándole con violencia contenida —. Pero eso no te da derecho a destrozarme a mí. Me sedujiste. Me hiciste creer que era algo más que un cuerpo en un camarote. Me hiciste creer... —La voz se le quebró por primera vez. Apretó los labios hasta que le dolieron—. No, no mereces ni el resto de la frase.

Edward respiraba como si el aire se hubiera vuelto vidrio. Los puños le temblaban a los costados.

—Vete de una vez —dijo ella, y esta vez sonó casi como una súplica rota—. Olvidemos que alguna vez nos tocamos. No nos hagamos más daño.

Pero Edward no se movió. Sus ojos, oscuros y tormentosos, la recorrieron de arriba abajo como si quisiera grabarla en la memoria para odiarla mejor.

—Jamás serás una duquesa culta y distinguida —escupió, dejando que cada palabra rezumara veneno lento—. Todo Londres ya lo sabe. Que abriste las piernas para mí en Cádiz. Que gemiste mi nombre en un camarote estrecho mientras el barco se mecía. No te respetarán nunca. Te señalarán en los salones y susurrarán a tus espaldas: «La puta ambiciosa que trepó hasta un título». Y yo... —sonrió, una sonrisa cruel y destrozada a la vez—, yo me reiré cada vez que te vea romperte.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Coral sintió que el oxígeno abandonaba la habitación entera. El corazón le martilleaba en los oídos, en la garganta, en las yemas de los dedos.

Pero no bajó la mirada.

Dio un último paso. Quedaron tan cerca que podía oler el brandy en su aliento, el sudor de su rabia, el leve aroma a tabaco que aún se aferraba a su chaqueta. Sus respiraciones se enredaron.

Y entonces lo abofeteó. El primer golpe fue seco y preciso, y el sonido rebotó en las paredes como un disparo de pistola en un salón vacío. La cabeza de Edward se ladeó violentamente. La mejilla se le encendió al instante, un rojo furioso sobre su palidez.

No tuvo tiempo de reaccionar.

El segundo golpe llegó casi de inmediato, con la otra mano, más fuerte, más cargado de todo lo que Coral había callado durante meses. El chasquido fue aún más brutal; un eco que pareció romper algo irreparable dentro de los dos. Los dedos le dolieron al impacto, pero no tanto como el alivio salvaje que le subió por la garganta.

Edward se quedó inmóvil, aturdido, la respiración entrecortada. Una gota de sangre diminuta asomó en la comisura de su labio donde el anillo de Coral lo había rozado. No se tocó la cara. Solo la miró, con los ojos muy abiertos, como si acabara de descubrir que ella también podía hacerle sangrar.

Coral tenía lágrimas resbalando por las mejillas, pero su voz salió firme, casi helada:

—No vuelvas a hablarme como si me conocieras. No vuelvas a tocarme con tu desprecio. Y no vuelvas a creer que puedes romperme sin romperte tú también.

Coral dio un paso atrás. El espacio entre ellos se abrió como una grieta en el hielo: frío, profundo, irreparable.

Edward parpadeó una vez. Dos. Sus puños se crisparon a los costados hasta que los tendones del cuello se le marcaron como cuerdas a punto de romperse. La mejilla seguía ardiéndole, un mapa rojo que delataba la humillación.

—¿Crees que dos bofetadas van a detenerme? —masculló entre dientes, el mentón tan apretado que las palabras salían estranguladas—. Te recuerdo que te conozco mejor que tú misma, Coral. Sé cómo tiemblas cuando tienes miedo. Sé cómo se te quiebra la voz cuando intentas parecer fuerte.

Ella inspiró con fuerza. La ira le subía por la garganta como bilis caliente, a punto de desbordarse en gritos, en golpes, en todo lo que había tragado durante meses. Pero entonces, en medio de esa marea furiosa, algo se detuvo. Como si una mano invisible hubiera puesto fin al temporal.

Soltó el aire despacio, muy despacio. El pecho se le relajó. Los hombros cayeron apenas un centímetro. Y cuando habló, su voz salió baja, casi serena, pero con una claridad que cortaba como el filo de un cuchillo de carnicero.

—Te perdono, Edward.

Él se quedó congelado. La boca entreabierta, los ojos dilatados por la incredulidad.

—No porque seas digno de perdón —continuó ella, sin apartar la mirada—. Sino porque siempre has sido un mal perdedor. Perdiste con tu prometida. Perdiste con tu hermano. Perdiste con tu padre. Y ahora… —hizo una pausa infinitesimal, dejando que las palabras se asentaran como plomo entre los dos—, ahora has perdido conmigo.

Edward abrió la boca. Ningún sonido salió. Solo un jadeo corto, casi animal.

Coral dio otro paso atrás. Luego otro. La distancia ya no era solo física: era un muro invisible que ninguno de los dos volvería a cruzar.

—Vete —dijo, y esta vez había certeza en su voz—. Y no vuelvas. Esto se termina aquí.

El silencio se estiró, denso, asfixiante. Edward permaneció inmóvil un segundo eterno, como si su cuerpo se negara a obedecer la orden de marcharse. Luego, muy despacio, inclinó la cabeza: no en señal de derrota absoluta, sino en un gesto extraño, casi resignado, como quien reconoce por fin que la partida ha terminado.

Giró sobre los talones. Los pasos resonaron pesados, deliberados, contra el suelo de madera. Cada uno parecía costarle más que el anterior.

La puerta se abrió en un segundo, se cerró en otro. El golpe fue seco, definitivo, como el último latido de algo que había dejado de vivir.

Coral se quedó absolutamente quieta en medio del salón. Las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas, silenciosas, pero no las secó ni las escondió. Simplemente las dejó estar.

Caminó hasta la ventana con pasos lentos, casi ceremoniales. Apoyó la frente contra el cristal helado. El frío le mordió la piel, le bajó por las sienes, pero le aclaró la mente. Fuera, la plaza se difuminaba bajo una niebla espesa y plateada; las farolas eran apenas manchas de luz borrosa, como recuerdos que se desvanecen.

Cerró los ojos.

Por primera vez en mucho tiempo, el silencio no le dolió.

CAPÍTULO 37

La mansión de los duques de Lowton, en Chatsworth, se había transformado para la ocasión en un escenario de elegancia sobria y deliberada. No existía en ella la ostentación vulgar; solo la certeza tranquila de quien sabe que su posición no requiere demostración. El salón principal —con sus techos altos adornados con frescos, sus columnas de mármol blanco y sus arañas de cristal que derramaban luz como una lluvia lenta— acogía a menos de ochenta invitados: solo familia cercana, amistades de confianza y algunos miembros selectos de la corte que no podían faltar en un anuncio de tal calibre.

Coral entró del brazo de Reginald. Vestía un diseño de seda color perla con un leve matiz de rosa pálido. El corpiño era ajustado, con un escote barco bordado en hilo de plata que dibujaba delicadas hojas y diminutas perlas; las mangas, largas y traslúcidas de tul, daban paso a una falda que caía en pliegues suaves, moviéndose como rayos de luna al andar. Llevaba el cabello azabache recogido en un moño elegante, con algunos rizos sueltos enmarcando su rostro, y dos pasadores de diamantes —regalo de su tío por el compromiso— que destellaban con cada movimiento.

Los padres de Hartington aguardaban al pie de la escalinata. El Duque de Lowton, un hombre espigado de sesenta años con patillas grises y una mirada de acero, inclinó la cabeza con una cortesía gélida. La Duquesa, envuelta en terciopelo negro y con un collar de perlas que le caía hasta la cintura, le tendió la mano enguantada sin asomo de sonrisa.

—Bienvenida, lady Beaumont —dijo la duquesa, la voz educada, pero sin calor—. Nos complace que haya aceptado formar parte de nuestra familia.

Coral hizo una reverencia perfecta —la que Evelyn le había enseñado a su llegada a Inglaterra— y respondió con voz clara:

—Es un honor, excelencia. Y una responsabilidad que asumo con humildad.

El duque no dijo nada. Solo volvió a inclinar la cabeza y se dirigió a Reginald para intercambiar unas palabras de cortesía. Coral sintió el frío de la bienvenida como un roce de hielo en la nuca, pero no bajó la mirada.

La velada transcurrió con la precisión de un reloj suizo. Se sirvió champán en copas altas, se entabló una conversación contenida en pequeños grupos y sonaba un cuarteto de cuerda que interpretaba piezas de Chopin y Schubert. Coral fue presentada a los tres hermanos menores de Hartington: lady Charlotte, de diecinueve años, rubia y risueña, que le tomó la mano y le dijo: «Por fin alguien que no me aburre con bordados»; lord William, de diecisiete, tímido, que se sonrojó al besarle la mano, y lady Beatrice, de quince, que la miró con admiración y le preguntó si era cierto que sabía cantar romances hermosos. Coral sonrió y prometió cantarles uno después de la cena.

Todo parecía encaminado. Era todo muy apacible. Perfecto. Hasta que Coral, buscando un momento de respiro, se apartó hacia la biblioteca contigua al salón. La puerta de la biblioteca estaba entreabierta. Oyó voces. Reconoció la voz de su prometido y la del duque, su padre.

Se detuvo. No pretendía escuchar. Pero las palabras le llegaron nítidas, como cuchillos.

—¿Estás completamente convencido del paso que estás dando? —preguntaba el duque, la voz baja pero cortante—. Encumbrar como futura duquesa a una extranjera… y además plebeya… no es la decisión más acertada.

Harry respondió con calma, pero firme.

—Padre, Coral no es una plebeya. Es la hija de Alexander Beaumont. Hija legitima —le recordó.

Reginald Beaumont se había encargado de mostrarle los documentos que mostraban que Coral era hija legitima y que pertenecía por entero a la dinastía Beaumont. El duque soltó un bufido.

—Es sangre legítima, pero se crio en el extranjero. Apenas sabía hablar inglés cuando llegó. Reginald ha hecho lo que ha podido, pero... ¿Estás preparado para que la llamen «la española»

en los salones? ¿Para que la miren por encima del hombro? ¿Para que, por refinados que parezcan, sus modales sigan oliendo a puerto y a taberna?

El hijo y heredero tardó un segundo en responder. Esas palabras de su padre lo habían molestado, pero entendía sus reservas.

—Tiene mejores modales que muchas damas que han nacido con corona. Y su corazón es más noble que el de cualquiera de los presentes hoy aquí.

El duque suspiró.

—No estoy diciendo que no sea encantadora. Pero el rango conlleva peso. Y ella… ella no está preparada.

Coral sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Se apoyó en la pared para no caerse. Las palabras del duque eran crueles, pero ciertas. Ella provenía de un lugar humilde. Su padre español era analfabeto. Apenas sabía leer cuando Reginald la encontró. Había aprendido lo imprescindible: a escribir su nombre, a leer cartas y a hablar inglés correctamente. Pero no había nacido con el protocolo en la sangre. No había jugado en salones desde niña. No había aprendido a sonreír cuando quería gritar.

Se apartó de la puerta antes de que la descubrieran. Caminó por el pasillo hasta encontrar un rincón vacío. Se apoyó en la pared y cerró los ojos.

El duque tenía razón.

No estaba preparada. Ni para ser duquesa. Ni para cargar con un título con siglos de antigüedad. Ni para ser juzgada cada día por su acento, su risa demasiado franca o sus historias de mar.

A través de la rendija de su pesar, las palabras de Edward, pronunciadas en un momento de enfado, acudieron a su mente para atormentarla. Le dolía recordarlas, pero él tenía razón.

Sin embargo, entonces pensó en Harry. En cómo la miraba cuando bailaban. En cómo la escuchaba cuando le hablaba de Cádiz. En cómo la había besado en la posada, con una ternura que no esperaba nada a cambio. En cómo sonreía cuando la escuchaba hablar y le decía que adoraba su acento cuando hablaba inglés…

Y pensó en Rosalind. Recordó cómo la había mirado su abuela el primer día en el hospital y había dicho: «Ojos violeta... como los míos... como los de Alexander». En cómo había mejorado con cada visita suya. En cómo le había dicho: «Eres mi luz».

Y recordó a Antonio y a Dolores. Recordó cómo la habían abrazado antes de partir. En cómo le habían dicho «vuelve». En lo mucho que la querían, aunque ya no fuera solo suya.

Y sintió que quizá no necesitaba estar preparada para todo. Solo necesitaba estar dispuesta a intentarlo.

La fiesta continuó. Coral regresó al salón con la cabeza alta. Bailó un vals lento con Harry. Sonrió cuando le susurró al oído que era la mujer más hermosa de la sala. Y, cuando la velada terminó, se despidió de los invitados con la gracia que le había enseñado Evelyn.

Sin embargo, en el carruaje ducal de vuelta a Brayton Hall, apoyó la cabeza en el hombro de Harry y cerró los ojos.

—Gracias —susurró.

Él le besó la sien.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir que puedo ser suficiente —dijo—. Aunque no lo sea.

Hartington la abrazó más fuerte.

—Eres más que suficiente —murmuró—. Eres todo lo que quiero.

***

Rosalind esperó a que el servicio se retirara y las pesadas puertas de roble del estudio se cerraran. Su hijo Reginald hablaba con la duquesa en la biblioteca mientras esperaba a su madre. Rosalind le había indicado que tenía que hablar con su hermano de algo muy importante y que no podía esperar.

El Duque de Lowton permanecía de pie junto al ventanal, observando los jardines con la rigidez de una estatua de sal. Ella conocía la conversación que había mantenido padre e hijo porque

Henry se lo había contado a ella bastante alterado. Y Rosalind no podía permitir que su propio hermano cuestionara su estirpe.

—Esa gélida pantomima en la escalera, hermano, ha sido indigna de un Lowton —comenzó Rosalind, su voz era un látigo de seda—. Has recibido a mi nieta como si fuera una suplicante pidiendo limosna, y no la futura duquesa de esta casa.

El Duque se giró despacio, con la mandíbula apretada.

—Soy un hombre pragmático, Rosalind. Lo que he visto es una joven hermosa, no lo niego, pero carece de la preparación necesaria para el papel que el destino le exige. Moverse por Chatsworth requiere algo más que saber lucir un vestido de seda y sonreír a medias. Le falta temple, le falta mundo...

—Le sobra el mundo que tú ignoras desde tus castillos —le interrumpió ella con desdén.

—¡Y le falta linaje! —estalló el Duque, golpeando levemente el escritorio—. Es una aparecida de los puertos de España. Una muchacha cuya madre nadie conoce y cuyo rastro se pierde entre redes de pesca. Londres hablará, Rosalind. Dirán que los Lowton han descendido a las tabernas para buscar una heredera.

Rosalind se puso en pie, apoyándose en su bastón de empuñadura de plata con una fuerza que hizo palidecer sus nudillos. Sus ojos, con mismo brillo que los de su hermano, llamearon.

—¿Linaje, dices? —su risa fue corta y amarga—. Hablemos de linaje, entonces. Hablemos de cómo las grandes familias de Inglaterra cierran sus puertas y esconden a sus hijas cuando ven aparecer a tu hijo. Hablemos de la «desgracia» que persigue a Henry como una jauría de lobos negros. Tu hijo, mi sobrino, ha enterrado a dos prometidas, hermano. Dos. El nombre de Cavendish hoy no es un título, es una sentencia de muerte en los salones de baile. Ninguna joven casadera con un árbol genealógico «limpio» se atreve a desposarse con él por miedo a no llegar viva al altar.

El Duque palideció, retrocediendo ante la brutal honestidad de su hermana.

—Coral no es una extraña —continuó Rosalind, avanzando hacia él con pasos lentos—. Es hija de Alexander, un Beaumont por los cuatro costados, y es una Cavendish por mi propia sangre. Lleva

en sus venas la misma casta que nos dio este escudo. Si te atreves a cuestionar su linaje, me estás cuestionando a mí. Estás llamando plebeya a tu propia hermana.

—Rosalind, yo no pretendía...

—¡Calla! —le cortó ella con autoridad regia—. Me has avergonzado hoy, pero no volverás a hacerlo. Te exijo que, en cada recepción, en cada cena y en cada susurro que emitas, se le muestre el respeto que se merece. No solo porque es la mujer que ha tenido el valor de amar a tu hijo a pesar de su sombra, sino porque es mi nieta. Es una Beaumont y una Cavendish. Y si vuelves a tratarla como a una intrusa, te juro por la memoria de nuestros padres que seré yo quien se encargue de recordarle a todo Londres por qué tu linaje está a punto de extinguirse en soledad.

El Duque bajó la mirada, abrumado por el peso de la verdad y la ferocidad de Rosalind. El silencio que siguió fue el de una rendición absoluta.

—Tienes razón —murmuró él al fin, con la voz apagada—. La maledicencia de los rumores sobre Harry, es una sombra muy larga... y es una carga pesada. Quizás solo alguien con el fuego de esa muchacha sea capaz de disiparla.

La hermana soltó un suspiro pesado.

—Entonces, compórtate como el duque que presumes ser —sentenció Rosalind, dándose la vuelta para salir—. Y recuerda: la próxima vez que le tiendas la mano, asegúrate de que sienta el calor de un padre, no el juicio de un verdugo. Y ahora, ordena que preparen mi carruaje, regreso a Brayton Hall.

***

Coral se sentó frente al tocador de su alcoba, con el camisón de seda blanca cayéndole sobre los hombros como un suspiro y la bata de color cielo anudada flojamente a la cintura. La luz de la lámpara de aceite temblaba en el espejo, proyectando sombras suaves sobre su rostro y haciendo que sus ojos violetas parecieran más profundos, más antiguos de lo que eran.

Se miró fijamente. No era la Coral que había salido de Cádiz con un vestido sencillo y el cabello revuelto por el viento de levante. Tampoco era ya la joven que había entrado en Inglaterra con miedo y un nudo en la garganta. Era otra cosa: una mezcla incierta, una mujer que había aprendido a caminar entre dos mundos sin saber aún cuál le pertenecía.

Las palabras del duque de Devonshire resonaban en su cabeza como un eco persistente. No había maldad en ellas, solo una verdad fría y práctica: «Encumbrar como futura duquesa a una extranjera, y además plebeya, no es la decisión más acertada». Y Harry la había defendido con firmeza y amor, pero el padre tenía razón en algo que ella misma empezaba a admitir en silencio: no estaba preparada. No del todo.

Se llevó la mano al pecho, como si quisiera calmar el latido que se le aceleraba solo de pensarlo.

¿Y si el lujo la cegaba? ¿Y si la comodidad de las alfombras persas, las chimeneas siempre encendidas, los baños calientes y los vestidos de seda la hacía olvidar quién había sido? ¿Y si terminaba convirtiéndose en una de esas damas inglesas que sonreían sin sentir, que hablaban de caridad mientras tomaban el té y que nunca habían sentido el sol gaditano quemándoles la piel ni el olor salado del mar metiéndose en los pulmones?

Se imaginó su vida futura: desayunos en salones altos con cortinas de terciopelo, cenas con cubiertos de plata que pesaban en la mano, bailes donde tendría que recordar el orden exacto de los pasos y el título de cada invitado, visitas de cortesía a casas donde la mirarían con curiosidad amable pero distante. Lluvia fina que nunca cesaba del todo. Frío que se colaba por las rendijas, aunque hubiera fuego en cada chimenea. Inviernos largos. Veranos breves. Y el mar… el mar tan lejos. No el Mediterráneo azul y vivo de La Viña, sino el Atlántico gris y frío del Canal. No vería nunca más la luz blanca que cubría Cádiz al amanecer, esa luz que hacía brillar las fachadas encaladas y convertía el agua en plata líquida. No olería nunca más el ajo frito en la cocina de la taberna, ni el pan recién horneado que Antonio sacaba del horno con las manos quemadas. No oiría nunca más las risas de Julián, ni el rasgueo de la guitarra de

Miguel, ni la voz ronca de su padre llamándola "Caracola" desde el patio.

Se llevó las manos a la cara. Las lágrimas le quemaban los párpados.

¿Y si se equivocaba?

¿Y si aceptaba ser duquesa y terminaba siendo infeliz? ¿Y si Harry, con todo su amor y su paciencia, no era suficiente para llenar el hueco que Cádiz había dejado en ella? ¿Y si un día miraba por la ventana de una mansión inglesa y sentía que se ahogaba entre tanto orden, tanta perfección, tanta distancia del mar?

Pero entonces pensó en Rosalind. Recordó cómo su abuela había abierto los ojos al verla por primera vez y había sonreído como si Alexander estuviera vivo. Recordó cómo había recuperado el color, el habla y las ganas de vivir solo por tenerla a su lado. En cómo le apretaba la mano y le decía: «Eres mi luz».

Y pensó en Harry. En cómo la había besado en la posada con una ternura que no esperaba nada a cambio. En cómo la escuchaba hablar de Cádiz sin condescendencia. En cómo le había dicho «te quiero con todo lo que soy» sin pedirle que cambiara nada de sí misma.

Se levantó. Caminó hasta la ventana y apoyó la frente contra el cristal frío. La plaza estaba en silencio, iluminada por faroles de gas. Pensó en Antonio y Dolores. Pensó en las cartas que les había escrito y que nunca recibieron respuesta. Pensó en la taberna vacía sin su voz. Pensó en la cruz de piedra en La Caleta.

Y tomó una decisión. Porque no podía casarse sin estar segura.

Bajó la mirada a sus manos. Las tenía temblorosas.

Mañana hablaría con Reginald. Le diría la verdad… que necesitaba tiempo. Que necesitaba volver a Cádiz, aunque fuera solo unos días. Que necesitaba ver a Antonio y a Dolores. Que necesitaba caminar por La Viña, oler el mar, tocar la cruz de su madre. Que necesitaba saber si podía dejar todo eso atrás… o si tenía que llevarlo consigo para siempre.

Se sentó de nuevo frente al tocador. Se quitó las peinetas de carey. Las dejó sobre la bandeja de plata. Se soltó la trenza y dejó que el cabello le cayera sobre los hombros.

Se miró en el espejo una vez más.

Y por primera vez en mucho tiempo, no se vio como una dama inglesa. Se vio como Coral. Esa joven que cantaba en la taberna. La que había amado a un capitán que no volvió. La que había cruzado el mar para encontrar a su abuela.

La que ahora tenía que decidir si quería quedarse… o regresar.

CAPÍTULO 38

Al día siguiente de la fiesta en Chatsworth, Coral pidió audiencia privada a su tío.

Reginald la recibió en su despacho de Brayton Hall poco después del desayuno. La habitación era sobria y masculina: paredes forradas de caoba, estanterías llenas de volúmenes encuadernados en cuero, un escritorio amplio con tintero de plata y un retrato de Alexander —el mismo que colgaba en su alcoba— presidiendo la chimenea. El fuego estaba encendido, pero la luz del mediodía entraba fría por las ventanas altas.

Coral entró vestida con sencillez deliberada: un traje de mañana de cachemira gris perla, cuello alto, mangas largas, sin joyas salvo las peinetas de carey de Dolores y una cinta de terciopelo azul en la trenza. Se sentó frente al escritorio, muy erguida, las manos cruzadas en el regazo. Reginald cerró la puerta, dio la vuelta a la mesa y se acomodó en su sillón de cuero.

—Habla, sobrina —dijo con voz calmada—. Sé que no has dormido.

Coral respiró hondo.

—No quiero que me endulces nada, tío. Quiero la verdad completa. ¿Cómo sería mi papel como duquesa? No la versión amable que se le cuenta a una novia ilusionada. La realidad. Los sacrificios. Las obligaciones. Todo.

Reginald la miró un largo instante. Luego asintió, despacio.

—Muy bien. No suavizaré nada.

Se reclinó ligeramente, entrelazó los dedos y comenzó.

—Ser duquesa de Lowton no es solo llevar un título y asistir a bailes. Es administrar un ducado que abarca tierras en cinco condados, diez mil arrendatarios, tres residencias principales, una flota de barcos mercantes, minas de carbón y participaciones en ferrocarriles. Tendrás que supervisar cuentas, aprobar presupuestos, atender peticiones de arrendatarios, resolver disputas entre capataces y jornaleros, decidir sobre mejoras agrícolas, donaciones a iglesias y hospitales, pensiones a viudas de veteranos. Todo eso

recaerá en ti cuando mi tío, el actual duque fallezca y mi primo Henrry herede. —Hizo una pausa para que Coral asimilara—. Tu esfuerzo deberá ser doble o triple, porque eres extranjera. La aristocracia inglesa es muy celosa de su sangre. Durante años te llamarán «la española» a tus espaldas. Algunos nunca te aceptarán del todo. Tus modales, por perfectos que sean, serán examinados con lupa. Cualquier error, un acento que se escape, una risa demasiado franca o una referencia a Cádiz, será usado para decir que «no estás a la altura». Tendrás que ser más correcta, más discreta y más inglesa que cualquier inglesa de nacimiento. Y nunca podrás bajar la guardia.

Coral escuchaba sin pestañear. Reginald continuó:

—Tu vida privada desaparecerá. Cada gesto, cada palabra, cada invitado que recibas será objeto de comentario. No podrás cantar coplas gaditanas en público ni salir sin guantes ni hablar de tabernas o de marineros sin que eso se utilice en tu contra. Tu correspondencia será leída por secretarios. Tus amistades serán vigiladas. Si tienes hijos, serán educados según las normas del ducado, no según tus costumbres.

El rostro de Coral era un espejo que reflejaba el peso de las palabras de su tío.

Reginald guardó silencio un instante, observando cómo Coral asimilaba la abrumadora lista de protocolos, intendencia de fincas y deberes sociales que acababa de desglosar. Luego, suavizó el tono, inclinándose hacia ella con una chispa de sagacidad en la mirada.

—Existe un matiz que aún no he subrayado, sobrina —comenzó, y su voz adquirió un peso distinto—. Ser Duquesa de Lowton, más allá de la pesada carga de obligaciones y decoro que te he enumerado, conlleva algo que pocos se atreven a nombrar en voz alta: poder.

Coral lo miró sin comprender del todo, con las manos aún entrelazadas sobre el regazo. Reginald prosiguió, midiendo cada palabra.

—Tendrás el poder de transformar realidades, Coral. Como señora de Chatsworth, tu influencia se extenderá mucho más allá de los salones de baile. Tendrás voz para decidir sobre la suerte de

cientos de familias en las tierras del ducado, capacidad para fundar hospicios, para elevar escuelas o para proteger a aquellos que, como tú en el pasado, no tienen quién los defienda. No solo llevarás una corona de diamantes; sostendrás un cetro invisible. Úsalo para que el nombre de los Beaumont sea recordado no solo por su linaje, sino por su justicia.

La sobrina soltó el aire que contenía en su interior. Reginald se inclinó hacia delante.

—Y en lo que respecta a tu dote... —comenzó, malinterpretando la reserva de Coral como incertidumbre financiera —. No debes alentar inquietud alguna. He completado los trámites ante el Tribunal de Prerrogativas para que seas reconocida, a todos los efectos legales, como la hija legítima y heredera de Alexander Beaumont. La validez de ese enlace en alta mar ha sido ratificada; ya no eres una protegida, Coral, sino una sucesora.

Hizo una pausa para enfatizar la magnitud de sus palabras.

—He dispuesto ya tu fideicomiso de matrimonio. Tu herencia incluye Brayton Lodge, en Devon; una propiedad que pertenecía privadamente a tu padre y que queda fuera del mayorazgo de la casa principal. Es una finca más modesta que Chatsworth o Brayton Hall, ciertamente, pero se alza sobre los acantilados con esas vistas al mar que tu madre habría adorado. Además, contarás con una renta anual consolidada en fondos consolidados del Estado, lo que te otorgará una absoluta independencia económica, sea cual sea el curso de tu matrimonio. No te presentas ante los Lowton como una suplicante, sino como una mujer de medios y linaje propio.

Coral lo escuchaba con atención, pero sus ojos estaban fijos en un punto lejano. Cuando Reginald terminó, ella tardó unos segundos en hablar.

—Gracias por la claridad —dijo al fin—. Y por la casa. Significa mucho saber que tengo un lugar propio.

Reginald inclinó la cabeza.

—Es lo menos que mereces.

Coral respiró hondo, como si buscara valor en el aire.

—Hay algo más que quiero preguntarle, tío —dijo—. ¿Ha considerado alguna vez la posibilidad de llevar a Rosalind a mi reino?

El sol del sur, el clima suave, el aire del mar... Creo que le sentaría bien. Cádiz es luminosa. Es tranquila. Podría sentarse en una terraza, oír las olas y oler el jazmín y la sal. Quizás... quizás allí se recuperaría más rápido.

Reginald se quedó quieto. La pregunta lo tomó por sorpresa.

—Es una idea preciosa —dijo al fin, con voz contenida—. Pero mi madre es una mujer de Devon. Ha vivido toda su vida entre estas colinas, estas casas, estas costumbres. El viaje sería demasiado para ella. Además, no creo que quiera dejar atrás los recuerdos de Alexander. Esta casa, su habitación... todo está impregnado de él.

Coral asintió despacio.

—Lo entiendo —murmuró—. Pero… si algún día cambia de opinión… me gustaría llevarla.

Reginald la miró con una mezcla de sorpresa y ternura.

—Eres buena, Coral. Muy buena. Y eso… eso es más valioso que cualquier título.

Coral sonrió con tristeza.

—Solo quiero que sea feliz —dijo—. Como yo quiero serlo.

Se levantó. Reginald también.

—Gracias por escucharme —dijo ella—. Y por ser sincero.

Reginald le sonrió.

—Siempre seré sincero contigo —respondió—. Y siempre estaré aquí. Pase lo que pase.

Coral se giró para marcharse, pero el tío la detuvo.

—Espera Coral…

Ella así lo hizo. Reginald abrió el cajón de su escritorio y sacó un sobre de cartón fino. Se lo entregó.

—Aquí tienes una pequeña parte del dinero de tu herencia —ella lo miró sin comprender—. Es para tus gastos: vestuario, caprichos, etc.

Coral le hizo un gesto de agradecimientos con la cabeza, y salió del despacho. Subió a su alcoba. Se sentó frente a la ventana y miró la plaza.

Pensó en Hartington. Pensó en el duque. Pensó en la conversación que había oído. Pensó en Cádiz. Pensó en el mar.

Y sintió que tenía que elegir de verdad. Y no lo haría por amor, ni por deber, sino por ella misma. Y esa elección la aterrorizaba y la liberaba al mismo tiempo. Porque sabía que, pasara lo que pasara, ya no volvería a ser la misma.

Y eso… eso era el precio de crecer, y que ella estaba dispuesta a pagar.

***

Coral había pasado una semana en una especie de duermevela constante. Una semana de conversaciones en voz baja con Rosalind, de paseos silenciosos por Hyde Park, de bailes donde sonreía por obligación y de noches en las que se quedaba mirando el techo hasta que amanecía. Dos semanas en las que el peso de la decisión se le había asentado en el pecho como una piedra que no podía mover.

Al final, la claridad llegó de golpe, como el levante que limpia el cielo de Cádiz en una sola noche.

No sería duquesa.

No viviría entre salones y protocolos que la obligaban a medir cada palabra y cada risa. No se convertiría en una mujer que sonreía cuando quería gritar, que callaba cuando quería cantar, que olvidaba el olor de las tabernas y el rumor del mar para aprender a tomar el té con el dedo meñique alzado.

Volvería a ser Coral Pargo y Beaumont, pero en su territorio.

Volvería a cantar romances que hacían llorar y reír a los que la escuchaban. La que servía jarras de manzanilla con una sonrisa fácil. La que discutía con Antonio por las cuentas de la taberna y dejaba que Dolores le cosiera los vestidos con volantes grandes. La que subía al tejado de La Caracola a mirar los barcos y soñar con un futuro feliz.

Quería volver. Y lo decidió sin titubear.

Esa misma tarde, ocultando su rostro tras un tupido velo de encaje negro, se presentó en las oficinas de la Peninsular and Oriental en Pall Mall. Compró un pasaje de primera clase en el

vapor *Vectis*, que cubría la ruta Southampton–Vigo–Cádiz. El buque levaba anclas en tres días. Nadie lo sabía: ni Reginald, que creía que ella descansaba; ni Rosalind, ni mucho menos su prometido. Solo el agente de la compañía, que anotó un nombre que ya no le pertenecía, y ella misma, que sentía el peso de la traición en el bolsillo de su abrigo.

Escribió cuatro cartas. La primera, para Harry. La dejaría en manos de Reginald para que se la entregara un día después de su partida.

«*Querido Henry Charles George:*

Cuando leas esto, ya me habré ido. No tengo valor para decírtelo a la cara y lo lamento más de lo que pueden expresar las palabras. Has sido bueno conmigo. Me has hecho sentir vista, escuchada y querida. Me has dado paz cuando más la necesitaba. Me has besado como si el mundo entero pudiera esperar. Por eso te querré siempre.

Pero no puedo ser tu duquesa.

No porque no te quiera —te quiero, con todo mi corazón—, sino porque no puedo dejar de ser quien soy. Soy la hija de una mujer que murió en una barca rota. Soy la niña que creció sirviendo vino en una taberna. Soy la que canta romances hasta quedarse ronca y la que echa de menos el sol que quema y el mar que canta. Si me quedo aquí, terminaré olvidándome de mí misma. Y no quiero olvidarme.

Te mereces una esposa que pueda llevar tu título con orgullo sin sentirse disfrazada cada día. Yo no soy esa mujer. Aún no. Quizás nunca lo sea.

No me guardes rencor porque yo solo siento gratitud hacia ti, y un amor que llevaré conmigo siempre.

Cuídate mucho. Y sé feliz. Con todo mi corazón,

Coral».

La segunda carta era para Reginald.

«*Querido tío:*

Cuando reciba esta carta, ya estaré de camino a Cádiz. No se lo he dicho antes porque temía que intentara convencerme de que me quedara, pero esta vez necesito que me deje marchar.

Ha sido más que un tío. Ha sido como un padre para mí. Me ha dado un apellido, una casa, una familia y la oportunidad de conocer a mi abuela y a mis primos. Me ha enseñado a leer el mundo que no conocía y a caminar por él sin miedo. Nunca podré pagarle todo lo que ha hecho por mí.

Pero mi corazón sigue en La Viña. Sigue en la taberna. Sigue en el mar que me vio nacer. No puedo casarme con Harry sabiendo que cada día me preguntaré qué habría pasado si hubiera regresado. No puedo convertirme en duquesa si eso significa enterrar a la Coral que canta romances y sirve vino.

Le pido perdón por irme así. Pero le prometo que volveré a visitaros. A usted, a mi abuela, a Arthur y a Geoffrey. Ahora sé que tengo dos hogares. Y los dos me quieren.

Con inmenso cariño y gratitud eterna,

Su sobrina Coral».

La tercera carta era para Rosalind.

«*Querida abuela:*

No tengo palabras para agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Me ha dado un nombre, una familia y un lugar donde sentirme querida. Me miró como si fuera lo más precioso del mundo, cuando yo apenas podía mirarme a mí misma. Me ha hecho sentir que valía la pena haber nacido.

Me voy porque necesito volver a Cádiz. Necesito ver a mi padre, Antonio, y a mi abuela, Dolores. Necesito caminar por La Viña, oler el mar y tocar la cruz de mi madre. Necesito saber si puedo ser feliz allí o si puedo ser feliz llevando Cádiz conmigo a dondequiera que vaya.

No me olvide. Porque yo nunca l olvidaré. Cada vez que cante, pensaré en usted. Cada vez que vea el mar, pensaré en sus ojos violeta. Cada vez que sienta el sol en la piel, pensaré en cómo me llamó «hija». Prometo que volveré a Inglaterra, que volveré a usted, ahora solo necesito un tiempo para encontrarme.

La quiero con todo mi corazón. Su nieta, Coral».

La cuarta carta era para Luisa.

«*Querida madrina:*

Cuando recibas esta carta, ya estaré de regreso a Cádiz. No te lo he dicho antes porque no quería preocuparte mientras estabas en Escocia conociendo a la familia de tu prometido. Espero que todo haya ido bien y que hayas recibido la bendición que te mereces.

Por cierto, aunque me has visitado en dos ocasiones, te he extrañado mucho, y me hubiese gustado que te quedaras aquí conmigo, aunque entiendo que tu felicidad debe de ser lo más importante para ti. Has luchado por ella, y te la mereces.

Me voy porque no puedo quedarme. He intentado encajar, He intentado ser la dama que todos esperan. Pero cada día echo más de menos el olor de las risas en la taberna y el rumor del mar. Echo de menos ser yo misma sin tener que medir cada gesto.

Tú me enseñaste que los vestidos bonitos son importantes, pero lo más importante es sentirse bien con ellos. Y yo no me siento bien aquí. No del todo.

Volveré pronto a Inglaterra. Y, cuando lo haga, quiero verte feliz. Quiero que me cuentes todo. Quiero abrazarte y oler el perfume de Cádiz en tu ropa escocesa.

Te quiero más de lo que pueden expresar las palabras.

Tu ahijada, Coral».

Dobló las cuatro cartas. Las lacró con el sello de los Beaumont —el león rampante que ahora sentía como suyo y ajeno al mismo tiempo—. Dejó tres en la bandeja de plata del vestíbulo con instrucciones precisas para Hargreaves: una para Hartington, otra para Reginald y otra para Rosalind al día siguiente de su partida. La cuarta para entregársela a Luisa cuando regresara de Escocia. Tenía previsto hacerlo en un par de semanas.

Luego se sentó en la cama y miró por la ventana.

Pensó en Antonio y Dolores. Pensó en el silencio de Cádiz. Pensó en las cartas que les había enviado y que nunca contestaron. Pensó en la cruz de La Caleta. Pensó en Edward —y por primera vez en mucho tiempo, el pensamiento no le dolió.

Y pensó en Harry. Recordó cómo la había besado en la posada. Recordó cómo la había mirado, como si ella fuera el centro del mundo. Recordó cuando le había dicho «te quiero con todo lo que soy».

Y sintió que se le rompía el corazón. Pero también sintió que, por primera vez, elegía por ella misma.

CAPÍTULO 39

Habían pasado casi dos años desde que Coral dejó Inglaterra en aquel barco que olía a despedida.

Londres siguió girando sin ella: los bailes, los salones, el compromiso que se rompió con discreción, los rumores que se apagaron como velas mal apagadas... Harry, con el corazón herido pero la dignidad intacta, le escribió una larga carta que Coral guardó sin abrir en el fondo de su baúl. Reginald y Rosalind la acompañaron hasta Southampton. La abuela lloró en silencio; el tío le besó la frente y le dijo: «Esta puerta siempre estará abierta». Ella les prometió que regresaría cuando aclarara sus ideas, ellos la creyeron.

Coral subió al barco sin mirar atrás. Llevaba puesto el vestido de muselina verde que Luisa le había cosido, las peinetas de Dolores y un nudo en la garganta que no se deshizo hasta que el humo de las chimeneas inglesas se diluyó en el horizonte. Regresaba a Cádiz con la misma ropa con la que se había marchado, pero ya no era la misma persona.

Mientras tanto, Edward Ashcroft había navegado sin descanso. Del Canal de la Mancha al mar de China, de Hong Kong a Manila, de Calcuta a Singapur. Cada puerto era una excusa para no volver. Cada tormenta, un castigo que se imponía a sí mismo. Había oído rumores —primero en un club de marineros en Bombay, luego en una taberna de Macao, rumores que expandían sus propios hombres cuando recibían cartas de sus propias familias en Inglaterra—: la señorita Beaumont no se había casado con el marqués. La boda se había pospuesto aunque de forma indefinida. Ella había vuelto al reino de España. A Cádiz.

La noticia le había llegado como un latigazo y un bálsamo al mismo tiempo.

Se sintió complacido —un placer oscuro, casi avergonzado— porque ella no se había casado con otro. Pero también se sintió miserable. Porque él no había estado allí para verla elegir. Porque había aceptado un encargo más en el mar de China cuando podría

haber regresado. Porque había preferido el castigo del océano al riesgo de enfrentarse a lo que había roto.

Ahora, por fin, el *Liberty* —más viejo, más curtido, pero aún hermoso— entraba en la bahía de Cádiz bajo un cielo de finales de marzo que era puro azul y oro. Edward estaba en la proa, con la chaqueta desabrochada y el viento revolviéndole el cabello largo. Había cambiado: más delgado, más duro, con una cicatriz nueva en la ceja izquierda que le daba un aire aún más pirata. Pero sus ojos azules seguían buscando lo mismo: una mujer de ojos violeta y risa que olía a sal y a jazmín.

Desembarcó con el corazón en la garganta. No fue a la posada de doña Carmen. No fue a ningún sitio. Fue directo a La Caracola.

Y se detuvo en seco al verla. La taberna ya no era la misma.

El local se había ampliado: habían derribado la pared trasera y ganado una sala nueva con mesas de madera noble, lámparas de aceite con tulipas de cristal, manteles de lino blanco y flores frescas en jarrones de loza. El mostrador era de caoba pulida, las sillas tapizadas en terciopelo verde oscuro, las paredes encaladas pero adornadas con azulejos sevillanos que representaban escenas del mar. Olía a ajo frito, a vino añejo y a algo nuevo: a prosperidad.

Tres mozos jóvenes servían mesas con agilidad. Julián seguía en la cocina —se le oía gritar órdenes en su castellano castizo—, pero ahora había un ayudante que cortaba cebolla a ritmo frenético. La clientela era más variada: pescadores de siempre, sí, pero también comerciantes de Jerez con chalecos bordados, oficiales del puerto con uniformes limpios, alguna dama que tomaba fino dulce.

Edward entró. Uno de los mozos —un chico de unos veinte años, con delantal limpio y sonrisa fácil— se acercó.

—Buenas tardes, señor. ¿Mesa para uno?

Edward negó con la cabeza.

—Busco a Coral —dijo con la voz ronca por la emoción—. Coral Pargo.

El mozo lo miró con curiosidad.

—La dueña no está ahora. Baja todas las tardes sobre las siete para revisar las cuentas y ver cómo va todo. Si quiere esperarla… hay mesa libre junto a la ventana.

Edward sintió que le faltaba el aire.

—¿La dueña? —repitió.

El mozo asintió con orgullo.

—Desde hace meses. El negocio ha crecido mucho con ella. Todo el mundo viene por la comida.

Edward se dejó caer en la silla que le indicaron. Pidió un vino tinto. Bebió sin saborearlo. Miró alrededor. Todo era igual y diferente al mismo tiempo. La misma taberna. La misma alma. Pero más grande. Más luminosa.

Y ella… ella ya no era solo la muchacha que cantaba los sábados. Era la dueña. La que había regresado. La que había elegido quedarse. Y él… él llegaba tarde.

Otra vez.

Se quedó allí, con la copa en la mano, mirando la puerta. Esperando. Deseando, y temiendo al mismo tiempo. Porque sabía que cuando ella entrara —a las siete en punto, como siempre—, tendría que enfrentarse a lo que había roto. Y no estaba seguro de poder soportarlo. Pero no se movería. No esta vez. Esta vez se quedaría. Aunque doliera. Aunque ella lo echara. Aunque ya no quedara nada que salvar. Porque Coral no se había casado, y eso era suficiente para empezar a pedir perdón.

***

La puerta de taberna se abrió con el habitual chirrido de bisagras y entró un soplo de viento fresco de levante que hizo bailar las lámparas de aceite. Coral apareció en el umbral poco después de las siete, como cada tarde. Ya no entraba con delantal ni con las mangas remangadas. Llevaba un vestido de corte sobrio, pero de tela excelente —un tafetán gris oscuro con reflejos azulados que capturaba la luz de las lámparas—, corpiño ajustado hasta la cintura, mangas largas terminadas en puños de encaje valenciano, falda sin vuelo excesivo, pero con un bajo ligeramente acampanado que rozaba el suelo con elegancia contenida. El cabello, negro y brillante, recogido en un moño bajo y sofisticado, con dos rizos sueltos que

caían sobre las sienes. Nada de flores frescas esa tarde: solo un broche de plata con una amatista pequeña en la garganta.

Aun así —o precisamente por eso— seguía siendo la mujer más seductora de la sala. No necesitaba joyas ni plumas. Su presencia llenaba el espacio: la forma en que caminaba, segura, pero sin arrogancia; la curva suave de su boca cuando sonreía a los clientes habituales; la mirada violeta que parecía ver más allá de la superficie de las cosas. Los hombres la miraban con respeto y deseo contenido. Las mujeres con envidia o admiración. Nadie se atrevía a faltarle.

Uno de los mozos jóvenes —el mismo que había hablado con Edward minutos antes— se acercó a ella con rapidez y le susurró algo al oído. Coral inclinó la cabeza para escuchar mejor. El mozo señaló discretamente hacia la mesa de la ventana.

Ella se giró y sus ojos encontraron los de Edward al instante.

La sorpresa le cruzó el rostro como un relámpago: las pupilas se dilataron, los labios se entreabrieron, la mano que sostenía el pequeño libro de cuentas se crispó un segundo. Pero duró solo un latido. Después sonrió —una sonrisa pequeña, educada, casi distante— y asintió con la cabeza en señal de saludo, como si acabara de reconocer a un antiguo cliente de paso.

Edward sintió que el aire se le escapaba del pecho. Se levantó de la silla sin darse cuenta. Ella ya se había girado hacia los mozos, dando instrucciones rápidas: revisar la cuenta del tonel de manzanilla, comprobar que Julián tuviera suficiente aceite de oliva, atender primero a la mesa de los oficiales del puerto. Todo con voz serena, sin alzar el tono, pero con una autoridad natural que nadie cuestionaba.

Edward se acercó despacio, sorteando mesas. Cuando llegó a su altura, Coral levantó la vista.

—Buenas tardes, capitán Ashcroft —dijo con voz clara y sorprendentemente tranquila—. Veo que has vuelto… ¿Buscando pelea?

Él tragó saliva. Tenía grabado a fuego la última discusión entre los dos.

—Buenas tardes… Coral.

Ella le tendió la mano enguantada, como si saludara a un conocido de paso. Edward se la tomó. El contacto fue breve, formal, casi frío, y sintió un mordisco casi físico en el corazón.

—Me gustaría hablar contigo —dijo él, con la voz ronca.

Coral lo miró un segundo. Luego asintió.

—Espérame un momento. Tengo que asegurarme de que todo funciona bien.

Se alejó hacia la cocina. Edward la vio caminar: la espalda recta, los pasos seguros, el vestido susurrando contra el suelo. Ya no era la muchacha que corría entre mesas con delantal y risas. Era una mujer que mandaba. Y eso lo dejó sin palabras.

Minutos después volvió.

—Salgamos y demos un paseo —dijo—. Aquí hay demasiados oídos.

Salieron a la calle. El sol comenzaba a ponerse y las farolas de aceite empezaban a encenderse. Caminaron en silencio hacia la playa de La Caleta, por las callejuelas estrechas que olían a sal y a pescado seco. Edward iba un paso detrás, como si temiera adelantarse o quedarse atrás. Coral caminaba con paso tranquilo, sin prisa.

Llegaron al borde de la playa. El mar estaba en calma, apenas un rumor suave contra las rocas. La cruz de piedra seguía allí, oscura contra el cielo.

Edward se detuvo.

—Estás muy hermosa —dijo—. Mucho más de lo que recordaba.

Coral no sonrió.

—Gracias.

Él respiró hondo.

—Me sorprendió el cambio de nombre de la taberna —le dijo él con una sonrisa.

Coral parpadeó, y un segundo después sonrió.

—Cuando regresé de Inglaterra, todos comenzaron a llamarme Miss Coral. Incluso mi padre me llegó a decir Miss Caracola… —se calló unos segundos—. Cuando decidí ampliar la taberna, mi padre me sugirió que la llamáramos Miss Caracola, y me pareció apropiado

porque aquí en La Caleta, seguiré siendo esa Miss que llegó del norte.

Edward se había imaginado algo así.

—No he visto a tu abuela Dolores —fue escuchar las palabras, y el rostro de Coral se ensombreció.

Ella se llevó la mano a la garganta como si le costara tragar la saliva.

—Murió a los seis meses de marcharme —susurró triste.

Coral se quedó pensativa.

Por ese motivo no había recibido ninguna carta de Antonio ni de Dolores durante el tiempo que estuvo en Inglaterra. A su abuela española se la llevó una neumonía…

—¿Y qué te trae por estos lares, capitán? —le preguntó ella ya recuperada de la sensación angustiosa que la había sacudido al recordar a su abuela Dolores.

—He venido a disculparme —contestó sincero—. Por cómo te traté en Londres. Por las palabras que te dije. Por haber intentado herirte. Estaba… herido. Furioso conmigo mismo. Y te hice pagar mi rabia y frustración. Y lo lamento de veras, más de lo que las palabras pueden expresar.

Coral lo miró fijamente.

—Te perdoné aquel mismo día —le recordó—. En el salón verde.

Edward bajó la vista.

—Lo sé. Pero necesitaba volver a decírtelo. Necesitaba que lo oyeras otra vez.

Coral suspiró.

—¿Por qué has vuelto, Edward?

Él levantó los ojos.

—Porque nunca te olvidé. Porque cada puerto me recordaba tu risa. Porque cada ola me traía tu voz. Porque pensé que si no venía ahora… nunca lo haría.

Coral miró hacia el mar.

—¿Otra vez la misma cantinela aprendida en puertos lejanos? ¿Y qué esperas lograr?

Edward negó con la cabeza.

—No espero nada. Solo quería verte. Decirte que lo siento. Y que… que si algún día puedes perdonarme de verdad… me encontrarás aquí. O en cualquier otro lugar esperándote.

Coral guardó silencio un largo rato.

—He cambiado —dijo al fin—. Ya no soy aquella chiquilla confiada. Ya no espero a nadie ni miro al horizonte pensando que un barco traerá al hombre que merezco. Ahora vivo como deseo.

Edward sintió que se le rompía algo dentro.

—¿Y Hartington? —preguntó con la voz ronca—. ¿Fue por él? ¿Descubriste que no era lo que buscabas?

Coral negó con la cabeza. Edward la escuchó soltar un suave suspiro.

—No fue por él sino por mí. Lo amé. Todavía lo amo. Pero entendí que el ducado necesitaba a una mujer más preparada que yo, como tuviste a bien restregármelo en la cara aquel día —Coral se permitió unos segundos antes de continuar—. Y con todo el dolor de mi corazón… lo dejé libre.

Edward la miró tan avergonzado como incrédulo.

—¿Lo dejaste libre? ¿Por eso rompiste el compromiso?

Coral asintió.

—Porque lo amaba, lo dejé libre. Y porque sabía que si me quedaba… terminaría por odiarme a mí misma.

Edward cerró los ojos.

—Pensé… pensé que lo habías dejado por mí. Que seguías sintiendo lo mismo que aquella vez en el camarote del *Liberty*.

Coral resopló. Y después soltó una risa breve, amarga.

—Hablar contigo es como darse de cabeza contra una pared —dijo exasperada—. Siempre has sido así. Siempre has pensado que el mundo gira alrededor tuyo. Que mis decisiones tienen que ver contigo. Que mi vida empieza y termina en ti. Eres fatigoso hasta la extenuación.

Edward la miró con desesperación.

—Te amo —dijo—. Y sé que tú también me amas.

Coral lo miró fijamente. Sin un parpadeo, sosteniéndole la mirada.

—No es cierto —admitió—. Fuiste el primer hombre que me hizo desear la libertad. Que me mostró una vida que jamás habría imaginado, y en mi juventud e ignorancia, lo confundí con amor, pero ahora sé que fue un espejismo. Y yo… yo ya no quiero vivir de espejismos.

Edward dio un paso hacia ella. Cada palabra de ella se le clavaba en el corazón como dardos.

—Déjame demostrarte que puedo cambiar. Que puedo quedarme. Que puedo ser el hombre que mereces.

Coral negó con la cabeza.

—No Edward —contestó ella y comenzó a darle un montón de razones.

Edward se quedó quieto, con la mirada fija en Coral, como si sus palabras hubieran sido un ancla que lo mantenía clavado en la arena. El mar seguía rompiendo suavemente a sus espaldas, indiferente, pero él apenas lo oía. Solo oía el eco de lo que ella acababa de decirle: barcos que se cruzan, banderas que no vuelven a verse. Quería contestar, quería decir algo —cualquier cosa— que la hiciera dudar, que la hiciera quedarse un segundo más en esa playa, en ese instante. Abrió la boca, pero entonces una voz ronca cortó el aire.

—Caracola.

Coral se giró de inmediato. Su expresión cambió en un parpadeo: la firmeza se suavizó, los ojos violeta se iluminaron con una ternura instantánea y profunda.

Antonio caminaba hacia ellos desde el extremo de la playa. Iba sin chaqueta, con la camisa remangada y el chaleco desabrochado, como siempre que salía de paseo al atardecer. En sus brazos llevaba un niño pequeño, con las piernitas pateando el aire y las manitas aferradas al cuello del pescador. El pequeño reía con un sonido agudo y feliz que chocaba contra el rumor del mar.

Coral abrió los brazos sin pensarlo.

—Ven aquí, mi vida —dijo con la voz cargada de cariño.

Antonio se acercó a ellos y le pasó el niño con naturalidad. El pequeño se aferró al cuello de Coral, enterrando la cara en su hombro y balbuceando algo ininteligible, pero lleno de alegría.

Edward no se movió. Sus ojos se clavaron en el niño. Tenía el cabello rubio, revuelto y brillante. Tenía la piel clara con un leve tono dorado por el sol. Cuando el niño levantó la cabeza para mirar al desconocido con curiosidad infantil y sin miedo, Edward vio que tenía unos ojos expresivos, igual que los de la madre, y de ese inconfundible color violeta de los Beaumont.

El mundo se le vino abajo en silencio. No era posible. No podía ser. Pero lo era. El niño debía de tener más de un año. Habían pasado casi dos años desde que había oído que la boda con Hartington se había roto. Casi veinticuatro meses desde que había oído que el compromiso con Hartington se había roto. Más de cien semanas desde que ella había elegido volver a Cádiz... sola.

O no tan sola.

Edward sintió que le faltaba el aire. Las piernas le temblaron. El niño lo miró con curiosidad, sin comprender la tormenta que se desataba en el pecho del hombre desconocido. Luego escondió la cara en el cuello de la madre.

Coral lo acunó con ternura infinita y le besó la coronilla.

—Shhh, mi amor —susurró—. Todo va bien.

Edward no podía apartar la vista del niño. No podía dejar de mirar cómo se aferraba a Coral como si ella lo fuera todo, mientras que su mundo se había fragmentado en miles de pedazos.

—¿Es...? —la voz le salió rota, apenas un hilo.

Coral levantó la mirada. No había rencor en su mirada. Solo una calma serena, casi compasiva.

—Es mi hijo —dijo simplemente—. Se llama Alejandro.

—Se llama Alexander Henry Anthony —dijo Antonio con voz orgullosa—. Mi nieto lleva nombres de príncipes.

Edward sintió que el nombre lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Alejandro. Como Alexander Beaumont. Como el padre que Coral nunca había conocido… Henry… por el padre natural, y Antonio, porque Antonio significaba mucho para Coral.

Edward dio un paso atrás, tambaleante.

—¿De… Henry? —preguntó, aunque no necesitaba confirmación.

Coral no apartó la mirada.

—De Henry —dijo con voz firme pero suave.

Edward cerró los ojos. El mundo giró un instante. Sintió náuseas. Sintió rabia. Sintió un dolor tan hondo que pensó que se le partiría el pecho.

—Entonces… —susurró—. Cuando me dijiste que lo dejaste libre… cuando me dijiste que no estabas preparada para ser duquesa…

Coral acunó al niño contra su pecho. El pequeño jugaba con un mechón de su cabello, ajeno a todo.

—No te mentí —dijo—. Lo dejé libre porque el ducado necesitaba a alguien que pudiera llevarlo sin esfuerzo. Porque yo no estaba preparada. Me fui sin saber que estaba encinta, lo descubrí poco después de llegar a Cádiz.

Edward abrió los ojos, espantado.

—¿Y no se lo has comunicado? —preguntó con voz incrédula—. ¡Eso es infame!

Coral lo miró con un poco enfadada.

—Fue una decisión dura, pero fue la mejor decisión para él —dijo, aunque su voz no sonó convencida del todo—. Decidí dejarlo todo atrás, y asumí las consecuencias de mis actos.

Edward parpadeó incrédulo.

—¡Vaya! —exclamó él con cierta burla y ya recuperado de la sorpresa que había recibido—. Creo que te pareces más a mí de lo que piensas: egoísta hasta el punto de no pensar en los demás. Como en los derechos que tiene el padre sobre esta criatura… pobre Henry.

—Creía que estaba saludando a un amigo —le espetó Coral molesta.

Edward resopló de forma bastante grosera.

—Como no me dejas ser nada más, pues he decidido ser tu amigo… pero de esos que se dicen las verdades, aunque muerdan.

Ella al final sonrió.

—No tienes arreglo, *guaschinai*.

Edward ya se había repuesto del todo de la sorpresa, del palo recibido en sus egoístas costillas, y se rindió a la dulzura infantil.

—Anda, permíteme que lo sostenga, que voy a enseñarle un barco de verdad y al mejor capitán de todos los tiempos: yo.

El niño levantó la cabeza y lo miró con curiosidad. Y Edward vio en ellos el reflejo de todo lo que había perdido: a Coral, su oportunidad, a sí mismo. Y maldijo internamente.

—¡No vas a enseñarle tu barco! —le dijo ya arrepentida de habérselo entregado.

—¿Qué dices, Alexander? ¿Te apetece surcar los mares conmigo y bajo mi mando? Puedo hacer de ti un excelente grumete.

—Antes te mataría… —susurró la madre dando zancadas para seguirlo porque él ya se dirigía al *Liberty II* con su pequeño bien sujeto en sus fuertes brazos.

Edward se giró de medio lado para mirarla. El niño se rio por el movimiento inesperado.

—Podría haber sido mío —le reprochó dolido.

—A Dios gracias que no lo es —replicó ella que ya le faltaba el aire.

Y solo atinó a escuchar la respuesta que le daba el capitán al pequeño: *She's* Malahe…

CAPÍTULO 40

Seis meses habían transcurrido desde que Edward Ashcroft zarpó de La Caleta en el *Liberty*, con las velas hinchadas por un viento de poniente que parecía empujarlo lejos de Cádiz para siempre. Seis meses en los que Coral había vuelto a respirar el aire salado de su infancia sin mirar demasiado al horizonte. La Caracola prosperaba: mesas nuevas, clientela que llegaba de Jerez y de Sevilla, y Julián probaba recetas que mezclaban lo gaditano con lo que había aprendido de los marineros ingleses que pasaban por el puerto. El niño crecía fuerte, con el pelo cada vez más rubio y los ojos violeta, que ya no sorprendían a nadie en La Viña. Coral llevaba el negocio con una serenidad nueva, sin esperar nada de ese horizonte en el que se fundían el mar y el cielo.

Escribía regularmente a Inglaterra. Recibía cartas cada mes de su abuela Rosalind, y de su tío Reginald desde Boston. En la última le anunciaba que dejaba su cargo en la embajada y que regresaba a Inglaterra. Que estaba planeado un viaja el reino de España acompañado de su familia para verla. Coral se dijo, que tendría que dar muchas explicaciones que había obviado a propósito, pero lo haría en su momento.

Esa mañana de septiembre, el cielo estaba limpio, de un azul tan intenso que dolía mirarlo. El puerto bullía con su rutina habitual: redes extendidas, marineros gritando órdenes, mujeres vendiendo pescado fresco desde cestas de mimbre, niños correteando entre barriles. Nadie prestó demasiada atención cuando una fragata de tres palos apareció en la bocana de la bahía.

Pero pronto dejaron de gritar y de reír.

Se trataba de una fragata de guerra reconvertida para uso privado, con el casco negro y una línea dorada que corría desde la proa hasta la popa como un hilo de oro viejo. Tenía tres mástiles altísimos y velas de lona cruda perfectamente cuadradas. En las baterías había treinta y dos cañones de bronce reluciente, aunque las troneras estaban cerradas y las cureñas cubiertas con lonas blancas. En la proa había una talla de un león rampante dorado y, en

la popa, sobre la galería de cristales tallados, brillaba el escudo de los Cavendish: tres ciervos saltando sobre un campo rojo, con la corona ducal encima. Desde los tiempos de la guerra, nadie en Cádiz había visto un barco así. Era antiguo, sí, pero estaba mantenido con una perfección obsesiva: no había una astilla suelta, ni una vela remendada, ni una cuerda deshilachada.

Cuando la fragata fondeó en la bahía, un bote de remos negro con detalles dorados descendió por el costado. Ocho remeros con librea azul oscuro y tricornios emplumados bogaban al unísono. En la popa, bajo un dosel de seda carmesí, iba Henry Charles George Cavendish, duque de Lowton, con el uniforme de gala naval que nunca antes había usado en el mar: casaca azul con vueltas carmesí y galones de oro, espada al cinto y tricornio bajo el brazo. A su lado iban dos criados de librea y dos oficiales del buque. Detrás, en otro bote, venían un mayordomo con maletín de cuero, y un secretario con cartera bajo el brazo. La riqueza no radicaba en el oro visible, sino en la cantidad y perfección de todo lo que lo acompañaba.

La Caleta se paró en seco, como si la vida se hubiera tomado una pausa.

Los pescadores dejaron las redes a medio extender. Las mujeres de los puestos de pescado se limpiaron las manos en los delantales y se acercaron al muelle. Los niños se subieron a los barriles para ver mejor. Incluso los marineros del puerto, que lo habían visto todo, se apoyaron en el muro de piedra y susurraron bajito.

El bote tocó el muelle. El hombre bien vestido bajó primero. Era muy alto, de cabello rubio, con la mandíbula firme y los ojos grises que parecían acero líquido bajo el sol. Llevaba la espada y la dignidad de quien ha nacido sabiendo su lugar en el mundo. Un par de marineros y un criado lo siguieron en formación perfecta. El desconocido caminó hacia el centro del muelle sin mirar a los lados, pero todos supieron que buscaba a alguien.

Cuando el hombre preguntó por Coral Beaumont, la vida volvió a La Caleta. La gente comenzó a moverse, a susurrar, y el hombre, con una paciencia infinita, esperó a que alguien le dijera dónde encontrarla.

***

Coral estaba en la taberna, revisando las cuentas de la semana. Pero uno de los chicos del barrio corrió como alma que lleva el diablo, entró jadeando y gritó:

—¡Miss Coral! ¡Un barco enorme! ¡El capitán pregunta por usted!

Coral dejó la pluma sobre el libro mayor. Creyó que era Edward que regresaba de uno de sus muchos viajes.

Se levantó despacio, se alisó el vestido de tafetán azul oscuro que llevaba ese día y se ajustó tras las orejas los mechones de cabello suelto. Salió sin decir una palabra.

Desde su posición en la puerta de Miss Caracola, el barco que podía ver era impresionante. Alguien se abría paso entre la multitud, que ya era densa, y entonces lo vio.

Era Henry Charles George Cavendish, marqués de Hartington, que iba vestido con la casaca naval de gala, la espada al cinto y el tricornio bajo el brazo. Estaba rodeado de oficiales y un criado de librea que formaban un semicírculo perfecto detrás de él. El sol le daba de lleno y hacía brillar los galones de oro de sus hombros. Estaba más delgado que la última vez que lo vio, con leves ojeras bajo sus ojos grises; pero mantenía la misma postura: recta y serena, como si el mundo entero se ordenara a su alrededor.

Comenzó a caminar hacia La Caleta. Iba despacio, prudente, porque ignoraba qué hacía él en Cádiz. No era hombre de mar, pero comandaba un barco impresionante.

De pronto sus miradas se encontraron a través de la multitud y el tiempo se detuvo.

Coral sintió que le faltaba el aire. Durante un momento, pareció que iba a dar un paso adelante, pero se contuvo. Solo inclinó la cabeza muy despacio en un saludo formal que nadie más entendió.

La gente empezó a murmurar. «Es un *guachisnai*». «Ha venido por Miss Caracola». «La mira como si quisiera comérsela». «Dicen que la dejó plantada en el altar y que por eso regresó».

Coral no se movió. Él tampoco. Pero los ojos grises de él no se apartaron de los suyos. Y Coral supo, en ese instante, que tenía un grave problema, porque estaba claro que él había ido a terminar lo que habían empezado. O a tratar de empezar de nuevo; no podía precisarlo.

El duque dio un paso más hacia delante. La multitud se abrió ante él como el mar ante Moisés.

Coral sintió que el corazón le latía en la garganta.

CAPÍTULO 41

Coral estaba inmóvil al borde del muelle, entre los pescadores y las mujeres con cestas. No había corrido hacia él. No le había gritado su nombre. Simplemente estaba allí, con el vestido azul oscuro, el cabello recogido en un moño del que se le habían soltado algunos mechones. No llevaba joyas. No las necesitaba. El sol de Cádiz le daba de lleno en la cara, haciendo que sus ojos violeta parecieran dos amatistas vivas. Estaba más delgada que la última vez que la vio, pero también más fuerte, con esa postura erguida de quien ha aprendido a sostener el peso del mundo sin que se le note.

Harry sintió que el aire se le escapaba del pecho.

Durante un segundo, solo un segundo, el noble perfecto desapareció, y quedó solo el hombre que había besado a Coral en una posada junto al Támesis y que llevaba doce meses repitiendo ese beso en su cabeza cada noche. El hombre que había leído una y otra vez su carta de ruptura hasta aprendérsela de memoria. El hombre que había enterrado a su padre, firmado miles de documentos legales, asumido un ducado entero y, aun así, no había podido dormir pensando en ella.

Coral, por su parte, sintió que el mundo se detenía.

Verlo allí, de pie en el bote, rodeado de lujos y ostentación, fue como recibir un puñetazo en el estómago. Había imaginado mil veces que lo volvería a ver —en sueños, en momentos de debilidad, en noches en las que el niño preguntaba por qué otros niños tenían padre y el no—. Pero nunca lo había imaginado así: imponente, elegante, rodeado de todo el poder que siempre había asumido como algo natural. Y, sin embargo, seguía siendo él: la misma mandíbula firme, los mismos ojos grises que la miraban como si fuera la única persona del mundo.

—Lady Beaumont —dijo simplemente.

Ella tragó saliva. La voz le salió más firme de lo que esperaba.

—Capitán.

Él hizo una mueca leve, casi imperceptible.

—No soy capitán salvo en el ropaje. Ya sabes que no soy hombre de mar, ningún Cavendish lo ha sido, al menos no como los Beaumont.

Coral inclinó la cabeza aceptando.

—Entonces… bienvenido a Cádiz, Henry.

Él sonrió con tristeza.

—Gracias.

El murmullo alrededor de ellos era ensordecedor, y Coral supo que allí no podían mantener una conversación en condiciones.

Ella le dijo con voz clara y serena.

—Acompáñame —dijo—. Hablaremos mejor en otro lugar alejado de oídos indiscretos.

Henry inclinó la cabeza.

—Como desees.

Ella lo precedió. Caminaron desde La Caleta hasta la calle Ancha por callejuelas estrechas que olían a sal y a flores. Él iba un paso por detrás sin ofrecerle el brazo, y ella no se lo pidió. Los hombres del noble los seguían a una distancia respetuosa, formando un séquito silencioso de libreas azules y doradas que hacía que los vecinos se asomaran a las ventanas y que los niños salieran corriendo detrás de ellos.

Llegaron a la casa que Coral había comprado con parte de la herencia que le había dejado su padre Alexander. Era una de las mejores de la calle Ancha: fachada encalada con balcón de forja, puerta de madera noble con aldabón de bronce y ventanas altas con rejas ornamentadas. En el interior, un patio andaluz con pozo de mármol, azulejos pintados a mano, naranjos en macetas y una galería superior con columnas de hierro forjado. No era una mansión inglesa, sino una casa elegante, luminosa y con alma.

Subieron al salón principal del primer piso. Era una estancia amplia con suelo de baldosa hidráulica sevillana, paredes blancas con zócalos de azulejos, muebles de caoba traídos del norte, aunque tapizados con telas locales, una chimenea de mármol con fuego apagado y un ventanal que daba a la calle y dejaba entrar la luz del atardecer.

Coral se giró hacia él.

—Por favor, toma asiento —dijo.

Henry obedeció. Se sentó en uno de los sillones de terciopelo verde. Ella se sentó frente a él, muy erguida.

Se miraron en silencio durante largos minutos. Ninguno parecía saber por dónde empezar. El reloj de pared marcaba los segundos con un tictac grave.

Al fin Coral habló.

—¿Qué haces aquí, Henry?

Él respiró hondo, y después soltó el aire lentamente.

—He venido a buscarte —dijo, sin inflexión de súplica, sino con la certeza serena de quien ha cruzado medio mundo para decir una verdad desnuda—. Porque nunca acepté tu carta como una despedida definitiva. No podía aceptar que terminara así, con tinta y papel. Enterré a mi padre —un accidente de caza, una caída absurda que le quebró el cuello— y durante meses no hice otra cosa que firmar documentos, atender peticiones de arrendatarios, revisar cuentas de minas y ferrocarriles, responder cartas de condolencia de toda la nobleza de Inglaterra... Y cada noche, cuando la casa quedaba en silencio, pensaba en ti. Solo en ti.

Coral lo escuchaba sin permitir que un solo músculo de su rostro traicionara el naufragio que se estaba produciendo en su interior. Sus ojos permanecían fijos en él, despojados de rencor o de bienvenida, imbuidos de una atención tan absoluta que resultaba violenta. Era como si estuviera diseccionando cada sílaba antes de decidir si alguna merecía el indulto de una respuesta. Ella ignoraba que el duque de Lowton había muerto; Rosalind, en su piadosa o estratégica reserva, no lo había mencionado en sus cartas, y Coral se preguntó, con una punzada de sospecha, qué otros silencios habitaban en ellas.

—Te expliqué por qué me fui —susurró ella, y la frase sonó pequeña en la inmensidad del salón.

Henry negó con la cabeza, una oscilación lenta y cargada de una fatiga de siglos.

—No me explicaste nada en realidad —pronunció él, midiendo cada fonema como si los hubiera pulido durante meses en la soledad de su encierro—. Me entregaste una carta, Coral. Un pliego de papel

que alguien dobló, lacró con cera fría y despachó con el correo de la mañana, como quien envía una factura o una esquela. Una carta no es una conversación; es el cadáver de un pensamiento. No posee el aire que vibra entre dos personas cuando se sostienen la mirada. Un papel no me permite ver cómo tiemblan tus pestañas cuando intentas decirme que me quieres a pesar de todo: a pesar del océano que nos amputó, a pesar de la herida supurante que dejaste al marcharte.

Hizo una pausa, y el tic-tac del reloj de pared cobró una nitidez sobrenatural, como si cada segundo fuera un clavo hincándose en el silencio. Coral seguía sentada, con una rigidez heráldica, las manos entrelazadas sobre el regazo y las pupilas fijas en él. No había lágrimas, pues el dolor de Coral era de los que no hidratan, solo calcinan.

Henry bajó la voz hasta convertirla en un murmullo que, sin embargo, restalló en los rincones de la estancia.

—Una carta se puede guardar en un cajón, se puede arrojar al fuego o releerse hasta que la tinta se desvanezca por el roce de los dedos. Pero un papel no se puede abrazar, Coral. No se le puede tomar de la mano mientras se siente el pulso del otro. No se le puede besar mientras se susurra un «te quiero» desesperado, esperando ese segundo agónico en el que el otro responde lo mismo. Yo necesitaba que me miraras mientras me destruías. Necesitaba ver si en el fondo de tus ojos aún quedaba un rescoldo de aquella noche en la posada, o si la marea se lo había llevado todo. Necesitaba que me dijeras a la cara que ya no quedaba nada o que, quizás... solo quizás, aún existía un resto de naufragio que valiera la pena salvar.

El silencio regresó, más denso y pesado que el terciopelo de las cortinas. Coral no desvió la vista. Sus dedos se hundieron apenas un milímetro en el tejido azul oscuro de su vestido, pero su voz, cuando finalmente rasgó el aire, brotó con la firmeza del mármol.

—Solo pude darte una carta —dijo ella—. Si te hubiera mirado a los ojos, quizá no habría tenido fuerzas para irme. Y necesitaba irme, créeme. Necesitaba volver a ser yo misma antes de poder decidir si quería ser otra persona. Contigo. O sin ti.

Henry inclinó apenas la cabeza, reconociendo la verdad de sus palabras. Pero no dio un paso atrás.

—Entonces mírame —dijo—. Mírame y dime si aún queda algo. Dímelo sin cartas. Sin distancia. Dímelo mirándome a los ojos.

Coral lo miró. Los ojos violeta se encontraron con los grises. Y, en ese cruce de miradas, sin palabras, ambos supieron que la conversación apenas comenzaba.

—Te quise, Henry —admitió—. Te quise de verdad. Pero entendí que el ducado necesitaba a alguien más preparado que yo. Alguien que no tuviera que aprender a caminar entre títulos y protocolos. Alguien que no tuviera que fingir cada día. Y yo... yo no podía ser esa persona.

Henry se inclinó hacia delante. Ella aprovechó para servirle un brandy y se sentó un segundo después.

—No te pedí que fingieras —le dijo él con sequedad—. Te pedí que fueras tú. Que fueras Coral. Que trajeras tu risa, tu forma de mirar el mar. Que unieras tu vida a la mía. Pero tú decidiste que eso no era suficiente.

Coral sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Henry —susurró—. Cada día habría sentido que no estaba a la altura. ¿Cómo podría acompañarte en ese camino lleno de protocolo y reglas con las que no había nacido? Soy una mujer sencilla sin más aspiraciones que amar a mi familia...

Henry la miró con infinita tristeza. Había navegado muchas leguas para enfrentarse a ella y obligarla a reconocer que se había equivocado y que no había actuado correctamente.

Henry dejó la copa de brandy sobre la mesita de caoba con un leve tintineo que resonó en el silencio del salón. La luz del atardecer había cedido ya paso a la penumbra, y las lámparas de aceite proyectaban sombras alargadas sobre los azulejos del zócalo. Coral seguía sentada muy erguida, con las manos cruzadas en el regazo; el vestido oscuro absorbía la poca luz que quedaba, como si quisiera fundirse con la habitación.

El Duque demoró unos segundos en romper el silencio. Cuando lo hizo, su voz conservó esa cadencia pausada y grave, una herencia de los salones de Chatsworth que le habían esculpido desde la cuna,

pero en ella se percibía ahora un matiz inédito: una cautela casi dolorosa.

—El capitán Edward Ashcroft estuvo en Inglaterra hace dos meses —dijo, sin alzar el tono, con la parsimonia de quien deja caer una piedra en un estanque quieto para estudiar las ondas—. Tuvo la particularidad de visitarme. Solicitó audiencia y se la concedí.

Coral sintió que el aire se le espesaba en la garganta. Sus dedos se crisparon apenas sobre la seda del vestido, pero no articuló palabra. Aguardó. El corazón le golpeaba el pecho con una violencia sorda, pero su rostro permaneció impasible, una máscara de serenidad que rozaba lo irreal.

Henry la observó un instante antes de proseguir.

—Conversamos largo y tendido en la biblioteca. A solas. Durante más de dos horas. No acudió a mí para implorar favores ni para reclamar auxilio; vino a hablar de ti. De lo que aconteció en Cádiz. De lo que sucedió en Londres. De lo que sintió al saber de nuestro compromiso y de la herida que le causó tu ruptura. De lo que sintió cuando supo que habías regresado aquí...

Coral tragó saliva, notando el pulso acelerado martilleando en sus sienes. No desvió la mirada, pero sus pupilas se dilataron en un movimiento casi imperceptible que Henry registró al vuelo.

—¿Te lo contó? —No era una pregunta que requiriera afirmación; ella ya conocía la respuesta en la mirada de él.

Se instaló un silencio tan denso que a Coral se le cerró el estómago.

—Hizo lo correcto —sentenció Henry con un matiz de censura que la hizo maldecir internamente a Edward—. Lo hizo porque comprendió que tú no tendrías el valor de hacerlo.

—Entonces, no puedo revelarte nada que no sepas ya —aclaró ella, con una nota de amargura.

—Me habló de ti, de lo que él mismo presenció y escuchó, tanto allí como en Cádiz. Habló mucho; quizá demasiado. Me confesó certezas que yo ya albergaba y otras que, sinceramente, preferiría no haber escuchado jamás. Y, al final, me dijo que lo sentía. Que lo lamentaba de veras. Se siente el único artífice de la decisión que tomaste.

El peso físico de aquel silencio parecía aplastarlos. Coral respiraba con una cautela extrema, como si cada inhalación exigiera un esfuerzo consciente. Sus manos, entrelazadas en el regazo, se apretaron hasta que los nudillos perdieron todo rastro de color. No dijo nada; le resultaba imposible. La mención de Edward —después de tanto tiempo, cuando creía haber cauterizado aquel capítulo— había desgarrado una herida que ella misma había cosido con un hilo demasiado fino.

Henry no le quitaba los ojos de encima. Vio la tensión en su mandíbula, la línea delgada y dura de sus labios y cómo sus ojos violetas se ensombrecían, como si una nube de tormenta cruzara por ellos. Registró el leve temblor de sus dedos y la lucha feroz que libraba por mantener esa compostura que le había costado meses edificar.

—No te relato esto para herirte —murmuró él al fin, con la voz quebrada—. Te lo cuento porque él habló de ti como un hombre que no ha dejado de quererte ni un solo día. Y porque... porque necesitaba descubrir si, al verte de nuevo, aún latía algo de aquello en tu interior.

Coral cerró los párpados un instante. Al abrirlos, sus ojos brillaban con una humedad que no llegó a ser llanto.

—No queda nada —sentenció con una firmeza serena—. Si algo sobrevivió, se lo llevó la marea. Y el silencio. Y la distancia. Y todas las palabras que él nunca se atrevió a pronunciar. —Henry inclinó la cabeza, reconociendo el peso de esa verdad—. Edward fue solo un espejismo para una muchacha que jamás había abandonado su playa; alguien que no conocía más horizonte que el mar, el trabajo rudo y una necesidad desesperada de afecto tras la muerte de su madre.

—Todo eso lo sé —replicó el Duque—, pero nada de ello justifica tu abandono ni este silencio sepulcral.

—¿Y qué otra salida tenía, Henry, cuando tú pertenecías a tu mundo allí y yo estaba anclada al mío aquí?

Esa pregunta restalló en el aire con un eco de desesperación.

—Dime la verdad —la apremió él, y su voz fue un mandato que no admitía refugio en el silencio.

Coral inspiró profundamente varias veces, como si el oxígeno fuera un lujo que sus pulmones no lograran retener.

—Te quiero, Henry —confesó al fin—, pero no como se quiere a un espejismo. Te quiero con una fuerza que me obliga a velar por tu futuro, incluso por encima de mi propio deseo.

—Entonces, si tus sentimientos son tan firmes... ¿por qué tiemblas al pronunciarlos? —preguntó él con una suavidad que calaba más que cualquier reproche.

Coral desvió la vista hacia el ventanal. Afuera, la calle Ancha comenzaba a despertar bajo el resplandor vacilante de los faroles de gas.

—Porque oírte me duele —admitió, y la verdad fue un tajo—. Porque una parte de mí jamás ha dejado de preguntarse qué curso habrían tomado nuestras vidas si me hubiera quedado a tu lado.

Henry no replicó de inmediato. Se limitó a escrutarla con esa calma heráldica suya que, en aquel momento, le resultó a ella más pesada que el plomo.

—Cometiste un acto imperdonable —sentenció él al fin, aunque su tono carecía de acritud; era la constatación de un hecho devastador.

—Entonces no era consciente de la magnitud —se justificó ella en un susurro.

—¿Y todos estos meses, Coral? Has dispuesto de un tiempo infinito para hacérmelo saber. —Ella se humedeció el labio inferior, presa de un nerviosismo febril—. ¿Acaso temías que emprendiera acciones legales? Poseo derechos sucesorios sobre él, y ambos lo sabemos.

Coral lo miró de frente. Por primera vez desde que él cruzara el umbral, una sombra de sonrisa —leve, cargada de una melancolía infinita— le dibujó los labios.

—Lo sé. No busco disculpa para mis actos, salvo el miedo que me atenazó al descubrirlo, la soledad que me habita desde entonces y el deseo ferviente de procurar lo mejor para ti.

Henry inclinó la cabeza, sumido en un pensamiento hermético. Tras unos minutos que parecieron horas, lanzó la pregunta definitiva:

—¿Me presentas a mi hijo? Me gustaría conocerlo.

Coral escrutó aquel rostro masculino, buscando un destello de ira o un brillo de venganza, pero solo halló una aceptación absoluta. Se preguntó si aquello era la paz tras la tormenta o el presagio de un huracán aún mayor.

—Está con mi padre en La Caleta; no tardarán en llegar.

El silencio volvió a adueñarse de la estancia. Ella, sin saber dónde posar la mirada, caminó hacia el aparador, se sirvió un brandy y se lo bebió de un solo trago. Henry la observó con una sorpresa contenida.

—Estás nerviosa —murmuró él—, pero no tienes motivos para estarlo.

Coral se dijo que Henry estaba forjado de un material incomprensible. Ella lo había dejado plantado, le había arrebatado el conocimiento de su propia paternidad, y él mantenía una serenidad que la inquietaba más que el grito más desgarrador. No apartó la mirada de aquellos ojos grises que la anclaban al presente.

—Estoy nerviosa porque tú representas la parte de mi pasado que todavía supura. Ese pasado que aún no ha tenido la piedad de convertirse en cicatriz —reveló con la voz quebrada.

Henry asintió con lentitud.

—¿Y deseas que lo sea? ¿Una cicatriz que solo recuerdes poseer cuando la roces por accidente?

Coral respiró hondo. Miró hacia la ventana, hacia ese mar invisible que rugía más allá de los tejados gaditanos.

—No —admitió con una sinceridad descarnada—. Porque te quiero, Henry, y eso marca la diferencia entre el olvido y la memoria.

El silencio que cayó entonces fue distinto: no era la tensión del juicio, sino la vibración de lo expectante. Henry se puso en pie justo cuando, desde la planta inferior, emergió la risa cristalina de un niño entrelazada con la voz profunda del abuelo Antonio.

Coral vio cómo el pecho de Henry se expandía con un anhelo incontenible. Bajó la mirada, turbada y consumida por una culpa nueva, sin saber cómo lidiar con el peso de haber mantenido ese milagro en la sombra.

CAPÍTULO 42

La puerta de la calle cedió con el quejido familiar de la madera vieja, dejando que un soplo de aire salado y atardecer se filtrara en el recibidor. Desde la planta baja ascendió primero el eco de unos pasos pesados —los de Antonio, con ese andar rítmico de quien ha lidiado toda su vida con el equilibrio de las cubiertas— y, de inmediato, otros más leves y erráticos: el trote desigual de un niño que aún ensaya su dominio sobre el mundo. Eran pasos entusiastas, puntuados por un gorjeo alegre que vibraba como una risa a punto de estallar.

Coral se puso en pie como impulsada por un resorte invisible. El corazón le propinó un vuelco tan violento que creyó sentir el latido en la base de la garganta. Henry, que había permanecido estático junto al ventanal, se giró con una lentitud ceremonial. Sus ojos grises, pozos de un control forjado en mil batallas sociales, se dilataron en un destello de pura vulnerabilidad.

Antonio apareció en el umbral sosteniendo a Alejandro. El niño, que aún no alcanzaba los dos años, vestía un jubón de algodón azul marino con el cuello nítidamente bordado, los calcetines blancos algo caídos y esos zapatos de piel que Coral había escogido con esmero en la calle Ancha. Su cabello, de un rubio encendido, estaba revuelto por el viento de levante. Al alzar la vista, sus ojos —de un violeta idéntico a los de su madre y al retrato de Alexander Beaumont que presidía Brayton Hall— se fijaron en los adultos con una curiosidad transparente.

El pequeño no conocía el miedo. Estaba habituado a la rotación de rostros en la casa: marineros de manos rudas, vecinos generosos y clientes de la taberna. Pero aquel hombre era distinto. Era una figura imponente. Vestía de azul y oro, y una espada pendía de su cinto, centelleando como un tesoro prohibido. Lo observaba con una intensidad que Alejandro no lograba descifrar, y de pronto sonrió.

Henry sintió que el mundo oscilaba bajo sus pies. El niño era, sencillamente, deslumbrante.

Era rubio, tal como Henry recordaba verse en los óleos de su propia infancia, con esos mechones que se curvaban en las puntas con una rebeldía familiar. Poseía la misma línea de la boca que él reconocía cada mañana en el espejo. La barbilla, con ese leve hoyuelo partido. Y esa sonrisa, de una confianza tan absoluta que hería más que cualquier reproche.

Henry apretó los labios hasta que la piel se tornó lívida. El peso de la pérdida le golpeó de lleno: casi dos años. Veinte meses de primeras palabras que no escuchó, de pasos que no sostuvo, de noches de fiebre en las que no pudo ser el refugio. Dos años de una vida que se había expandido sin él.

Alejandro estiró los brazos hacia Coral.

—Mamá —articuló con esa voz de trapo, dulce y todavía imprecisa.

Coral lo estrechó contra sí con una ternura que rozaba el dolor. El niño hundió la cara en su hombro, aunque manteniendo un ojo vigilante sobre el desconocido. Henry se aproximó con una cautela infinita, como si temiera que un movimiento en falso disolviera la escena. Se detuvo a la distancia justa de un respeto sagrado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Henry, y su voz, siempre firme, sonó rota, agrietada por una emoción que amenazaba con desbordarlo.

Alejandro ladeó la cabeza, buscando el consentimiento en el rostro de su madre. Coral le acarició la sien y asintió con una leve presión.

El niño volvió a sonreír.

—*Ajando* —susurró con suavidad.

Henry sintió un desgarro físico en el pecho.

—Alejandro —repitió, casi en un soplo—. Un nombre digno de un rey.

Antonio, ya recuperado de la sorpresa y mostrándose astuto, añadió.

—Se llama Alexander Henry Anthony, tiene nombre de príncipe.

Henry contuvo un suspiro en su interior y después lo dejó escapar. Antonio se disculpó y los dejó a los tres a solas.

El niño extendió una mano pequeña y algo pegajosa, rozando con fascinación los flecos dorados de la *epaulette* del hombro de Henry. Los tocó con asombro, maravillado por el baile de los hilos de oro bajo la luz de las lámparas.

Coral notó que el llanto le escalaba por la garganta. Bajó la mirada, abrumada por una culpa que ahora, al verlos juntos, se volvía insoportable. Se sentía criminal por haber decidido aquel destierro en soledad, por haberle hurtado a Henry el milagro de su propia sangre. Se sentía pequeña ante la generosidad de esa mirada gris que no buscaba venganza, sino pertenencia.

Henry extendió las manos con una lentitud que imploraba perdón.

—¿Puedo...? —fue todo lo que pudo articular, con un hilo de voz que apenas rasgó el aire.

Coral vaciló el tiempo de un latido. Luego, con un gesto que era a la vez una entrega y una redención, asintió.

Henry tomó al niño con una reverencia que rozaba lo sagrado, con la cautela extrema de quien sostiene un copón de cristal de Bohemia o el primer brote de una estirpe que creía extinta. Alejandro, lejos de quebrarse en llanto o buscar refugio en el miedo, clavó sus pupilas violetas en el hombre alto con una curiosidad transparente. Con un gesto de una confianza devastadora, posó sus dos manitas pequeñas y cálidas sobre las mejillas de Henry, palpando con asombro la barba de varios días que el viaje y la angustia no

El niño tenía los ojos de Coral, de un violeta profundo y magnético, pero en el fondo de sus pupilas, como atrapadas en un abismo de amatista, había diminutas estrellas de color gris plateado. Eran las mismas estrellas grises que poblaban la mirada de Henry, dotando la expresión del niño de algo inexplicable: una belleza heráldica y salvaje a la vez que parecía contener la calma del ducado y la furia del océano.

Henry cerró los ojos, y el mundo exterior, con su protocolo y sus ducados, se disolvió en la nada. Se quedó allí, estático, sosteniendo a su hijo por primera vez en la eternidad de un segundo. Sintió el peso ligero, casi etéreo, pero profundamente

sólido de ese cuerpecito contra su pecho galoneado; escuchó la respiración rápida, rítmica y curiosa del niño, un eco de su propia vida latiendo fuera de él. Y aspiró el aroma: no olía a los perfumes caros de Mayfair, sino a una mezcla embriagadora de jabón, a sol andaluz y al abrazo salino del Atlántico que entraba por la ventana. Era el olor de la verdad.

Coral lo observó, y la imagen la atravesó como un rayo de luz en una cripta. Vio al hombre que había amado con la desesperación de una muchacha en la playa; vio al aristócrata altivo transformado en un padre que acababa de descubrir el verdadero norte de su brújula. Sintió que algo en su interior, una estructura de defensa tejida con miedo y orgullo durante veinte meses, se resquebrajaba irremediablemente, pero que, en ese mismo naufragio de sus certezas, algo más fuerte y noble se reconstruía piedra sobre piedra.

Henry abrió los párpados, y su mirada gris, ahora limpia de tormentas, buscó la de Coral por encima de la cabecita rubia del niño, que continuaba fascinado con los flecos de oro de la *epaulette*.

—Sabes que no regresaré soloa Inglaterra, Coral —sentenció él, y su voz, siempre heráldica, tembló con una promesa que era a la vez un mandato y un ruego—. Eres plenamente consciente de ello, ¿verdad? Mi barco no zarpará sin su tripulación completa.

Coral sintió que las lágrimas, calientes y liberadoras, le rodaban por fin por las mejillas, limpiando el rastro de la culpa.

—Lo sé —susurró, y la palabra fue una rendición y un alivio—. Y me alegro infinitamente de que hayas venido. Te pido... te suplico que seas indulgente conmigo, Henry. Juro por lo más sagrado que jamás albergué la intención de causarte este daño. Solo quería protegerte de mi propia sombra.

Henry negó con la cabeza, un movimiento lento y definitivo.

—No albergo nada que perdonarte, Coral —respondió con una sinceridad descarnada, desnudando su alma frente a ella—. Te quiero. Te he querido cada maldito día de esta ausencia, y te querré mientras me quede aliento para respirar.

Alejandro, ajeno a la gravedad del juramento, pero sintiendo la corriente de afecto que los unía, balbuceó una palabra ininteligible y,

con un impulso espontáneo, le plantó un beso húmedo y baboso en la mejilla al extranjero.

Henry rio. Fue una risa rota, preñada de una emoción tan pura que Coral jamás la había escuchado en los salones de Londres; una risa que borraba de un plumazo la maldición que decían que lo perseguía.

Y en ese preciso instante, en esa habitación inundada por el aroma dulce del jazmín y el pulso vibrante del mar, con el niño como un puente de carne y hueso entre ellos y el rumor lejano de Cádiz entrando por la ventana como una bendición, supieron que, tras el más largo y doloroso de los naufragios, por fin habían encontrado el camino de vuelta a casa.

CAPÍTULO 43

Henry prolongó su estancia en Cádiz cinco jornadas más de lo previsto, por pura y bendita necesidad. Lo hizo por la reverencia que le profesaba a la mujer que amaba y por el asombro que le producía el hijo que acababa de descubrir. Cada mañana, las horas se le escapaban en cónclaves con el cónsul británico, notarios locales y leguleyos que chapurreaban un inglés de fuerte cadencia gaditana; detalles cotidianos que, lejos de irritarlo, le arrancaban una sonrisa privada.

Los trámites progresaban con la eficacia que solo el oro y el rango pueden comprar. Se acordó una ceremonia civil en la legación británica antes de levar anclas: un acto sobrio, despojado de pompa, con el cónsul como único oficiante y un registro que blindara la validez del matrimonio en ambos reinos. La unión religiosa —anglicana, como exigía el decoro del ducado— quedaría reservada para la capilla privada de Chatsworth a su llegada a Inglaterra. Henry no estaba dispuesto a concederle al tiempo ni un segundo más de ventaja.

Coral lo escuchaba en un silencio absorto durante las tardes, mientras él desgranaba los pormenores sentados en el patio de la calle Ancha. A sus pies, Alejandro lidiaba con un barquito de madera toscamente tallado por Antonio. El sol declinante se filtraba por la galería superior, proyectando geometrías de luz sobre las losetas de mármol.

—Es mi deseo llevaros a ambos —sentenció Henry una de aquellas tardes, con esa voz baja y firme que no admitía réplica—. A ti y a Alejandro. A Inglaterra. A Chatsworth.

Coral observó al niño, que en ese momento intentaba calibrar el sabor de la madera del barco. Luego, elevó la mirada hacia Henry.

—¿Y la taberna? ¿Y esta casa? ¿Y qué será de Antonio? —inquirió sin alzar el tono, pero con esa firmeza granítica que él ya conocía bien.

Henry asintió con lentitud, sopesando la respuesta.

—He hablado ya con tu padre. Su voluntad es permanecer al cuidado de todo: de la taberna y de este hogar.

Coral cerró los ojos, sintiendo un nudo de nostalgia anticipada. Sabía que su padre jamás encajaría en la bruma de Inglaterra; Antonio era Cádiz, era la salitre de La Viña y el horizonte de La Caleta. No comprendía la lengua de los extranjeros, y ella no poseía el egoísmo necesario para arrancarlo de las raíces que lo mantenían en pie.

—Le he ofrecido el respaldo de administradores y abogados para que no deba inquietarse por el sustento, pero… él no parece dispuesto a aceptarlo.

Coral sonrió con una ternura triste.

—Yo hablaré con él —dijo—. Me marcharé con el corazón más ligero sabiendo que no lidia solo con las cuentas de la taberna, que cuenta con un hombre de confianza a sus órdenes.

—Uno de mis hombres más leales se quedará aquí para asistirle, aunque confieso que me habría reconfortado que nos acompañara.

—Mi padre es el mar, Henry. Es esta luz… —No hacían falta más palabras.

Henry se inclinó hacia ella, acortando la distancia.

—Me ha dado su palabra de que vendrá a visitarnos. He dispuesto que mi navío regrese en cuatro meses solo para recogerlo y llevarlo a Inglaterra.

Coral sintió que la humedad le nublaba la vista. Bajó la mirada hacia Alejandro, ese pequeño Beaumont que correteaba por un patio andaluz.

—Siento una punzada de vergüenza por este regreso… Mi abuela Rosalind planeaba visitarme pronto. Yo pensaba revelarle entonces la existencia del niño.

Henry esbozó una sonrisa teñida de melancolía.

—Hablé con ellos antes de zarpar en tu busca. Les confesé que no aceptaba tu misiva ni la ruptura de nuestra promesa. Me otorgaron su bendición sin vacilar. Reginald me aseguró que todo estará dispuesto para nuestro regreso.

Una lágrima solitaria surcó la mejilla de Coral, que ella enjugó con el dorso de la mano en un gesto rápido.

—¿Y tu madre? —preguntó con cautela—. ¿Cómo se tomará mi regreso?

Henry bajó la vista, y una sombra de pesar cruzó sus facciones.

—Mi madre… ella aún no ha hallado la paz tras la muerte de mi padre. El accidente la quebró por dentro; no ha vuelto a ser la misma. No está en condiciones de capitanear los preparativos de nuestra llegada, pero Reginald y mi madrina Rosalind se encargarán de que Chatsworth brille como nunca.

Coral lo miró fijamente, comprendiendo que regresaba no solo a un hogar, sino a una familia que, a pesar de las sombras y las distancias, ya había decidido amarla.

El pequeño Alejandro, cansado de que el mundo de los adultos lo ignorara, reclamó su lugar con un puchero impaciente. Henry, con un gesto que ya no guardaba rastro de su antigua rigidez, lo alzó en vilo. Sostuvo al niño con una reverencia casi religiosa, sintiendo el latido de su propia sangre bajo el algodón azul del pequeño. Cuando Alejandro levantó la cabecita y lo escrutó con esos ojos violetas, idénticos a los de Coral, pero encendidos con la chispa de los Cavendish, el duque sintió que la última pieza de su vida encajaba, por fin, en su sitio.

Con una voz baja que resonó con la autoridad de siglos, Henry declaró frente a ella y el niño:

—Este niño es mi hijo legítimo y mi sangre. Se llamará Alexander Henry Anthony Cavendish, heredero del Ducado de Lowton. En cuanto nuestras botas pisen suelo inglés, formalizaré cada trámite ante el *College of Arms* y el registro parroquial. Su bautismo, su reconocimiento como primogénito y su inscripción irrevocable en la línea de sucesión serán ley. Nadie —añadió, con una mirada que desafiaba a cualquier sombra del pasado— cuestionará jamás su lugar en el mundo.

Coral sintió que la garganta se le cerraba, presa de una gratitud que no hallaba palabras. Con los ojos brillantes de lágrimas contenidas, asintió en silencio, apretando la mano del duque con

una fuerza nueva. El pequeño Alejandro, ajeno a la trascendencia dinástica del momento y a los títulos que ya pesaban sobre sus hombros, se limitó a jugar con un botón dorado de la casaca de su padre, fascinado por el brillo del metal.

—Eres demasiado bueno, Henry... —susurró ella, con el corazón en un puño—. No te merezco.

Henry la miró, y en el gris de sus ojos no hubo juicio, solo una devoción absoluta que borraba los meses de soledad y las cartas no enviadas.

—Nos merecemos el uno al otro. Porque solo nosotros sabemos lo que ha costado llegar a este puerto.

En aquel instante, en la penumbra de la casa de la calle Ancha que exhalaba un aroma a jazmín fresco y salitre, con el niño tironeando de los botones dorados de la casaca ducal y el rumor eterno de Cádiz filtrándose por la ventana como una bendición, supieron que el viaje había terminado. Habían hallado, al fin, el equilibrio perfecto entre dos mundos: la fuerza indómita del mar y la paz inquebrantable de un hogar.

Fue entonces cuando Antonio irrumpió en la estancia, rompiendo el hechizo con su paso firme y su socarronería habitual.

—¿Me he perdido algo, *guachisnai*? —soltó con una chispa de guasa en la mirada, mientras se ajustaba la faja.

Coral no pudo evitarlo y soltó una carcajada cantarina, pura y vibrante. Era una risa que borraba meses de sombras, provocada por ver a Antonio —al que siempre consideraría su único y verdadero padre— dirigiéndose a todo un duque de Inglaterra con esa palabra tan de la Caleta, ese mote nacido de los puertos para referirse a los extranjeros de ojos claros y lengua extraña.

Henry, lejos de ofenderse, sonrió con una franqueza que habría escandalizado a los salones de Londres, aceptando que, en aquel rincón del mundo, él no era una eminencia, sino simplemente el hombre que amaba con toda su alma a Miss Coral, llamada por Antonio Caracola.

Copyright ©2026 Arlette Geneve
©Diseño portada/ Diseño_Artístico
Sello: Independently published
Derechos exclusivos de ediciones en español
para todo el mundo. Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún
medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o
fotocopia, sin autorización escrita del editor.